



Los Virreyes del Sur de Italia II

Nápoles 1505-1707



Luis de Orueta

Al presentar este libro sobre la época de los virreyes ibéricos en territorio italiano, rindiendo pleitesía a la Magna Grecia, ese privilegiado espacio del planeta, cuyos efluvios culturales han beneficiado a los hispanos desde tiempo inmemorial.

Esta dependencia inconsciente tiene analogías con los sentimientos de los romanos del Imperio hacia *lo griego*. Al igual que Nerón se sentía ciudadano de la Hélade y prefería vivir en Atenas, así el rey Alfonso V de Aragón, anteponía Nápoles a Barcelona en cuanto a domicilio y Lucrecia d'Alano a la reina María, en su corazón. Para el sentir de muchos españoles, Nápoles, Mesina y Palermo eran ciudades más alegres y vitales que Madrid, Zaragoza o Toledo.

La presencia aragonesa primero y española después, provenía de la elección que los italianos ejercieron entre otras posibilidades de protección frente a las invasiones de árabes o turcos. (El ejemplo de la península ibérica mostraba lo que podía ocurrir). Al ser una alianza voluntaria, el protector aceptaba respetar los límites a su presencia y juraba cumplirlos. Con respecto a la duración del pacto, podía decirse que se mantenía mientras conviniese a los intereses de los italianos. Y puesto que la amenaza otomana persistía, siempre estuvo presente la opción de la alternativa francesa y no fueron pocos los intentos de cambio.

Es cierto que también se incubaron otras aspiraciones, tales como una teocracia vaticana o un republicanismo nacionalista, pero la realidad geopolítica de los tiempos limitaba las posibilidades al primer dilema.

En un principio, los aragoneses fueron literalmente llamados a sustituir a los franceses por una insatisfacción generalizada que estalló, como es sabido, en las Vísperas Sicilianas. Por eso, cuando el lector de libros de Historia se sorprende de las protestas de lealtad a la *Monarchia hispana*, no está teniendo en cuenta que, en el fondo, era una situación consentida.

(Sigue en la Introducción...)

LOS VIRREYES DEL SUR DE ITALIA II

Nápoles 1505-1707

© Luis de Orueta

Depósito legal: M-10250-2024

ISBN este libro: 978-84-09-60594-1

ISBN obra completa: 978-84-09-33658-6

La Imprenta CG. Paterna, Valencia. España.

Cubierta: Detalle de *Vista de la ciudad de Nápoles desde el mar*, conocida como *Tavola Strozzi*, atribuida a Francesco Roselli. Museo de San Martino. Nápoles. Es dominio público en Wiki Commons.

Virreyes en la cubierta

Pedro Téllez de Girón y Fernández de Velasco, III duque de Osuna

Conde de Medina de las Torres

Antoine Perrenot, cardenal Granvela

Luis Manuel Fernández Portocarrero, cardenal

Tipografía: Georgia

Madrid, 2024

Luis de Orueta

LOS VIRREYES DEL SUR DE ITALIA II

Ω

Nápoles

1505-1707

§

Madrid 2024

ÍNDICE

		pag.
Introducción		7
Equivalencias de algunos nombres		13
SIGLO XVI		
1 Gonzalo Fernández de Cordoba, el Gran Capitán	1505-1507	15
2 Juan de Aragón, conde de Ribagorza	1507-1509	25
3 Ramón de Cardona, conde de Abento	1509-1522	29
4 Charles de Lannoy, principe de Sulmona	1522-1527	39
5 Hugo de Moncada	1527-1528	51
6 Filberto de Chalons, I príncipe de Orange	1528-1530	59
7 Pompeyo Colonna, cardenal	1530-1532	67
8 Pedro de Toledo, marqués de Villafranca del Bierzo	1532-1553	71
9 (Pedro Pacheco, obispo de Jaén)	1554	83
10 (Bernardino de Mendoza)	1555	89
11 Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, III duque de Alba	1555-1556	93
12 Juan Manrique de Lara	1556-1558	103
13 Bartolomé de la Cueva, cardenal	1558	107
14 Pedro Afán de Ribera, I duque de Alcalá	1559-1571	111
15 Antonio Pererenot Granvela, cardenal	1571-1575	125
16 Íñigo López de Hurtado de Mendoza, III marqués de Mondéjar	1575-1579	135
17 Juan de Zúñiga y Requesens	1579-1582	141
18 Pedro TéllezdeGirón y de la Cueva, I duque de Osuna	1582-1586	149
19 Juan de Zúñiga y Avellaneda, VI conde de Miranda de Castañar	1586-1595	161
20 Enrique de Guzmán, II conde de Olivares	1595-1599	169
SIGLO XVII		
21 Fernando Ruiz de Castro, VI conde de Lemos	1599-1601	171
22 Juan Alfonso Pimentel, V duque de Benavente	1602-1610	183
23 Pedro Fernández de Castro, VII conde de Lemos	1610-1616	191
24 Pedro Téllez de Girón y Velasco, III duque de Osuna	1616-1620	201
25 (Gaspar de Borja y Velasco, cardenal)	1620	213
26 Antonio Zapata, cardenal	1620-1622	223
27 Antonio Álvarez de Toledo y Baumont , V duque de Alba	1622-1629	231
28 Fernando Afán de Ribera y Enríquez, III duque de Alcalá	1629-1631	239
29 Manuel de Azevedo y Zúñiga, conde de Monterrey	1631-1636	249
30 Ramiro Núñez de Guzmán, II duque de Medina de las Torres	1636-1644	259
31 Juan Alfonso Enríquez de Cabrera, duque de Medina de Rio Seco	1644-1646	269
32 Rodrigo Ponce de León, IV duque de Arcos	1646-1648	277

(continúa)

→

LOS VIRREYES DEL SUR DE ITALIA (II) NÁPOLES

	pag.
33 Juan José de Austria	1648 293
34 Íñigo Vélez de Guevara, VIII conde de Oñate	1648-1653 301
35 García de Haro Sotomayor, conde de Castrillo	1653-1658 313
36 Gaspar de Bracamonte y Guzmán, III conde de Peñaranda	1658-1664 323
37 Pascual de Aragón, cardenal	1664-1666 331
38 Pedro Antonio de Aragón, I marqués de Pobar	1666-1671 337
39 (Fadrique de Toledo y Osorio, VII marqués de Villafranca)	1671 349
40 Antonio Álvarez Osorio, marqués de Astorga	1672-1675 353
41 Fernando Fajardo y Álvarez de Toledo, VI marqués de los Vélez	1675-1683 365
42 Gaspar de Haro, VII marqués del Carpio	1683-1687 377
43 Francisco de Benavides, marqués de Santisteban del Puerto	1687-1696 385

SIGLO XVIII

44 Luis Fernando de la Cerda y Aragón, IX duque de Medinaceli	1696-1702 393
45 Juan Manuel Fernández Pacheco, VIII duque de Escalona	1702-1707 405

<i>Bibliografía</i>	417

<i>Índice Onomástico</i>	433

Introducción

Al presentar este libro sobre la época de los virreyes ibéricos en territorio italiano, rindo pleitesía a la Magna Grecia, ese privilegiado espacio del planeta, cuyos efluvios culturales han beneficiado a los hispanos desde tiempo inmemorial.

Esta dependencia inconsciente tiene algunas analogías con los sentimientos de los romanos del Imperio hacia *lo griego*. Del mismo modo que Nerón se sentía ciudadano de la Hélade y prefería vivir en Atenas, así el rey Alfonso V de Aragón, anteponía Nápoles a Barcelona en cuanto a domicilio y Lucrecia d'Alagno a la reina María, en cuanto a corazón. Para el sentir de muchos españoles, Nápoles, Mesina y Palermo eran ciudades más alegres y vitales que Madrid, Zaragoza o Toledo.

La presencia aragonesa primero y española después, provenía, no de una imposición violenta, sino de la elección que los sicilianos ejercían entre otras posibilidades de protección frente a las invasiones de árabes o turcos. (El ejemplo de la península ibérica mostraba lo que podía ocurrir en la italiana).

Al ser una alianza voluntaria, el protector aceptaba respetar los límites del acuerdo y juraba cumplirlos. La cuestión histórica se planteaba con respecto a la duración del pacto. Podría decirse que se mantenía mientras conviniese a los intereses de los italianos. Y puesto que la amenaza otomana

persistía, siempre estuvo presente la opción de la alternativa francesa y no fueron pocos los intentos de cambio.

Es cierto que también se incubaron otras aspiraciones, tales como una teocracia vaticana o un republicanismo nacionalista, pero la realidad geopolítica de los tiempos limitaba casi siempre las posibilidades al primer dilema.

En un principio, los aragoneses fueron literalmente llamados a sustituir a los franceses por una insatisfacción generalizada que estalló, como es sabido, en las Vísperas Sicilianas. Por eso, cuando el lector de libros de Historia se sorprende de las protestas de lealtad a la *Monarchia hispana*, no está teniendo en cuenta que, en el fondo, era una situación consentida.

Un elemento de estabilidad política al que no siempre se ha dado la debida importancia era el siguiente: Los nobles napolitanos, bien como Consejo de la Colateral o como Síndicos de los Elegidos estaban autorizados a enviar embajadores al rey de España para exponer sus quejas contra la persona del virrey, sin que éste pudiera oponerse a ello. Se trataba de un derecho concedido como parte del *contrato* entre los Reinos de Italia y la Monarquía española. A los virreyes, lógicamente no les parecía bien y algunos trataron de eliminar esta prerrogativa, pero no lograron más que predisponer en contra a sus jueces. Lo que sí se les permitía era defenderse, unas veces personalmente, otras mediante testigos elegidos por ellos mismos. La eficacia de este último recurso quedó demostrada con el envío de visitadores o, en algunos casos con el cese inmediato del virrey cuestionado. Así terminaron los gobiernos del cardenal Pompeo Colonna, de don Pedro de Toledo, del marqués de Mondéjar, del conde de Olivares, del III duque de Osuna, de Antonio de Zapata...

Concebido el virreinato como resultado de un chantaje de elección (España o Francia), se entienden mejor las tres

constantes de la política virreinal: 1) el esmero en el cumplimiento de los privilegios de la nobleza y de las ciudades sicilianas, en especial los de Mesina, 2) la inclinación de los jueces a favorecer al pueblo en sus reclamaciones contra los poderes locales (tanto el de los nobles como el eclesiástico) y 3) la dureza en los castigos a quienes propugnaban el cambio de protector por la fuerza. Y en cuanto a la forma de prevenir las opciones teocráticas o republicanas, fueron aplicables: aparte de la inclemencia contra los instigadores, el pactismo con Roma.

Tan importante para el mantenimiento del *statu quo* como las líneas de actuación mencionadas, tuvo lugar una cuarta vía, más sutil pero no menos efectiva, que recuerda el precedente romano de Mecenas. Lejos de imponer el adusto arte de origen hispano, los virreyes hicieron cuanto estuvo en sus manos por apoyar el instinto artístico italiano y exportarlo a la Península ibérica, creando una corriente cultural de sentido inverso, reconocible en los ámbitos literarios, arquitectónico y musical. La expansión de la cultura italiana en España y en América, benefició a sus creadores más allá de lo que el entorno de la isla podía proporcionar de inmediato.

El resultado de la combinación de la iniciativa y el arte italiano con la integración en una entidad política supranacional dio como resultado una equiparación del Sur de Italia con su Norte, que dejó de ser perceptible a partir de la unificación. La razón es clara: los políticos del Norte no se sentían obligados a seguir manteniendo los privilegios del Sur y el respeto al autogobierno que los virreyes tenían que jurar solemnemente. Tanto Sicilia, como Nápoles, y como Cerdeña, tuvieron que aceptar alegremente una nueva forma de gobierno sin privilegios ni mecenazgos, pérdida que se vio más que compensada con la culminación de los sentimientos nacionalistas, cuya exaltación se inicia en el siglo XIX y perdura en nuestros días.

La historiografía italiana sobre la época virreinal no ha sabido desprenderse del ambiente antiespañol de la famosa novela de Alfieri hasta muy recientemente. Hoy, la investigación es más imparcial y no esconde el legado arquitectónico, urbanístico y cultural de los años de influencia aragonesa y española, ni tampoco la acogida que encontraban en las cortes virreinales creadores italianos del mundo de la música, las letras, la astronomía y las matemáticas.

Los italianos cuentan con historiadores anteriores al sentimiento nacionalista, que dan una versión ponderada de la presencia española hasta el punto de resultar, para un lector moderno, excesivamente condescendientes. Por lo que respecta al reino de Nápoles, uno de los primeros historiadores contemporáneos que narran de forma cronológica los gobiernos virreinales fue Mambrino Roseo de Fabriano (1500 ¿? - 1581) como puede leerse en la *Segunda Parte del Compendio dell' Istoria del Regno di Napoli*, de Pandolfo Collenuccio (1444-1504), quien escribió en la *Primera* sobre los reyes aragoneses de Nápoles. La *Segunda* está recopilada por Colannelo Pacca y contiene extensas anotaciones de Tomaso Costo (1545-1613), recogidas también en un *Memoriale*. Giovanni Antonio Summonte (?- 1602) en el tomo IV de su *Storia della Città del Regno di Napoli* escribió sobre los mismos acontecimientos que Costo y Roseo, si bien con una visión menos acomodaticia. A estos libros hay que añadir la obra encomiástica de la familia Carafa, escrita en 1572 por Gian Battista Carafa, y dedicada a Antonio Carafa, con el título *Dell'Historie del Regno de Napoli*.

Para el siglo XVII las referencias canónicas apuntan a Domenico Parrino (1642-1716) en su *Teatro Eroico e Político de I Vicerè di Napoli*, y a Pietro Giannone (1676-1748) autor de una *Historia Civile del Regno di Napoli*. Mención especial merece la deslumbrante *Historia de Italia* de Francesco Guicciardini (1483-1580) que, aunque abarca a toda la

península italiana, versa sobre los primeros treinta años del siglo XVI. Casi tan elogiada como la obra de Guicciardini son las *Historias de su Tiempo*, que escribió Paolo Giovio (1483-1552) aunque eliminase (o se hayan perdido) capítulos importantes. Otros autores, como Giulio Cesare Capaccio, se ciñen a regiones, en su caso Puglia.

Casi todo cuanto apetece saber sobre la época de los virreyes españoles en Nápoles se encuentra en las obras citadas.

En tiempos modernos, se ha ocupado del tema Giuseppe Coniglio (1922-2006) en su *I vicerè spagnoli di Napoli*. Naturalmente son muchos los autores recientes como Benedetto Croce, Giuseppe Galasso, Michael Angelo Schipa y Luigi Rovito, que tratan en profundidad temas concretos de la historia de Nápoles durante la época virreinal.

Es curioso que ninguna de las obras de los autores clásicos de los siglos XVI y XVII haya sido traducida al español. Para poner remedio a este olvido propuse la idea a un editor amigo, el cual la rechazó alegando ser los originales demasiado extensos. Carente de otros contactos, he optado por lo que podría considerarse una traducción libérrima extraída de un mosaico de documentos.

La Biblioteca Nacional de España, guarda un ejemplar inédito del único libro en español que ofrece una versión cronológica de los gobiernos virreinales de Nápoles, con el título *Libro donde se trata de los Virreyes, Lugartenientes del Reino de Nápoles y de las cosas tocantes a su grandeza*. Fechado en 1853, su autor José Raneo pertenece al siglo XVII, era italiano y encargado de Ceremonias en la Corte virreinal, lo que le hizo ser testigo de excepción de una parte de lo que escribió. Poco dice de cada virrey, apenas unos párrafos. En cambio, las notas de Eustaquio Fernández Navarrete (1820-1866) elevan aquel pequeño cuaderno a la categoría de libro.

Ya en el siglo XX, Francisco Elías de Tejada (*Nápoles Hispánico*, 1956) ha dejado una muy valiosa aportación sobre las relaciones entre España y Nápoles en campos tan variados como la filosofía, la literatura, la teología, la música, la arquitectura, la pintura, las costumbres y la política. Es una obra monumental, algo desorganizada, de gran riqueza informativa que desborda los límites de un estudio monográfico.

Con lo dicho queda claro que este libro no pretende ser un elemento novedoso para el investigador, cuyas mejores fuentes acabamos de mencionar. Me ha movido la curiosidad y el deseo de rememorar en lengua castellana los gobiernos de virreyes españoles durante tres siglos en un espacio privilegiado del planeta, y de hacerlo al estilo antiguo, siguiendo los acontecimientos por orden cronológico.

EQUIVALENCIAS DE NOMBRES CON TÍTULOS NOBILIARIOS

Gonzalo Fernández de Córdoba	Duque de Sessa
Juan de Aragón	Conde de Ribagorza
Ramón de Cardona	Conde de Abento
Charles de Lannoy	Principe de Sulmona
Filiberto de Chalons	Principe de Orange
Pedro de Toledo	Marqués de Villafranca del Bierzo
Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel	III Duque de Alba
Fadrique Álvarez de Toledo	V Duque de Alba
Pedro Afán de Ribera	Duque de Alcalá
Íñigo López Hurtado de Mendoza	Marqués de Mondéjar
Pedro Téllez de Girón	Duque de Osuna
Juan Zúñiga y Avellaneda	Conde de Miranda del Castañar
Enrique de Guzmán	Conde de Olivares
Fernando Ruiz de Castro	Conde de Lemos
Antonio Álvarez de Toledo	VI Duque de Alba
Manuel de Azevedo y Zúñiga	Conde de Monterrey
Juan Alfonso Enríquez de Cabrera	Duque de Medina de Rio Seco
Rodrigo Ponce de León	Duque de Arcos
Íñigo Vélez de Guevara	Conde de Oñate
Gaspar de Bracamonte	Conde de Peñaranda
Pedro Antonio de Aragón	Marqués de Pobar
Fadrique de Toledo y Osorio	Marqués de Villafranca del Bierzo
António Álvarez Osorio	Marqués de Astorga
Fernando Fajardo y Álvarez de Toledo	Marqués de los Vélez
Gaspar de Haro	Marqués del Carpio
Francisco de Benavides	Marqués de Santisteban del Puerto
Luis Feernando de la Cerda	Duque de Medinaceli
Juan Manuel Fernández Pacheco	Duque de Escalona

Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Sessa

1505--1507

El fin de la época de los reyes y comienzo de la de los virreyes en el reino de Nápoles tiene por origen el mismo que dio lugar a este cambio en Sicilia: una petición de protección por parte del rey Federico I de Nápoles, frente a la amenaza de tropas francesas en su territorio. Reinaba en España Fernando el Católico, que era tío suyo, y en principio todo parecía que abonaba la ayuda solicitada. Pero Federico cometió el error de construir una segunda opción, consistente en compartir el reino sin lucha con el rey de Francia, Luis XII, aceptando los derechos que éste decía tener en Nápoles, como miembro la dinastía de los Anjou.

Lejos de guardar el secreto, Luis XII dejó que Fernando se enterase de la oferta que había recibido y renovó la vieja propuesta de Carlos VIII de repartirse Italia amigablemente: Luis se quedaría con la mitad Norte, y Fernando con la mitad Sur. Pareció bien la idea a ambos maquiavélicos reyes. El rey de Nápoles suscribió dos pactos: uno con sobrino y otro con el tío. Queriendo aparecer amistoso y agradable a ambos soberanos, lo que consiguió fue hacerse sospechoso de doble juego. El rey de

España, antes de que Luis XII aceptase la oferta de Federico, optó por tomar por la fuerza la parte del reino de Nápoles pactada con el francés: Apulia y Calabria.

La ocupación fue encomendada a Gonzalo Fernández de Córdoba. Estaba en Sicilia y tras cruzar el Estrecho de Mesina con sus tropas, cumplió la misión sin grandes pérdidas, haciendo prisionero al duque de Calabria, Fernando, hijo del rey Federico. Por su parte, los franceses invadieron el Norte, tomaron Nápoles y desterraron a Federico I.

La falta de concreción con respecto a las provincias que correspondían a cada uno de los invasores dio lugar a escaramuzas y violencias fronterizas. Para poner fin a una situación preocupante, los reyes ordenaron a sus capitanes, Luis de Armagnac y Gonzalo Fernández de Córdoba, que se pusieran de acuerdo y firmasen un documento aclaratorio. Carentes ambos de la autonomía necesaria para decisiones tan trascendentes, la reunión, celebrada el 22 de junio de 1502, fracasó.

Nuevo intento en la primavera de 1503, con la mediación de Felipe el Hermoso, heredero de la Corona española por su matrimonio con la princesa Juana. La solución propuesta por Felipe era casar a la hija de Luis XII, Claudia, con su hijo Carlos, un adolescente Carlos V.

La idea no acababa de convencer al rey de Francia, por lo que Gonzalo Fernández de Córdoba no cumplió la condición de retirarse del territorio ocupado y dejar al campo libre a los franceses, que se habían autonombrado gestores del Reino hasta que se produjese la boda concertada.

Según el pacto alcanzado por los reyes, a Luis XII le correspondían la ciudad de Nápoles, la Tierra del Lavoro, los Abruzzos, y el ducado de Benevento, en tanto que Fernando el Católico se reservaba Calabria, Basilicata, Puglia y la Tierra de Otranto.

Un hecho curioso refleja la atmosfera prebélica que

circundaba a las tropas de ambas naciones, que se jactaban en público de la cobardía de sus enemigos, lo que propició un combate entre once caballeros elegidos de cada ejército para un duelo frente a las murallas de Trani, con jueces venecianos. Estos duelos corales reflejan el espíritu caballeresco de la época. Se conservan los nombres de los veintidós combatientes. Perdieron pronto la vida doce de ellos, quedando en pie y desmontados cuatro franceses que se escudaban con las monturas de los caballos, frente a seis españoles. Al caer la noche los jueces declararon vencedores a los españoles. La ocasión fue muy comentada y objeto de una obra épico-jocosa de Giambattista Lalli.

Cuentan los cronistas que la habilidad de Gonzalo para superar la sed y el hambre de sus tropas era correspondida con una lealtad y afán de victoria que asombraba a los napolitanos tanto como las muestras de compasión y piedad de Gonzalo con los vencidos. El fervor popular que suscitaba Gonzalo coincidía con la literatura guerrera y heroica de Tasso y las traducciones de Amadís de Gaula, de manera que el español podría ser una representación viviente de un *Orlando* o un *Rinaldo*. Otros citan las similitudes con personajes de las *Vidas Paralelas* de Plutarco. Surgieron epopeyas como *La Gonsalvia*, de Giovanni Cantalicio, y como la parte que le dedica Francesco Guicciardini (1483-1527) en su genial *Storia d'Italia*.

No bastarían las virtudes como capitán intrépido y a la vez compasivo a justificar la gran fama que adquirió. El sobrenombre de *Gran Capitano* se debió a su forma de concebir la guerra que dio por primera vez protagonismo a la Infantería, relegando la Caballería a una función de persecución y aniquilamiento del enemigo en cuanto diera muestras de desfallecer bajo el ímpetu de los infantes. A este principio básico unía la importancia de elegir el escenario y momento del ataque. Ambas tácticas surtieron efecto en el encuentro decisivo que se libró en aguas del río Garellano el 28 de diciembre de 1503, y que otorgó al de

Córdoba el dominio definitivo del reino de Nápoles.

A partir de entonces, gran parte de la población, siempre obligada a elegir entre verse defendida por franceses o españoles del dominio turco, se fue decantando por el partido de Gonzalo, una constante que ayudó en la pacificación del sur de Italia.

La toma de posesión de la ciudad de Nápoles en calidad de virrey fue ocasión felicísima para las armas españolas que se celebró cumplidamente a partir de su llegada en enero de 1504. De forma tan rápida, el rey de Aragón volvía a serlo de todo Nápoles, no sólo de la mitad, gracias a la audacia y popularidad de Gonzalo Fernández de Córdoba, un acontecimiento que, en circunstancias normales, habría encumbrado al protagonista muchos peldaños en la estima de su monarca y de su país.

Gobernó Gonzalo de Córdoba sin oposición durante tres años. En ese tiempo, otorgó mercedes y cumplió compromisos contraídos durante las campañas. Cuando los fondos escasearon, no dudó en pagar con honores, otorgando títulos de nobleza, tal como se haría después en las posesiones americanas. Sin embargo, a raíz de estas y otras disposiciones suyas, empezaron a correr rumores alentados por la envidia. Gonzalo se creía inmune, seguro de la protección de la reina Isabel. Pero Isabel murió en noviembre de 1504. Quedaba su yerno, Felipe, heredero del trono de España y aspirante al de Nápoles, cuando faltase Fernando. Son los años de gobierno tranquilo del Gran Capitán porque en septiembre de 1506 murió el heredero, Felipe el Hermoso, y Gonzalo Fernández de Córdoba, señor virtual de Nápoles, sintió la soledad de verse encumbrado en exceso.

Y así fue. A partir de la muerte de su esposa Isabel, la política italiana de Fernando el Católico toma un giro radical, alentado por su hermana Juana, que había sido reina de Nápoles con nombre de Giovanna desde 1476 hasta enero de 1494, en que quedó viuda de Fernando I de Nápoles. El instinto político de Giovanna la aconsejó tomar

partido definitivamente por su hermano Fernando el Católico y trasladarse a España, para, desde allí, controlar el destino futuro de su segunda patria, dominada entonces por la personalidad arrolladora del Gonzalo. Hizo viaje el 16 de septiembre de 1498.

Seis años más tarde, Gonzalo Fernández de Córdoba ocupaba un trono que había sido suyo. Vivía en la cima de su popularidad, habitando sus palacios de Nápoles y rodeado de la adulación de los obispos y de las familias napolitanas más favorecidas por la huida precipitada de los Anjou.

Para Giovanna, la presencia de Gonzalo en Nápoles como virrey era algo circunstancial, fruto de acciones guerreras y que no debía extenderse en el tiempo, para no dar lugar a ilusiones de independencia por parte de algunos barones, poco partidarios de la casa de Aragón. Cuando en septiembre Fernando asumió el reno de Castilla, en contra de la voluntad de su hija Juana, Giovanna se consideró empoderada para retornar a Nápoles, si no como reina, al menos como virreina de su hermano Fernando. La vuelta suponía tener que alejar a Gonzalo Fernández de Córdoba de Nápoles.

Fernando el Católico, admirador de Maquiavelo, no era persona que se dejase influir por impulsos de agradecimiento personal, a los que anteponía fácilmente la razón de Estado. Los cortesanos de todos los tiempos son hábiles en descubrir los deseos ocultos de sus reyes, pues viven mejor si se esfuerzan en favorecerlos. De ahí que surgieran en la corte de Aragón rumores sobre el peligro de que Gonzalo Fernández se creyese llamado proclamarse rey de Nápoles, aprovechando la aquiescencia popular. Poco importaba que tales sospechas careciesen de fundamento: en el ánimo de Fernando bastaron para que decidiese preparar veinte galeras, presentarse en Nápoles como rey, y escenificar el sometimiento del de Córdoba a su persona.

Hizo su entrada en la ciudad el 1 de noviembre de

1506 proveniente de Gaeta, a donde había llegado un mes antes, con su nueva esposa Germana de Foix. La recepción no fue tan alegre como esperaban, pues el luto por Isabel la Católica aún planeaba en el ambiente. Los cañones de la artillería del castillo anunciaron a la población la llegada de las galeras reales. Un puente de madera y el consabido arco de triunfo acogió los primeros pasos de los monarcas en suelo napolitano. Gonzalo era consciente de las calumnias vertidas sobre su conducta y acudió personalmente a recibir la galera real, postrándose de rodillas en presencia de los reyes.

Fernando se apresuró en el mismo muelle a jurar los privilegios de Nápoles. El rey iba vestido de rojo carmesí, collar de oro y birrete negro. La reina portaba un traje brocado de seda cubierto por un manto francés con bocamangas verdes. Ambos monarcas cabalgaron en monturas blancas, bajo un baldaquino que sostenían los concejales, o *seggi*, de Nápoles. Acompañaban a Gonzalo de Córdoba miembros de la familia Colonna, el cardenal Pedro Borgia, y Francisco Remolines, arzobispo de la vecina Sorrento. Cerraba el cortejo la guardia virreinal.

La actitud reverencial del de Córdoba tranquilizó a Fernando, por lo que no hubo más pesquisas sobre el asunto de la lealtad. Aclarado éste, los cortesanos atacaron por el lado de la avaricia, cuestionando las cuentas de las campañas. Durante su estancia en Nápoles, Fernando toleró que sus tesoreros exigiesen ver el detalle de los gastos, a lo que respondió Gonzalo presentándose ante ellos con un *libretto con titolo sì graciosamente mordace, che i Tesorieri non apriron pù la boca su la materia*, según escribe Gianonne. En el interior del libro solo constaban dos partidas: Una, de miles de ducados para limosnas a los pobres y frailes en acción de gracias por la victoria de las armas españolas y, la otra, en cantidad parecida, en sueldos a los espías que tan importante papel habían desempeñado en la conquista del Reino.

En cualquier caso, Fernando estaba decidido a no

regresar a España sin llevar consigo a Gonzalo Fernández, y creyó suficiente prometerle el Maestrazgo de la Orden de Santiago. Ciertamente era una recompensa acorde con su rango, pero Gonzalo desconfiaba de la palabra del rey y deseaba permanecer en Nápoles, donde era querido y contaba con amigos poderosos.

El 11 de junio de 1507 zarpaba la galera genovesa que habría de llevar a Gonzalo de Córdoba hasta Gaeta. Iban con él: su mujer doña Elvira Manrique y sus hijas. En el puerto de Nápoles una gran multitud había acudido a despedirlo y se lamentaba *de perder un gobernante tan cercano* como aquél.

La estancia de Fernando el Católico causó decepción y hasta agravio en el pueblo de Nápoles. A los nobles porque, para cimentar la paz con Francia, exigió que se devolvieran sus tierras a los partidarios de Anjou. Y al pueblo porque, al no ser siempre posible, obligó a que se indemnizase a los francófilos con más impuestos.

Francesco Guicciardini dice que *ni hizo cosa digna de memoria o alabanza para la comodidad universal de Italia, ni causó provecho alguno o beneficio al reino de Nápoles*. Este autor describe la cena que, de retorno a España, celebraron los reyes de España y Francia en Savona. Exclama Guicciardini: *¡Espectáculo verdaderamente memorable ver juntos dos Reyes poderosos... que poco antes habían sido tan crueles enemigos...con no menos confianza que si siempre hubieran sido hermanos y muy amigos!* Sorprendente, pero muestra la habilidad del rey Fernando para predisponer a la Fortuna en base a cambios de afinidades y ruptura de promesas. Prueba de ello, es que una vez en España, el rey se olvidó totalmente de otorgar a Gonzalo el Maestrazgo prometido.

En cuanto a su sucesión en Nápoles, impuso nuevo virrey en la persona de Juan de Aragón, conde de Ribagorza. Y para que no quedase duda de su deseo de remover a Gonzalo, nombró gobernadora lugarteniente a su hermana Giovanna, que había viajado con él desde

España y deseaba recuperar, siquiera por un breve tiempo, el poder perdido. El tercer gobierno de Juana, o Giovanna, duró desde el 11 de junio de 1507 hasta finales del mismo año.

Cuenta Zurita en sus *Anales* de la Corona de Aragón, que Giovanna creó en torno suyo una verdadera corte renacentista. Juntamente con su hija y con la reina viuda Beatriz de Hungría y la destronada duquesa Isabel de Milán, formaban un grupo de cuatro exreinas ‘tristes’ sólo de nombre, pues no eran pocas las celebraciones que tenían lugar en Castel Capuano, donde optaron por fijar su residencia.

Galeazzo de Tarsia, un cronista napolitano, dejó escrito sobre el castillo:

*O felici di mille e mille amanti
Diporto, e di reyal donne diletto
Albergó memorabile ed eletto
A diversi piacer quest'anni avanti*

La figura renacentista de esta infanta Juana de Aragón o reina Giovanna de Nápoles, en el centro de un cuarteto de ‘tristes reynas’, fue ensalzada por poetas como Bennet Garret *el Cariteo* en sus *Rimas* y un misterioso Vázquez en su *Dechado de amor enderezado a la Reina de Nápoles*. Este libro sería luego objeto de sátira por Juan del Enzina, en su *Una obra de un caballero llamada: Visión deleitable*, compuesta en Italia en 1509.

En vano a través de familiares e intermediarios procuraría Gonzalo hacer ver a Fernando su ingratitud. Aburrido de esperar en Burgos, olvidó la promesa y se retiró a su feudo cordobés, donde fue recibido con honores y afecto. La reacción orgullosa del Gran Capitán, como ya era conocido en España, en lugar de activar su causa, molestó al monarca, quien inicia a partir de entonces una persecución personal de corte paranoico, expulsando a Gonzalo no sólo de Córdoba sino también de Montilla

donde se había refugiado de los acechos de la Inquisición. Turbado por la visión de su castillo reducido a ruinas por orden del rey, Fernández de Córdoba pasó a Loja, con la esperanza de que allí Fernando lo dejase en paz.

Cesaron las persecuciones y parecía que el rey se había olvidado de él cuando llegó un aviso de que sus servicios eran requeridos de modo urgentísimo en Italia para dirigir un ejército que salvase a Ravenna de un inminente ataque francés a esta ciudad del Papa. De nuevo Gonzalo fue nombrado Capitán General de tropas que debían converger en Málaga y embarcarse para Nápoles donde lograr más refuerzos antes de enfrentarse a los franceses. Todo volvía a ser como antes, Gonzalo gastó parte de su patrimonio en pagar sueldos y no poca facundia en devolver ánimos a los soldados congregados en torno a él.

En estas circunstancias llegó la noticia de que el conflicto se había resuelto con victoria para las armas españolas por lo que ya no era necesaria su presencia. Sintieron mucho la noticia los soldados de Gonzalo, pero al cabo hubieron de retirarse a sus pueblos de origen. Del mismo modo, Gonzalo Fernández volvió a Loja, donde unas fiebres tercianas lo obligaron a buscar remedio en Granada. Allí falleció el 11 de diciembre de 1515.

Si hay un libro de Historia especialmente elogiado en todos los tiempos es precisamente la *Historia de Italia* de Francesco Guicciardini. Su opinión ha prevalecido a través de los siglos:

Il Gran Capitano, al quale non era meno volti gli occhi degli uomini per la fama del suo valore, e per la memoria de tante vittorie, la quela faceba, che i Francesi, ancora che vinti tante volte da lui, e che solevano avere in sommo odio e orrore e il suo nome, non saziaresseno di contemplarlo, ed onorarlo, ed di raccontare a queglii, che non erano stati nel reame di Napoli, chi la celerita quasi incredibile e l'astuzia,

quando in Calabria assaltò all'improvviso i baroni alloggiati a Laino, che la costanza dell'animo, e la tolleranza di tante difficoltà el incomodi, quando in mezzo della peste e della fame era assediato in Barletta, chi la diligenza e l'efficacia di legare gli animi degli uomini, con la quale sostenne tanto tempo i soldati senza danari; quanto valorosamente combattesse alla Cirignuola ; con quanto valore, e fermezza di animo, inferiore tanto di forze, con l'esercito non pagato, e tra infinite difficoltà, determinasse non si discostare dal fiume Garigliano, con che industria militare, e con che strattagemmi ottenesse quella vittoria; quanto sempre fosse stato svegliato a trarre frutto dei disordini degli inimici; ed accresceva l'ammirazione degli uomini la maestà eccellente della presenza sua, la magnificienza delle parole , i gesti e la maniera piena di gravità condita di grazia.

Comentando la invitación a Gonzalo de sentarse a la mesa de los dos reyes y sus esposas en Savona, dice Guicciardini que, más que otros, el rey de Francia se mostraba atónito al verlo:

Ma sopra tutti i re di Francia, che aveva voluto che alla mensa medesima, alla quale cenarono insieme Ferdinando e la regina e lui, cenasse ancora egli, e gliene fatto comandare da Ferdinando, stava come attonito a guardarlo, e ragionar seco, in modo che a giudizio di tutti non fu meno glorioso quel giorno al Gran Capitano che quello, nel quale vincitore, e come trionfante entrò con tutto l'esercito nella città de Nàpoli.

Fu questo l'ultimo giorno dei dì gloriosi al Gran Capitano; perche dipoi non uscì mai dei reami di Spagna, nè ebbe più facoltà di esercitare la sua virtù, ne in guerra, nè in cose memorabili di pace.

Juan de Aragón, conde de Ribagorza

1507--1509

Durante los dos años de gobierno del conde de Ribagorza, quien sustituyó al Gran Capitán en la recuperación de reinos italianos para la corona de Aragón fue Fabrizio Colonna, que había acudido a recibir a Fernando en su visita a Nápoles y causado una excelente impresión en el monarca. A él encomendó el rey *Católico* la empresa de arrojar a los venecianos fuera de las ciudades de Trani, Monopoli, Mola, Piazze, Polignano, Otranto y Brindisi. Para ello lo nombró Gran Condestable con plenos poderes. Reunió Fabrizio la artillería de campaña con treinta cañones que apostó frente a los muros de Trani. No precisó emplearse a fondo pues, al enterarse de quien dirigía las tropas, los vecinos entregaron la villa sin lucha y las demás ciudades del Adriático siguieron su ejemplo, pasando a depender del virrey de Nápoles.

El conde de Ribagorza siguió al pie de la letra los consejos que le dieron los asesores de la reina triste: que no favoreciese a los nobles más que al pueblo, que viajase a congraciarse con los paisanos de otras ciudades, que mantuviese unidos a los díscolos Colonna y que ignorase las filias francesas de algunos barones.

Ribagorza no precisaba demasiados consejos. Venía de ocupar el cargo de virrey en Cataluña, donde había logrado progresos a base de otorgar derechos a Barcelona, en menoscabo de los aristócratas que se lucraban con el

bandidaje.

En Nápoles supo congregar al Parlamento para que aprobase un donativo de 300.000 ducados anuales por espacio de cuatro años, menos gravoso que lo pretendido por Luis XII.

Un pirata local, de nombre Malgarejo, molestaba a los ribereños de la costa perpetrando toda clase de tropelías y huyendo luego en una pequeña armada, que se guarecía en Calabria. Para traerlo ante la ley, Ribagorza armó una galera acompañada de tres bajeles, con la mala fortuna de que una tempestad hundió los barcos sin que se salvaran de morir más de cuatro tripulantes. La irritación por lo ocurrido no hizo sino incrementar la persecución contra Malgarejo, que murió decapitado en las mazmorras de Castelnuovo.

Tanto como a Malgarejo, los napolitanos odiaban a un mercader catalán, llamado Pablo de Tolosa, por sus exportaciones de víveres, las cuales impulsaban al alza los precios en el mercado napolitano. El pueblo se puso de acuerdo para acudir a su casa con intención de matarlo. Sonaron las campanas del convento de San Lorenzo y los congregados se dirigieron en tumulto a por Tolosa. La guardia alertó al virrey, quien, tomando la idea de sus predecesores, salió a caballo y se enfrentó a los indignados vecinos, logrando que desistiesen de su propósito. Al día siguiente, como había reconocido a algunos de los más agresivos, mandó prenderlos y ponerlos a disposición de los jueces. El castigo podía ser la pena de muerte, pero los propios capitanes que habían acompañado a Ribagorza en su salida aconsejaron clemencia, entre otras cosas, para ahorrarse más trabajos como aquél.

Un terremoto en junio de 1508 fue igualmente clemente, no causando víctimas y favoreciendo la popularidad del virrey, dada la tendencia supersticiosa de muchos napolitanos.

Durante su gobierno falleció la reina de Hungría Isabel, que había sido esposa de Matías. Las otras tres reinas “tristes” se ocuparon de las exequias con el beneplácito del virrey, quien determinó que fuese enterrada en la iglesia de San Pedro.

Una decisión poco popular del conde de Ribagorza fue devaluar el ducado de oro un 10%, reconociendo con la medida la inflación derivada de la escasez de víveres, ya comentada.

Promulgó cuatro pragmáticas. La primera decretando el exilio para los rufianes. La segunda, limitando el juego. La tercera, contra los usureros. Y la cuarta, reuniendo en un documento 31 concesiones reales a la ciudad de Nápoles, con el título *Capítulos del Buen Vivir*.

El rey Fernando no quiso mantener al conde de Ribagorza en Nápoles más de dos años. Se conocían bien. Habían jugado juntos en palacio por ser Juan sobrino de Fernando, pero sólo cinco años más joven. Lo reclamó para ocuparse, por segunda vez, del reino de Cataluña, donde esperaba sacar fruto de su talento para fortalecer instituciones, prefiriendo tener en Nápoles un *alter ego* más dotado en asuntos militares. Cuando supo que el rey lo requería en España, no juzgó conveniente hacerse de rogar permaneciendo en Nápoles hasta la llegada de su sucesor, Ramón de Cardona, sino que se embarcó el 8 de octubre de 1509, dejando como lugarteniente a Antonio de Guevara, conde de Potenza y gran senescal del Reino. Guevara sólo gobernó unos días porque el de Cardona hizo su aparición en el puerto el 24 de ese mismo mes de octubre, proveniente de Sicilia.

Juan de Aragón era viudo de María López de Gurrea desde mucho antes de ir a Italia. En lugar de contraer nuevo matrimonio prefirió ingresar como caballero de la Orden de Malta.

Ramón de Cardona, conde de Abento

1509--1522

En noviembre del año 1506, cuando Fernando el Católico visitó Nápoles, Ramon Folch de Cardona e Isabel de Requesens contaban respectivamente 39 y 12 años. Estaban prometidos como marido y mujer desde el mes de enero y fue en la ciudad italiana donde el rey dio su aprobación al matrimonio, reconociendo la importancia de fomentar aquellos lazos familiares. La madre de Ramón se llamaba Castellana de Requesens, emparentada con el padre de la novia, Galcerán de Requesens. Precisamente ese año de 1506, Isabel, aparte de su belleza natural, vio mejorado su atractivo con nuevas e importantes herencias, al morir su padre, el conde de Palamós, título que heredó tres años más tarde, tras pasar a un tío y luego a su hermana Estefanía, que acabó cediéndoselo.

Todo esto adquiere relevancia dado que en la memoria de las gentes ha dejado huella más indeleble Isabel que Ramón. Ello es así porque diariamente se ofrece a la vista del público del museo del Louvre el impresionante retrato que un pintor italiano, de nombre Giulio Romano, hizo de ella. Este cuadro compite con el también magnífico mausoleo que Isabel encargó a otro italiano, Giovanni Merlano, que puede ser admirado en una iglesia catalana en Bellpuig.

El cuadro del Louvre tiene su historia. Se origina en Roma, donde entre cardenales no era raro que se

comentasen ejemplos de mujeres muy hermosas. En la corte del papa León X, el purpurado Bernardo Dovizi tuvo la idea de encargar a Rafael Sanzio, amigo suyo, que pintase damas de singular belleza, para donar luego los cuadros al pontífice. Entre las posibles candidatas había oído hablar de la virreina de Nápoles, Isabel de Requesens. Rafael encomendó el bosquejo a uno de los artistas de su taller exigiendo que el fondo del cuadro reflejase la campiña napolitana. La pretensión de que la virreina aceptase ser modelo contaba con la importancia del destinatario final de la obra. Isabel accedió y el joven Giulio Romano volvió a Roma con el cuadro a medio a terminar, como le había pedido Rafael.

Dovici pagó y se convirtió en el primer poseedor del retrato, justo unas fechas antes de que visitase Roma el rey de Francia, Francisco I, a quien el papa quería agradar con una muestra del arte pictórico de la época. Una obra de Rafael del Sanzio con tan bello motivo pareció el mejor regalo posible. Así pues, el cuadro viajó a Francia, donde estuvo colgado en un salón de Fontainebleau, según consta por una carta de Alfonso del Este, fechada en 1518.

Los franceses confundieron a Isabel de Requesens con una nieta suya: Giovanna d'Aragona, madre del héroe de Lepanto, Marco Antonio de Colonna, dama ésta equiparable en belleza a su abuela.

No se sabe dónde nació Isabel de Requesens, ni la fecha exacta. Está documentado que era adolescente cuando quedó huérfana y se fijó su boda. Que ésta se celebrase en Nápoles se debe a que Ramón de Cardona se encontraba allí desde hacía tiempo, luchando junto con Gonzalo de Córdoba en la recuperación del reino. Fueron necesarios permisos del rey y del Papa para el enlace, pues los contrayentes eran primos. Como regalo de bodas, Fernando el Católico concedió a los contrayentes el virreinato de Sicilia, en sustitución de Juan de Lanuza. Eso fue antes de que se convirtieran en virreyes de Nápoles.

Desde el punto de vista de la aristocracia siciliana, se tenía a los Cardona y Requesens como más italianos que los Lanuza. La fortuna de ambas familias tenía mucho que ver sus actividades de armadores de galeras, que ellas mismas fletaban para enjundiosas operaciones de corso en las costas de las Baleares, Cataluña y Túnez, compensadas con calculadas cesiones a la Corona y apoyo militar. Ramón se crio en este ambiente. Admiraba a los Bernat de Villamarí, dueños de la lejana isla de Castelroig, que habían arrebatado a los caballeros de la Orden de Malta, como pago a su alianza contra los turcos. Ramón y Bernardo coincidieron en la toma de Gaeta. La admiración se tornó en parentesco, al casarse Bernardo con la única hermana de Ramón, Isabel de Cardona y Requesens. Con tales antepasados, los nuevos virreyes de Sicilia iban a ser bien recibidos.

Ramón no tuvo problemas durante los dos años de gobierno en la isla. Supo permanecer al margen del descontento que provocaba la actividad de Giovanni Luca Barberio, un incansable funcionario empeñado en una ingente labor catastral ligada a la cobranza de impuestos. Su habilidad para nadar y guardar la ropa en un asunto que favorecía la Tesorería de la Corona le consagró como un gobernante muy mirado con los intereses en juego, procurando satisfacer a unos y otros.

De su gobierno en Nápoles, lo más destacable fue su decisiva intervención en dos asuntos de suma importancia: la perspectiva de que tener que aceptar la Inquisición española, en sustitución de la italiana; y la expulsión de los judíos.

Empezando por el segundo asunto, Ramón de Moncada supo ver lo infundado de obligar a los judíos a abandonar Nápoles. No tuvo más remedio que publicar el 23 de noviembre de 1510 la temida pragmática. Acudieron los más hebreos pudientes a pedir explicaciones y lograron del virrey seguir viviendo como siempre, a cambio de una aportación dineraria. El montante se fijó lo

suficientemente bajo para salvar a muchos, pero no a todos.

En cuanto a la llegada de la Inquisición, el rey Fernando parecía muy interesado, lo cual, dada su manera de entender la política, evidenciaba el lado no religioso de la medida. La Curia Romana tenía establecido su tribunal de la Inquisición con competencias en Nápoles que chocaban con la pretensión aragonesa de controlar el ámbito judicial, donde se dirimían asuntos no ajenos a las lealtades dinásticas o vaticanas. De ahí que la introducción de una Inquisición española tranquilizase las dudas de Fernando con respecto a la durabilidad de sus derechos y los de las familias aragonesas afincadas en Italia.

Por la misma razón, pero a la inversa, el núcleo duro de la sociedad napolitana se opuso frontalmente a la idea y así lo hizo saber al virrey Cardona. La chispa que encendió el conflicto fue una carta del rey a Cardona, fechada el 26 de agosto de 1510 donde le encomendaba que reservase para los inquisidores unas casas cercanas al palacio del virrey, para mayor seguridad. Y citaba en concreto las de la parroquia de La Annunziata, a las que se podía acceder por pasillos subterráneos.

Durante el mes de septiembre hubo agitación, reuniones y juramentos en casas de la nobleza y los claustros conventuales. Los nobles eran conscientes de que sus esfuerzos iban a ser vanos si no lograban involucrar a todas las clases sociales. A finales de octubre se creyó llegado el momento de llenar las calles con la protesta y nada más popular que sacar en procesión las reliquias de San Genaro hasta las casas de la Annunziata. (El papa Julio II no era ajeno a esta rebeldía, pues al conocer el contenido de la carta de Fernando por medio del arzobispo de Nápoles, le animó a que protestase ante el virrey, agregando que, de no oponerse a la medida, el Vaticano promulgaría un *breve* vindicando su supremacía en cuanto a la obediencia debida a los inquisidores

romanos). Intervino el cardenal Filomarino como mediador, y sus razones convencieron al virrey y las del virrey al rey. El 10 de noviembre de 1510 Ramón de Moncada pudo mostrar a los indignados napolitanos la carta de Fernando el Católico desistiendo de introducir su modelo de Inquisición.

Pasando a temas más sosegados, al año siguiente se anunciaron los esponsales de una hermana de la virreina Isabel, llamada Juana, con Pedro Antonio San Severino, conde de Tricarico y Chiaromonte, pero las capitulaciones no fructificaron en matrimonio y finalmente la cuñada del virrey se casó con Petracone Caracciolo IV, duque de Martina. Los duques habían sido senescales de la reina Juana de Nápoles y eran de tendencia más bien francesa hasta que decidieron prestar juramento de fidelidad a Fernando el Católico.

Ese mismo año de 1511 se concretó la Liga contra Venecia, que unía a aragoneses y papistas en contra de la República Veneciana, apoyada por los franceses. El rey de Aragón logró reunir en Procida, junto al puerto de Nápoles, una impresionante armada de 74 naves que estuvo presta el 2 de noviembre. Por orden del rey, Ramón de Cardona se puso al mando en calidad de Capitán General. Dejó el gobierno al cuidado del cardenal de Sorrento.

Ramón empezó dirigiéndose a Bolonia, pero la llegada de refuerzos franceses le hizo desistir de tomar la plaza. Ambos ejércitos se enfrentaron en Ravena, el 11 de abril de 1512, donde los españoles fueron derrotados. Esta derrota causó una gran pena en el exilado Gonzalo Fernández de Córdoba, a quien el rey había llamado para dirigir las huestes. Pese a que Fernando sentía una simpatía sospechosamente paternal hacia Ramón de Cardona y odio envidioso a Gonzalo, su instinto de ganador le impulsó a solicitar la ayuda del exiliado soldado, pero el aviso llegó tarde. La tregua de quince días que Ramón concedió a los franceses, esperando la llegada

de refuerzos, fue mal entendida y se le acusó de haber puesto precio a la misma con 15.000 ducados malversados al rey. Mandaba las tropas francesas el duque de Nemours, Gastón de Foix, sobrino del rey de Francia Luis XII, conocido como el 'rayo de Italia'. Murió en la batalla, con fama de héroe.

Pese a la victoria, las armas francesas quedaron tan diezmadas, que Ramón de Cardona pudo rehacer las suyas y recuperar Florencia para los Medici en septiembre y Milán para los Sforza en octubre.

Al año siguiente, la Liga llegó por fin a las puertas de Venecia, aliada de los franceses. Previamente tomó Padua y se estableció su campo a las afueras de esta ciudad, en espera del momento de atacar. Llegaban rumores de un inminente acuerdo de paz entre España y Francia. Efectivamente, concluida la paz, el virrey Cardona se dispuso a organizar la retirada con todo su ejército.

Durante el tiempo que duró su ausencia de Nápoles, donde había quedado la virreina a la espera de dar a luz, Ramón se enamoró de una dama a quien había conocido en Mantua, durante una visita a Francisco Gonzaga, marqués de Este. La marquesa tenía como dama de compañía una joven muy bella, llamada Leonora, de sobrenombre *La Brognina*. Su atractivo habría pasado oculto de no ser por los carnavales de Mantua, donde la conoció el desenvuelto cardenal Bernardo Dovici de Bibbiena, el mismo que había encargado a Rafael, que pintase a la mujer de Ramón Cardona. Dovici, amigo de la marquesa, fue el primer enamorado famoso de Leonora.

Al año siguiente, en 1513, los marqueses quisieron alejar a Leonora del carnaval de Mantua y acudieron al de Milán, donde se encontraba Ramón de Moncada, aclamado como libertador de la ciudad. Recibidos los mantuanos por Maximiliano Sforza, hubo curiosidad entre los anfitriones por conocer a Leonora. En aquella ocasión no sólo Ramón quedó prendado de ella para el resto de su vida, sino que también sucumbieron el

embajador austríaco y obispo de la ciudad de Gurk, en Carintia. A partir de entonces, Isabela de Este renunció a evitar otros encuentros y facilitó la asistencia de Leonora a bailes, comedias y justas literarias. Enterado el marqués, Francisco Gonzaga, mandó que Isabel y a todo su séquito que regresaran inmediatamente a Mantua, creyendo que así pondría fin a la conducta escandalosa del virrey de Nápoles. Pero, Ramón ya no se cuidaba más que de seguir a Leonora, con olvido notorio de sus obligaciones castrenses.

El marqués Gonzaga pidió a Leonora que aceptase irse a vivir al castillo de los Gonzaga tenían en Goito. Aceptó ella, pero el virrey supo de su escondite y acudió a Goito para convencerla para que huyera con él.

Precisamente, Francisco I de Francia, cuando en 1515 se encontraba en Italia, dirigiendo el asedio a Milán, trató con éxito de que el cardenal de Niza convenciese a Leonora para que acudiese a su presencia. Durante el viaje de la dama, el cortejo fue identificado por partidarios del rey de España. No llegó a su destino. Seguros del reconocimiento de Ramón de Cardona, Leonora fue liberada y restituida al cuidado del virrey. Finalmente prevaleció la prudencia, Leonora se quedó en Goito y Ramón volvió a convivir con su no menos bella esposa.

He dado importancia a este episodio de la *petite histoire* napolitana, porque a partir del mismo quedó en entredicho la idoneidad de Ramón de Cardona como caudillo de tropas. El papa Julio se quejó al rey Fernando de que las tardanzas de Ramón, que permitieron a Francisco detener la Liga y apaciguar a Fernando, impidieron una victoria sobre los venecianos que se creía segura.

En enero de 1516 moría Fernando el Católico, principal protector de Ramón. Los virreyes ya habían tenido hijos y no deseaban volver a España. Cardona fue el primer virrey en organizar solemnes funerales en

Nápoles por un rey español.

Si algo de extrañeza podía originar la pleitesía del luto por un soberano tan distante, pronto supo la diplomacia del virrey contrarrestarla con otra celebración que situaba a Nápoles en la cima de la diplomacia europea. Me refiero a la boda del rey Segismundo de Polonia con doña Bona Sforza, hija de Gian Galeazzo Sforza e Isabella d'Aragona, quienes aceptaron la invitación del virrey Cardona para casarse en castillo Capuano, histórico palacio cercano a la puerta de Capua.

En 1517 Cardona convocó una florida procesión de embajadores para poner de manifiesto la lealtad del Reino de Nápoles al adolescente nuevo rey de España, el emperador Carlos.

La hermana del rey Fernando, Juana (o Giovanna) seguía manteniendo su Corte en Castel Capuano con el beneplácito de los virreyes, sabedores de que era tía abuela del emperador y muy apreciada en el Reino. En su testamento, que abrió el virrey Cardona, nombraba heredera universal a otra de las “reinas tristes”, la madre de Bona y nueva reina de Polonia. Al virrey Ramón dejó sus caballos. Y a la virreina Isabel de Requesens: sus joyas. Poco después de Giovanna, moría en Nápoles un buen aliado de España, Fabrizio Colonna, Gran Condestable del Reino. Había sido beneficiario del dominio español, expropiando a partidarios de la dinastía de Anjou.

A raíz de la paz con Francia el emperador Carlos quiso favorecer a sus amigos flamencos sin molestar demasiado a los francófilos, que confiaban en recuperar las tierras expropiadas por el Gran Capitán y por el mismo Colonna. Los embajadores franceses consiguieron que Carlos V ordenase la restitución inmediata, lo cual no pudo hacerse por las trabas que pusieron los propietarios leales. Para no enemistarse con ninguno, el virrey Cardona nombró una comisión que se reunió varias veces en el monasterio de Monte Oliveto y que, según dice

Domenico Parrino, *dejó las cosas como estaban*.

Este autor termina su capítulo sobre Ramón de Cardona alabando su naturalidad y falta de afectación. Y pone como ejemplo que, yendo a caballo por las calles de Nápoles, se encontró con unos concejales a la altura de la Iglesia de Santa María la Nueva. Preguntó a donde se dirigían y ellos se excusaron diciendo que habían pensado acudir a palacio para plantearle algunos asuntos. El virrey, en lugar de continuar su paseo, desmontó y entró con los concejales en la Iglesia para ponerse a su disposición. Firmó una orden resolviendo el tema y ordenó al más destacado de ellos, Ludovico Montalto, que se encargase de que se cumpliese el escrito sin demora. Para dar una de cal y otra de arena, Parrino no deja de lamentar la lentitud de la burocracia virreinal y, aun admitiendo que Cardona conocía este vicio y que trató de ponerle remedio en algunas de sus pragmáticas, considera que tuvieron poca efectividad y que, también en esto, *las cosas siguieron como antes*.

En 1519 murió el marqués Francisco Gonzaga, el severo guardián de Leonora Brogna, y la dama de Isabel de Este pudo salir de su confinamiento en Goito y regresar a Roma primero y por fin a Mantua.

Ramon Folch de Cardona murió el 10 de marzo de 1522 con cincuenta y cuatro años. La bella virreina tendría entonces menos de treinta. Estaban perdonadas las infidelidades del marido, y se ocupaba incluso del mantenimiento de una hija ilegítima. Tal vez como compensación del retrato de Rafel, ordenó la construcción de un impresionante mausoleo para honrar la memoria de su esposo. El resultado es uno de los mejores exponentes de escultura funeraria que pueden verse en España. En la inscripción Isabel se suma como *uxor infelix* a las cuatro ‘infelices reinas’ que vivían en Castel Paduano.

*Raimundo Cardona qui Regnum Naoplitanum
Prerrogativa pene regia tenens
Gloria sibi ex mansuetudine comparavit
Isabela uxor infelix
Marito optimo fecit
Vixit ann XXXXXIII mens VII
Joannes Nolanus faciebat*

El sepulcro de Nola por una parte y el cuadro de Rafael por otra, son referentes del paso por el mundo de esta pareja virreinal. Pero Isabel es más recordada que Ramón, porque la escondida iglesia de Bellpuig no puede compararse en visitantes al museo de El Louvre.

Charles de Lannoy, príncipe de Sulmona

1522--1527

Después de morir Cardona, el gobierno recayó en el Consejo Lateral, y, según lo establecido, por las mañanas se ocupaba de los asuntos de Estado y por las tardes de la administración de Justicia. Duró el interregno hasta la llegada del nuevo virrey, Carlos de Lannoy, que se produjo el 16 de julio de 1522.

Durante los años de su gobierno, Nápoles vivió con la duda de si seguiría siendo parte de la Monarquía Hispánica, pasaría a depender de Francisco de Francia o pertenecería una Italia unida con el apoyo del Papa.

Fueron, pues, cinco años decisivos en la Historia de Italia, en los que se libraron dos batallas, la de Bicoca y la de Pavía, que terminaron con la derrota y prisión del rey francés, seguidas del castigo a la parcialidad de Clemente VIII, con la toma y saqueo de Roma y las posesiones vaticanas.

Tres son las figuras históricas a las que atribuir la supremacía militar de España que había comenzado con Gonzalo Fernández de Córdoba. Los tres se habían formado en el adoctrinamiento del Gran Capitán con respecto a la disciplina y moral de las tropas, de forma que la frecuente carencia de dinero para pagar sueldos atrasados era compensada con el ejemplo, la camaradería, la aportación de patrimonio propio y la práctica de no interferir en los saqueos. Es significativo de la

universalidad con que se entendía la monarquía austriaca que ninguno de ellos fuese español de origen. Hablo del virrey Lannoy; también de Fabrizio Colonna, y en especial, de Francisco D'Ávalos, marqués de Pescara.

Por todo ello, el juicio sobre Charles de Lannoy poco tiene que ver con lo ocurrido en el reino de Nápoles, durante su gobierno como virrey, y mucho con su contribución al desenlace del conflicto entre el emperador Carlos V y Francisco I de Francia, durante los primeros años de los reinados de ambos monarcas.

Había nacido en Valenciennes, que estaba entonces bajo dominio austríaco. El padre, Jean, fue señor feudal de las tierras de Maingoval, y Filippa, la madre, señora de Lalaing, lugar próximo a Bruselas. Al no haber nacido Charles como primogénito, la ausencia de títulos y de patrimonio fueron determinantes para que los nobles napolitanos no lo considerasen equiparable a otros virreyes en cuanto a su origen. Esta circunstancia se vio agravada por la descarada parcialidad del emperador hacia Charles, tanto en seguir sus consejos como en premiarlo con honores y riquezas. Consciente de ello, Lannoy trataba de hacerse perdonar tomando decisiones que, de algún modo, contrarrestasen el malestar de los napolitanos en sentirse regidos por borgoñones. Lannoy se encontraba con una reacción parecida a la que se produjo en España con la llegada de aristócratas flamencos a partir del matrimonio de Juana con Felipe el Hermoso. Lannoy lo sabía porque había acompañado a este joven rey a Castilla en calidad de caballerizo. Ese mismo cargo fue el que ocupó con el futuro emperador Carlos, cuando Felipe el Hermoso murió repentinamente en España. La bisoñez de Carlos al heredar el trono favoreció, al menos por un tiempo, a cortesanos como el padre de Charles, más asiduos de su presencia.

Charles Lannoy llegó a ser virrey de Nápoles, por el deseo del Emperador de premiar sus servicios sin por ello confiscar tierras a nadie. Al morir Ramón de Cardona en

marzo de 1522, el emperador pudo dar una gran alegría a su compañero de fatigas con un cargo que él mismo había llegado a sugerir.

Lannoy estaba casado con Francoise de Montbel y Entremont, dama de la reina Margarita de Austria, también borgoñona y gobernadora de los Países Bajos. Francoise había nacido en 1462, por lo que al casarse con Charles tenía ya 47 años, 25 más que su marido. Sus posesiones se extendían por el Franco Condado. Había amamantado al futuro emperador en Gante, de manera que los hijos que tuvieron Charles y Francoise eran hermanos de leche de Carlos V. Y para demostrar que no evitaba elegir italianos para el gobierno del Imperio, el emperador nombró al mismo tiempo a Cesare Fieramosca, partidario de los Colonna, caballero mayor suyo.

En el mes de julio de ese mismo año de 1522, los virreyes borgoñones tomaban posesión del reino de Nápoles de manos del Consejo Colateral que había gobernado tres meses, pendiente de su llegada. Charles estaba en España y su mujer e hijos residían en Flandes por la proximidad de su madre con la reina gobernadora. Creyeron que en Nápoles podrían hacer vida familiar común, sin embargo, las exigencias castrenses que imponía el Emperador hicieron ilusorias las esperanzas.

Cuando se supo que Lannoy debía ausentarse de Nápoles, el Consejo estuvo de acuerdo en que las riendas del gobierno recayeran en manos del conde de San Severino, Andrea Carafa. Este caballero napolitano sería, de hecho, quien gobernase Nápoles durante los dos años que Lannoy tuvo la responsabilidad final del Reino.

Su lugarteniente Carafa dejó huella arquitectónica de su mandato con la construcción en 1512 de un palacio en una de las colinas de la ciudad, conocido por su nombre. Aunque en la capital su autoridad no era cuestionada, fuera de ella tenía enemigos precisamente en las ciudades que habían sido del rey Fernandino. Como

propiedad real, los vecinos de sus villas habían gozado de unos fueros y libertades que Carafa, después de comprarlas, suprimió cruelmente. Por eso le hacían resistencia. La posteridad ha marcado con negras tintas su empeño en imponerse por la fuerza a los ciudadanos de Santa Severina y Policastro. Sin embargo, la unanimidad del Consejo Colateral en elegirlo hace pensar que Andrea tenía virtudes como administrador y gobernante.

Recibió a los virreyes suntuosamente en dos ocasiones. Primero a Charles, que llegó en viaje por Italia, procedente de Roma el 16 de julio de 1522, saliendo a recibirlo en Capua, y luego, haciendo lo mismo cuando llegaron a Nápoles su mujer y dos hijos.

El gobierno de Charles de Lannoy ofrece al historiador tres actuaciones destacables. La primera se refiere a la defensa del Reino frente a las ambiciones expansivas del imperio otomano. La segunda es de orden diplomático, como enviado del Emperador para ver de evitar un conflicto armado con el Papa, por la descarada política francófila de Clemente VII; y la tercera actuación (la más importante) es de índole bélica, como brillante guerrero en las decisivas batallas de Sesia y Pavía.

En 1522, Lannoy todavía pudo pasar algún tiempo en tierras napolitanas, aunque viajando mucho. Lo primero que hizo fue inspeccionar las defensas de la costa Adriática, la más amenazada por las galeras turcas. A sus oídos llegaron peticiones de auxilio procedentes de los caballeros de la isla de Rodas, tan cercana a las costas de Turquía. Lannoy sabía del aprecio del Emperador hacía los cruzados y quiso complacerle enviando pertrechos y ayuda, pero su gesto llegó demasiado tarde. La Orden de San Juan tuvo que abandonar la isla después de dos siglos de ocupación y esplendor. Lannoy no pudo hacer otra cosa que acogerlos hasta que el Emperador les cedió la posesión de la isla de Malta.

Advirtiendo el peligro que para Italia suponía la política expansiva de Solimán, Lannoy quiso unir las

fuerzas disponibles en una Liga en la que participasen: a) Venecia, siempre interesada en Constantinopla; b) El Vaticano, por razones obvias; y c) la Monarquía Hispana, menos amenazada, pero con intereses en Nápoles y Sicilia. Sus gestiones tuvieron éxito gracias a la buena disposición del papa Adriano VI, con quien hablaba en flamenco, al ser ambos de origen holandés. Adriano había sido el principal consejero de Carlos V en la guerra contra los Comuneros de Castilla, si bien su tendencia a la mediación no logró evitar la tragedia de Villalar. Como pontífice: era partidario de la concordia entre franceses y austríacos y concentrar energías para derrotar al enemigo común: Solimán. Al año de su estancia en Nápoles, Charles de Lannoy se veía al frente del ejército combinado, fruto de su poder de convicción. No contaba con la muerte del papa flamenco en septiembre de 1523. Todo aquel esfuerzo se vino abajo con el nuevo papa, Clemente VII, un Médicis que se manifestaba harto de la política de austeridad y del erasmismo de su antecesor Adriano de Utrecht.

La Liga contra Solimán se convirtió en Liga contra Carlos V, ocupando Francia el lugar de España en la predilección del pontífice. De nada sirvieron los intentos de Lannoy de ponderar los riesgos para el Vaticano de incurrir en la ira del Emperador, tan mal pagado en el apoyo que dispensó a Julio de Medici para ser elegido Papa. La deslealtad del pontífice no se entiende sin recordar la eterna pugna entre los Medici, del Norte y los Colonna, del Sur. El Vaticano sentía que el reino de Nápoles invadía su territorio, precisamente en tierras pertenecientes a la familia Colonna, aliada históricamente de España. Milán, en la zona Norte, era codiciada por los franceses. Y tanto venecianos, como florentinos y genoveses, preferían a Francisco I, hastiados de los Habsburgo, defendidos por mercenarios alemanes.

Toda la atención de Europa estaba centrada en la decisión de Francisco I de tomar Milán. Aunque el

ejército francés era más numeroso y estaba mejor pertrechado, la campaña resultó funesta para ellos a causa de la falta de dinero efectivo para pagar las tropas mercenarias suizas, muy numerosas. Seguros de la victoria, los soldados suizos insistían a sus oficiales en librar una batalla decisiva cuanto antes, con el fin de cobrarse con los frutos de los saqueos.

En el bando español, el recuerdo de Gonzalo de Córdoba mantenía la disciplina y se recordaba su desinterés por la Caballería en favor de una Infantería con mosquetes, arcabuces y picas, unidos en compactos rectángulos. Y también la importancia de no librar batalla hasta encontrar el momento y lugar con mejor ventaja estratégica, más determinante que las diferencias en cuanto a número de efectivos y armamento.

Todos estos factores se reprodujeron en la batalla de Bicoca, localidad cercana a Milán, cuyo desenlace en términos de bajas por parte de los vencedores no ha sido superado: un soldado, a causa de la cox de un caballo. Podría pensarse que no hubo tal batalla, si no fuera porque del lado de los vencidos, se registraron más de tres mil muertos. (En idioma español la palabra “bicoca” retiene el sentido de *algo valioso que se consigue sin pagar*). Consecuencia de aquel suceso fue la ocupación de Lombardía por las tropas del Emperador.

Para recuperar la iniciativa, Francisco I envió a Guillaume de Gouffier, señor de Bonnivet, con el encargo de asediar Milán. La ciudad resistía bajo la protección de Próspero Colonna, ya muy viejo, y sus 15.000 infantes. Enfrente tenía un ejército de 30.000 soldados, la mayoría mercenarios suizos. Temiendo una rendición inminente, Carlos V mandó a su virrey de Nápoles que acudiese en ayuda de Colonna. Lannoy se presentó con 4.000 infantes, napolitanos y españoles, además de 500 caballeros y 10 piezas de artillería. Como quiera que el marqués de Pescara se resistiese a participar en una expedición donde él no asumía el mando, Lannoy se

ofreció a compartirlo. Llegaron ambos a Lombardía a tiempo para presenciar la muerte de Próspero Colonna. Pero lo largo del asedio había hecho mella en la moral de los asaltantes helvéticos. Justo en el momento en que los alemanes de Lannoy empezaban a mostrar descontento por no recibir sus sueldos, se produjo un hecho inesperado: los suizos comunicaron a Gouffier que se volvían a Suiza, hartos de esperar. Lannoy no dejó escapar la ocasión de una victoria decisiva, persiguiendo a los desertores hasta darles alcance mientras cruzaban el río Sesia. Acudió el ejército francés de Gouffier a proteger la retirada y también con la esperanza de hacerlos cambiar de opinión. Allí, sin otra preparación que lo oportuno del momento, las tropas del marqués de Pescara y del condestable de Borbón aniquilaron una gran parte del ejército enemigo. La estrategia del Gran Capitán, desdeñando los protocolos y axiomas vigentes de la época en lo referente al papel y secuencia de actuaciones de las tres Armas: Infantería, Artillería y Caballería durante las batallas, y lo decisivo de aprovechar cualquier distracción del enemigo, fortuita o forzada, hicieron que la batalla de Sesia haya sido considerada como un precedente en la revolución del Arte de la guerra.

Un año después, el propio rey de Francia decidió ‘tomar armas en el asunto’ y se puso al frente de un poderoso ejército, esta vez seguro de poder conquistar Milán. La guarnición que defendía la plaza, mandada por Antonio de Leyva, abandonó el recinto a los franceses y se refugió en la cercana villa de Pavía. Allí se dirigieron las huestes de Francisco I. No es preciso describir la famosa batalla. Interesa hacer ver que, al no estar el Emperador Carlos V presente, se sabe bien quién la perdió, pero es más difícil adjudicar la gloria del vencedor. Cuatro son los nombres que vienen a la memoria. En primer lugar: el ya mencionado Antonio de Leyva, como autoridad máxima de la plaza asediada. En segundo lugar: el marqués de Pescara, Ferdinando de Ávalos, que mandaba el arma de infantería. El tercero, el condestable de Borbón, que

dirigía las tropas alemanas, las más numerosas. Y finalmente, Charles de Lannoy, puesto al frente de españoles e italianos por la autoridad de Carlos V. Fue el propio Francisco I quien pareció destacar al máximo responsable de la victoria con su actitud al verse prisionero por culpa de una caída de caballo. Sus captores lo llevaron al condestable de Borbón para iniciar las formalidades de aceptación de la derrota. Pero el emperador francés consideró humillante rendirse a quien no dejaba de ser un traidor a Francia y pidió ser recibido por Lannoy. Con ello, dejaba en segundo lugar a Francisco de Ávalos, sin duda el militar más avezado de los imperiales, y principal artífice, junto con Leyva, de la victoria. Pescara acudió a presencia del rey, y dice el historiador Domenico Parrino que Francisco I, le halagó diciendo que envidiaba al emperador Carlos por contar con un vasallo tan ‘gran capitán’. Cabe pensar que habló así para avergonzar a los demás prisioneros, entre los que estaba el legado del Papa.

No fue el marqués de Pescara, sino Lannoy quien se encargó de transportar a los principales nobles franceses hasta Nápoles en dieciséis galeras imperiales y seis francesas que llegaron desde Marsella. Pescara se adelantó a acondicionar el Castillo Nuevo para recibir a al ilustre cautivo. Lannoy intentó lograr unas condiciones de paz satisfactorias para presentarlas a Carlos V, pero vistas las reservas del Legado pontificio, optó por no correr riesgos. Sin consultar al marqués de Pescara, decidió embarcarse custodiando al rey de Francia para reunirse en Madrid con el Emperador. Una pieza tan valiosa anunciaba cesiones importantes y cada protagonista del momento tenía pensadas las suyas. Lannoy acariciaba la idea de recuperar Borgoña, mientras que los italianos fieles creían poder asegurar la posesión de nuevos territorios. Prevaleció en el ánimo del Emperador la exigencia del holandés, la más difícil de aceptar por Francisco I. Prueba de ello es que cuando se vio libre, el rey de Francia fue impedido por su Consejo de cumplir

algo tan gravoso para la integridad de la nación francesa como la pérdida de Borgoña y del Franco Condado. Tampoco fue una decisión muy acertada del Emperador premiar a Lannoy con el principado de Sulmona, tan cerca del marquesado de Pescara. D'Avalos protestó por la parcialidad manifiesta de Carlos V hacia su amigo flamenco y retó a éste a un duelo. Fueron necesarias las buenas palabras del propio Emperador para calmar al marqués.

Clemente VII trató de aprovechar el resentimiento de D'Avalos y le hizo partícipe de una conspiración contra la dominación española, dirigida por Girolamo Morone, secretario del duque de Milán. El marqués de Pescara fingió acceder (otros dicen que estuvo tentado por la promesa del Papa de coronarlo Rey de Italia) para finalmente dar cuenta al Emperador de la conspiración, que colmó la paciencia de Carlos V y le indujo a imponer su dominio por las armas en toda Italia.

Con la muerte del marqués de Pescara, ya como gobernador de Milán, en diciembre del año 1525, Lannoy perdía un compañero de armas y ganaba algo de tranquilidad con respecto a las intrigas del Pontífice.

Antes de abandonar la figura del famoso marqués, Fernando de D'Ávalos, unas palabras sobre su lugar en la Historia de Italia. El *Dizionario storico degli Italiani* se lamenta de que traicionase al Papa Clemente VII, al que se presenta como propulsor de una Italia independiente. Esta apreciación tropieza con algunas consideraciones: 1) la idea de una Italia independiente de Francia y España en el siglo XVI es más romántica que realista. 2) Los Ávalos eran de origen español, provenientes de Aragón y Navarra. 3) Fernando estaba casado con Vittoria Colonna, miembro excepcional de una familia con intereses contrapuestos a los del Vaticano. De la armonía entre los marqueses da buena prueba el panegírico que ella le dedicó en un *Discurso sobre el amor*. Resulta difícil imaginar a una Colonna participando en una conjura

contra los españoles, patrocinada por venecianos, ingleses, franceses y suizos.

Volviendo ahora a Lannoy, la figura del virrey adquiere nuevo protagonismo por su papel en la venganza de Carlos V por el incumplimiento del Tratado de Madrid, en lo referente a Borgoña y sobre todo por la afrenta que de la Liga de Cognac contra el Imperio, impulsada por Clemente VII.

A pesar de seguir siendo virrey de Nápoles, Lannoy permaneció en España aconsejando a Carlos V en tiempos tan revueltos. Su ausencia fue vista como una oportunidad por el ejército francés de Italia, que descendió sin parar en Nápoles hasta la costa de Amalfi, ocupando Salerno y luego Sorrento. Aquel descuido movió a Lannoy a volver a Italia logrando expulsar de la costa de Amalfi a los franceses con facilidad. A continuación, procedió a mejorar las defensas de las ciudades que habían sido apresadas por el enemigo.

En el Norte, las tropas de Charles de Montpensier, uno de los hombres más ricos de Francia, se encontraban ociosas y sin dinero, por falta de recursos. Al igual que el marqués de Pescara había solucionado un problema idéntico permitiendo el saqueo de la villa de Como, el resentido Borbón no tuvo empacho en proponer un asalto a Roma, con la excusa de servir al Emperador. Según narra Giannone, el Papa fue advertido de que, si no se rendía, corría peligro su vida, ya que no habría forma de controlar a los mercenarios alemanes, casi todos luteranos, empobrecidos y hambrientos. Sin embargo, el Papa en lugar de pactar se refugió en el castillo de Saint Angelo con algunos cardenales. El Condestable de Borbón murió escalando uno de los muros, quedando como jefe del ejército imperial Filiberto, príncipe de Orange. El virrey Charles de Lannoy, que había tratado en vano de disuadir al Borbón de atacar Roma, logró una tregua cuando ya la ciudad había sufrido un saqueo abominable. Indignado por los acontecimientos, Lannoy decidió

abandonar la ciudad y retornar al reino de Nápoles, a seguir gobernando como virrey. Pero al hacer noche en la villa de Alerza, a pocos kilómetros de la capital, se sintió mal y murió repentinamente, sin que se conozca la causa. Según Parrino pudo ser una venganza de la familia Ávalos, o haber sido víctima de sus excesos amorios con una bella vecina de aquel lugar. Ambas hipótesis parecen simplistas. Lo más probable es que fuese un envenenamiento de mano desconocida relacionado con las complejas relaciones familiares entre la nobleza napolitana.

Hugo de Moncada

1527-1528

Ya quedó dicho que las largas ausencias de Lannoy permitieron que Nápoles estuviese gobernada por un italiano durante tres años. Lo más destacable de su gobierno fue la decidida forma en que salió a la calle para arengar a los vecinos previniendo una conjura favorable a Francisco I, en los tiempos en que el papa Clemente VII alentaba al marqués de Pescara para que se convirtiese en rey de Italia. Luego, con las derrotas de los franceses en Bicoca, Sieta y Pavía, el lugarteniente Andrea Carafa pudo gobernar con mayor tranquilidad hasta su muerte a los setenta años, que ocurrió casi al mismo tiempo que la de Lannoy. A falta de ambos, y en espera del nuevo virrey, tomó las riendas del Reino el entonces decano del Consejo Colateral, don Luis de Montalto.

Correspondió a don Hugo de Moncada, antiguo virrey de Sicilia y gobernador entonces de Calabria, la tarea de asumir el mando de Nápoles en un momento especialmente crítico. El ejército que había sido protagonista del terrible saco de Roma, dirigido por Charles de Lannoy, se encontraba prácticamente a las puertas de la ciudad. Antes que las tropas de Lannoy, habían podido entrar las del marqués del Vasto y las de Ascanio y Camilo Colonna. Tanta soldadesca había dejado la ciudad sin víveres. La indignación contra los alemanes y españoles por el saqueo de Roma movió a la Liga de Cognac a someter a la capital de Nápoles a un asedio por mar. La empresa fue encomendada a un marino tan experto como Filipino Doria

quien se presentó en la bahía con ocho galeras, de nombre “Pellegrina” “Donzella” “Sicana” “Nettuno” “Mora” y “Signora”, más otros dos barcos.

En el puerto de Nápoles había seis galeras y algunos mercantes que podían ser armados con cañones provenientes de tierra. Hugo de Moncada, que había presenciado la vesania de las tropas aliadas en Roma, se resistía a dejarlas entrar en Nápoles. Por otra parte, el general francés Lautrec impedía el socorro por tierra. Y en horizonte Oeste tenía nada menos que a un Doria.

El mejor marino que los napolitanos podían oponer al genovés se llamaba Fabrizio Giustiniani, quien desaconsejó salir a presentar batalla, creyendo preferible salir del asedio con la ayuda de los lansquenets germanos. Fueron de su misma opinión los nobles italianos. Pero ello suponía abrir las puertas de la ciudad a los conquistadores de Roma. Y Moncada dijo que era preferible romper el cerco marítimo. Las reticencias del marqués del Vasto y de los hermanos Colonna no llegaban hasta el punto de dejarle salir solo con Giustiniani en la galera capitana, por miedo a sus reputaciones en caso de una victoria de Moncada. A regañadientes, subieron a sus galeras respectivas. En cuanto a las tripulaciones, las enemigas eran muy expertas, mientras que en el puerto de Nápoles se embarcaron soldados de tierra, unos seiscientos españoles y doscientos alemanes. Algunos artilleros instalaron cañones procedentes de los bastiones en dos balandros que se añadieron a la flota, para simular un número comparable a las genovesas.

El combate se libró en aguas de Salerno, frente al cabo de Orso. Transcribo la versión de aquella batalla que ofrece la crónica de Gaspar de Baeza, ayudante de Moncada, que fue testigo de excepción en la última ocasión de Moncada, que también terminó en fracaso. Los historiadores italianos no ofrecen detalles tan concretos como los de Baeza. La tomamos desde el momento en que las dos galeras capitanas se encuentran frente a frente:

Enderezaron ambas las proas para embestir, y el marqués del Vasto decía a don Hugo que hiciese disparar presto la pieza más gruesa de su galera porque con el humo no pudiese el conde enderezar la suya. Dilatólo tanto don Hugo que el conde [Filippino], que no tenía otro cuidado, disparó contra la capitana de don Hugo una pieza gruesa llamada basilisco, cuya terrible pelota, quebrando arriba del espolón la rumbada, hizo una horrible matanza, y voló de la proa a la popa por la cruxía con tal furia que habiendo muerto más de treinta soldados y marineros, mató en la popa muchos hombres principales y en ellos a don Pedro de Cardona, siciliano, pariente del marqués del Vasto y a Luis de Guzmán, español, músico de admirable dulzura.

Dice luego Baeza que las otras dos galeras de Moncada, la *Perpiñana* y la *Calabresa*, embistieron contra las genovesas *Fortuna* y *Serena*, y que, teniéndolas ya casi en su poder, al ver derribado el estandarte de la capitana de don Hugo, se dieron a la fuga “cosa de gran maldad y que fue muy reprendida”. Continuaba la batalla y...

...Murieron de los imperiales, ahogados y a hierro, cerca de setecientos soldados viejos y entre ellos: Machin Daya, vizcaíno, Barreda, Zambrón, y Juan Vizcaíno, valentísimos capitanes de infantería. Fueron presos el marqués del Vasto, Ascanio Colona, don Francisco Icarte, hermano de don Luis Icarte, castellano de Nápoles, don Felipe Cervellón, Juan Gaetani, mosiur (sic) de Bauri, flamenco, y los nobles caballeros Aníbal Genaro y Camilo Colona, famosos por la amistad de don Hugo. Fueron a fondo dos galeras y otras dos tomó el conde Filipin, las otras dos huyeron. Dióle la victoria al conde la artillería, y acertar en partes

tan peligrosas. Fuéle asimismo de grande efecto que desherró a sus remeros moros y turcos y les prometió la libertad, si venciese, los cuales, aunque estaban desnudos, peleaban animosamente con espadas y rodela. Perdió el conde Filipin hasta quinientos hombres.

La victoria pudo caer del lado hispano, pero, en el caso de Moncada, parecía como si la diosa Fortuna no quisiera favorecer a los audaces. La crónica de Baeza ofrece los últimos momentos de Hugo de Moncada:

La huida de las dos galeras dio luego la victoria al conde porque don Hugo, en cuyo ánimo nunca entró pavor, viendo la tempestad y furia de las pelotas y que peleaban cuatro galeras con la suya, no llegando mano ‘a mano, apartóse un poco de la popa y con la espada desnuda y un escudo tendido cubriéndose con él contra las pelotas que por todas partes volaban allí, no habiendo osado nadie acometer, acertóle una pelota de un arcabuz en el brazo diestro, y otra de un falconete en el muslo siniestro: y de esa manera, este varón de ánimo invencible, ornamento de nuestro tiempo, cayó muerto, y su dichosa ánima voló a vida más bienaventurada, aun no habiendo cincuenta años.

Fue Hugo de Moncada ejemplo de gobernante animado de un interés que se concentraba en favorecer (o no perjudicar) al pueblo humilde, por un lado, y servir con lealtad, valentía y su patrimonio al Emperador. Entre ambos polos, demostró ser ciego para relacionarse, congraciarse y escuchar los consejos de los nobles, eclesiásticos, y mercaderes. No supo beneficiarse de su acceso al rey de Francia, pese a haberle sido encomendado su amistad por el propio Carlos V. No sacó provecho alguno de sus excelentes relaciones con los

Borgia, durante su estancia en Roma. Y, sobre todo, fue totalmente insensible a los halagos y amabilidad de los sicilianos, en su etapa como virrey. Molestos con alguien tan esquivo, y cuyo origen no lo hacía temible entre los aristócratas, fue objeto de críticas y acusaciones. Parrino, en su *Teatro crítico*, habla como Pilatos, al decir que no encuentra delito alguno en la conducta de Moncada. Ni siquiera en el hecho de que estuviera presente en el primer saco de Roma,

Mirando a su gobierno en Sicilia, hay que decir que se creó demasiado enemigos en dos frentes temibles a) el recién llegado tribunal de la Inquisición, al que menospreció y b) los grandes deudores del fisco, con los que no tuvo piedad. Al morir Fernando el Católico, hubo un breve interregno, que fue aprovechado en Palermo para dudar si el Emperador le confirmaría. Moncada falsificó una carta de la madre del Emperador, la reina Juana. Aquello se supo y el virrey optó por trasladarse a Mesina. La isla se hizo ingobernable. En Palermo asumió el mando Pietro Cardona. El asunto pasó a Bruselas, con embajadores sicilianos acusando a Moncada y éste defendiendo su inocencia. Blasi cita al historiador Maurolico, para el cual Moncada:

Ugo, de quo dictum est, genere Hispanus, patria Barcinoniensis, cognomento Moncada, vir fuit ambitiosus, cupiditate et lascivia isigni.

Con respecto a las acusaciones de corrupción y de lujuria que le hicieron los sicilianos, los consejeros flamencos del Emperador pudieron constatar su casi impuesto celibato, y escaso patrimonio, después de tantos años en Italia. Sobre excesos sexuales, el propio Moncada comentaba con humor que casi hubiera deseado que fueran ciertos. Sobre la avaricia y rapiña realizada en feudos de la nobleza, pudo probar que, de todo lo embargado, el emperador resultaba ser el *último beneficiario*. Llama la atención en la biografía de

Moncada que en varias ocasiones la Corona reconoce estar en deuda con él, ordenando se le vaya pagando a plazos. Moncada no invertía sus sueldos en comprar predios, sino en organizar flotas y pagar soldadas más o menos propias, con abonos en una cuenta imaginaria suya en la Tesorería real. Lentamente los servicios de Moncada pasaron, de ser sólo militares, a incluir un componente económico.

A diferencia de la mala fama que conserva en Italia, en España, y sobre todo en Valencia, Hugo de Moncada es tenido por un personaje valiente, influyente y leal. Esta percepción se basa en documentos históricos que muestran la continuidad de Moncada como fiel servidor de la Corona hasta el momento de su muerte y el respeto y agradecimiento de Carlos V a sus servicios. El párrafo siguiente es de una carta que escribe el emperador al siguiente virrey de Sicilia, Ettore Pignatelli:

Es porque el dicho don Ugo se queja mucho que habéis hecho recompensar a los otros que entonces y después fueron saqueados y damnificados, y que para él no se falla forma: mucho vos encargamos que miréis en proveerlo de manera que, por una vía o por otra, le sea reintegrado de los daños recibidos, pues fueron en servicio nuestro, y no cesa de servirnos y gastar bien su hacienda con los daños y destientos que vos mesmo veis.

Algunas veces los servicios de Moncada no salían tan bien como sería de desear. En 1519, el mismo Carlos escribe a su embajador en Roma; “Entre las otras personas que se perdieron en la rota y afrenta que *nuevamente* D. Hugo de Moncada, nuestro capitán general de la mar ha habido en la costa de Cerdeña con fustas y armada de turcos, fue muerto y preso D. Carlos de Urries” etc. A pesar de ello, el César siguió confiando en Moncada y, al año siguiente, lo confirmó como

almirante de una armada de cincuenta y seis naves, para que restaurase el honor perdido en la isla de Gelves.

Por una vez, Moncada tuvo suerte ocupando la isla sin un tiro y pactando con el jeque la sumisión perpetua al Emperador aderezada con un generoso tributo anual. Leemos en la biografía que Gaspar de Baeza escribió a petición de una sobrina de Moncada, sabedora de que había estado con su tío en aquella ocasión.

Concertado esto, el jeque envió a suplicar a D. Hugo que fuese a comer con él al Coco, lugar de la isla. Don Hugo aceptó sin miedo alguno, fue la compañía, y, estando comiendo, sonó ruido y grito de más de seis mil moros que cercaron la casa donde D. Hugo comía. Alteróse D. Hugo, y visto por el jeque dijo al intérprete: “Decí a su Señoría que no tema, que esto es fiesta que le hago por darle placer”. “Tal placer te dé Dios” dijo D. Hugo sonriéndose. Acabada la comida, el moro acompañó a D. Hugo hasta la mar; y entrando en su galera D. Hugo le hizo un presente y mucho regalo.

Desde Bruselas el emperador escribió a Moncada:

Recibimos vuestras letras con el comendador Sangüesa. el cual nos fizo extensa relación de todo lo que pasó en la isla de Gerbes y del apuntamiento y estado en que quedaba, y nos comunicó la instrucción y memoriales que vos le disteis, por donde quedamos muy bien informados de todo lo necesario. Nos habemos dado muchas gracias a Dios nuestro Señor por la merced que nos ha hecho en darnos tan honrada victoria, donde vos habéis bien mostrado quien sois y lo que vuestra persona vale. Etc.

Fue casi su única gloria militar. La biografía de Hugo de Moncada se resiente de un componente poco normal de mala suerte. Porque, si bien la decisión de ahorrar a los napolitanos la servidumbre de soportar soldados venidos de saquear Roma estaba bien intencionada, mejor hubiera sido esperar unos pocos días más. Tras la batalla naval del cabo de Orso, Filippino se llevó a Genova los ilustres prisioneros para presentarlos a su hermano Andrea, verdadero impulsor de la empresa. Fue él quien aconsejó, la estrategia de simular una retirada y girar en redondo sorprendiendo a un enemigo que ya se creía vencedor. Pero el giro más sorprendente fue el que presenciaron los hermanos Colonna y el marqués del Vasto, cuando Andrea les comunicó que sentía lo ocurrido en Nápoles y que a partir de entonces podían considerarse aliados. Sorprendentemente, el jefe de la familia Doria, harto de la poca generosidad de Francisco I, había decidido pasarse al bando de Carlos V. Nápoles estaba salvada. Pero muchos españoles yacían inútilmente en el fondo del mar mientras el cadáver de Moncada era repatriado a su ciudad natal.

Filiberto de Chalons, principe de Orange

1528--1530

Las muertes del Condestable de Borbón, de Carlos de Lannoy y de Hugo de Moncada, hacían pensar en un castigo divino por la sacrílega actuación de las tropas imperiales durante el saqueo de Roma. La excepción parecía ser Filiberto de Chalons, que tomo el remplazo de Carlos de Borbón, herido de muerte al tratar de superar una de las murallas. El reino de Nápoles sufrió entonces dos invasiones simultáneas: la de los franceses del mariscal Lautrec por la región de Calabria y la de los venecianos en la costa Adriática, dirigidos por Camilo Orsini. Pasaron a dominio enemigo muchas tierras y dominios. Filiberto se dispuso a una batalla que eliminase la amenaza que se cernía sobre todo el reino y eligió la villa de Troya, pero fue disuadido por el marqués del Vesto y por Fernando de Gonzaga, aduciendo que dejaba desguarnecida la capital, con fatales consecuencias en caso de ser derrotado en Troya. La intención secreta de Filiberto era la de devolver el poder en la ciudad a los partidarios de los Anjou, por lo que acampó al lado de las huestes de Lautrec que mantenían el asedio por tierra, con la idea de que el hambre acabara con la resistencia de los vecinos.

Aunque el bloqueo naval de Filippino se diluyó, gracias a Andrea Doria, los franceses seguían acampados a las afueras. En circunstancias tan angustiosas, dice el

Parrino que *un tal Virticillo, jefe de los invasores venecianos, que había sido perdonado por Moncada*, logró introducir de noche gran cantidad de ganado, al tiempo que contaminaba las aguas que daban de beber a los asaltantes. Los napolitanos pudieron comer y los soldados de Lautrec morían hasta quedar reducidos a una tercera parte. Lautrec se lamentaba de no haber escuchado a quienes le recomendaban abandonar aquel lugar pestífero, y acabó sucumbiendo el mismo a su obstinación. El autor del *Teatro istorico* refiere que fue enterrado primero en una tumba de arena en Montalto, y luego movido por diversos lugares en un ataúd de madera, hasta que Gonzalo Fernández de Córdoba, enterado de la fúnebre peregrinación, ordenó que se le diera sepultura en la Iglesia de Santa María La Nuova, que el mismo fundara.

Con la llegada de Filiberto se produce en el reino una purga de nobles terratenientes, acusados de haber permitido a los franceses entrar en sus dominios, abriendo las puertas de las villas y ciudades que les estaban encomendadas. No les valió excusarse diciendo que el propio Hugo de Moncada les había recomendado que lo hicieran con el fin de evitar matanzas de gente inocente. Para averiguar los culpables de deslealtad al soberano, Filiberto se dejaba aconsejar de Girolamo Morone, personaje siniestro a quien nombró secretario suyo.

En la biografía de Filiberto, hay una circunstancia que explica en parte esa obsesión de confiscar a unos y hacer ricos a otros. Había nacido en Noceroy, villa del Franco Condado, perteneciendo a la familia flamenca de los Orange. Como tal, sus extensos dominios le fueron confiscados por Francisco I. En virtud del tratado de Madrid, el emperador francés se obligaba a restituirlos, lo que hizo concebir esperanzas a muchos, entre ellos al anterior virrey Carlos de Lannoy. Pero la negativa del Consejo de Francia a cumplir lo pactado, convirtió a

Filiberto en uno de los mayores enemigos de Francisco I. De ahí la fruición con que Filiberto se vengaba arruinando partidarios de quien le había despojado a él de todos sus derechos. No sólo les quitaba sus tierras, también sus cabezas. Entre quienes todo lo perdieron hay que recordar a Arrigo Padone, duque de Podano, junto con otros cuatro nobles. Se libraron del verdugo huyendo a Francia: el príncipe de Melfi, el duque de Sommma, el conde de Nola, y el duque de Morcone. Otros lograron conservar la vida acudiendo a la clemencia del Emperador. Pero se quedaron sin tierras: el marqués de Corato, el conde de Montorio, el duque de Gravina y el marqués de Oria. A estos dos últimos el Emperador les indemnizó. Parte del dinero para estas compensaciones lo obtenía el virrey a base de perdonar a poblaciones que habían mostrado parcialidad hacia los franceses, a costa de imponer donativos cuantiosos a otros, llegando incluso a aceptar el producto de la venta de vasos sagrados de las iglesias.

El carácter vindicativo de este virrey, contra un enemigo tan lejano y extranjero como el rey de Francia, encontraba contrapeso emocional en premiar la lealtad como a él le hubiera gustado recibir en su feudo natal. Se concedió a sí mismo la villa de Alcoli, en la provincia de Puglia. El acusador Morone fue premiado con el ducado de su mayor víctima: Bosano; Venasto fue entregada a la familia de Lannoy; Ariano: a Ferrante Gonzaga; Montesarco: al marqués del Vasto; las tierras de Camilo Orsini pasaron a Ferrante de Alarcón; y Corato fue adjudicada a un compatriota borgoñón, llamado Francois Rudet, señor de Beuri, para desesperación de sus antiguos dueños, los marqueses de Aquino.

A esta relación, tomada del *Teatro Istorico*, su autor añade que Filiberto exigió a los afortunados que salieran de sus posesiones con tropas propias para terminar de erradicar la resistencia que quedaba en Calabria. Fueron expediciones poco afortunadas a falta de verdadero estímulo.

Con la paz de Cambrais, los Médicis recuperaron parte de sus dominios. Los venecianos dieron por perdidas sus aspiraciones en los Abruzo y los afrancesados del reino de Nápoles, al saberse olvidados en el Tratado, renunciaron a seguir luchando. ´

Vino poco después la imposición de la corona de oro a Carlos V en Aquisgrán de manos de su antiguo enemigo, el papa Clemente VII. Algunos caballeros napolitanos fueron encumbrados a la grandeza, simbolizada en no quitarse el sombrero en presencia del Emperador, entre ellos el príncipe de Salerno, el marqués de Laino, el marqués del Vasto, el príncipe de Stigliano, el gran Protonotario del Reino, Ferrante Spineli; el duque de Castrovillari, el conde Carlat, y otros.

Más sustanciosa fue la gracia concedida a los caballeros de la Orden Hospitalaria, conocidos como de Rodas, a quienes entregó el archipiélago de Malta, contentándose con recibir como donativo anual una vasija con figura de halcón llena de monedas de oro. Quienes no consiguieron nada en el Tratado fueron los florentinos, que encontraron oídos sordos a sus súplicas al Emperador. Sintiendo injustamente castigados, pidieron ayuda a los vecinos de Pisa, quienes acudieron mandados por Francesco Ferrucci. Con el fin de evitar la sublevación, fue llamado el virrey de Nápoles a desbaratar la ayuda de los Pisanos. En aquella batalla, llamada de Gavinana, murió Francesco Ferruci y Filiberto de Orange quedó malherido. Era el año 1530, dos después de haber sido nombrado virrey. No pudo recuperarse de sus heridas y falleció el 3 de agosto. Importa la fecha exacta por lo que escribo a continuación.

La crónica de este virrey no debe dejar en silencio dos aspectos anecdóticos. El primero es de orden poético y tiene que ver con la *Academia Alfonsina*, creada por el rey de Aragón Alfonso en Magnánimo, y luego conocida como *Porticus Antonianus* en reconocimiento a su impulsor Antonio Becadelli, y finalmente *Porticus*

Pontanianus, por Giovanni Pontano. Las primeras reuniones tuvieron como sede el Castillo Nuevo (o Castel Nuovo). Vivía en Nápoles un joven poeta de nombre Jacopo Sannazaro, inteligente y culto que había conocido de cerca al rey Alfonso y a su amada Lucrecia d'Alagno. Fue uno de los poetas que escribió versos en su honor. Se hizo famoso con una obra que renovaba el estilo pastoril de Virgilio a la que puso el nombre de *Arcadia*. Entre los asistentes a la Academia estaban españoles como Juan de Valdés o Garcilaso de la Vega que conoció a Sannazaro en 1532. El poeta italiano vivía en un retiro ajardinado con una pequeña torre conocida como *Torre Mergogliana*, regalo del rey Federico. La leyenda dice que Filiberto de Orange lo destituyó de esta posesión y hasta mandó derribarla, por sus críticas. Sannazaro tenía entonces más de 70 años, era muy apreciado y conocido en toda Europa. Se marchó de Nápoles a vivir fuera del alcance del virrey. Al conocer la noticia de su muerte a las puertas de Florencia, pronunció la frase que ha quedado para la Historia: *En el día de hoy las Musas han vencido a Marte*. Las biografías más recientes sitúan la muerte de Sannazaro el 6 de agosto, en el palacio de Altomari, propiedad de Casandra Marchese, amiga del poeta, dos días después de la del príncipe de Orange.

El segundo apunte anecdótico versa sobre el diario de gastos de Filiberto, diario que mantenía su secretario. Llama la atención que sólo recoge asuntos nimios en fechas tan señaladas como el saco de Roma o la de su misma muerte. Del texto se deduce que la vida de aquellos príncipes, rodeados de miles de soldados y equipaje voluminoso, transcurría en tiendas de campaña. Entre batalla y batalla: largas jornadas de viaje y mucho tiempo dedicado a juegos, con apuestas variadas. También puede verse la importancia de la adquisición de ropas y ornamentos para el atuendo personal. Y la siempre dudosa situación de la tesorería principesca. Tomo las fechas del primer saco de Roma, del viaje como virrey a Nápoles y de su muerte en Florencia.

***Mayo 1527**

El día 1 el señor y su equipaje en Viterbe

El día 2 el señor y su equipaje en Rousillon (Ronciglione)

El día 3 y 4 acampada en Lissule (L'isola)

El día 5 el señor y su campamento frente a Roma.

Tras la muerte de señor de Borbón, que murió el 6 de mayo, el señor es el Jefe.

Del 6 al 31 de mayo, el señor y su equipaje permanece en Roma, tomada al salto el día 6.

A Regis (un escudero del príncipe) entregados tres sueldos por siete gallinas, que él a (sic) pagado a un cura al servicio del cardenal donde el señor está alojado.

El 9 de mayo, por haber traído al escudero Canoz (¿malherido?) hasta palacio

Ocho ducados a los trompetas de la vanguardia que han interpretado ante el señor, y seis ducados a los que tocaron durante la batalla.

Cinco escudos a Vernoy (otro escudero) que los había entregado al cirujano que se ocuparon del paje Dupin, herido en un pie.

El 29, Veinte escudos entregados por el escudero Chantrans a los cirujanos que restauraron (la cara) al señor, cuando resultó herido en la cabeza de un arcabuzazo frente al castillo de Saint Angelo. Dieciocho escudos a los trompetas del señor por sus salarios.

***Enero 1528**

Del 1 al 21 el señor y su equipaje están en Roma. El 21 parte para presentarse en Nápoles, adonde llega el 26 y pasa los últimos días del mes.

El 3 de Enero treinta y cuatro escudos al señor para jugar. Al señor de Falerans seis escudos para pagar unos guantes perfumados que ha comprado para el señor. Dos cañas y media de tela escarlata para hacer un mantón para el señor.

El 12 de Enero pierde jugando diez escudos

Doscientos escudos al señor que los ha perdido jugando contra un capitán español.

El 18 cinco escudos al señor, que los ha perdido al ajedrez contra el capitán Essen

.....

***Enero 1528**

Del 1 al 6 el señor y su equipaje permanecen en Nápoles. El 6 parte para Roma, a la que llega el 11. Permanece hasta el 17 y parte después de almorzar con todo el Ejército del Emperador como Capitán General del mismo y llega con su equipaje a Frascati.

.....

El 6 de febrero seis escudos al armero por una capa corta (estilo español) para el señor. Veinticuatro escudos de oro por dos selles, una de velours violeta, y otra de velours negra.

A Pierre Vauchier, por el viaje de siete mulas que han transportado en oro de Nápoles (exigido por los soldados)

Se componía este ejército de 4.000 españoles, 1.000 italianos y 5.000 alemanes. Su misión era enfrentarse al de Lautrec, que trataba de adueñarse de Nápoles.

***Agosto 1528**

El 1 de agosto, después de comer, el señor parte con su campo hacia Florencia, a enfrentarse a Ferruche. Salimos del llano para para la Montaña.

En Bordelet, diez escudos que entrega al maestro de scherma enviado de orden del señor desde Pistoya a L'Escarperie para que no deje pasar a Ferruche.

El 2 de agosto, el señor está en Lopoggio.

El 3, a Pistopia, el señor muerto.

Gastos diversos del señor para correos y mensajeros, cuando vivía, con comentarios sobre el matrimonio de la marquesa de Montferrat.

Para ajaezar el caballo que porta la bannerlle

Por los sayos, zapatos y paletots (negros) para los siete pajes, dos lacayos y dos muleros que transportan y permanecen junto a la litiere...

El cortejo fúnebre peregrinó durante meses por tierras de Italia, con solemnes exequias en Bolonia, y luego a través de Francia, acompañado de su viuda, hasta llegar a su ciudad natal el 23 de octubre de 1530. Con la muerte de Filiberto, añadida a las del Condestable en la muralla, Hugo de Moncada a bordo de una galera y Carlos de Lannoy a las puertas de Nápoles, dejaban de existir de forma violenta o sospechosa, y en un plazo de apenas dos años, los cuatro generales que se mostraron insensibles e incapaces de evitar el terrible saqueo de Roma.

Pompeyo Colonna, cardenal

1530--1532

Los cuatro principales responsables del saco de Roma eran extranjeros. Carlos de Borbón, Hugo de Moncada, Filiberto de Chalons y Carlos de Lannoy habían nacido fuera de Italia. Falta por mencionar un italiano, Pompeo Colonna, que es quien sitúa el conflicto entre españoles y franceses en un marco más amplio y arcano, con raíces puramente germánicas que se remontan al siglo XII. Me refiero a la rivalidad, tan glosada por Dante, entre güelfos y gibelinos, entre Florencia por un lado y Siena y Pisa por otro. Entre los Orsini, señores de las tierras al Norte de Roma y los Colonna, terratenientes del Sur. Ambas familias veían a los pontífices como ocupantes de una ciudad que miraban como suya.

El papa Clemente VII no tenía en 1526 enemigo mayor que Pompeo Colonna, romano de nacimiento y sumamente irritado por haber decidido el pontífice arrebatarse a los Colonna parte de sus territorios. Pompeo tomó la ciudad de Agnani, que era propiedad de los Papas, por lo que Clemente VII lo declaró enemigo de la Iglesia y alentó su persecución. Previamente, ya había sido excomulgado por Alejandro VI, en 1501. Julio II le restituyó fama y dominios. Cuando Hugo de Moncada, Charles de Lannoy y el mismo convencieron a Clemente de unirse a españoles y venecianos en una Liga Santa que parase los pies a la expansión otomana, hubo cordialidad

entre Pompeo y el papa de los Medici. La inicua maniobra de sustituir aquella concordia por la Liga de Cognac, dirigida expresamente contra los partidarios del Emperador, enardeció los ánimos belicosos de Pompeo. En su juventud había militado a las órdenes de Gonzalo de Córdoba, distinguiéndose en Cerniñola y Garellano. Era valiente y gustaba de retar a sus adversarios en duelo. Lo cual no obstaba a una sensibilidad culta y a una tendencia a disfrutar ampliamente de la su privilegiada posición social.

Frecuentaba las veladas literarias de su prima Vittoria y componía poemas a la manera de los renacentistas italianos. Huérfano desde niño, quedó tutelado por su tío Giovanni, responsable de haberlo obligado a entrar en Religión. Sus otros cuatro hermanos estaban casados y, si Próspero no aceptaba representar a la familia en el Sacro Colegio cardenalicio, se perderían las rentas de que disfrutaba Giovanni, como jefe de la familia. A partir de entonces, su empeño principal fue llegar a ser cardenal y, a ser posible: Papa. Por todo ello, la presencia de Pompeo en Roma durante la prisión de Clemente VII ha sido criticada por la pasividad con que contempló el saqueo, no ya de la ciudad, sino también del palacio del Papa. Alguno ha comentado que, a diferencia de Moncada y Lannois, Pompeo deseaba la muerte del pontífice, con la idea de ser sucesor. A partir de la coronación de Carlos como Emperador, Pompeo vio cómo su antiguo enemigo no ahorra cortesías, sabedor de ascendencia de los Colonna en la corte española.

Pompeo ya había ocupado el cargo de gobernador de Nápoles, durante la ausencia de Filiberto de Chalons por razón de tener Filiberto que enfrentarse a Francesco Gonzaga, a las puertas de Florencia, por orden del Emperador.

Cuando se vio convertido en virrey, Pompeo mandó anular los beneficios concedidos por Filiberto; limitó los sueldos de los cargos a no más de cien escudos; obligó a

los tesoreros a acreditar y poner por escrito la calidad de las monedas que recibían; y ordenó reintegrar los préstamos obtenidos para la guerra contra los turcos, entre otras pragmáticas de intención económica.

Quiso Pompeo asentar su autoridad mostrándose inclemente en grado extremo. La primera ocasión le vino al conocerse que uno de sus camareros, llamado Giovanni Battista de Alois, gentilhombre de Caserta, había dado un puñetazo a otro dentro de las estancias del palacio. Pompeo lo condenó a perder la mano derecha. Tanta severidad alarmó a la nobleza, tal vez lo que Pompeo pretendía. Se pidió la intervención de la persona más cercana a él: Vittoria, quien acudió a Ischia para pedir clemencia. Fue en vano. Se pensó entonces en doña Isabel de Villamarino, princesa de Salerno, musa entre otros poetas de Bernardo Tasso y del propio Pompeo. Isabel sólo logró sustituir la mano derecha de Giovanni por la izquierda.

El segundo caso que narra Parrino en su comentado *Teatro eroico*, supuso la ejecución de dos reos de latrocinios y violencias repetidas, que se ayudaban entre sí, pues lo que uno conseguía *con la espada*, el otro lo aseguraba *con la pluma*, como abogado defensor en causas amañadas, de manera que sus víctimas lo eran por partida doble. Un tercer caso vuelve a tener como protagonista a la princesa de Salerno, que había dado refugio a un malhechor huido de la justicia, creyendo poder ejercer un derecho de asilo, reservado a la Iglesia. Tuvo que ceder y entregar al delincuente, para evitar que Pompeo le embargase todos sus bienes.

Después de estos primeros rigores, Pompeo ejerció un mando más suave, aceptando la remisión de penas por otras menos severas, a cambio de sumas muy necesarias para la maltrecha Tesorería Real. No bastaron estas contraprestaciones para calmar la necesidad de fondos que el Emperador precisaba en su lucha contra *El Turco*, ya que la suma solicitada al Consejo fue de 600.000

ducados, imposibles de conseguir. Sobre todo, después de haber aportado ya 300.000 para la coronación del César en Aquisgrán. Propusieron los diputados completar el donativo con otros 300.000, pero el virrey no quiso descontar lo ya entregado. Pidieron licencia a Pompeo para presentarse ante el Emperador y hacer ver lo difícil de lograr sus deseos. Tampoco quiso el virrey autorizar el viaje. Pero no era fácil impedirlo. Los miembros del Consejo acudieron al virrey de Sicilia, Ettore Pignatelli, para que hiciera llegar a Carlos V las razones de la imposibilidad de entregar los fondos esperados. Para ello se pusieron de acuerdo en designar como embajador a Juan Pablo Cotaggio, duque de Monteleón. El viaje a Bruselas no carecía de peligrosidad, pero al fin Cotaggio pudo entrevistarse con el Emperador, quien quedó tan convencido que no solo aceptó las excusas del Consejo, sino que depuso a Pompeo de su cargo de virrey, y mandó en su lugar a alguien de su total confianza, como lo era don Pedro de Toledo.

Pocos días sobrevivió el cardenal a esta humillación. Estando en su jardín con el conde de Polcastro, dice el Parrino que se le antojaron unos higos “que en Nápoles se conocen con el nombre de *gentiles*” y le sobrevino una fiebre que acabó con su vida. Y añade que algunos murmuraban que los higos habían sido envenenados por un francés de nombre Filippetto, que servía como trinchador a su mesa, acompañándose de música muy apreciada por el virrey. Según unos incitado por algún personaje importante de Roma, según otros por la aversión que generaron sus versos a una dama *principalísima*. Sin embargo, su médico, que examinó cuidadosamente el cadáver, no encontró rastro alguno de veneno y atribuyó su muerte “a la nieve que gustaba mezclar con el vino después de las comidas, de forma *inmoderada*.”

Pedro de Toledo, marqués de Villafranca

1532--1553

Giovanni Evagelista Blasi, en su clásica *Historia de los virreyes de Sicilia* advierte el peligro de los gobiernos prolongados. Los reyes de Aragón habían planteado su presencia en tierras italianas como una especie de alianza de intereses, jurando respetar los fueros de las ciudades y mantener las instituciones, a cambio de contar con su colaboración económica y logística en la defensa del Mediterráneo cristiano, frente a la amenaza turca. Este contrato social se hacía extensible a contar con su apoyo en frente a ambiciones expansivas de Francia y de otros reinos italianos,

Ello suponía la no injerencia en las ambiciones internas de la nobleza, salvo que fueran a costa de injusticias contra el pueblo, a defender las costas, a no enriquecerse, a no mezclarse en matrimonio con la nobleza local, a tener pocos consejeros provenientes de España, a aceptar la administración de la justicia conforme a la jurisprudencia italiana y a no permanecer en el cargo más de tres años, salvo circunstancias extraordinarias. Mutatis mutandis, esta forma de entender la *Monarchía*, se corresponde con lo que cabe observar en los gobiernos virreinales de ultramar, donde el promedio de duración efectiva (excluyendo los interregnos por viajes) no supera los tres años.

Los cinco primeros virreyes de Nápoles no desentonan de esta forma de entender la presencia española en Italia. El gobierno de Pedro de Toledo se adelanta a su tiempo en que representa un primer ejemplo de absolutismo. De siempre, los viajes a la Corte eran práctica seguida, donde probar la veracidad de las quejas y lograr las derogaciones, restituciones o desagravios pertinentes. Era frecuente que se pidiese la remoción del virrey y su sustitución. Varias veces los napolitanos intentaron usar de este recurso contra Pedro de Toledo, sin lograr que el Emperador le retirase su confianza.

En un primer momento, no estaba claro si el cambio de talante era achacable a las ideas y esperanzas del propio Pedro de Toledo, o éste obedecía órdenes del Emperador. Las dudas se disiparon al observar su interés por entroncar no ya con miembros de la aristocracia napolitana, sino con príncipes del Norte de Italia.

Ya antes de hacer su entrada en Nápoles, la Corte española había mostrado cierta preocupación sobre la prepotencia de Toledo. Encargó a una persona de la total confianza del Emperador, su confesor García de Loaysa, que aleccionara al nuevo virrey en la forma de comportarse con la nobleza de Nápoles. Pero aquel manual se refería más bien a cuestiones de protocolo, cortesía y afabilidad. Nada decía sobre si podía, o no, unir a una de sus hijas con el noble más encumbrado de toda Italia: Cosme de Médicis, príncipe de Florencia.

Si la boda de Leonor se produjo inmediatamente después de la llegada a Nápoles de Pedro de Toledo, la de su hijo García sería el broche dinástico que el virrey urdió en Italia, casándolo quince años más tarde con otra Vittoria Colonna, sobrina de la poetisa amiga de Miguel Ángel Buonarroti (quien le hizo el boceto a lápiz que se conserva).

Entre ambas bodas, tuvo lugar un segundo episodio de alianza por matrimonios, que turbó a la aristocracia napolitana. Siguiendo la política de *divide y vencerás*,

Toledo concibió atraerse a una de las familias más poderosas del Reino, los Spinelli de Nápoles, colmando de distinciones al primogénito, de nombre Gian Battista.

El clan Spinelli era de origen florentino y actuaba como banquero real con sucursales en toda Europa. Para hacerse una idea de su riqueza baste decir que los archivos de su espléndida villa romana atesoraban manuscritos originales del Decamerón, de los *Triunfos* de Petrarca y códices con las cartas de Cicerón a su amigo Ático.

En 1540, cuando murió el patriarca Fernando Spinelli, el virrey Toledo vio el momento de casar a la mayor de sus hijas, Isabel, con Gian Battista, que había heredado el condado de Castrovillari, de manera que con la boda de Isabel el ya extenso patrimonio de los Spinelli se incorporaría al acervo familiar de Pedro, amén de gozar de su protección. Los esponsales tuvieron lugar en 1540. Sin embargo, la boda se demoró nada menos que 12 años, y para que se celebrase hubo de intervenir el propio Emperador, a instancias del novio. ¿Qué impedía a Isabel dar el paso definitivo? Los amores de su padre con la hermana de Gian Battista, la bella Vincenza. Hay que pensar en un enamoramiento irreprimible, teniendo en cuenta el escándalo que aquellos amoríos produjeron en Nápoles, ya que Vincenza no era libre; estaba casada con Pietro Antonio Caracciolo, hijo de Eleonor d'Aragona.

Por su parte, Don Pedro sí que era ya libre porque la virreina, María Pimentel Osorio, había muerto muy joven. La casaron con Pedro cuando ella tenía doce años. Fue una boda de conveniencia, en la que la pretensión de los Álvarez de Toledo se impuso a muchos otros pretendientes, que pensaban en emparentar con los Pimentel desde que María nació. Huérfana de ambos padres, había heredado extensísimos dominios y el título de marquesa de Villafranca, al año de nacer.

Antes de la pasión por Vincenza Spinelli, a don Pedro se le atribuyen otros amores, con descendencia, en España y en Nápoles. Pero Vincenza supo ocupar su lugar en el

afecto de Pedro, hasta convertirse en virreina de Nápoles en 1550.

Pedro de Toledo era más bien alto y no exento de atractivo para las damas. Se conservan retratos, entre los que destacan uno de Tiziano, enaltecedor, un grabado ecuestre, de Gian Paolo Bianchi, retórico; y un óleo anónimo, intimidante. Las tres imágenes coinciden con tres aspectos de la personalidad del virrey Toledo, y con tres períodos de su gobierno. El autoritario, el ilustrado, y el reaccionario.

La vena autoritaria se puso de manifiesto nada más llegar y ver el lamentable estado de la justicia y la opresión que los barones ejercían sobre artesanos y labradores. Para desesperación de algunos magistrados, Toledo empezó a conceder audiencias sin criterio selectivo, lo que le hizo ver los tres defectos endémicos de los tribunales: a) parcialidad hacia los poderosos b) lentitud y c) impunidad.

Empezando por lo último, eligió entre los barones al ejemplo más palmario de aristócrata culpable de graves delitos que permanecía impune, alardeando de ello. Y mandó que fuera decapitado junto con otro condenado, para no personalizar. Dio esta orden como autoridad máxima y sin esperar a la conclusión normal del proceso. A partir de entonces, la aristocracia vio en el virrey un enemigo del estamento nobiliario, que fomentó la unidad en contra suya. Siguiendo con el tema de la lentitud, Toledo acortaba los plazos, bien liberando a los prisioneros por haber pagado suficientemente sus culpas o mandándolos directamente al patíbulo. En cuanto a la venalidad, la táctica de Toledo era asistir a las deliberaciones, intimidando con su presencia y actitud crítica.

En un plano más constructivo, el virrey no estaba de acuerdo con lo que consideraba excesiva independencia de los tres tribunales de Nápoles: el de lo criminal (La Vicaría); el de los procesos civiles (de Santa Clara) y el del Fisco (La Cámara Real). Eligió el antiguo palacio de los Reyes de Nápoles y lo convirtió en un Palacio de Justicia único para

las tres instancias. En ese mismo edificio dispuso que existieran tres viviendas permanentes para los presidentes de cada corte. Mandó que los bajos del edificio se transformasen en cárceles. Y exigió a los miembros de la Colateral que gobernaba el Reino, que todos los sábados se pasasen por el edificio, conocido como Castillo Capuano, visitando los presos y presenciando algunos juicios. Para las causas civiles, que languidecían en una sala única, dispuso que se duplicasen los recursos, creando una segunda sala.

Todo ello fue incrementando su fama de autoritario, sin que ello hiciese mella en la conducta de Toledo, tan intimidante en comparación con la de sus predecesores. Un vistazo a las pragmáticas de este virrey muestra la contundencia de sus medidas. Al historiador Parrino le parecieron bien las siguientes: derribar las casas que gozaban de antiguos privilegio de asilo; destruir los pórticos y rincones de Nápoles donde pudieran esconderse delincuentes; establecer patrullas de vigilantes por las calles; pena de muerte para quienes asistieran a duelos; prohibición de llantos de plañideras en funerales; prohibición de *cencerradas* a viudas que volvieran a casarse; prohibición de las licenciosas fiestas de la vendimia en el campo; limitación a las cortesanas de ejercer en locales *acomodados*; normas sobre administración de las herencias femeninas; y la más polémica: pena de muerte para quienes raptasen a una mujer escalando balcones durante la noche. Esta pragmática dio lugar a un movimiento en favor de Colantonio Brancaccio que había sido sorprendido una noche, ignorando la severa prohibición. Acudieron al virrey pidiendo clemencia, la princesa de Salerno y la princesa de Sulmona. No hubo perdón. La misma suerte estuvo a punto de correr un caballero de nombre Paolo Poderico, salvado in extremis por su inesperada (o sobrevenida) condición de clérigo.

Esta faceta autoritaria ocupa los cuatro primeros años, hasta 1536, en que tiene lugar la visita del Emperador, que dio lugar a una imponente manifestación de apoyo popular,

con ceremonias de gran majestuosidad, y adulación de los barones, quienes abrigaban la esperanza de lograr, a base de seducir la voluntad de Carlos V, librarse de Pedro de Toledo. Fue en vano. Tras escuchar al enviado del marqués del Vasto, lo único que consiguieron fue la promesa de enviar un visitador en el futuro para que documentase los agravios.

Durante el segundo mandato, el virrey moderó su genio autoritario y, en cambio, aumento su interés casi obsesivo por engrandecer el aspecto visual de Nápoles. Pedro de Toledo fue un creador de urbanismo renacentista que convirtió a la ciudad de Nápoles en una de las más bellas de Europa, en su época. Los estrechos límites de la vieja muralla hacían inviable la presión inmigratoria proveniente del campo y del resto de Italia. Toledo no dudó en derribarla, con lo que Nápoles amplió su perímetro considerablemente, dentro de un nuevo espacio mejor amurallado, con cuatro puertas monumentales. En su recinto, muchas viviendas fueron derribadas para dar lugar a calles más limpias, rectas y abiertas. La nueva ciudad quedó dividida por la mitad, siguiendo la línea de la *Via Toledo*, que discurría entre dos de las puertas. Los espacios pantanosos e insalubres fueron desecados y convertidos en jardines o plazas; el agua necesaria volvió a fluir en fuentes de mármol, el Castillo Nuevo fue reconstruido y convertido en fortaleza... Éstas, y otras, medidas de buen gobierno, hicieron que la población de Nápoles aumentase hasta igualar la del París de entonces.

El celo constructor del virrey no se limitó a la ciudad. Surgieron fortalezas en Otranto, Lecce, Gallipoli, Trani, Barletta, Brindisi, Monopoli y Macedonia. La villa de Veste, saqueada por los turcos, fue reconstruida con largueza.

Cierto que la financiación de tanto esfuerzo arquitectónico desbordaba los recursos del Patrimonio Real. Pero, al menos, las cargas impuestas revertían en mejoras visibles en lugar de financiar las discutibles instancias bélicas de la Monarquía.

A diferencia de los donativos, consensuados con los Síndicos, las gabelas que se imponían con carácter finalista hacían soportar el coste a un grupo concreto de súbditos, quienes se sentían injustamente pagadores de obras destinadas a un público más amplio. Fue el caso de la que intentó imponer Toledo para cubrir los gastos de pavimentar las calles, gravando la venta de vino. La proclamación soliviantó a los vinateros, hasta el punto de rebelarse abiertamente contra el virrey. El cabecilla de la insurrección, de nombre Fuccillo, fue ejecutado.

Pasando a comentar la faceta literaria de Pedro de Toledo, su nombre va ligado para siempre al del poeta Garcilaso de la Vega. Garcilaso y Boscán habían sido compañeros de armas en el rescate de los Caballeros de Rodas, tras la invasión de la isla por los turcos. Cuando Pedro de Toledo se hizo cargo del gobierno de Nápoles, Garcilaso vivía en Hungría, expulsado de la Corte por haber apadrinado la boda de un sobrino partidario de los Comuneros de Castilla. Toledo influyó para rescindir el exilio y lo invitó a vivir en su Corte. Allí Garcilaso pudo ingresar en la *Academia Pontiana*, donde conoció a Tasso, Minturno y Tansillo. Allí se aficionó a las *Églogas* y *Bucólicas* de Virgilio y vio de emularlas en versos endecasílabos, en el estilo nuevo de Petrarca. Allí escribió la primera Égloga suya

*El dulce lamentar de dos pastores
Salicio juntamente y Nemoroso
he de cantar, sus quejas imitando*

...que dedicó a su protector “el virrey de Nápoles”. En la segunda (dedicada a Elisa, inspirada en su amor a la dama portugués Isabel Freyre) los primeros versos a la misteriosa María se corresponden con “la virreina”, María Pimentel.

*Aquella voluntad honesta y pura,
ilustre y hermosísima María...
...pienso cantar la voz a ti debida*

En el ámbito de la política social, Toledo siguió el ejemplo de otros virreyes, fundando un hospicio para mujeres desvalidas, aplicando al Monte de Piedad los recursos confiscados a los judíos, y favoreciendo la redención de los cautivos con la creación de la Santa Casa. Esta institución tuvo mucha importancia y actividad cada vez que una razia otomana saqueaba villas, como había ocurrido en Castro o Tierra de Otranto, pues en la mente de los captores estaban siempre los rescates de la Santa Casa. Este período intermedio del virrey Toledo ocuparía los años 1541 a 1547.

Vino después el tercer lustro que yo calificaría como reaccionario. Ese comentado exceso de duración en los gobiernos, que Blasi veía determinante, nubló la sagacidad demostrada por Toledo en los dos anteriores. La segunda venida a Nápoles del Emperador había hecho renacer en los barones (animados por el marqués del Vasto) la esperanza de lograr la salida del virrey. Durante la travesía de Sicilia a Nápoles, acompañaban a Carlos V, el mencionado marqués y los príncipes de Salerno y Bisignano. No quedó queja que no se plantease al César. El momento, antes de que Carlos pudiese hablar con Pedro de Toledo, no era el más adecuado. Al ver a su amigo en el muelle, el Emperador comentó: “Seáis bien hallado, marqués. No os encuentro tan grueso como me han dicho” a lo que Toledo contestó: “Ya sé que a Vuestra Majestad le han dicho que me había vuelto un monstruo. Sin embargo, no lo soy”.

El mal humor del virrey había aumentado por los rumores que le llegaban de composiciones conspiratorias escritas en las academias literarias. No sólo provenientes de la Academia *Pontiana*, que antes le había derrochado elogios y adulación. También se murmuraba contra él en la Academia de los *Desconocidos*, la de los *Serenos* y la de los *Ardientes*. Toledo decidió clausurarlas. Aquellos cierres fueron impopulares y la fama póstuma de Pedro de Toledo quedó ensombrecida para siempre.

Los barones creyeron poder comprar la voluntad del

rey ofreciendo, como donativo de la Asamblea, la fabulosa cifra de un millón y medio de ducados. Cada vez que la Colateral fijaba el donativo, se añadía una petición importante. Esta vez era la súplica era el cese de Toledo. No hubo unanimidad entre los *Eletti*. Y el emperador, juzgando que medio millón de ducados habían sido añadidos para compensar la remoción del virrey, sugirió reducir el regalo al millón restante, y mantuvo a Toledo en Nápoles.

En vista de lo cual, Toledo creyó poder reafirmar su autoridad introduciendo el Tribunal de la Inquisición, pese a que con anterioridad se había mostrado contrario a la idea. Con mucha razón, los napolitanos no veían paralelismo con el asunto el de los conversos de la Península Ibérica, dada la ausencia de trazas de islamismo en el Sur de Italia. En cuanto a los judíos, ya habían sido expulsados en 1540, en contra del criterio del propio virrey. El rechazo a la Inquisición y al antisemitismo dio lugar a una verdadera guerra callejera entre napolitanos y españoles, con el virrey encerrado en su fortaleza del Castillo Nuevo. Por las calles, los amotinados gritaban *Imperio, imperio et via don Pedro de Toledo, tirano*. Los soldados españoles llevaron la peor parte, con mas de 600 bajas, comparadas con unos 200 vecinos y milicianos de Nápoles. Durante esas jornadas sangrientas, el gobierno efectivo de la ciudad correspondió a Cesare Mormile. Sintiendo que habían ganado la partida, los nobles se valieron del privilegio de embajada, relatando los hechos de forma conveniente para su causa. Eligieron para ello a Ferrante de San Severino y a Placido di Sangro, que emprendieron viaje a Nimega para la entrevista. Por su parte, virrey encomendó su defensa a Pedro Gonzalo de Mendoza, marqués de Valle Siciliana, acompañado del síndico Domenico Terrazina (hermano de la famosa poetisa Laura) para que refrendase su versión:

El resultado fue amnistía para todos, menos para Mormile, San Severino, el Sangro y el prior de Bari, que huyeron a tiempo. Mormile se escondió en Roma y San Severino viajó a Constantinopla para urdir un nuevo ataque

naval contra Nápoles. Sus gestiones fructificaron. Una impresionante armada de 150 galeras se presentó el 15 de julio de 1552 en la bahía, frente a la ladera de Posillipo. Sin embargo, Toledo tuvo suerte y la armada volvió a Oriente sin disparar un cañonazo.

El historiador Parrino nada dice sobre este episodio. Sólo deja caer que Mormile traicionó a San Severino. Sin decir cómo. Gianonne es más explícito. Narra que, desde su exilio romano, Cesare Mormile añoraba Nápoles. Al ser uno de los conspiradores, conocía los detalles de la operación. Viajó de incognito a través de territorio vaticano, entró en el Reino, y se introdujo en la ciudad. Sus dotes persuasorias hicieron que el almirante otomano Sinan Bassa aceptase llevar anclas y retirarse a Oriente, a cambio de 200.000 ducados, que Mormile se encargó de recaudar, posiblemente, con la ayuda del virrey. Obtuvo así no sólo el perdón real y la promesa de recuperar sus extensas posesiones, sino también el agradecimiento de toda la ciudad. (Y añade, que por haber sido enajenado su patrimonio con anterioridad, tuvo dificultades a la hora de hacer valer sus derechos).

El fin del gobierno de Pedro de Toledo tiene lugar en Florencia, en 1552, a donde el emperador lo mandó llamar para que liberase a la ciudad de Siena de una rebelión contra el gobernador. En el ánimo del Emperador debió influir el hecho de que el príncipe Cosme de Florencia era yerno de Pedro. El virrey salió del puerto de Nápoles en enero de 1553 con 30 galeras que transportaban dos mil soldados. A su edad, con 68 años, don Pedro estaba ya para pocas guerras. En realidad, quien mandaba de hecho las tropas, una vez en tierra, era su hijo García. Pedro de Toledo se movía lentamente, acompañado de una verdadera corte de consejeros y servidores. También su llevó consigo a su segunda esposa, Vincenza Spinelli, que lo cuidaba. Llegados a Florencia fue recibido por su hija Leonor y por Cosme. La recepción fue muy ceremoniosa, pero ambigua en lo político, porque Cosme dudaba entre seguir honrando su

compromiso con la nación de su esposa o favorecer las ambiciones de Hipólito del Este, partidario de Francia. Unos dicen que, de resultas del prolongado viaje, otros que víctima de una pócima, el hecho es que don Pedro sintió que iba perdiendo fuerzas paulatinamente y murió en una cámara del *Palazzo Vechio* florentino, el 23 de febrero, a decir de Parrino: *en brazos de doña Vicenza*. Y, al cierre de su capítulo sobre este virrey, el historiador emite el siguiente juicio crítico:

Ministro del cual siempre se alabará la gravedad en el trato, la sagacidad en los negocios, el celo de la Justicia, la amenidad en el hablar, y todas otras partes que lo adornaban y lo hubieran rendido gratísimo a sus súbditos, si hubiera sabido moderar la austeridad de su genio, la pertinacia en los odios, los deseos de venganza y el amor a las damas, por encima de lo que convenía a la suma de años y del Poder que administraba.

(Pedro Pacheco, obispo de Jaén)

1554

Si el gobierno de Pedro de Toledo puede ser tenido como un primer ejemplo del *absolutismo* que acabaría imponiéndose en la política europea, el de Pedro Pacheco fructificó en un retorno al modelo primigenio, de respeto escrupuloso al autogobierno y a las instituciones italianas.

Lo primero que hizo Pacheco al hacerse cargo del Reino fue restaurar las libertades suprimidas por su antecesor, devolviendo a la Prelatura Regia, al Protomedicato, a la Colateral y Capellanía Mayor y a los jueces, independencia de criterio en sus actuaciones.

Esta política de respeto a los órganos de gobierno no quería decir que tolerase los abusos o la corrupción fácilmente observable en el día a día de los procesos. Al contrario, al mismo tiempo que prohibía que se embargasen los bienes a los acusados de herejía, las torturas y los encarcelamientos sin garantías legales, promulgó dos pragmáticas que, a decir de Coniglio, *tocaba a due punta delicatissimi* en el sentir de los magistrados: por un lado, negó a los jueces la posibilidad de recibir regalos de cualquier género; por otro, les impidió que se sirvieran de su influencia para que los grandes propietarios ofrecieran empleos a sus familiares o amigos.

Sabía Pacheco, por sus investigaciones en la *visita* que le tocó realizar en Nápoles catorce años antes, que los

terratenientes se servían de los bandidos para enriquecimiento ilícito y que los ayudaban a salir de la cárcel, borrando pruebas y usando de argucias legales. Una de ellas era que fingieran enfermedades en prisión, y una vez fuera, lograsen asilo en algún convento o iglesia bien aleccionada. Pacheco impidió las excarceraciones por enfermedad y negó frontalmente al papa Paulo IV sus pretensiones de convertir a Nápoles en un país vasallo del Vaticano.

Algo mejoró la moralidad en la administración de justicia, pero, como asevera Coniglio: la venalidad *non cesó mai*. Dice que “el propósito era demasiado hermoso para que pudiera prosperar. La situación era tal que no se daban los presupuestos necesarios para el éxito”. El de Pacheco es un caso más de virrey bien intencionado, ante una tarea que muchos historiadores han tildado de casi imposible

non tanto provocatto del fato che i vicerè erano spahnoli.. comme por le mille piccoli puntigli, beghe, interessi personali che intessono la vita quotidiana di ogni comunità...

Dicho lo anterior, al menos una vez, Pacheco dejó que la razón de Estado prevaleciese sobre el respeto a la ley procesal. Los partidarios de que Nápoles pasase a ser gobernado por franceses urdieron una de esas frecuentes conjuras que casi siempre terminaban mal para los descontentos. En esta ocasión, el principal instigador había sido el príncipe de Salerno, que tramaba una alianza con los turcos y que al ser descubierto huyó a refugiarse en Constantinopla. Pacheco sospechó que el duque de Pagliano, Ascanio Colonna y también su mujer, Giovanna d'Aragona no eran ajenos a los preparativos y decidió adelantarse. Ordenó al duque de Termoli, Vincenzo de Capua, que se las arreglase para hacer prisionero a Ascanio y lo encerrase en el Castillo Nuevo, sin juicio ni garantías. También dispuso que, dentro de

los muros de la fortaleza, fuese bien tratado. Pero allí vivió cinco años, hasta su muerte.

No faltaban razones a Pedro Pacheco. Gracias al apoyo de francófilos, una flota de 60 galeras turcas apareció frente a la villa de Vieste, costera del mar Adriático, de improviso. Hubo saqueo e incendios, sin excluir iglesias ni conventos. Todo cuanto pudo hacer el virrey, cuando se enteró, fue dar plenos poderes a García de Toledo para desplazarse desde Siena hasta Vieste, con órdenes de devolver la tranquilidad a la villa y fortificar sus defensas.

En España, el Emperador, fatigado de sus muchas batallas, había dispuesto que su hijo Felipe lo sucediese en el trono de forma inmediata. Para enaltecer su figura ante los ingleses, de quien ya era rey por su boda con María Tudor, le otorgó los reinos de Nápoles y Sicilia. La ocasión se prestaba a que, en la ciudad de Nápoles, el virrey organizase una gran ceremonia. No era preciso que Felipe II asistiera personalmente. En su nombre recibiría las llaves del Reino una figura tan prestigiosa en Italia como el hijo del marqués de Pescara, Francisco Fernando d'Ávalos. Los napolitanos pudieron ver la comitiva dirigiéndose al convento de San Lorenzo. Pacheco iba precedido de 60 alabarderos. A su derecha cabalgaba Pescara y, al otro lado, el príncipe de Bisignano, Pedro San Severino, representando a los Síndicos. Los munícipes, llamados Eletti (elegidos), en número de 7, vestían a la *moda antigua*, con trajes de color rojo oscuro. Leyó las palabras rituales el secretario de la Colateral, Coriolano Matirano. Después, se retiraron todos al palacio virreinal, donde los invitados departieron sobre el acontecimiento de que Nápoles contase con un nuevo rey.

Ese mismo año de 1555 murió el anciano Papa Marcelo II, que sólo había ocupado el solio pontificio dos semanas. Entre los candidatos a sustituirlo, destacaba precisamente el arzobispo de Nápoles don Juan Pedro Carafa, que lo era gracias a la influencia del Emperador

Carlos. Pacheco tuvo que acompañarlo a Roma y como cardenal que era desde 1546, participar en el cónclave. Salió elegido Carafa, que tomó el nombre de Paulo IV.

Con el cambio de nombre vino el de conducta. De ser un prelado bondadoso en las formas y leal al Emperador que lo había encumbrado, se convirtió en una persona irascible y enemiga acérrima de los españoles. El siguiente comentario está extraído de un historiador contemporáneo, Gonzalo de Illescas, que escribió una *Historia de los Pontífices*:

“Quien había conocido la mansedumbre, religión y recogimiento del Pontífice, no podía creer que en su tiempo había de comenzar la turbación y desasosiego del mundo. En lo cual no se debe dar a él la culpa, sino a los deudos que tenía”

Illescas se refería a la familia Carafa, que había sido desposeída de sus tierras en Nápoles como consecuencia de su apoyo al general Lautrec en su intento de conquistar el reino para Francia. Paulo IV creía que, como Papa, podía reclamar la posesión de Nápoles y Sicilia, al menos en lo referente al pago de rentas, como paso previo a establecer el dominio efectivo. Llamó a Roma a cuantos terratenientes hubiesen pagado diezmos a la Corona española, para que se postrasen ante él como vasallos. Logró su propósito, excepto con Marco Antonio Colonna. La desobediencia de Marco Antonio hizo que el Papa protestase a Felipe II y llegase a acusarlo de proteger al díscolo, una conducta que, según decía, podía ser considerada “crimen de lesa majestad”. Pasando a terreno más práctico, Paulo IV reclamó al menos la mitad de los diezmos, que cifraba en 7.000 ducados. A esta demanda, contestó Felipe II que nada se le debía, con copia del concordato entre su padre Carlos V el papa Clemente VII en el que se establecía la extinción de los censos de la

Iglesia sobre tierras de Nápoles y Sicilia, en reconocimiento a la devolución por el Emperador de extensas zonas usurpadas al Vaticano por los venecianos y por el duque de Ferrara. Y para más detalles, se añadía que el pago de los censos quedaba sustituido por la entrega simbólica de una hacanea (jaca mayor de lo habitual) de color blanco.

El Pontífice consideró la negativa como una insumisión intolerable y se propuso recuperar Nápoles por la fuerza, llamando a una nueva Liga con Francia y organizando levas en territorios vaticanos. Pedro Pacheco, que seguía siendo virrey de Nápoles, aunque se encontraba en Roma tratando de calmar al irascible Carrafa, ordenó a su lugarteniente Bernardino de Mendoza, que llamase a filas a los napolitanos y fingiese preparativos bélicos, al tiempo que advertía a Paulo IV de lo insensato de su política. Dice el cronista Illescas que la dura respuesta del virrey-obispo *perturbó a Paulo IV*. Cesaron las amenazas del Papa, volvieron las aguas a su cauce y Pacheco mandó apagar en Nápoles *todo bullicio de guerra*. Y añade que Paulo IV *con gran disimulación mostró gran contentamiento*.

¿Quién era en realidad este obispo de Jaén, que tuvo que habérselas con la agresividad del Pontífice? Pedro Pacheco era nieto de Juan Pacheco, doncel y compañero de juegos del infante Enrique de Castilla que reinó como Enrique IV. Había adquirido mucho poder después de la muerte de don Álvaro de Luna, que fue quien lo introdujo en la Corte. El rey Enrique le hizo primer marqués de Villena. Pacheco en realidad descendía de un Téllez de Girón, pero en las capitulaciones aceptó anteponer el nombre materno, tal vez por algún antecedente judío. Fundó el monasterio de *El Parral*, en Segovia, donde fue enterrado.

Tuvo tres hijos y muchas hijas. A la rama de Pedro correspondió el mayorazgo de Montalbán. El orto de su

influencia se lo debió a Adriano de Utrecht, consejero flamenco del Carlos V y Regente de Castilla a la muerte de Fernando el Católico. Adriano fue llamado a Roma para ser Papa, muy a pesar suyo. Aceptó al fin, y entre sus acompañantes figuraba Pedro Pacheco.

En sus notas al libro de José Raneo sobre los virreyes de Nápoles, Eustaquio F. Navarrete, dice de Pacheco que “pocos prelados habrán mudado más sillas”. Fue obispo de Mondoñedo en 1529, a los 40 años. En 1533 fue enviado como visitador a Nápoles, donde causó impresión por la cantidad de funcionarios que destituyó y lo negativo del informe que hizo de su visita. Mas tarde fue nombrado obispo de Ciudad Rodrigo en 1539, obispo de Pamplona en 1540, de donde lo mandó llamar el Emperador, a su pesar, en 1545, para ser luego obispo de Jaén durante 9 años, si bien apenas pisó aquella ciudad, limitándose a nombrar vicarios. El emperador lo nombró obispo de Sigüenza en 1554, por lo que algunos lo llamaban *el Segontino*. El papa Paulo III lo hizo arzobispo de Monte Saint Angelo, lo que le valió el apelativo de *Sipontino*. Lo cierto es que Pedro Pacheco solo se sintió verdadero pastor de almas en Pamplona; los demás nombramientos fueron mercedes otorgadas en premio a servicios diplomáticos y gestiones delicadas, pues gozó de la confianza del emperador y de Felipe II.

Murió en Roma de avanzada edad. Sus restos reposan en el panteón familiar de la puebla de Montalbán.

(Bernardino de Mendoza)

1555

Su padre, Íñigo López de Mendoza, acompañó a los Reyes Católicos en la toma de Granada y allí se quedó como gobernador de la plaza, siendo el primer ocupante cristiano del Alcázar de La Alhambra. En aquel palacio moro nacieron sus primeros hermanos Antonio y María. Los dos fueron más famosos que él: Antonio llegó a ser el primer virrey de Nueva España y, ya débil por la edad, el segundo virrey del Perú. Íñigo López de Mendoza tuvo dos hijas con el nombre de María. Una se llamó María de Mendoza y la otra prefirió el ilustre nombre de su madre, que descendía de Don Juan de Pacheco. Esta María Pacheco es la famosa viuda del comunero Juan de Padilla, decapitado en Villalar. A su muerte, María continuó defendiendo la causa y el honor de su marido. Abandonada de todos, huyó con varios disfraces a Portugal. Fue condenada a muerte, por lo que nunca regresó a España.

La otra María, la Mendoza, se casó con el conde de Monteagudo y señor de Almazán, Antonio Hurtado de Mendoza y Zúñiga, quien tuvo que ausentarse para acompañar al Emperador de viaje a Flandes, dejando en la villa como alcalde a su secretario Juan Garcés. Durante su ausencia se presentaron Bernardino y su hermano Antonio en actitud que pareció impropia a Garcés. Tras varias disputas del hijo del conde con sus cuñados, Garcés les negó la entrada. Insistieron ellos, pero Garcés no cedió. Se

cruzaron malas palabras y los Mendoza juraron vengarse. Tendieron una emboscada al secretario y tras someterlo a toda clase de vejaciones le dieron muerte alevosa. El crimen se conoció en la Corte, por lo que los asesinos temieron caer en manos de la Justicia. Antonio fue desterrado por un año al Monasterio de Uclés. Bernardino buscó la seguridad en el mar, luchando contra los turcos, junto con su hermano Luis, el primogénito.

Bernardino había hecho sus primeras armas navegando en corso en aguas mediterráneas al mando de dos galeras de su propiedad. A base de capturas a berberiscos y de industria propia, Bernardino fue aumentando su flota hasta contar con doce galeras, que puso al servicio del Emperador. En 1535, Carlos V se propuso conquistar Argel y Túnez. Su hermano Luis mandaba una parte de la flota que logró posesionarse de Túnez. Bernardino se distinguió tanto en aquella ocasión que el Emperador lo premió nombrándolo gobernador de La Goleta, de cuya administración se ocupó durante varios años. Conservaba 6 galeras y mantenía una tropa cercana al millar de soldados, mercenarios en gran parte.

Era un hombre culto, quizás no tanto como su hermano Diego Hurtado de Mendoza, a quien se atribuye la novela *El Lazarillo de Tormes*. Los memoriales y cartas de Bernardino evidencian un gusto por la expresión elegante de los asuntos. Su experiencia como marino se enriqueció al participar en la *jornada de Argel* en 1541, al mando de 15 galeras. Un año antes había hecho frente a una escuadra berberisca en el mar de Alborán. A unas heridas que sufrió en esta batalla se debía cierta torpeza de movimientos que no logró curar.

Puede decirse que Bernardino de Mendoza sustituyó a don Álvaro de Bazán en el mando de las Galeras de España, y también como teórico sobre asuntos de estrategia naval. Su contribución más importante fue participar en el diseño de la *Flota de Indias*, propugnando un concepto novedoso del transporte transatlántico que

se mantuvo eficaz y eficiente durante siglos, sin apenas modificaciones.

Bernardino asumió el gobierno de Nápoles de forma interina, mientras el verdadero virrey permanecía en Roma vigilando la conducta de los Papas. El Emperador estaba a punto de abdicar, por lo que instalar a Bernardino en Nápoles de manera definitiva habría sido una decisión difícil de interpretar.

Con el advenimiento de Felipe II como rey de España, se produjeron leves, pero perceptibles cambios en el equilibrio de poderes de las familias más poderosas. El duque de Alba, su amigo y pariente, seguía siendo General de las Armas Reales, pero en el mando de las Galeras, el elegido por el rey Felipe fue Marco Antonio Colonna, en detrimento de Andrea Doria, que se posicionó en rebeldía, no queriendo asumir la dependencia implícita. Preocupado, el rey ordenó a Colonna que se reconciliase con Doria. El duque de Alba creyó ver en Bernardino una conducta resentida, al tardar en conceder el permiso preciso del reino de Nápoles para la toma de posesión de Colonna. Felipe II quiso calmar a Bernardino ofreciéndole entrar a formar parte del Consejo de Estado, lo cual suponía un reconocimiento a sus servicios, sin duda impulsado por los partidarios de la facción italiana de los Éboli. El carácter poco sedentario de Bernardino se manifestó en que, en lugar de volver a España a ocupar un puesto tan prestigioso, pidió participar en la campaña contra Francia que culminaría en la victoria de San Quintín. Allí murió este virrey. Nada he podido averiguar sobre su presencia en la batalla ni sobre la causa de su muerte.

De su memoria como virrey, quedó en Nápoles un puente conocido como *de La Magdalena*, sobre el desaparecido río Sebeto que cruzaba la ciudad y desembocaba en dos ramales frente a la bahía. En tiempos de Parrino hubo una placa conmemorativa que invitaba al viajero a cruzarlo feliz, recordando a su autor,

Bernardino Mendocio, y la fecha de construcción: en MDLV. Es significativo de la mentalidad de este virrey que la única pragmática que nos queda de su gobierno es una que prohíbe a quienes percibían rescates por dejar en libertad prisioneros turcos, lo hagan sin permiso del virrey.

En la crónica *Teatro crítico*, Bernardino aparece como un gobernante dado a resolver los asuntos en el menor tiempo posible, pasando enseguida al siguiente. Según Domenico Parrino era incansable en conceder audiencias a cualquier hora del día, y se mostraba orgulloso cuando los negocios se resolvían con rapidez. Parrino pone en sus labios una exclamación jocosa y provocadora: “¿Dónde están los asuntos de Nápoles?”

Durante su estancia en la ciudad como lugarteniente, Bernardino, conoció a la tercera marquesa del Vasto, Isabel Gonzaga, de la que se enamoró. Los comentarios alcanzaron al duque de Alba, quien no dejó de informar al rey, pero no parece que Felipe II diese excesiva importancia a esta noticia. Algo influiría en su benevolencia la forma en que Bernardino sorprendió a la Corte con un donativo napolitano de 150.000 ducados, en lugar de los 100.000 esperados, recortando en 50.000 la cifra que le pedían desde Florencia.

Bernardino había contraído matrimonio con Elvira Carillo de Córdoba en 1523. Lo probable es que no lo acompañase en sus ausencias de España, tampoco en Nápoles. Elvira fue dama de la Reina, y se sabe que dedicó cuidados a mejorar la vida de su primogénito Juan, para quien fundó un mayorazgo bien remunerado, así como en casar bien a sus hijas Catalina, Beatriz y Jerónima.

Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba

1555--1556

La ejecución del conde de Egmont, destacado defensor de Felipe II contra los franceses en la batalla de las Gravelinas, es uno de esos hechos históricos que cubren de oprobio al responsable. La escenificación del patíbulo se volvió en contra de la ejemplaridad que pretendía el rey Felipe. Lo erróneo, injusto y contraproducente de aquella decisión real era obvia, no solo a la gobernadora Margarita, sino también para el propio duque de Alba, amigo y compañero de armas de Egmont. Lo que los historiadores no perdonan es que Alba, en lugar de hacer prevalecer la razón de Estado, que aconsejaba mantener a Egmont como fiel aliado de España, escenificase su sumisión a la disparatada voluntad del soberano, aconsejado por el consejero flamenco Antoine Perrenot de Granvela.

La repugnancia que la multitud sintió aquel fatídico 5 de junio de 1558 en la plaza mayor de Bruselas hizo que el duque de Alba, presente en el acto, fuese visto por todos como un gobernador sádico. Sin embargo, hay constancia de que Fernández Álvarez de Toledo cumplía en contra de sus sentimientos. Sobre si vertió, o no, algunas lágrimas puede haber dudas, pero pidió al rey toda clase de protección y ayuda para la esposa de Lamoral. Egmont

había recibido avisos, posiblemente a instancias de Alba, de que había perdido la confianza del rey. Pero en lugar de huir, como hiciera el príncipe de Orange, no podía creerlo y se dejó arrestar inocentemente.

Esta introducción viene al caso para explicar la distinta percepción que los napolitanos de su época tenían sobre el estilo de gobierno del duque de Alba cuando, antes de los sucesos de Flandes, fue nombrado primer vicario general de Italia en 1555 y virrey de Nápoles.

Aunque la personalidad y severidad del duque fue siempre la misma, en el caso de Nápoles su intransigencia coincidía no sólo con los intereses de la mayor parte de la nobleza italiana del reino, sino también con las esperanzas que hizo renacer en los ciudadanos que temían verse convertidos en súbditos de la Iglesia y sometidos a nuevos impuestos que él Papa reclamaba insistentemente.

Dos hechos puntuales de gran trascendencia habían ocurrido en Nápoles que dieron al traste con un intento de invasión por los integrantes de la Liga de Coñac, entre los que se encontraba el Papado. Uno fue la decisión del mariscal Lautrec, Odet de Foix, mientras sitiaba Nápoles, de seccionar el conducto de las aguas de Bolla, a su entrada en la ciudad. Se inundaron los campamentos donde se encontraba su ejército, sobrevino la peste y murieron casi todos los soldados, sin que siquiera Lautrec pudiera salvarse del morbo, ni quien lo sustituyó, Louis de Lorraine. El otro, fue la decisión de Andrea Doria de dejar de ayudar al rey de Francia y convertirse en uno de los mejores aliados de Felipe II. En consecuencia, Nápoles dejó de estar bloqueado por mar y los prisioneros de la batalla naval entre el virrey Moncada y Filipino Doria, fueron recibidos en Génova con agasajos.

Liberado el reino de Nápoles de la presión francesa, las familias que habían apoyado al invasor perdieron sus posesiones. Los Carafa fueron los más perjudicados, lo

que les hizo aumentar su odio a los españoles. Al acceder al pontificado Gian Pietro Carafa, los embajadores españoles creyeron que sería posible establecer una convivencia que no perjudicase los derechos de la Corona en Italia. Pero lejos de ello, Paulo IV se sintió llamado a vengar a su familia de los españoles, reclamando Nápoles y Sicilia para el Vaticano. Contaba con obtener, de nuevo, el apoyo de Francia, Venecia y posiblemente Florencia. El virrey Pedro Pacheco había tenido que dejar Nápoles con el solo propósito de calmar al Pontífice, sin que su firmeza, unida a una gran paciencia, lograsen que el Papa olvidase su obsesivo propósito.

Con la decisión de situar al duque de Alba en Italia, como su alter ego, Felipe II mandaba un aviso al Papa que fue correctamente interpretado, no sólo por la Curia, que pasó a aconsejar prudencia a Paulo IV, sino también por el pueblo de Nápoles, que recibió calurosamente al nuevo virrey.

Lo primero que hizo Álvarez de Toledo fue preguntar al duque de Florencia su posición en el conflicto. Cosme dijo que no tenía mejor opción que mostrarse neutral. El duque acudió en persona a Roma redoblando las instancias ante Paulo IV, para que depusiera su actitud intimidatoria, recordando que por encima de cualquier otra consideración debía ser pastor ecuménico de todo el orbe católico. Envío un ultimátum y el papa contestó pidiendo consultar a los cardenales.

En realidad, trataba de ganar tiempo mientras llegaban los recursos prometidos. Comenzaron los preparativos de guerra. Garcilaso de la Vega, amigo del duque de Alba, fue encarcelado porque durante un registro en una galera fondeada en Ostia, los policías del Papa habían descubierto una carta del poeta, en la que alertaba al virrey de Nápoles. La organización de las fuerzas vaticanas fue encomendada a Pietro Strozzi, quien en la propia Roma logró armar 10.000 hombres. De

Francia llegaron 2 compañías de gascones. Venecia se disculpó como pudo.

La respuesta de los cardenales, poco favorables a la guerra, irritó al pontífice. Alba volvió a Nápoles para estudiar las posibilidades de defensa sobre el terreno. Tratando de seguir vigilando al Papa, envió al barón Pirro Lofredo, como último recurso. La reacción del Papa fue encarcelarlo. Pendiente de recibir apoyo naval, el duque de Alba logró reclutar 18.000 hombres en Nápoles, a los que se añadían 1.500 jinetes. Una mala noticia para Paulo IV fue la decisión de Octavio Farnese de pasarse a la causa del Emperador, recibiendo en recompensa la ciudad de Piacenza.

Ello hizo que el virrey juzgase conveniente adelantar acontecimientos e iniciar las hostilidades invadiendo los estados pontificios. Comenta Domenico Parrino que *mientras el Papa ladraba, Alba mordía*. En esa primera ofensiva, sus tropas ocuparon Frosolone, Veruli, Banco, Pontecorvo, Falvatera, Castro, Ripi (sin resistencia), Anagni, Tioli, Vicovaro, Ponte Lucano, Marino, Terracina, Piparno, Grotta Ferrata, Frascati, Pocigliano, Ardea, Nettuno y Ostia (sin resistencia). No lo hacían en nombre del rey de España, sino portando las Armas de los Pontífices y reteniendo la posesión hasta que la Curia nombrase un *nuevo* Papa.

Muy cerca del puerto de Ostia, en Fiumicino se inició una negociación, en la que todo lo que pudo conseguir Alba fue otra tregua de 40 días, promovida por el cardenal Carlo Carrafa. Estaba claro que el Papa no se daba por vencido, seguro de recibir refuerzos. El duque de Alba dejó en Roma, como lugarteniente suyo, a Gian Giuseppe Cantelomo, conde de Popoli, y vuelta a empezar. Regresó a Nápoles y reunió el Consejo, logrando recaudar un millón de escudos entre donativos y préstamos. Ello le permitió armar un segundo ejército más numeroso, de 30.000 italianos y 12.000 alemanes mercenarios. La caballería que los acompañaba se componía de 2.000

jinetes españoles y 1.500 italianos. Para dar más dramatismo a la confrontación, el virrey mandó fundir campanas de iglesias, y requisar objetos de oro y plata, valorando cada aportación para ser devuelta al final de la guerra, de cuyo desenlace favorable no dudaba. Y para amedrentar a los eclesiásticos, ordenó congelar todas las rentas que se estuviesen cobrando en nombre del Papa, una medida especialmente elegida para destacar que su misión en la tierra era espiritual, y que el poder temporal de la Iglesia no debía traspasar los Estados pontificios.

En abril de 1577 se inició la contraofensiva de los partidarios del pontífice, que eligieron la zona de los Abruzzo confiando en que sus habitantes estarían más proclives que los del Sur a depender del Vaticano. El duque de Guisa y Pietro Strozzi mandaban unas tropas que lograron recuperar Marino, Frascati, Grottaferrata, Castel Gandolfo, Vicovaro y Nettuno. Causa lástima imaginar los padecimientos de las poblaciones mencionadas siendo ocupadas por unos, y otros, y obligadas a dar cobijo y mantener unas tropas en gran parte mercenarias, no muy distintas de las que habían protagonizado el saco de Roma. Esta misma consideración es la que se hacía ver al Papa Paulo IV, en repetidos intentos de forzar la paz con el rey de España. El virrey repetía continuamente la postura de Felipe II, quien no excluía considerar ilegítimo un pontificado tan pendiente de los asuntos temporales. Por su parte el Papa acariciaba la idea de excomulgar a su enemigo y a cuantos se opusieran a la idea de instaurar una teocracia vaticana en el Sur de Italia.

Llegados a este punto, Felipe II autorizó al duque de Alba a marchar contra Roma. Cayeron pronto en su poder Angavano y Feligrano. En estas circunstancias, Ercole de l'Este se mostró reacio a cumplir con la promesa oral de apoyar a Paulo IV. Mientras tanto, Marco Antonio Colonna se apoderaba de plazas que habían pertenecido a su familia. Ante la superioridad numérica del ejército de

Nápoles, el duque de Guisa se sintió decepcionado y consideró imposibles los objetivos del Papa. No por ello dejó de combatir, logrando hacerse con Campli y Terano e iniciar el asedio de Civitella. La ciudad resistió con mayor determinación de lo que cabía esperar, por lo que Alba envió a Ascanio Sforza y Carlo Loffredo para liberarla y detener a Guisa. En el ejército francés se produjo una división al acusar al duque de Guisa al marqués de Montebello, de haber organizado “un ejército de curas” y de no cumplir los acuerdos sobre las pagas. Con la llegada de 12.000 infantes italianos del virrey a poca distancia de Civitella, Strozzi aconsejó al duque de Guisa renunciar al asedio y retirar sus tropas.

En Génova Andrea Doria, haciendo ver su nueva condición de aliado, puso a disposición de la Corona española una flota de 26 galeras que transportaron 6.000 infantes, la mitad de los cuales acompañaron al duque de Alaba en su despliegue frente a Roma.

La noche del 26 de agosto de 1557, los españoles se encontraban frente a los muros de Valmontone. En la ciudad eterna cundió el pánico. El príncipe Cosme y la República de Florencia instaban a evitar un segundo saqueo.

El duque de Alba pidió instrucciones y la respuesta de Felipe fue inesperada. Debía presentarse ante Paulo IV y besarle los pies con toda humildad. Decirle que le serían devueltos las posesiones vaticanas ocupadas por los españoles. Pero con una condición importante: que renunciase para siempre al reino de Nápoles y a cualquier Liga contra la Monarquía. Sin decirlo, se entendía que, de no aceptar los términos de esta paz, las condiciones ante una tercera derrota serían mucho peores. Giannone, siempre contrario a la expansión del poder temporal de Roma, juzga en su crónica que esta paz fue “muy ventajosa para los vencidos”.

Para compensar con algo a los vencedores de un sentimiento de decepción después de haber vivido

jornadas bélicas de gran dureza, el rey dispuso, entre otras mercedes, premiar a cada uno de los habitantes de Civitella por su heroica resistencia; confirmar a Marco Antonio Colonna en la posesión de Paliano y de Rossano; a Ascanio della Cornia, le prometió devolverle sus estados, usurpados, y una indemnización por el tiempo que tardase en lograrlo; al conde de Popoli, le dijo que lo convertiría en duque y le otorgaría una provisión de 3.000 ducados; a Carlo Spinello le hizo conde de Seminara y a Scipione Pignatello, marqués.

A decir de Domenico Parrino, el duque de Alba y su hijo García pasearon triunfantes por las calles de Roma y compartieron el júbilo de la población, aliviada con la partida de los franceses. El virrey se preocupó personalmente de comprobar la liberación de los prisioneros Camilo Colonna y su mujer, de Giuliano Cesarini y tantos cuantos sufrían prisión por sospecha de parcialidad hacia la Corona española. La famosa Vittoria, esposa de Ascanio había huido de su prisión en el castillo de Saint Angelo, donde había sido encerrada por orden del pontífice, el cual mandó ahorcar al vigilante encargado de la puerta por donde ella logró escapar.

Antes de despedirse del duque de Alba, Paulo IV quiso congraciarse de algún modo con su enemigo y favoreció a su cónyuge con la Rosa de Oro, distinción que el Vaticano guardaba como rara y muy preciada. Portando la rosa y acompañado del cardenal Carrafa y del duque de Paliano, el duque de Alba entró en Nápoles aclamado como libertador. La paz fue celebrada en la catedral, donde el arzobispo hizo entrega de la Rosa de Oro a doña María Enríquez Álvarez de Toledo.

Este virrey estuvo más tiempo fuera de Nápoles, que viviendo en el Palacio Nuevo. Tres veces tuvo que ausentarse a instancias de Felipe II y las tres para frenar a Paulo IV. De su gobierno interno, cinco pragmáticas muestran sus prioridades. Una: aumentando el valor de los doblones de oro, como respuesta a las mermas de

plata en monedas menos fuertes. Otra: atajando la corruptela de los funcionarios que, en lugar de acudir en persona a sus obligaciones, mandaban sustitutos. Una tercera con la reducción del número de fiestas que se permitían a sí mismos los tribunales. Otra cuarta: contra la frecuencia de testimonios falsos para liberar a procesados amigos. Irritado por la impunidad que conseguían, impuso la pena capital si se probaba la intención malévola. Otras medidas adoptadas por el duque incluyen la restricción de autorizaciones para portar armas, como manera de combatir la delincuencia callejera.

Durante sus ausencias, quedó como lugarteniente del reino su segundo hijo Federico, más conocido como Fadrique. Trató de favorecer a los menos afortunados impidiendo que los comerciantes subieran los precios de mercancías genéricas, en circunstancias de escasez crítica. Obligó a que, al menos el pan, las telas y productos como el jabón tuvieran precios conocidos e iguales para todos.

La noticia de la liberación de Civitella, sorprendió a Fadrique gobernando en lugar de su padre. La alegría popular fue tan grande que hubo fiestas, para las que pidió prestados fondos a los Síndicos, que le fueron concedidos.

Los barones aprovecharon las repetidas ausencias del duque para pedir a Fadrique algo que ya habían intentado sin éxito con otros predecesores: introducirse aún más en la prestigiosa institución de los *Seggi* napolitanos, a base de aumentar el número de los Elegidos, que eran seis; cinco de origen aristocrático y el sexto: representando al pueblo. (Los españoles, a la vista de tanta desproporción, habían concedido al sexto el derecho de recurrir al virrey las decisiones que estimase muy graves en su contra). La propuesta de los barones superaba la discrecionalidad del virrey y Fadrique propuso a Ettore del Este, que la encabezaba, viajase a Bruselas para presentarla ante Felipe II, junto con otros nobles. Enterados los

componentes de la Asamblea de Elegidos, se opusieron fuertemente y el rey decidió no cambiar nada.

Giannone escribe que el duque de Alba salió del Reino *lasciando di sè un grandissimo desiderio* porque los napolitanos “habían disfrutado poco de su presencia”.

Al terminar su mandato, tanto el padre como el hijo habían cumplido satisfactoriamente a juicio de Felipe II, lo que indujo al monarca a mandarlos a Flandes, con los funestos resultados de todos conocidos. Tan graves fueron, que en la Corte cundió el sentir de que mucha culpa de los terribles sucesos de Flandes la tuvo la intransigencia y poca habilidad diplomática del duque de Alba, con la añadida incompetencia de su hijo. Ya demasiado tarde, ambos perdieron el favor real. Fernando Álvarez de Toledo no alcanzaba a comprender que una lealtad sin límites no fuera suficiente para verse correspondido. En el caso de Fadrique, hubo además una promesa de matrimonio a una dama no muy principal, y su incumplimiento le acarreó el destierro. Felipe II le impuso el matrimonio como condición para que pudiera volver a España. Al duque de Alba no se le ocurrió nada mejor que casarlo en secreto con una prima suya, para lograr una descendencia a su gusto. Felipe II se enteró de la argucia y ya no hubo reconciliación.

Manrique de Lara, III duque de Nájera

1558

Casi a renglón seguido de sus elogios al duque de Alba, Pietro Giannone se lamenta del sacrificio económico que supuso la obstinación del pontífice para el pueblo de Nápoles. Los dos millones de ducados y las deudas pendientes dejaron exhausta la economía del reino. El duque de Alaba hubiera querido continuar su campaña en el Piamonte, pero fue disuadido y reclamado en Madrid para unirse al Consejo de Estado de la monarquía.

Como sucesor, Felipe II eligió a su embajador en Roma, curtido en las volubilidades de la Curia, pero sin experiencia de gobierno. Su ascenso en la Corte se debía principalmente a sus cualidades como consejero, acompañante y hombre de confianza del Emperador y, posteriormente, de Felipe II. Un ejemplo de ello fue el encargo que Carlos V le encomendó en Insbruck de viajar a Valladolid para recabar dinero, pues se encontraba insolvente con todo su séquito. Regresó a toda prisa con medio millón de ducados.

Nombrado virrey de Nápoles el 5 de junio de 1558, a la semana de llegar apareció en la bahía una flota turca de 120 galeras que venían de saquear Reggio, en Calabria, y amenazaban Sorrento. El nuevo virrey ofreció enviar 100 soldados para desanimar a los sitiadores o luchar en su defensa. Pero los sorrentinos, preocupados por la

integridad de sus ricas huertas y ganados, declinaron la oferta del virrey. Giannone nada dice sobre esta propuesta de Lara. Ocurrió que los otomanos saquearon las ciudades de Massa y Sorrento con vesania, capturando a casi toda la población como esclavos para ser rescatados. Sucedió el 18 de agosto de 1558, y fue entonces cuando, según Parrino, más se echaron en falta los recursos perdidos en la guerra contra el Papa. Permanecieron a la espera las galeras de Balsá Mustafá durante dos días, sin que los infortunados familiares lograsen reunir lo necesario para liberar a los cautivos. Y las naves levaron anclas con su lastimoso cargamento de súbditos de su Majestad. Parrino dice que Manrique “hizo poco para perseguirlos”. El retorno se produciría lentamente y con el coste añadido de tener que viajar a Oriente. *Infelice ministro*, es el apelativo con que define a este virrey.

Durante su gobierno se dirimían en Roma las contrapartidas derivadas de la paz ordenada por Felipe II. En las negociaciones jugaba un papel principal el cardenal Carlo Carafa, sobrino del Papa y principal impulsor de la guerra contra los españoles. Uno de los asuntos que más interés despertaba en ambas partes era el futuro del Estado de Paliano en la Campaña romana. Julio III lo había arrebatado a finales del año 1555 a su señor, el duque Ascanio Colonna y Paulo IV lo había regalado a uno de sus sobrinos: Giovanni Carafa. El cambio refrendaba no sólo la primacía de Roma sobre los feudos de la familia Colonna, sino, ya de paso, el poder de los Carafa.

Derrotado el pontífice, Felipe II quiso premiar a Marco Antonio devolviéndole el ducado de Paliano, un gesto que, por las mismas razones, hería la autoestima de Pablo IV, pues no sólo renunciaba a Nápoles, Sicilia y Milán, sino que, en los propios estados pontificios del Lacio, los Colonna volvían a imponerse. De ahí que se resistiese a aceptar esta humillación. Pero Felipe II no cedió. A diferencia de Ascanio Colonna, persona de

carácter irritable, abandonado muy pronto por su esposa Vittoria, el hijo Marco Antonio reunía cualidades de caudillo, como demostró ampliamente en Lepanto. El rey no dejó escapar la ocasión de asegurar para siempre la lealtad de la estirpe. Los Carafa habían propuesto al rey que les compensase de tener que devolver Paliano, con la plaza de Bari, en Apulia.

Felipe II era heredero a título personal de esta bella ciudad por testamento de Bona Sforza, hija de Isabel de Aragón. Las relaciones entre Felipe II y Bona eran excelentes, desde que ella huyó de Polonia, por desavenencias con su esposo el rey Segismundo I, y retornó a su ciudad natal, feudo de Gian Galeano Sforza. Allí se hizo rodear de una verdadera Corte y ayudó a financiar la guerra del duque de Alba contra el Papa. En 1558 tenía 62 años y sintiéndose enferma decidió desheredar a su hijo Augusto, heredero del trono polaco. No aprobaba que se hubiera casado sin permiso. Dolida de la indiferencia de su esposo y de su hijo, donó la mayor parte de sus bienes al rey de España. Y el resto a su mayordomo Giovan Lorenzo Pappacoda. (La hipótesis de un envenenamiento por parte de agentes de Felipe II no aparece en ningún documento o libro contemporáneos). Finalmente, el rey de España acabó contentando al compungido Gianni Carafa, con la posesión de la villa de Rossano, a título de Príncipe.

El virrey Juan Manrique de Lara sabía de las pésimas relaciones entre Ascanio y su hijo Marco Antonio, lo que le impedía tener una visión clara de cual debía ser la postura de la Corona en torno a los intereses de una de las familias más poderosas de Italia. En marzo de 1557 moría Ascanio en su prisión del Castillo Nuevo ante la pasividad de Juan Manrique de Lara.

Las notas del historiador Carlos Javier de Carlos en el Diccionario de la Real Academia de la Historia describen a un personaje no tan apocado y dubitativo. Le atribuye valor en las jornadas de Túnez y en la defensa de

Viena en 1532, cuando fue asediada por los turcos. Más cercana a su nombramiento de virrey fue su participación en batalla de San Quintín.

Bartolomé de la Cueva, cardenal

1558-1559

Nació en Cuéllar (Segovia) en 1499. Fueron sus padres los II duques de Albuquerque. Tras una juventud que fructificó en un hijo de madre desconocida, se hizo jesuita y con el tiempo gran amigo de Ignacio de Loyola. Sus cualidades (y las recomendaciones de su padre) le impulsaron a una carrera eclesiástica que tendría su punto álgido en el cónclave de 1559 en que logró 18 votos no solicitados como eventual sucesor de Paulo IV.

Había llegado a Roma algo tarde, porque Felipe II le ordenó por carta que no abandonara su cargo de virrey de Nápoles hasta que se presentase su sucesor, el duque de Alcalá. Estuvo a cargo del gobierno de Nápoles casi un año; desde el 21 de octubre de 1558 hasta que pudo viajar a Roma en septiembre de 1559.

Durante esos meses, ocurrieron dos hechos lastimosos en la vida de Felipe II: la muerte de su padre, el Emperador, y la de su esposa, la reina María de Inglaterra. La noticia de que Carlos V había muerto en Yuste sorprendió a de la Cueva a pocos días de haber hecho su entrada en Nápoles. Colanello Pacca, en su aportación al *Compendio de la Historia de Nápoles*, de Collenutio, da detalles de las solemnes exequias.

Se eligió el 24 de febrero, día del santo del Emperador, el Apóstol San Matías. Tiempo suficiente para

erigir dentro de la catedral un túmulo de 40 metros de altura compuesto de cuatro arcos que enmarcaban pinturas y estatuas alusivas a las hazañas de Carlos V. En su contorno podían distinguirse los doce signos del Zodíaco y en la cima un gran globo celeste superado por el águila imperial de dos cabezas y alas desplegadas, con la corona de Castilla encima.

La víspera tuvo lugar una procesión desde palacio hasta la catedral. Los ministros iban vestidos de luto y portaban símbolos de la majestad imperial para rendirlos en el túmulo y que llamasen la atención durante la oración fúnebre. Eran cuatro: la *espada*, que portaba el marqués de Trivicio, Ferrante Lofredo; el *cetro*, que podía verse en el cortejo encabezado por el duque de Monteleón, Ettore Pignatello; el *orbe*; cuya custodia y transporte correspondió a los caballeros que seguían al duque de Amalfi, Iñigo d'Avalos; y finalmente: la *corona*, encomendada a Iñigo Piccolomini. En séquito aparte, llevando la insignia de la ciudad de Nápoles, desfilaban los síndicos y magistrados, siguiendo al decano Scipione Pignatello, marqués del Lauro.

En los años 1558 y 1559 murieron, además del padre de Felipe II, la esposa de éste: María de Tudor; el papa Paulo IV, la reina María de Hungría, hermana del emperador Carlos; Sebastián I de Portugal; y Enrique II de Francia. Todas estas muertes afectaban no sólo a la política, sino a los sentimientos de Felipe II.

Empezando por la de María reina de Inglaterra, su muerte ocurrió el 17 de noviembre, pocos días después de la de Carlos V, el 21 de septiembre. Por ese motivo, en Nápoles, los funerales de la esposa del rey se celebraron a continuación de los de su padre.

Tras un infructuoso intento de casarse con Isabel I, sucesora de María, el rey acabó sustituyendo a su hijo Carlos en una proyectada boda con Isabel, hija de Enrique II de Francia, su enemigo en Europa hasta que se firmó la

paz tras la victoria en San Quintín. De ahí, que el virrey de Nápoles tuviera ocasión de contrastar la gravedad propia de los funerales con alegres fiestas nupciales que duraron desde el 5 hasta el 8 de mayo. Previamente, el cardenal de la Cueva había levantado el luto y autorizado las máscaras y disfraces.

Mientras en Nápoles cundía la alegría popular por el fin de la guerra (que con la boda francesa no dejaba lugar a dudas) en cambio, en Roma, los ánimos estaban muy alterados por la conducta del Papa, empeñado en buscar culpables de la humillación sufrida y en evitar ser víctima de algún complot protestante. Reforzó el poder de la Inquisición, instauró el *Índice de Libros Prohibidos*, a donde fueron a parar los de Maquiavelo, Erasmo, Valdés, Boccaccio, Rabelais, Savonarola, y otros famosos autores, lo que provocó múltiples protestas. Por otra parte, a los oídos del Pontífice llegaron acusaciones muy graves contra sus sobrinos, en especial contra Giovanni, como asesino de su esposa Violante (un episodio recogido por Stendhal). Tales acontecimientos movieron al papa a dejar de proteger a sus tres sobrinos y negarles siquiera la opción de explicarse, ya que los desterró de Roma.

En agosto de 1559 moría el pontífice para alegría de muchos de sus súbditos romanos. En especial los judíos, obligados a vivir en un barrio cerrado y portando, como distintivo de raza, una gorra amarilla. Los prisioneros de la Inquisición romana fueron liberados por una turba que se dirigió a la sede con el propósito de incendiarla. La estatua de Paulo IV, erigida por él mismo en Campidoglio, fue derribada y decapitada.

Un mes antes había muerto en París Enrique II, nuevo suegro de Felipe II, en desgraciado accidente en un torneo, durante la fiesta en que se celebraba la boda de su hija Isabel con el rey de España. Los novios todavía no se conocían.

El cardenal de la Cueva no organizó funeral por el rey francés, dejando que el recuerdo de los esponsales

entre la niña de 13 años Isabel de Valois y el viudo de 33 Felipe de Habsburgo, permaneciese en la memoria de los napolitanos.

El 12 de junio de 1559 llegaba al puerto de Nápoles el sucesor de Bartolomé de la Cueva, Pedro Afán de Ribera, duque de Alcalá, quien fue recibido en el Muelle, donde se había preparado un puente triunfal para el desembarco. A partir de entonces, el cardenal jesuita ya estaba autorizado para viajar a Roma, donde tenía posibilidades de ser elegido Papa.

Pese a no lograrlo en el cónclave, continuó viviendo en el Vaticano, donde participó en el juicio contra los sobrinos del Papa anterior, encarcelados por su sucesor Pío V. Trató de salvarles la vida aconsejándoles la mejor manera de defenderse, pero no le hicieron caso y toda súplica fue inútil.

Pedro Afán de Ribera, I duque de Alcalá

1559-1571

El largo gobierno del duque de Alcalá fue uno de los pocos que han sido elogiados por todos los historiadores contemporáneos sin añadir reserva alguna. Copio el párrafo final de uno de los más críticos con los virreyes españoles, el Antonio Summonte Napolitano:

“...con molta prodentia e sodisfattione di Popoli e senza niuna querela, la cui morte dispiacque a tutti: facendososi giuditio che di Spagna non nehavesse a venire simile di lui, perche dalla morte di D.Pietro di Toledo non connobe miglior Ministro Regio di questo...”

Y no sería por falta de sucesos catastróficos, sino precisamente por cómo supo hacerlos frente. Se podrían separar tres tipos: a) catástrofes naturales b) catástrofes militares c) de orden público y d) de orden dinástico.

Empezando por las primeras. Nada más hacerse cargo del virreinato, una tormenta con aguas torrenciales inundó Nápoles seguida pocos meses después de un verdadero diluvio, que afectó a los barrios de Loreto, San Genaro y Las Vírgenes. El 30 de julio de 1561 dos terremotos sacudieron el Sur de Italia, causando en Nápoles la muerte a 184 personas y la ruina de 151 edificios. Fuera de la capital, la zona más afectada fue Basilicata. En Nápoles, se repartían víveres a las afueras de

la ciudad, en el *Hospital di San Genaro*. Añaden los comentaristas que en estas ocasiones el virrey se adelantaba con generosas aportaciones de su bolsillo. Afán de Ribera no sólo logró captar fondos para saciar el hambre que sobrevino a estas desgracias, sino que le sobró algo para a otras necesidades.

Desde noviembre de 1562 a enero de 1563, la ciudad padeció una epidemia de infecciones en la garanta, que los médicos relacionaban con un “envenenamiento del aire”. Aconsejado por ellos, el virrey mandó que los vecinos encendiesen hogueras frente a sus casas *y fue tal el humo que el sol parecía oscurecerse*. Faltos de remedio que atajase la enfermedad, varios miles de personas murieron a causa de esta tercera catástrofe.

Como compensación a tanta fortuna adversa, Afán de Ribera quiso mejorar la salubridad de los accesos a la ciudad y la calidad de las fuentes. Cuando cesaron las lluvias, se iniciaron las obras de una *bellisima* calzada que discurría desde la Puerta Capuana hasta la Colina Real. Y al superarse la epidemia, el virrey puso la primera piedra de una nueva avenida desde el barrio de Santa Lucía hasta el Monasterio de la Capilla. Luego, ya en 1570, una tercera desde el Puente de la Magdalena hasta San Julián y una nueva carretera saliendo por la Porta Capuana en dirección a Capua.

Pasando a sus respuestas con motivo de descalabros y humillaciones militares, todo empezó con la idea propugnada por el duque de Medinaceli, virrey de Sicilia de asestar in golpe definitivo al Dragut tomando el bastión Mediterráneo de Trípoli. Las tropas hispanas habían superado a las francesas en los Dardanelos y en San Quintín y había euforia combativa, por lo que Felipe II acogió bien la sugerencia del duque de la Cerda, después de consultar al Gran Maestre de Malta. El rey escribió a Pedro Afán de Ribera para que aportase sus galeras a la empresa, enviándolas a una reunión de la flota en Sicilia, a las órdenes de Juan de la Cerda, que debería

ponerse al frente, dejando un lugarteniente en la isla. Idénticas misivas se enviaron al duque de Sessa, entonces gobernador de Milán, y el Gran Maestre de Malta. La más importante iba dirigida al General de las Galeras Españolas, Giovanni Andrea Doria. No fueron bien recibidas. Ni el Gran Maestre ni Andrea Doria vieron bien tener que depender de Juan de la Cerda, cuya experiencia como marino no podía compararse a las suyas. Tampoco Afán de Ribera creyó oportuno desproteger Nápoles, cediendo sus galeras. Consecuencia de este error de Felipe II: ninguno de los destinatarios se dio prisa en cumplir su parte de la empresa. La armada no empezó a reunirse hasta el mes de octubre de 1568 y se tardaron dos meses en verla completa, debido a la incapacidad de Juan de la Cerda para poner de acuerdo pareceres tan variados.

Cundía la insatisfacción y el Gran Maestre se manifestó contrario a salir a la mar tan tarde. Pero, el duque de Medinaceli, orgulloso de haber sido elegido por el rey para ocasión de tanta gloria, impuso su criterio a Giovanni Andrea Doria y a Jean de La Valette, haciéndose responsable de lo que viniera después. A su mando tenía 54 galeras, 23 navíos, y 35 barcos de acompañamiento, que en total transportaban 15.000 soldados. La flota levó anclas en febrero de 1560, quedando al cuidado de Sicilia como lugarteniente Fernando de Silva, marqués de Guevara.

El siguiente grave error de esta malhadada empresa fue elegir la toma de la isla de Yerba (Los Gelves) como primer objetivo. La Valette (que acertadamente anteponía Trípoli a cualquier otra prioridad) hizo ver a Medinaceli que Yerba se ganaba con la misma facilidad que se perdía, ya que carecía de defensas. Encima, el ataque alertaría al Dragut y le daría tiempo para hacerse fuerte en Trípoli. A esto contestó Juan de la Cerda que fingirían un rumbo hacia España, antes de virar hacia los Gelves.

Navegaba el Dragut, junto con el corsario Uli-Ali, en dos galeras que advirtieron los movimientos de la armada

y huyeron hacia Levante, sin duda para dar noticia a Solimán del ataque inminente. Fueron interceptadas por los españoles, quienes las abordaron y saquearon, pero sin hacerlas presas, logrando el Dragut pasar inadvertido y huir. Sospechando lo peor, Medinaceli ordenó la persecución de las dos galeras turcas, pero demasiado tarde. Este hecho ha sido resaltado por el historiador de la Orden Malta, René Aubert de Vertot, como ejemplo de la importancia en la guerra de una deficiente disciplina.

Dado que ya no cabía ocultar la inminencia de un ataque cristiano, Doria y La Valette, aconsejaron a Juan de la Cerda que recompusiese la flota cuanto antes y atacase Trípoli, pero el virrey prefirió una victoria fácil frente al bey de Yerba, el cual después de perder 500 soldados se rindió y prometió vasallaje al rey de España. Tenía razón La Valette sobre la facilidad de perder la isla, por lo que Medinaceli decidió fortificarla para dejar allí una guarnición que pudiera defenderse. De nuevo, según precisa el abate Vertot, el Gran Maestre desaconsejó al virrey perder tiempo en una tarea inútil, debido a que la isla carecía de agua suficiente en verano y se verían obligados a abandonarla.

No bastaron estas razones para disuadir al duque, el cual se mostraba satisfecho de su victoria. Pero duró poco la alegría, porque a Italia llegaron noticias alarmantes de que una gran armada turca se dirigía contra sus costas para vengar las derrotas sufridas en Malta y Yerba.

Todas las galeras de Nápoles y Sicilia estaban en la costa de Libia, por lo que los virreyes de Nápoles y Sicilia entraron en pánico. La reacción de Afán de Ribera fue mandar a los barones que defendiesen las plazas más vulnerables. A Otranto despachó el duque de Nardo con 600 hombres; a Barletta el duque de Nocera, con 1.200 hombres; a Cotrone el marqués de Cerchiaro, con 600 hombres; a Monopoli, el marqués de Arienzo, con 500; a Trani, el marqués de Capurso, con 1.000; a Brindisi el marqués de Licito, con 2.000; a Manfredonia el conde de

Machia, con 600; a Galipoli el conde de Ugento, con 150; a Bari Juan de Guevara, con 500; y así sucesivamente, en Vesti, Biregli, Lipari, y demás sitios amenazados.

Afán de Ribera logró el efecto disuasorio con su rápida actuación. Por el contrario, el día 11 de mayo una armada de más de 80 galeras, mandadas por Piali Bassá, se presentó frente a la isla de Yerba cogiendo al ejército español por sorpresa, en su tarea de fortificar la isla. La superioridad de los turcos era tal que la oposición era vana. Algunas galeras españolas lograron huir, pero la mitad fueron hundidas o capturadas. En tierra se encontraba una guarnición que fue asediada por sed y finalmente masacrada, dejando el macabro recuerdo de una pirámide de calaveras. El comandante de las Galeras, Álvaro de Sande fue hecho prisionero con otros mil rehenes, de los cuales, unos pocos (entre ellos Sande) fueron rescatados más tarde. La flota española perdió 13 galeras, la genovesa de Doria: 6; la del Vaticano: 2; la de Nápoles: 3; la de Sicilia: 2 y los florentinos: 1. En total 27 galeras. A esta cifra hay que añadir 14 barcos de acompañamiento y transporte. Perdieron la vida 8.000 soldados españoles, entre ellos Gastón de la Cerda, hijo del duque de Medinaceli.

El siguiente zarpazo de los turcos a la tranquilidad del Reino de Nápoles, ocurrió con ocasión de la jornada de Orán. Felipe II había ordenado reunir una armada en Barcelona para el socorro de Orán, al mando de Francisco de Mendoza. Como en otras ocasiones, llegaron cartas al virrey de Nápoles y a Giovanni Andrea Doria de que acudiesen a la llamada, aportando barcos y hombres. El virrey Afán de Ribera, guardando las galeras, logró reunir 25 barcos, que llenó con piezas de artillería y soldados, algunos liberados de cárceles napolitanas. La expedición no pudo ser más desafortunada: la mayoría de las naves se perdieron en un temporal muy fuerte al sur de Andalucía.

Las esporádicas victorias en el Norte de África tenían

el efecto de rebotar efectivos navales otomanos hacia las costas de Italia. De esta manera, cuatro barcos cristianos portadores de madera, municiones, seda, y otras mercancías fueron alcanzados y abordados por el Dragut. Pertenecían a Vincenzo di Pascuale, Pietro di Stefano, Gian Franco Damiano y Colagiocivanni d'Orso. Este último puso fuego a la Santa Bárbara que guardaba la munición, hundió el barco y la tripulación saltó al agua. El Dragut se enfureció y ordenó que fuese ejecutado.

Poco después vino el saqueo de Chiaia, que entonces era un pueblo a las afueras de Nápoles bajo la señoría del marqués de Vasto. Un servidor renegado planeó la toma por los turcos atrayendo tres barcos que se presentaron a la vista de los vecinos sin atacar. Una noche llamaron a las puertas de la villa una veintena de personas que fingían ser labradores atemorizados, y ya dentro hicieron señales a los barcos para que desembarcasen con vía libre para apoderarse de cuanto estimaron de valor. A los barcos se llevaron rehenes, en espera de los rescates de rigor. El virrey lo primero que hizo fue ocuparse de lograr la suma necesaria, y hacer que volvieran a sus casas los vecinos apresados. Luego convocó una leva de voluntarios para servir al rey como guardianes de los puntos amenazados. Los uniformó vistosamente y situó a la vista de todos, generando confianza. Y, dice Mosto, que también algo de envidia en los soldados de su Majestad, que se sentían preteridos en los trajes y en las pagas.

Durante el largo gobierno de Afán de Ribera ocurrieron otros episodios cruentos de origen interno. Los más señalados se originaron en tierras de Calabria. Allí moraba una población singular, que no hablaba italiano, sino occitano, y no se mezclaban con gentes de otras tierras. Habían llegado a Italia procedentes del Piamonte y obtenido de los reyes de Aragón permiso para instalarse pacíficamente. Los unía un fuerte sentimiento religioso inspirado por la predicación de los seguidores de Pierre Valdo (1140-1218), por lo que eran conocidos como

“valdenses”. Estaban exentos de impuestos y de levass, aunque tenían que pagar una renta simbólica a sus feudatarios. Durante siglos esta colonia pudo vivir tranquilamente en La Guardia (Guardia piemontesa) y San Lorenzo. En tiempos de Afán de Ribera aquellas tierras eran feudos de Salvatore Spinello. Descuidados de lo que vendría después, los valdenses de Calabria mantenían contactos permanentes con sus correligionarios de Lyon y Ginebra. Los prebostes más conspicuos llegaron a entrevistarse con Calvino. Ello explica que, en su afán de expandir la Reforma, los calvinistas enviasen en 1559 a Nápoles un animoso proselitista Jean Louis Pascal, cuya actividad no pudo ser más inoportuna. Mientras algunos valdenses se entusiaslaban con su palabra iluminada, otros temían ser estigmatizados, y algunos empezaron a huir. Al ser denunciados, los dueños de las tierras donde vivían abogaron por tratar de convertirlos, enviando eclesiásticos y animando a que los valdenses se casaran con italianos. Pero encontraron una resistencia tal que al cabo se resignaron a perder aquellos colonos y dejarlos a su suerte.

A su mala suerte, porque que el cónclave reunido para elegir sucesor de Paulo IV eligió a Giovanni Angelo de Médicis, defensor de la Inquisición Vaticana fundada tres siglos antes por el papa Lucio III en 1184 para perseguir, precisamente, a los valdenses. Pio IV había sido testigo indignado de cómo los romanos habían liberado presos de sus cárceles e incendiado su edificio, al morir Paulo IV. Encargó al cardinal Chislieri que se ocupase de los valdenses, tratándolos como herejes y obligándolos a una serie de prohibiciones e imposiciones humillantes. Tenía información del obispo napolitano Orazio Greco, quien dio parte de lo que ocurría en Calabria al inquisidor Giulio Pavesi. Greco consideraba suficiente que los valdenses abjurasen públicamente. Esta tarea fue encomendada a fray Bernardino de Alimena, pero Chislieri se mostró contrario a la benevolencia. Afán de

Ribera había hecho prisionero a Jean Pascal, por delito de bandidaje, y lo tenía sometido a “pan y agua” en su prisión, confiando en una abjuración que no se producía. El Vaticano pidió la extradición al virrey, al ser la herejía un delito eclesiástico. Afán de Ribera entregó Pascual a las autoridades eclesiales de Cosenza y de ahí, en abril 1560 junto con otros prisioneros, fue transferido a Roma para ser juzgado por la Inquisición de Pio IV, y condenado a morir en la hoguera.

El arzobispo Greco y el predicador Alimena, pagaron por su tolerancia y fueron reemplazados en el asunto de Calabria por un consejero del Santo Oficio en Roma, de nombre Malerio Malvicino, de la orden dominicana. Aquel nombramiento hizo que los principales valdenses huyeran del país. Malvicino confiscaba sus bienes en beneficio de la Curia, con no poca estupefacción del virrey. Tratando de evitar lo peor, Afán de Ribera se limitó a prohibir el uso de la lengua occitana, las bodas entre valdenses, los viajes a Francia o Suiza, al tiempo que recomendaba a los valdenses que asistieran a misa los domingos.

Pasados unos meses, el fraile dominicano Malvicino evidenció que las conversiones eran ficticias y empezó a considerar la eliminación de los más influyentes como única solución. Pidió que interviniese el duque de Montalto, señor feudal de Calabria, quien transmitió la petición del enviado papal al gobernador de la provincia: el barón de Castagneto. Los valdenses se emboscaron y resistieron el ataque, y mataron a sus perseguidores, entre ellos a Castagneto.

Afán de Ribera, que hasta entonces había permanecido al margen de los acontecimientos, encargó a Marino y Ascanio Carraciolo el cumplimiento de las instrucciones del Vaticano, con efectivos logrados entre expresidarios y voluntarios locales, dirigidos por un grupo de españoles. Salvatore Spinelli fue enviado por delante con promesas de clemencia para que los

valdenses facilitarán la entrada a las fuerzas del orden. El resultado fue espantoso: prisiones, ejecuciones sumarias, y confiscaciones de bienes. Al carecer de jurisdicción en asuntos relativos al dogma, los juicios se hicieron en base a rebelión y portar armas, que podían ser castigados con la muerte. Fueron jueces Pirro Antonio Panssa, por el virrey y Malerio Malvicino, por la Iglesia.

La historiografía italiana más nacionalista ha tratado de hacer recaer la culpa de esta masacre en Pedro Afán de Ribera, pero los testimonios de la época sitúan, sin dejar lugar a dudas, al Papa, la Curia Vaticana y el cardenal Chislieri, como principales responsables.

El segundo episodio de política interna con origen en Calabria que Afán de Ribera hubo de resolver recurriendo a la fuerza es continuación del anterior. Lo protagoniza un bandido legendario que se hizo llamar “El rey Marcone”, cuyo verdadero nombre era Marco Berardi. Había reunido entorno a su figura más de mil facinerosos que se escondían en los mismos montes donde habían huido los valdenses de la persecución de la Iglesia. Ocupó la villa de Crotone, matando a unos 50 defensores de la guarnición y al alférez que los mandaba. A partir de entonces, Marcone impuso un gobierno paralelo, con impuestos y guardia personal. Se le ha adjudicado una ideología antiespañola y populista, enemigo declarado de los barones italianos y anticlerical.

La locuacidad de Marcone le llevaba a proclamar públicamente la igualdad entre su pequeño reino independiente de Calabria y el más grande de Nápoles. El virrey recogió el guante y envió a Fabrizio Pignatelli, marqués de Cerchiara, para acabar con la amenaza que suponía la banda de Berardi. Objetivo que se cumplió con la ayuda (sin duda exagerada por Parrino) de 2.000 infantes y 600 jinetes. Y añade que, a la vista de semejante ejército, los bandidos acordaron dispersarse por la montaña, de tal forma que el marqués de Cerchiara no tuvo dificultad para irlos destruyendo y extinguiendo.

En septiembre de 1568, el día 17, se celebraron en Nápoles los funerales por el príncipe Carlos. No en la catedral, sino en la iglesia de la Cruz de los Hermanos Menores, la misma iglesia donde un mes después tendrían lugar otros en honor de la segunda esposa de Felipe II, la joven y bella Isabel de Valois. Los cronistas no hablan de túmulos monumentales, como el erigido en la catedral cuando murió en emperador Carlos V. Dice el Parrino que el aviso de esta muerte causó *maraviglia e stupore a tutti*. Y se extiende en las circunstancias que, a su juicio, rodearon la prisión del hijo de Felipe II. El rey estaba advertido por su hermano don Juan de que el príncipe Carlos se había atrevido a pedirle colaborar en un proyecto de matar a su padre, y hacerse rey. Don Carlos estimaba que su padre gobernaba con poco juicio y contra los intereses de la monarquía. Que era incapaz de tomar una decisión sin consultar a cuatro personas: *un fraile, un clérigo, un judío y un alcahuete*. Parrino dice que se refería al cardenal Diego Espinosa Arévalo, presidente del Consejo de Italia; a Diego de Covarrubias, arzobispo de Segovia y presidente del Consejo de Estado, al conde de Cianciana, y a Ruy Gómez da Silva, camarero mayor del Rey. Añade que la pelea que tuvo don Carlos con Juan de Austria sobre cuál de los dos era más noble, solo era una coartada para encubrir el futuro pacto.

La delación de su tío fue determinante para que el rey ordenase retener a su hijo incomunicado en una celda de palacio. Es este el momento en que la Historia se vuelve contra Felipe II, ya que el príncipe había dado suficientes muestras de inestabilidad mental para que su padre lo hubiese tratado como a un enfermo. El mismo Juan de Austria había sido testigo de cómo don Carlos había obligado a su zapatero a comerse unos zapatos que no le sentaban bien. Tampoco ayudó mucho a la fama póstuma de Felipe II el silencio que impuso sobre cualquier asunto relacionado con el príncipe Carlos, sin excluir la causa de su muerte. Domenico Parrino repite rumores de que, a los seis meses de verse en condición tan

extrema, don Carlos manifestaba deseos de morir. Con esa intención había dejado de comer y procuraba coger una pulmonía, mostrándose sin ropa y regando la celda. Menciona que el día 24 de julio le sobrevino un vómito, señal de que el fin estaba cercano. Rehusó cualquier remedio y pidió confesor y *con grande stupore e meraviglia* perdonaba a su padre y a cualquiera que hubiese podido ofender. Y finaliza diciendo que, antes de morir, pidió una palmatoria con una vela, que mantenía en la mano derecha, mientras con la izquierda se golpeaba el pecho, repitiendo tres veces *Deus propitius esto peccatori*. La importancia de esta tragedia en la opinión italiana viene ampliada por el hecho de que Carlos era también el heredero de la Corona dominante en el Sur de la Península.

(La muerte del príncipe Carlos no fue tan violenta como las de Ana Bolena, Catalina Howard, María Estuardo, Thomas Seymour, Juana Grey o Robert Devreux, si bien, en el imaginario colectivo europeo, aparece como la más tenebrosa).

Un ejemplo de interés y familiaridad de los napolitanos con los asuntos que ocupaban a la Corte de Madrid es el que narra Costo Tomasso en una de sus anotaciones al *Compendio*. Era costumbre en la Corte que, en ausencia prolongada de la Reina, sus damas tuvieran permiso para ser cortejadas por dos nobles, uno cada día, de forma repetitiva. Una de ellas, Magdalena de Girona, hermana del duque de Osuna eligió a don Hernando de Vega, hijo del virrey de Sicilia, Juan de Vega. El día señalado, a la salida de misa en la iglesia de Atocha, Vega intentó introducirse en la carroza de Magdalena, y no pudo porque estaba ocupada por César D'Ávalos, el otro elegido. Preguntada doña Magdalena, dijo que César debía permanecer. Entonces Vega creyó haberse confundido y se fue a la carroza de Leonora de Toledo, donde se encontraba el Príncipe de Francavilla. Espadas desenvainadas y desde su caballo Vega recibe

una herida profunda en la cabeza. Los tres se refugian en los Jerónimos. Los duelos estaban penados con la muerte. Con el apoyo *de persona soberana* los caballeros lograron huir.

Sobre la familia del virrey Afán de Ribera, puede ser interesante el origen del apellido, inexistente en español, por lo que puede ser una traslación del francés “enfant”, y, de paso, señalar que sus antecesores pudieron venir a España procedentes de Provenza. El ducado de “Alcalá” (que en árabe significa “villa fortalecida con muros o castillo”) no hace referencia a la celtíbera Alcalá de Henares, ciudad con Universidad, sino a Alcalá de los Gazules, pueblo costero andaluz. El título le vino a un antepasado, Per Afán de Ribera, por su participación en la toma de Sevilla a los árabes.

Hubo tres virreyes Afán de Ribera. Los otros dos fueron Fernando Afán de Ribera que gobernó Nápoles entre 1629 y 1631 y luego pasó a Sicilia, también como virrey, hasta 1635; y, el tercero, fray Payo Enríquez Afán de Ribera, virrey de Nueva España 1674-1680. De Fernando cabe decir que era poco amigo del duque de Alba, y que durante su gobierno los bandidos de Sicilia fueron perseguidos sin piedad. El virrey se jactaba de ello, haciendo inscribir en una fuente de mármol: *Scelerum implacabilis Ultor*. Gustaba de erigir estatuas, construir fuentes ornamentales y reforestar a orillas de las vías de comunicación. Era muy culto, bibliófilo y poco dado al trabajo intensivo. Tuvo dos hijos naturales: una hija, que quedó en España encomendada a su tía Ana de Aragón, muy crítica con su hermano. De la misma madre, posiblemente María Luisa Manrique de Lara (hija de Vespasiano Gonzaga y dama de la reina), tuvo Fernando un hijo, al que llamó Pelayo, o Payo, y que encomendó a los agustinos de Salamanca, con fondos suficientes para sus estudios en la Universidad. Lejos de su villa natal, Sevilla, don Payo se irritaba viéndose enfundado en el hábito de los padres agustinos, sometido a la disciplina de

un monasterio y huérfano sin saber el nombre de su madre. Grande fue su alegría cuando el prior de los agustinos, padre Martín Cornejo, le comunicó que su padre, el virrey de Sicilia, antes de morir había obtenido del papa Urbano VIII una dispensa de su origen ilegítimo, que le equiparaba a sus hermanos y abría las puertas a cualquier dignidad en el futuro.

Antoine Perrenot Granvela, cardenal

1571--1575

En la ciudad de Besanzón, situada en el Franco Condado, hay un pequeño parque y plaza, con un castillo que se sigue llamando: de *Granvelle*. Lo mandó construir, en el siglo XVI, Nicolás Perrenot, agraciado con múltiples mercedes por el emperador Carlos V en premio a su compañía y consejos. Esta liberalidad se extendía con los muchos hijos que tuvo Nicolás, uno de ellos, Antoine, inclinado a la lectura de los clásicos. De una inteligencia privilegiada, y una cultura extensa, pudo disfrutar de rentas inapropiadas a su juventud, al recibir en donación la abadía de San Vicente, en su ciudad, y el obispado de Arrás, con sólo 23 años.

Su padre, desde su cargo de canciller, recurrió en repetidas ocasiones a los oficios de Antoine, con el beneplácito del emperador. De este modo, Antoine intervino decisivamente en acontecimientos tan importantes como la dieta de Augsburgo, en 1530, cuando contaba 23 años, la posterior de Worms, en 1540, y el concilio de Trento en 1545. En cada ocasión defendía la postura del Consejo, que le transmitía el canciller.

En 1550 murió el padre de Antoine, en Augsburgo, donde se encontraba defendiendo la primacía de los intereses de los Habsburgo sobre la pretendida supremacía papal. A partir de entonces, Antoine le

sustituyó en la confianza del emperador. En España, los demás consejeros pronto advirtieron la firmeza de su carácter y el crédito que Carlos concedía a sus advertencias. Se fiaba de él en lo concerniente a las relaciones con Inglaterra, hasta el punto de aceptar la idea de que el príncipe Felipe se casara con María Tudor, convirtiendo a su hijo en rey consorte del reino enemigo. A su vez propuso y obtuvo mantener buenas relaciones con Francia. Cuando el emperador pensó en retirarse de la vida activa y abdicar en su hijo, lo hizo con la anuencia de Antoine y en contra de la opinión de otros, más cercanos al favor real.

Felipe II pudo comprobar que Granvela no tenía buena acogida entre sus cortesanos, quienes lograron que lo trasladase a Flandes como consejero de la gobernadora Margarita. Ocurrió allí lo mismo que en España. Los diversos protagonistas del conflictivo escenario político de los Países Bajos, donde los partidarios de la independencia eran muy sensibles a los avances de la autoridad con raíces hispanas, iniciaron una campaña de desprestigio contra Granvela, destinada a los oídos de la gobernadora Margarita, quien acabó creyendo oportuno el alejamiento del consejero flamenco. Más tarde se arrepentiría de ello, porque Antoine, en 1564, harto de las acusaciones de ambición, pidió permiso al rey para retirarse de la política y regresar a Besanzón, con el pretexto de atender a su madre enferma. El rey le contestó por carta, autorizando su retiro.

Con el retorno de Antoine, la ciudad de Besanzón alcanzó un esplendor renacentista que atraía a traductores del latín y el griego como Sigfrido Petri, dedicado a Plutarco y bibliotecario de palacio, o el latinista Justo Lipsius, autor de libros sobre política, o el audaz y controvertido jurisconsulto Charles Dumoulin. Todos disfrutaron de la liberalidad que Perrenot dispensaba, no sólo a celebridades sino también a autores menores y escasos de recursos. La Academia de San

Mauricio, fundada por su padre, recibió un nuevo impulso. Esta etapa de tranquilidad duraría siete años, sólo interrumpida por su participación, como cardenal, en el cónclave que tuvo lugar a la muerte de Pío IV.

A finales de 1571, Felipe II pensó en Granvela como la persona que mejor podía defender los derechos de España frente a las exigencias del papa Pío V, que consideraba tanto a los napolitanos como a los sicilianos súbditos directos del Vaticano. Exigía la mitad de los impuestos, inválidos sin aprobación expresa suya, participación de jueces eclesiásticos en causas “mixtas”, reserva arzobispal para intestados...en definitiva: subordinación de la autoridad de los virreyes españoles a la autoridad del Pontífice.

En un primer momento, el cardenal fue enviado a Roma, pero como mejor podía probar su firmeza era estando encargado del escenario del conflicto, por lo que el rey le ordenó viajar a Nápoles en espera de las cartas que confirmasen su nombramiento de virrey. En realidad, Perrenot estaba ya deseando volver a la actividad política, y ser gobernador de Nápoles era algo que ya había solicitado sin éxito, durante su estancia en España.

Pocos meses después de hacerse cargo, moría el papa Pío V, y de nuevo el cardenal hubo de acudir a Roma para asistir al cónclave del que, en parte gracias a su apoyo, surgiría el prelado Ugo Buoncompagni como nuevo pontífice, tomando el nombre de Gregorio XIII.

Con el nuevo papa, las audacias de los eclesiásticos no cesaron, tal como los napolitanos pudieron comprobar un día de 1573, en que los muros de algunos edificios amanecieron mostrando bandos firmados por el vicario episcopal, en que se excomulgaba al Fiscal del Reino y cuantos alguaciles hubieran intervenido en sacar a un prisionero de la cárcel del obispo. Granvela reaccionó reuniendo la Junta del Consejo. A instancias suyas los bandos fueron tapados. Hechas las deliberaciones oportunas, el virrey expulsó al vicario del arzobispo Mario

Carafa fuera del reino, para no volver sin autorización suya o del rey. Arrestó a quienes habían aconsejado al arzobispo retener al ladrón de iglesias, pese a haber sido reclamado por el virrey en repetidas ocasiones. Les confiscó sus bienes. Y sin esperar más, mandó ejecutar al ladrón sacrílego sin intervención de jueces eclesiásticos. Habiendo dejado clara la supremacía del poder de la Corona en la población, de todo ello dio noticia a Felipe II, quien no solo aprobó sus medidas, sino que añadió por carta que los excomulgados se abstuvieran de acudir a Roma a pedir perdón, dejando el asunto en manos de sus embajadores.

Lo cierto es que la autoridad de la Corona había quedado establecida definitivamente con la victoria de Lepanto un año antes y que Granvela aprovechó la ocasión para marcar distancias también con las pretensiones de don Juan de Austria, entre ellas la de que, en premio a la victoria de Lepanto, el rey Felipe le concediese autoridad sobre los virreyes de Nápoles y Sicilia.

Tal vez lo más interesante del gobierno del cardenal Granvela fuera la forma en que se desenvolvió en la preparación, ceremonial, aportación de recursos, agasajos al vencedor, y...contención de las expectativas que “la mayor ocasión que vieron los siglos”, a decir de Cervantes, hizo nacer en Juan de Austria.

Ciertamente singular, si se tiene en cuenta que muchas batallas famosas que se libraron en aquellos años rara vez reunían más de una decena de navíos de guerra. La armada que luchó en Lepanto empezó a formarse con la llegada al puerto de Nápoles, en 1571, de 29 galeras que llegaron de Sicilia, mandadas por Juan de Cardona. Casi al mismo tiempo aparecieron 64 galeras más, las que mandaba Álvaro de Bazán. En Mesina se añadieron 12 del papa Gregorio, a las órdenes de Marco Antonio Colonna y 112 provenientes de la Republica de Venecia, con su almirante Sebastián Veniero. Los caballeros de Malta

aportaron tres galeras, capitaneadas por Fray Pietro Justiniano. Finalmente, Felipe II hizo llegar a Mesina 82 galeras del reino de España acompañando a 24 navíos de guerra.

Artífice principal de aquel logro fue el cardenal Granvela, cuando desde Roma consiguió evitar las dilaciones de Alejandro Farnesio y confirmar las mencionadas aportaciones a La Liga. Fue Granvela quien diseñó el pendón la Liga, que mostraba un crucifijo a cuyo pie aparecían claramente bordadas las armas de España, las del Vaticano a la derecha y las de Venecia a la izquierda. Y en la punta inferior: las de Don Juan de Austria. El virrey de Nápoles entregó este pendón al hermanastro del Rey con inusitada solemnidad el día 14 de agosto en la iglesia de Santa Clara. La comitiva había llegado al templo a caballo, con Don Juan flanqueado a su derecha por Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, y a la izquierda por Francesco della Rovere, príncipe de Urbino. Y comenta el Parrino, que el cardenal Granvela, pidió a los *Electos* del Reino, que cediesen en sus privilegios de precedencia con el fin de honrar a tan selectos príncipes.

Terminada la misa, se encontraban presentes en las conversaciones de apoyo a Don Juan personajes tan destacados como: Paolo Orsini, duque de Braciano, Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, Francesco Sforza, conde de Santa Fiore, entre muchos otros. El Consejo de Don Juan quedó constituido como sigue: mayordomo mayor: Ferrante Carrillo; camarero mayor: Rodrigo de Benavides; caballerizo mayor: Luis de Córdoba; auditor general: Girolamo Morgat; secretario: Juan de Soto. Vino después el nombramiento de consejeros. Felipe II había previsto que Don Juan atendiese la voz de la experiencia del Francisco de Ávalos, marqués de Pescara, pero Ávalos murió poco antes.

El Parrino resume con la siguiente breve y pía consideración una batalla en la que murieron ahogados cientos de hombres, muchos de ellos al hundirse más de

cien barcos.

El 7 de octubre “mientras los católicos navegaban frente a los escollos de Curzolari, y los turcos lo hacían por la punta de los pescadores, que los griegos llaman Metologni, se encontraron a una distancia de diez millas unos de otros. Las dos armadas vinieron al encuentro con igual ardor, y los cristianos obtuvieron esa famosa victoria, que, por haber ocurrido el primer domingo del mes de octubre, en mismo momento en que los padres Predicadores salían en procesión con el santo Rosario, dio motivo al pontífice Pío V de instituir en memoria de tan gloriosa jornada, la fiesta solemne del santísimo Rosario”.

La armada regresó con una presa de 117 galeras, 13 navíos y 15.000 galeotes; entre ellos los había cristianos que servían de forzados en las naves turcas.

El almirante de la República de Venecia se dirigió a Corfú, con su parte de las capturas. Marco Antonio Colonna y Don Juan tornaron a Italia. El primero hizo una entrada en Roma en nada menos grandiosa que los *Triunfos* de los emperadores romanos. Don Juan hizo su primera aparición en Mesina, junto a Luis de Requesens. Tras un apoteósico recibimiento, el 18 de noviembre prosiguieron rumbo a Nápoles, llevando consigo prisioneros al Bajá de Negroponte, Mahometo, y dos hijos de Muley Alí, capitán general de la Armada turca, que pereció en la batalla. Uno de los infantes “murió de pena”. El otro fue recibido por el Papa. Don Juan se ocupó de que volviese a su país, cargado de regalos. Granvela recibió a Don Juan con cuantos honores, ceremonias y festejos populares le sugirió su imaginación.

Y ahí terminó la armonía de planes y expectativas entre Don Juan de Austria y el cardenal Antoine Granvela. El virrey, recordando su pasado de consejero imperial, era partidario de hacer la paz con el imperio

turco, obteniendo el máximo de seguridades y devoluciones de plazas a cambio de no seguir acosando las costas otomanas. Consideraba que le *Monarchia* tenía otras prioridades en el Atlántico. Empezaba a columbrarse la idea de la *empresa de Inglaterra*. En Flandes se echaban de menos las naves aportadas a Italia.

Por su parte, Marco Antonio Colonna y Don Juan de Austria creían llegado el momento de aprovechar la debilidad para tomar Túnez y establecer una presencia permanente de España en las costas de África. Felipe II adoptó una postura ambigua. Redujo considerablemente la presencia naval en aguas italianas, pero no impidió que Colonna atacase Túnez e hiciera tributario al bey Muley, provocando así la ira de los turcos que poco después, recuperaron la plaza, sacrificando cruelmente a sus defensores. Granvela había pronosticado que lo fácil era la conquista; lo imposible: la permanencia en territorio hostil. Por su parte, Colonna y Don Juan se quejaron de que el virrey no envió las naves necesarias cuando más falta hacían.

La antipatía de Don Juan contra el virrey movió a Felipe II a complacerlo, dejando libre el cargo y exigiendo su presencia en España. Pero no tanto como para poner en su lugar a una persona afecta a su hermanastro, sino que eligió a un “poco amistoso” marqués de Mondéjar.

Antes de concluir la crónica del cardenal Granvela, creo interesante comentar algunos testimonios pictóricos sobre el personaje. Fue contemporáneo, amigo y protector de Tiziano, quien retrató a su padre y a él mismo. En su cuadro aparece como un hombre alto, que mira al pintor con complicidad y un leve aire de duda. Frente amplia, cejas que enmarcan los ojos oscuros, atuendo español. En la mano de derecha un pliego enrollado, símbolo de su etapa de emisor de pragmáticas, como virrey. En la izquierda, ensortijada, un libro que alude a su época de mecenas en Besanzón, tal vez una Biblia Poliglota, que supo impulsar. En la mesa: su reloj de viaje.

Completamente distinto es el retrato que le hizo otro pintor favorecido por su mecenazgo: Frans Floris. Más satisfactorio en cuanto al detalle en el rostro. También mira de frente, infundiendo respeto y algo de temor. Ojos verdes, nariz menos fina que en el de Tiziano, gorra y capa flamencas.

Retrato, este literario, es el que ofrece Parrino en su comentada obra:

“Fue un ministro de manos limpias, una condición muy deseada en Oficiales de la Corte; amigo de los buenos, a quienes hacía Caridad; más inclinado al Pueblo que a la Nobleza; y finalmente digno de grandísimo elogio, si no hubiese sido tachado de conceder pocas audiencias a los súbditos.

Era de estatura justa, con un aire tan majestuoso y sereno en el rostro que cautivaba a sus enemigos más fieros, quienes acababan rendidos a la dulzura de su discurso y se reconciliaban gracias a la fuerza oculta de sus bellas maneras. Tenía un juicio maduro, una prudencia natural y una memoria tan fecunda, que cuando era preciso, dictaba al mismo tiempo a cuatro o cinco secretarios; y, lo más admirable, en diversos idiomas, que dominaba perfectamente, y con velocidad tan grande, que nunca se confundía. Era admirador de los virtuosos, modesto en la prosperidad y constante ante la Fortuna adversa. Enemigo del ocio, parco en el sueño, y sobre todo, de conducta incorrupta. Su genio era verdaderamente el de los Príncipes, como hizo ver en muchas ocasiones como cuando...etc. etc.”

La etapa más madura de su vida transcurrió en España formando parte del Consejo de Estado y del Consejo de Italia. La opinión de Granvela pesaba mucho en la política de Felipe II, tanto en los Países Bajos, como en Italia, como en la forma de relacionarse con Francia (pacífica) e Inglaterra (antagónica). El momento de

mayor poder del cardenal coincide con la salida de Felipe II a Lisboa en 1580 para hacer ver sus derechos a la Corona de Portugal, tras la muerte sin descendencia directa del rey Sebastián I. Es sabido que España invadió Portugal y Felipe II se proclamó rey frente a otros candidatos menos potentes. Durante su ausencia, dejó encargado del gobierno al cardenal Granvela. Se sabe que éste recomendó a Felipe II que estableciese la capital de la Monarquía en Lisboa, pero su sugerencia no prevaleció. El rey no quedó muy satisfecho de la regencia de Granvela y, a partir de entonces la estrecha relación se fue enfriando, pasando por un período epistolar, hasta ser casi inexistente.

Antoine solicitó al monarca poder retirarse a Besanzón, pero no obtuvo su licencia. De vez en cuando recibía una invitación para acudir a algún acto o junta sobre algo concreto. Murió en Valladolid, a los 70 años. Su cuerpo, ya exánime, sí que fue trasladado al panteón familiar de Besanzón, erigido años atrás para recoger los restos de su padre Nicolás.

Íñigo López Hurtado de Mendoza, marqués de Mondéjar

1575-1579

El año de 1575 fue “año santo”, una festividad de origen judío, que otorga indulgencias y perdón de los pecados a los peregrinos que acudan a los santuarios donde se celebre. Se abrieron las puertas de Roma para recibir gentes venidas de muchos lugares de Europa.

Desgraciadamente, algunos penitentes provenientes de Austria o Suiza llevaban consigo el morbo de la peste, y la transmitían a habitantes de las ciudades por donde pasaban. Una de las primeras en notar la maldad de las fiebres fue Bolzano, luego Trento, en la ruta hacia el Sur, y luego Verona, Padua y Venezia. También se extendió hacia Occidente por Brescia.

Fue requerida la opinión de los más distinguidos médicos de las ciudades afectadas, entre los cuales, Giannone cita a Alejandro Conobio, Andrea Graziolo y Antonio Gliscens. Pero, en contra de la evidencia que proporcionaba la ruta vertical de la catástrofe, coincidieron en atribuir el mal a la insalubridad de las viviendas, recomendando medidas de eliminación de gérmenes y limpieza.

En Venecia, un doctor tan eminente como Girolamo Mercuriale consideraba innecesario retener a los apestados a las afueras de la ciudad, prestándose a atenderlos el

mismo. Minusvaloró la gravedad de la situación, pero en lugar de atajar el mal impidiendo la entrada a la ciudad, reunió a cuantos doctores se prestaron para tratar de curar a los enfermos, con riesgo de sus propias vidas.

El resultado fue que su vida peligró, no tanto por el contagio probable como por la indignación contra su error de apreciación. A la vista de los miles de venecianos que morían por la peste, acabó pidiendo permiso al Senado (junto con otro galeno notable, de nombre Girolamo Capovacca) para salir de la ciudad y no parar hasta encontrar lugar seguro. No tardó el morbo en extenderse por Italia, llegando a Mesina en algún barco. Se atribuyó a un corsario egipcio que dejó mercancías consignadas en Sciacca, Siracusa, y Mesina. En Palermo la gente hacía portadora a una mujer que había yacido a bordo del bergantín con su patrón.

En aquel año de 1575 era virrey de Sicilia Carlo de Aragona, duque de Terranova, quien pidió consejo al médico Giovan Filippo Ingrassia, a resultas de lo cual se cerraron las puertas de la ciudad, se sacrificaron todos los perros, menos los de caza, y se requisaron todas las pertenencias sospechosas de haber sido infectadas. Algunos trataron de robar o recuperar los objetos antes de ser quemados y pagaron con la vida su desobediencia. Hubo que derribar parcialmente los conventos de San Francisco de Asís y de Santo Domingo. El palacio de la Cuba se acondicionó como hospital para recluir los enfermos y aislarlos del resto de la población. Con tales medidas, Palermo no consiguió frenar la devastadora acción, aunque las muertes fueron inferiores a las que sufrió Mesina, donde perecieron, al parecer, casi 40.000 personas.

En el reino de Nápoles, el recién llegado virrey Íñigo López de Mendoza no perdió tiempo recabando consejos. Decretó la prohibición de entrada a toda persona proveniente de Sicilia. Para otros viajeros, exigió la “fé de salud” en las aduanas. Sabía que el morbo se transmitía

fácilmente por las resmas de telas, y por eso ordenó que fueran quemadas todas las que llegasen de Mesina y Catania, sin exceptuar la seda, una medida que “causó gran daño a los mercaderes”.

Gracias a la determinación del marqués de Mondéjar, la peste no logró penetrar la férrea defensa la ciudad de Nápoles. Pero, para no tener que agradecer a don Íñigo haber evitado una calamidad que asoló gran parte de Italia durante desde 1575 hasta 1577, Summonte advierte al lector que tanta ventura no se debió al marqués de Mondéjar sino a la intervención de San Genaro y la de *la gran Maestá Divina*.

Tal vez por tratarse de una gloria menor, Summonte no atribuye también a la majestad divina la liberación de rehenes que Mondéjar logró en Trebisacce, plaza costera de Calabria. Estaban a punto de ser embarcados en las galeras del temido corsario Uluzali. No era su primer intento. Antes había amenazado la costa de Puglia, cuyos habitantes pidieron protección al virrey. Éste despachó un pequeño ejército compuesto de tropa mixta de infantes y jinetes, que logró evitar cualquier desembarco con su mera presencia. Creyendo poder sorprender otras plazas menos advertidas, Uluzali reapareció en Calabria, atacando y saqueando Trebisacce. Los socorros que envió el virrey, consistentes en 300 arcabuceros y 70 de Caballería, mandados por el príncipe de Brisiñano, Bernardo San Severino, no sólo liberaron a los rehenes de Trebisacce, sino que hicieron cuarenta prisioneros, después de matar a más de cincuenta turcos.

Tanto en esta ocasión como en la relativa a la peste, fueron muchos los beneficiados en Puglia, Calabria y en todo Nápoles con las rápidas respuestas del virrey. Sin embargo, su altivez hizo que se haya dado más importancia a sucesos irrelevantes para la población civil, pero muy graves para la nobleza.

Cuatro son los que se citan por los cronistas de la época. El primero lo pinta irritado ante la pretensión de

Juan de Austria de gozar de primacía sobre él en el tratamiento. Mondéjar, como *alter ego* del Rey, no cedía en importancia a nadie. Don Juan, mirando a Mondéjar cara a cara, era incapaz de verlo como su estuviera ante su hermano Felipe. Insultó al virrey en presencia de testigos, y éste se quejó a Felipe II.

El segundo suceso que causó escándalo en Nápoles fue el intento promovido por el virrey de liberar de su reclusión en un monasterio a una joven aristócrata, mientras su familia se ponía de acuerdo sobre quien sería su marido. Mondéjar envió al secretario de la Colateral con un nutrido grupo de alguaciles, los cuales exigieron a las monjas que entregasen a la novia. Lejos de plegarse, las monjas escondieron a la rica heredera y la vistieron con sus hábitos para que no fuese reconocida. A continuación, sacaron cuantas reliquias poseían y las interpusieron como escudo frente a los enviados del virrey. Fue suficiente para que el secretario ordenase la retirada y los alguaciles dejaran la novia a su suerte.

Tales fueron los hechos. Los detalles son como sigue: la joven se llamaba Ana Clarisa Carafa, hija de Antonio Carafa, duque de Mondragón y de Hipólita Gonzaga. Sus padres habían dispuesto que se casara con el primogénito de los duques de Nocera, el conde de Soriano, que también pertenecía a una rama de los Carafa. Pero aquel arreglo no fue del agrado abuelo de la novia, el príncipe Stigliano, quien se propuso tener otro hijo, casándose con Lucrecia del Tusó, hija de los marqueses de Lavallo, ocasionando una división profunda en la familia Carafa. Según el Parrino, el virrey aprovechó este conflicto para proponer a su hijo Luis Hurtado de Mendoza, conde de Tendilla, como solución. Así las cosas, el intento de liberación de la novia sería un abuso de poder, aunque también puede verse como encaminado a que ella mostrase libremente su voluntad. El asunto terminó con el traslado de Ana Clarisa desde el convento de San Sebastián hasta la casa de Giovanni de Cardona, donde se

celebraron los esponsales con el conde de Soriano, a gusto de sus padres.

El tercer tropiezo del marqués de Mondéjar con la nobleza napolitana fue apoyar el nombramiento de uno de los cinco *Saggi* que gobernaban la ciudad de Nápoles. Se trataba de un encumbrado comerciante llamado Scipione Cutinari que ya era Regente Provincial del Reino. Como tal tenía fácil acceso al virrey, supo ganarse su confianza a base de proporcionar información sobre los tejemanejes de algunos miembros de la nobleza. Lo cual no impedía que deseara profundamente pertenecer a la misma. A este fin, logró del virrey que documentara un árbol genealógico que lo emparentaba a él y a su mujer con los príncipes normandos y con varias familias poderosas del Reino. Cuando surgió la oportunidad de optar por el barrio de Nido, el virrey apoyó a Scipione contra la opinión unánime de los barones, que “hicieron plaza” en señal de rechazo. Proponían ellos a Antonio Cadera, uno de los consejeros reales, pero Mondéjar logró de Felipe II que Scipione fuese el elegido por la Colateral.

El cuarto y último episodio funesto para Mondéjar tiene que ver con la mezcla de harina y una hierba llamada Aron, que fue detectada en el pan que se vendía en Nápoles. Ya el emperador Julio César había recurrido a esta receta para alimento de sus legiones porque no reducía el valor alimenticio del pan, sino que lo mejoraba. Los napolitanos denunciaron el fraude al virrey, el cual, en lugar de castigar a los culpables, parecía aprobarlo. Muy distinta era la percepción entre los barones, quienes lo consideraban una humillación para una ciudad *opulentísima* como lo era Nápoles.

Ni las cuestiones de protocolo, ni los matrimonios entre nobles, ni la pretendida nobleza de Scipione, ni siquiera la *humillante* composición del pan, afectaban directamente al bienestar del pueblo llano. Pero fue tan grande su impacto entre los nobles que la poderosa oligarquía napolitana se movilizó para lograr la expulsión

de Mondéjar.

En realidad, el error más grave que cometió Íñigo López de Mendoza no fue ninguno de los citados, sino cuestionar y derogar algunas de las medidas adoptadas por el cardenal Granvela, cuando fue virrey de Nápoles. Olvidar que, en la Corte de Madrid, Granvela presidía en Consejo de Italia sólo se comprende dentro del marco de los enfrentamientos entre familias españolas. Desde el punto de vista napolitano, suponía la derrota segura de Mondéjar, tan pronto se presentase una embajada con un pliego de agravios ante su Majestad. En septiembre de 1579, el Consejo nombró a Gian Antonio Carbone, marqués de Padula, representante suyo con encargo de exponer la insatisfacción. Argumento principal de la denuncia era la falsedad palmaria en el documento que mostraba el origen noble de Scipione. El asunto pasaría necesariamente al Consejo de Italia. La carta que redactó el cardenal Granvela para la firma del Rey, se recibió en en octubre y fue ampliamente publicada. En ella, Felipe II ordenaba a Íñigo de Mendoza y su familia abandonar inmediatamente Nápoles. Asimismo, se destituía a Scipione del cargo de *saggi* y se encarcelaba a su hermano Lucio.

Nunca virrey alguno había sido desautorizado de forma tan ignominiosa. Íñigo López de Mendoza apenas podía creerlo. Ni siquiera se le permitía esperar la llegada de un nuevo virrey. Se embarcó en pleno invierno, junto con su mujer, que lloraba. Quedaban solo dos galeras en el puerto. Los acompañó un compasivo príncipe de Squilace. Era el 8 de noviembre de 1579. El nuevo virrey, Juan de Zúñiga, no apareció hasta el día 25.

De regreso en España, el marqués de Mondéjar y su mujer María de Mendoza, hija del duque del Infantado, se fueron directamente a su villa en Guadalajara. Y se dice que la pena por lo sucedido adelantó la muerte del marqués, que falleció pocos meses después.

Juan de Zúñiga y Requesens

1579--1582

La figura de Juan de Zúñiga es un ejemplo de aristócrata nacido en tercer lugar, que se ve impulsado a los mayores honores por la insistente ayuda del hermano mayor, hasta llegar a superarlo en la confianza del rey.

El primogénito se llamaba Luis (que anteponía el apellido Requesens) famoso por su intervención en la batalla de Lepanto al lado de Don Juan de Austria. Murió en Bruselas, tres años antes de que Juan fuese llamado a ser virrey de Nápoles.

Don Juan de Zúñiga era un consumado diplomático, como puede comprobarse leyendo su extenso epistolario, hoy repartido por toda Europa. Durante un tiempo defendió los intereses de Don Juan de Austria, y formó una muy estrecha alianza con el cardenal Granvela, quien lo agradeció con cartas de recomendación y apoyo directo. Formó parte de los consejeros que Felipe II eligió para la formación del príncipe Carlos, si bien renunció a ello, para no verse involucrado en las intrigas que surgieron a raíz de sus excentricidades. Desde su nuevo cargo en Roma, supo evitar el escándalo de la muerte de don Carlos, con explicaciones al Papa y los cardenales. Influyó decisivamente en el nombramiento del pontífice Gregorio XIII, pensando que sería menos antiespañol que Pío V.

Durante un tiempo se esforzó en oscurecer la

ambición de éste, desatada tras la victoria de Lepanto. Con los años, se harían grandes amigos.

En 1579, Juan de Zúñiga creía haber demostrado suficientes méritos y lealtad al soberano para regresar a la Corte, único lugar seguro. Además, aspiraba a continuar aconsejando al rey en materia de política exterior, de forma presencial. Precisamente, este deseo fue determinante para que Granvela, que ostentaba el cargo de presidente del Consejo de Italia, se interpusiese a un posible rival, logrando que Felipe II ordenase a Juan aceptar el nombramiento, con carácter inmediato, de virrey de Nápoles.

Su llegada no fue por barco, sino que descendió por tierra desde Roma, donde llevaba años dirigiendo la política imperial en su relación con el Vaticano, que era tanto como decir toda Italia, debido a las complicadas relaciones familiares de la Curia.

Con él venía su esposa, Dorotea Barrese, viuda del conde Mazzarino y princesa de Pietraperzia. Juan y Dorotea se habían casado siete años antes en Sicilia, a instancias del cardenal Espinosa, que velaba por los intereses de ambos. Dorotea tenía un hijo heredero, Fabricio, pero su fortuna era suficiente para alentar la eventual partición con un nuevo vástago.

Con lo anterior se entiende que la llegada de los nuevos virreyes fuese tan celebrada como la partida de los anteriores. Es curioso que, en un gesto de político populista que contrastaba con la altivez de Mondéjar, Juan solicitase del Parlamento que se destinasen al Hospital de Incurables los fondos que hubiera sido preciso reunir para pagar los gastos de un recibimiento al gusto oficial.

Una de las primeras tareas de este virrey consistió en reunir un ejército con destino a la Península Ibérica, para que participase en la ofensiva de Felipe II en tierras de Portugal, donde creía tener derecho a la Corona, al morir

sin descendencia el rey Sebastián. Zúñiga logró poner a disposición de Francesco Carafa 6.000 arcabuceros y 4.000 gastadores, embarcados en una flota de 17 naos, capitaneadas por Carlo Spinelli, que se unieron a las fuerzas mandadas por el duque de Alba.

Felipe II basaba su pretensión en ser nieto del rey Manuel de Portugal, por parte de madre. En frente tenía a un heredero varón, Antonio, pero hijo ilegítimo de Luis, hermano de Isabel, lo que, a juicio del rey español, le hacía inhábil para la sucesión. Antonio se dispuso a guerrear, defendiendo su derecho, y se autoproclamó rey en Lisboa. El duque de Alba lo derrotó en la batalla de Alcántara y Álvaro de Bazán desembarcó en Lisboa una flota que reunía 64 galeras, 21 navíos, y 9 fragatas. Antonio huyó a las Azores, donde intentó mantener un gobierno en el exilio, pero también fue derrotado y logró escapar a Inglaterra. Allí trató de convencer a Francis Drake para que le ayudase a recuperar el trono portugués.

El retorno de las tropas vencedoras fue ocasión de fiestas en Nápoles, y hubo reconocimiento de Felipe II al Reino por contribución en fondos (un millón doscientos mil escudos) soldados y navíos.

Poco duró la alegría, porque en septiembre de 1580 llegó proveniente de Lombardía un morbo mortífero, que atacaba la garganta de la gente y se expandía por otros países, incluidos España y Portugal. El rey Felipe II lo sufrió y pudo superarlo, pero su esposa Isabel de Valois sucumbió, llenando de tristeza al rey y a su Corte.

En 1581 apareció en Calabria un curioso personaje que se hacía llamar *Sebastián, rey de Portugal*, cuyo verdadero nombre era Tulio Cotizone. Decía haber sobrevivido a la batalla de Alcazarquivir, cuando pretendía invadir el reino de Marruecos, con la ayuda de Felipe II, su tío. Aquel desdichado episodio, que ocurrió el 4 de agosto de 1568, generó una leyenda entorno a su figura, pues el monarca portugués desapareció y se duda de que los restos que reposan en el monasterio lisboeta de

San Jerónimo fueran los suyos. La versión de Giannone es que Sebastián quiso distinguirse peleando y se encontró rodeado de enemigos, quienes acabaron luchando entre sí por mor de poseer tanpreciado rehén. En al alboroto el capitán de ellos, para poner orden en la disputa, propinó un golpe involuntario al rey, que cayó herido en tierra. Su cuerpo quedó abandonado. Al final de la batalla se buscó, entre los caídos, uno que semejase la figura y semblante de Sebastián. Entre los españoles que combatieron en Alcazarquivir cundió la especie, poco verosímil, de que estaba vivo y había huido a Italia.

El virrey Zúñiga ordenó que Cotizone fuese arrestado y, para quitarse de problemas, lo envió a Venezia. (Hay que decir que, en aquellos tiempos, las leyendas sobre reyes fantasmas, con poderes sobrenaturales para proteger a su nación, circulaban y se leían con fruición. El ejemplo del Rey Artur sería paradigma de las fábulas redentoras). Los venecianos, siguiendo el ejemplo de Zúñiga, lo dejaron escapar disfrazado a Florencia, donde siguió con la impostura y fue nuevamente arrestado. Tampoco el príncipe Cosme tenía interés en asunto tan resbaladizo, por lo que optó por devolverlo a Nápoles. El fin de la historia pertenece a otro rey, Felipe III, y otro virrey, el conde de Lemos. El segundo concluyó un proceso en que el *rey Sebastian* acabó siendo condenado a morir en la horca por impostor, y el primero, menos cruel, cuando lo supo le perdonó la vida.

Correspondió a Juan de Zúñiga hacer cumplir en Nápoles la decisión de Felipe II de promulgar una nueva forma de medir los años, que sustituía al calendario Diocleciano, adoptado por los cristianos en Nicea para regir sus festividades litúrgicas. La noche del 4 de octubre de 1582, un jueves, los napolitanos, al igual que todos los habitantes que vivían bajo la Monarquía hispana, se acostaron para no despertar hasta diez días después, curiosamente un viernes. Los libros de historia no

registran ningún hecho entre ese día 4 y el día 15, porque, en el calendario no existieron.

El origen de tan revolucionaria iniciativa tiene algo que ver con la influencia de la Universidad de Salamanca en el Concilio de Trento. Ya desde tiempo del rey Alfonso el Sabio, los españoles se habían percatado de que el año cristiano adolecía de un pequeño error con respecto al tiempo que la Tierra precisaba para completar el giro alrededor del Sol. Desde Nicea ese error iba aumentando, de forma que en 1580 se podía cifrar en 10 días. El papa Gregorio XIII creyó oportuno evitar que festividades como el nacimiento de Cristo se fuesen alejando del día correcto en cuanto a la posición de la Tierra y el Sol.

Los estudiosos de la Universidad de Salamanca, (basándose en investigaciones de astrónomos napolitanos como Aloysius y Giglio) propugnaban volver al calendario juliano, en cuanto al primer día del año, con pequeñas correcciones sobre el cómputo de los años bisiestos, que redujese el error apuntado.

Para los primeros romanos, los años tenían sólo 10 meses y se contaban a partir de la fecha de la fundación de Roma, *ab urbe condita*, supuesta el 1 de marzo y 708 años antes de que Julio Cesar supiese por el astrólogo Sosígenes, que los meses de entonces estaban a falta de 6 horas para ser correctos en Astronomía. Dado que añadir a cada año $\frac{1}{4}$ de día era poco práctico, se decidió esperar cuatro años para completar un día, y añadirlo entonces. (Ese fue el origen de los años bisiestos, que alude a las dos últimas cifras de 366 días). Se añadieron dos meses más.

Aunque tradicionalmente el año romano comenzaba en marzo (por lo que septiembre se llamó séptimo, octubre: octavo, noviembre: noveno y diciembre: décimo) en la práctica, los documentos hacían referencia a los cónsules vigentes, que, en el caso de *Hispania*, se elegían el 1 de enero desde la visita a España del emperador Augusto. En su época, Diocleciano quiso añadir una gloria a su paso por la tierra, haciendo que los años empezasen

el 1 de septiembre. Los cristianos hicieron suya la *Era de Diocleciano*, bautizándola como *Era de los Mártires*, pero cambiando el comienzo del año al 25 de marzo, fecha de la concepción de Cristo, *ab incarnatione Domini*, que nacería el 25 de diciembre, nueve meses después. Ambas fechas se aproximan a los equinoccios de verano e invierno en el hemisferio norte, donde los días son más largos, o más cortos. De esta forma coincidían con calendarios ancestrales de países del Norte de Europa.

Lógicamente, La *Era Hispana*, más conocida como *Calendario gregoriano*, no fue adoptada por países distintos los de la Corona española, que entonces incluía Portugal y sus colonias. En Italia se adoptó en Nápoles y Sicilia, además de los territorios del Vaticano. Llama la atención que el papa Gregorio XIII aceptase olvidar el 25 de marzo, y tener que sustituir un día tan relevante para la cristiandad como la *Encarnación*, por otro de poca relevancia, como la *Circuncisión*. Por lo cercano de las fechas, las investigaciones del monje Dionisio el Exiguo mutaron las referencias a *Nativitate Domini*.

El calendario de Felipe II y Clemente XIII no fue aceptado por países de religión protestante u ortodoxa, como Inglaterra, Suecia, Grecia y Rusia, hasta dos, tres o casi cuatro, siglos más tarde. Tampoco rige, por supuesto, en algunos países no cristianos, tales como China o los que siguen la fe de Mahoma.

Giglio murió en Roma en 1576. Su hermano Antonio se encargó de publicar sus hallazgos en una obra que publicó en 1578 con el título *Compendium novae rationis restituendis kalendarii*, primicia del calendario que cuatro años más tarde habría de implantar, también en su Calabria natal, el virrey Juan de Zúñiga.

En Sicilia y Nápoles hubo expectación por ver qué ocurriría en las festividades de San Esteban y San Genaro, conservadas en cápsulas de cristal, que permitían ver cómo se licuaban milagrosamente en las fechas conmemorativas de sus muertes el 13 de agosto y el 19 de

septiembre. Cuando se comprobó que las milagrosas metamorfosis se ajustaban al nuevo calendario, no fueron pocos quienes, según comenta el cronista Guillermo Cave, hacían ver a los negacionistas protestantes que el nuevo Calendario ya había sido *recibido en el Cielo*.

En este asunto, como en todos los que hubo de gestionar durante los años que duró su virreinato, Zúñiga salía indemne de las críticas de quienes se veían perjudicados. La supresión de 10 días en el calendario planteaba problemas en relación con los pagos y cobros en fechas que habían dejado de existir. Zúñiga supo resolver las dudas con acierto.

Al principio de su mandato intervino en las insolvencias que tuvieron lugar en Nápoles como consecuencia de la quiebra de la Banca Ravaschieri. Zúñiga pudo recolocar la deuda de la Corona con otros cuatro bancos, elegidos por él, a cambio de concederles el monopolio en todo el Reino. La indignación de muchos barones llegó a oídos de Felipe II, quien revocó la concesión de Zúñiga, pero no sin alegrarse del resultado beneficioso para la Corona.

Quien empezaba a sentir preocupación por el creciente aprecio del monarca hacía el virrey Pietraperzia, fue el todopoderoso cardenal Granvela, de quien dependía el Consejo de Italia. A propuesta suya, el rey envió el tradicional visitador real, cuya misión era siempre la de comprobar de primera mano la veracidad de las quejas o agravios que llegaban de las plazas del Imperio. A finales de 1581, se presentó en Nápoles don Lope de Guzmán, quien se preocupó de la Administración de Justicia, informando de sus investigaciones y procesando a quienes estimó que podían haber incurrido en faltas graves o delitos de prevaricación.

Mientras el visitador se afanaba en cumplir las instrucciones de Granvela, Juan de Zúñiga consideró cumplidos sobradamente sus servicios a la Corona, y pidió regresar, animado por el conde de Cinchón desde Madrid.

Los amigos de Zúñiga recordaron al monarca que el virrey de Nápoles ya había cumplido los tres años habituales, alabando de paso la prudencia de esta forma de limitar los mandatos.

Juan de Zúñiga recibió con agrado la orden de su majestad en febrero de 1582 de abandonar Nápoles y volver a la Península, sin, de momento recibir nada a cambio. Su sucesor iba a ser Pedro Téllez de Girón, duque de Osuna, quien tampoco mostraba demasiada prisa en aparecer por Nápoles. Zúñiga aprovechó esta coyuntura para no dejar el cargo de virrey, a la espera de noticias de la Corte, que no eran malas, siempre que mostrase prudencia y paciencia con Granvela, ya en decadencia.

Osuna llegó a Nápoles en noviembre, y Zúñiga lo recibió con la solemnidad de rigor, al tiempo que cumplía con el deseo real de informar a su sucesor del estado de los asuntos de Reino, sin omitir los consejos que creyese oportunos.

A su llegada a España, los príncipes de Pietrapierza no quisieron dirigirse rápidamente a Madrid, sino que se situaron en Barcelona, pero manteniendo contactos con Juan de Idiáquez, secretario del Consejo de Estado. Cuando Felipe II retornó de Lisboa a la Corte madrileña, dio algunas muestras de insatisfacción con la forma en que Granvela había gobernado en su ausencia. Y entre otras medidas, nombró a Zúñiga miembro de los Consejos de Estado y de Guerra.

Según los cronistas italianos, había dejado buen recuerdo en Nápoles. Dice Giannone que gobernó *lasciando di se, per le commendabile doti di pietà, mansuetudine, ed assiduità nell' udienze, fama di ottimo Vicerè*.

Pedro Téllez de Girón, I duque de Osuna

1582-1586

Para mejor comprender la conducta del primer virrey con el título de duque de Osuna, conviene recordar que era superlativamente rico y moderadamente aristocrático. Su patrimonio se había puesto a disposición de Felipe II para ayudar a financiar las campañas portuguesas. No fue ésta la única vez que los Téllez de Girón sostuvieron a la Corona, sino la más reciente. Antes habían cedido hombres y moneda en ocasiones como la reconquista de Antequera. En cuanto al reciente ducado de Osuna, Pedro había estrechado lazos con otros de mayor raigambre, como los de Albuquerque (por su segunda mujer María) y Medina Sidonia (por su primera mujer Leonor). De ésta tuvo varios hijos, que emparentaron con los duques de Frías y los de Tarifa. Pedro Girón era señor de importantes ciudades andaluzas, tales como Archidona, Morón, y Olvera, además de la de Osuna.

Aunque Parrino comienza diciendo que el nombramiento suponía gratificar la lealtad del duque con *uno de los mejores gobiernos de la Monarquía*, Girón excusó su partida desde Barcelona, alegando precisar una verdadera flota, para proteger su persona de posibles ataques corsarios. El rey había previsto destinar a su viaje seis galeras de la escuadra española. Osuna prefirió esperar a que llegasen otras doce, procedentes de Nápoles. Con esa argucia retrasó su incorporación diez meses.

Junto con él viajaron su sobrina, Isabel de la Cueva, con la que había perdido su condición de viudo; su yerno, Fernando de Velasco, conde de Haro, casado con su hija María, el hijo de ambos: Íñigo y otros dos hijos del virrey: el primogénito, habido con María de la Cueva, llamado Juan; y otro, ilegítimo, muy querido, de nombre Alfonso.

Las diez y ocho galeras del virrey se encontraron a mitad de su viaje con once del príncipe genovés Doria, y todas juntas arribaron al puerto de Pozzuoli el 4 de noviembre e 1582. La entrada triunfal en Nápoles tuvo lugar sólo cuando estuvo bien preparada por su antecesor Juan de Zúñiga, quien acudió a recibirlo en el Muelle, esperando de pie en el recargado puente ceremonial. El cortejo inició la marcha hasta el Duomo, donde esperaban otros invitados para presenciar la jura de los privilegios y fueros del Reino.

No pasó mucho tiempo sin que los barones advirtiesen el poco aprecio, cercano al desdén, que Pedro Téllez sentía sobre los títulos de nobleza italianos. Los primeros encontronazos, como era previsible, se originaron por cuestiones de protocolo. Osuna no permitía mantener la cabeza cubierta con gorra en su presencia. Aparte de exigirlo a todo aquel que se sentaba a su mesa, también adoctrinó al maestro de Ceremonias sobre la necesidad de descubrirse cuando los barones coincidiesen con él en algunos eventos señalados.

Estas advertencias, impertinentes en un recién llegado, irritaron a muchos, que dudaron entre desobedecerlas o quejarse al rey. Finalmente optaron por ausentarse en bloque a la primera ocasión que se presentase. Ocurrió en la boda de don Íñigo de Guevara con Porcia Carafa, hija del duque de Andría, un enlace apadrinado por el propio virrey, que quedó muy confundido y dolido por el gesto de una gran parte de los invitados. Cuestionado por los Carafa, Téllez echó la culpa al Ujier del Ceremonial, alegando desconocimiento de su advertencia a los presentes, lo cual sirvió para que, en

adelante, cada cual obrase en temas de gorra si o gorra no, según su mejor entender. La ocasión propicia se presentó en un convite que hizo el duque de Vietri, al que acudió el virrey cubierto y no menos cubiertos los invitados.

Tan importante para Osuna como los sombreros era el lugar reservado para sus hijos en las Iglesias. Los napolitanos no eran distintos a cualquier otro súbdito de cualquier país en su rechazo a los yernos de cualquier gobernante. Juan Fernández de Velasco no era un familiar más. Acababa de heredar títulos que superaban a los de su suegro y sus posesiones eran aún más extensas. Para el virrey era imposible ocultar el orgullo de padre al ver a su hija María, duquesa de Frías, Haro, Castilnuovo, y marquesa de Berlanga, ocupando el mejor lado del altar del Duomo de Nápoles.

La comodidad de los sitios reservados al duque de Haro en la catedral contrastaba con los bancos de palacio que Osuna había dispuesto para las visitas sin distinción de clase, sustituyendo a los asientos de siempre. Esta humillación provocó un altercado de palabras entre el yerno del virrey y don Cesar D'Ávalos que reprochó públicamente *il poco onore che si faceva alla Nobilità*.

La paciencia de los barones se agotó con el trato denigrante que la justicia permitió a uno de los componentes del gobierno de los Saggi, que gobernaban la ciudad. Un representante del barrio de la Puerta Capuana, en su traslado desde el Juzgado de La Vicaría al castillo de San Erasmo, había sido visto por las calles en coche descubierto con un pie sobresaliendo de la puerta, mostrando una cadena que sostenía un ujier. Al punto, se reunieron los Saggi y decidieron crear una Comisión de Treinta diputados, que presentasen una queja formal a Felipe II, aduciendo que el virrey no podía desconocer este trato denigrante y lo había tolerado, si no ordenado.

Alguien aconsejó empezar la queja ante el propio Osuna. Pero el virrey, en lugar de contemporizar, contestó que, dado que los firmantes eran treinta, esperaba ver a

cada uno de ellos, no sólo a los diez que acudieron a palacio.

A pesar de todo lo anterior, afirma el Parrino que Osuna se fue ganando el favor del pueblo de Nápoles con su política de suministro abundante de mercancías, fortalecimiento de la moneda de oro, solución al problema del agua, excelente iluminación de calles oscuras, apertura de nuevas vías, como la de Capodichino, dedicada en mármol a su mujer Isabel, hospitales para enfermos, y, sobre todo, una justicia ciega a los privilegios y protecciones de las clases altas. En total fueron más de 40 las pragmáticas que promulgó el duque de Osuna, de las cuales, desde la 14 a la 17, tuvieron por objeto *il mantenimento dell'abbondanza 'nella Città, e Regno di Napoli*.

Concluye Domenico Parrino su noticia sobre este virrey del modo siguiente:

Ma se queste operazioni del Vicerè gli fecero meritare la benevolenza del Popolo, che sodisfatto dell'attenzione ch'usava in mantener l'abbondanza, dello zelo, c'haveva nell'amministrare la giustizia, e della sollecitudine che praticava nella spediitione de'negozj, il colmava de benedizioni, e di lodi, quando andava per le publiche piazze...

Dos de las últimas pragmáticas de Osuna se refieren al modo en que ha de fabricarse el pan a la ciudad. La idea no es suya. Ya se practicaba en algunas de las provincias de América. Consistía en que todo el grano de trigo disponible debía ser destinado a la producción de pan, no estando permitida la reventa con fines especulativos. En cuanto a la harina, los compradores debían poder optar entre una calidad superior, y otra más económica, dependiendo de que contuviera, o no, salvado de trigo.

Precisamente, el pan de la ciudad de Nápoles fue la causa de uno de los sucesos más tenebrosos y repugnantes que ocurrieron en siglos la historia de la

ciudad. Con morbosa delectación lo narra el historiador Summonte, dejando entrever algo de culpa en la incapacidad del virrey para impedirlo. Parrino limita la barbarie a una parte del pueblo, a la que califica de populacho y vil canalla, aunque reconoce ser *maraviglia* que una ciudad tan poblada se mostrase tan miedosa, y puesta en semejante estado de confusión, por obra de *trecento sclazi miserabili, e mal vestiti, della più vil seccia de gli huomini*.

Para entender lo ocurrido, conviene recordar que el reino de Nápoles pasaba de tener cosechas pobres de trigo (debido a las sequías o tormentas) a encontrarse con importantes excesos en sus graneros, en años buenos. Para que los precios no oscilasen drásticamente, era muy importante compensar los resultados con importaciones o exportaciones, siempre arriesgando algo en cuanto a que su cuantía se ajustase al fin perseguido, en lugar de favorecer la especulación.

Cuando llegó Osuna, los agricultores y comerciantes tenían demasiadas existencias de trigo, un superávit que esperaban liberar con exportaciones a España, donde, por el contrario, las cosechas habían sido pobres. Quienes decidían en estos asuntos eran los seis Saggi, uno de los cuales representaba siempre al pueblo llano de Nápoles y tenía derecho de veto, concedido por el Rey, para asuntos que afectasen a muchos.

En aquellos tiempos el cargo lo ostentaba una persona enferma, de nombre Vincenzo Starace, que había delegado en sus consejeros el doctor Antonio Catalano y el médico Camilo Pino. Los otros cinco Saggi, como representantes que lo eran de la Nobleza, se inclinaron a fijar las exportaciones a gusto de los terratenientes, con lo que se excedieron y no se cumplió la condición puesta por la Corona de que no perjudicasen a la población del Reino.

Subieron los precios y la gente de Nápoles se indignó contra quienes habían autorizado demasiadas ventas al

exterior, causando un déficit interno. Y, como dice Parrino, “a este error se unió un segundo error”, porque para salvar las fiestas de mayo de aquel año de 1585, se reunieron los síndicos en San Lorenzo y no se les ocurrió otra cosa que reducir los precios quitando peso a las hogazas. Consta documentalmente que los representantes de Starace se opusieron, pero su postura coincidió con el hecho de que al día siguiente no llegó pan a la plaza, lo cual fue tomado como señal de que había sido consignada la fabricación para reducir el peso.

Si culpables eran todos los miembros del Tribunal, a juicio de los perjudicados, más lo era el representante del Pueblo, Vincenzo Starace, el cual, por otra parte, gozaba de poca simpatía por algo tan antiguo y simple, como la inquina contra quienes, siendo de humilde origen, se tornan altivos y desprecian a quienes no se han enriquecido tan deprisa y fácilmente como ellos. En Nápoles se recordaba al padre de Vincenzo, ya fallecido, con admiración y afecto. Se llamaba Andrea y era comerciante de telas de seda en Sorrento. Con trabajo e inteligencia había acumulado una fortuna sin por ello perjudicar a sus competidores, que lo eligieron Cónsul del Noble Arte de la Seda, en representación y defensa de los intereses comunes. Cuando murió, dejó a su hijo propiedades que rentaban cinco mil escudos al año, lo que permitió a Vincenzo abandonar el “noble arte” y vivir lujosamente, entregado a la elevación social de su hijo Marzio. Lo cual no explica el odio que inspiraba su persona a un grupo de gentes de la ciudad demasiado amplio para como para ser normal. Algo en la forma de ser de Vincenzo lo había hecho desagradable y el asunto del pan fue la gota que hizo desbordar el agua en el vaso de tanto resentimiento.

Concurría a incrementar el descontento del Pueblo el recuerdo de los campos llenos de trigo, la seguridad de que la cosecha había sido muy abundante y la convicción de que la carestía del pan se debía por entero al

comportamiento inadmisible de los seis Saggi del Tribunal. Advertido Vincenzo de que podía haber movilizaciones que le afectaban directamente, quiso cambiar el sentimiento en su contra presentándose enfermo en la plaza frente al convento de San Agustín, donde se celebraba la Asamblea. El día anterior, los allí reunidos habían constatado la oposición de Catalano y Pino, y de acuerdo con los derechos del representante popular, decidieron recurrir al virrey.

El 9 de mayo, los diputados se reunieron en la iglesia de Santa María la Nueva donde se reunieron con Vincenzo que había podido ser transportado yaciendo en una camilla. Demasiado tarde. Antes de poder salir a palacio vieron cómo se iba formando frente a la iglesia una multitud que los increpaba. Exigían que un asunto tan importante tenía que ser revocado por el propio Tribunal en San Agustín. Trató Vincenzo, de dirigirse a los más cercanos, pero ya no escuchaban. Muy al contrario, tomaron un extremo de la camilla y la volcaron, tomando a Starce por el cabello y arrastrándolo por la calle en dirección a San Agustín. Dice el Parrino que el tumulto provocaba *tal estrépito que las tiendas cerraron sus puertas*, por temor a la plebe.

Llegó a oídos de Pedro Téllez la noticia del peligro que corría la integridad del miembro del Tribunal, y dispuso que el Regente de la Vicaría Giovanni López de Benicano, junto con uno de los jueces de la Sala, llamado Giovanni Vello, acudieran urgentemente a proteger a Starace. Llegados a este punto, hay que preguntarse si el virrey debería haber enviado un socorro basado en la fuerza en lugar de confiar en la mera autoridad de los magistrados. Porque cuando llegaron al claustro de San Agustín la ira de los que rodeaban a Starace, se volvió contra ellos y tuvieron que salir de allí precipitadamente para salvarse en el contiguo palacio de la Moneda.

Mientras tanto, Starace estaba detenido en una capilla, con heridas, custodiado por sus captores, los

cuales, al saber que el virrey quería salvarlo, *temieron perder su presa, ya deforme y semiviva*, la colocaron sobre una sepultura que había en la capilla y se pusieron a golpear y despedazar *con grandísima violencia* para luego pasear el cadáver por las calles que conducían al palacio del virrey.

Durante el trayecto Starace perdió manos, piernas corazón e intestinos, y así fue presentado al duque de Osuna, a la vez que quienes lo llevaron gritaban: *¡Viva el Rey, muera el Mal Gobierno!*

No se inmutó Osuna ante espectáculo tan horrendo, teniendo a la vista no sólo lo poco que quedaba de Starace, sino también partes de su cuerpo alzadas en picas que sobresalían sobre las cabezas de la multitud. Visto que el virrey nada decía, la masa popular quiso deshacerse de los despojos, dejándolos en una pequeña capilla que estaba abierta en la Marina del Vino. Lo siguiente era quemar la mansión que Starace se había comprado frente al palacio de Medinaceli, no lejos del Colegio de los Jesuitas, los cuales, alertados por Fabio Marchese, salieron portando un crucifijo y lograron salvar a la familia y algunas pertenencias, dejando a el resto a merced de los asaltantes.

Sorprende la impavidez del virrey, tan enérgico en otras ocasiones. Parrino comenta que su prudencia y moderación fue admirada y alabada, porque, ordenó que no se movilizasen las milicias *frente a unos pocos*, esperando a mejor coyuntura para restablecer la justicia. Para ello ordenó a los nobles más conocidos por el Pueblo que recorriesen las calles a caballo, calmando los ánimos, como así se hizo. Al mismo tiempo, dio instrucciones de que no se tocase el tamaño y peso del pan, y que se presentasen urgentemente comisarios de todas partes del Reino (y también de Sicilia) para enviar a Nápoles cuanta harina y otros comestibles estuviesen a su alcance.

Satisfechos que estuvieron el hambre y los bolsillos, Osuna creyó llegado el momento de juzgar la gravedad de

lo ocurrido convocando una Junta compuesta por los Regentes de las Tres Salas, y los Fiscales. Se iniciaron las investigaciones que identificaron nada menos que 490 sospechosos, y todos ellos fueron puestos en prisión. La causa generó doce volúmenes, con centenares de páginas. Los principales agitadores, sabiéndose culpables, lograron escapar, entre ellos un farmacéutico de nombre Leonardo Pisano, quien lo supo a tiempo para huir a Venecia. Unos treinta fueron condenados a morir de forma cruel, cincuenta y ocho sentenciados a galeras y cinco a salir exilados del Reino. Giovanni Summonte da una lista completa de los centenares de encausados, en grupos con fechas y gravedad de las sentencias, publicadas desde el 14 de julio de 1585 hasta el 9 de septiembre.

Lo singular de la intervención del virrey en el macroproceso que se instruyó con motivo de la muerte de Vincenzo Starace, no fueron las numerosas sentencias de muerte sino el indulto general que promulgó. Se habían instruido 820 procesos, por lo que quedaban pendientes más de setecientos.

Todos los virreyes españoles, como vicarios de la persona del rey, tenían el privilegio de perdonar los delitos, un don que se derivaba de la concepción del poder real, como recibido *por la gracia de Dios*. Se entendía que su uso quedaba restringido a ocasiones en que la aplicación de la dura ley, lejos de restaurar la paz y el orden, ocasionase temor o desafección a la Corona. A veces eran los propios jueces, quienes, obligados a cumplir la letra de la ley, sugerían al virrey la aplicación del indulto. Otras eran los propios sentenciados quienes lo suplicaban.

El caso de Starace es especial por varias razones. Una, la certeza del virrey de que el asunto se le había escapado de las manos al no acertar a salvarle la vida. Dos, el hecho de que los que iban a morir o perder sus patrimonios eran los más pobres, incultos y desprotegidos del Reino. Tres, el deseo de mostrarse clemente en lugar

de espectador impávido de una sucesión de castigos horripilantes. Y Cuatro: que hizo la petición el sucesor de Starace, cumpliendo con su deber de proteger a los perseguidos por la justicia, como Saggi que había sido elegido para ese fin por el Pueblo de Nápoles. Por todas estas razones, el 4 de diciembre de 1585, Pedro Téllez de Girón dictó el siguiente

*INDULTO Concesso à tutti quelli,
li qualli intervennero alla Morte de Gio.
Vincenzo Starace, Elletto del Fidelissimo Popolo di
Napoli.*

*Siendo Rey Felipe, por la gracia de Dios
Don Pedro Girón, duque de Osuna, Señor de
Santovenia, Camarero Mayor de la Regia y
Católica Majestad, en el presente Virrey,
Lugarteniente y Capitán general,*

*Habiendo ocurrido este Mes de Mayo,
próximo al palacio, el homicidio y muerte del
Magnifico Eletto Gio. Vincenzo Starace, con el
robo y saqueo de su Casa, pese a que el susodicho
delito haya tenido lugar sin causa ni razón alguna
y con grandísima temeridad e insolencia y en
forma de tumulto & sedición y con otros
adherentes dignos de severísimos, grandísimos y
ejemplares castigos,*

*Pese a todo ello, considerando la calidad de
la gente que cometió el delito, su número y bajeza,
y lo repentino e impensado de la ocasión,*

*Habiendo suplicado el Magnífico Eletto, que
en el presente ejerce la Representación del Pueblo,
que quisiéramos usar de alguna clemencia con
tanta gente que todavía se encuentran
contumaces, o ausentes de la Ciudad por causa del
delito,*

Nos, considerada principalmente la fidelidad

de la fidelísima del Pueblo de esta Magnífica Ciudad de Nápoles, y el afecto que siempre ha mostrado a su Majestad, considerando también el castigo que ya han recibido algunos ajusticiados o condenados a galeras,

Asimismo, con el parecer y el voto del Real Colegio de la Colateral, estando nos presente,

Queremos, ordenamos y mandamos que todas y cuantas personas de cualquier estado, grado o condición que se hallen imputados, procesados o contumaces, ausentes o inculminados de cualquier forma y que hubieran intervenido de un modo u otro en el delito de homicidio, saqueo de la casa & tumulto, sean perdonados, indultados y agraciados de forma que puedan repatriarse o vivir tranquilamente en Nápoles como antes del delito.

(Sigue el texto del indulto exceptuando a una lista de contumaces a propuesta de los jueces, y prohibiendo la continuación de las causas con los cientos de encausados pendientes de juicio).

Quienes desconozcan que los virreyes españoles tenían prohibido interferir en la justicia, salvo para asegurar su limpieza y rapidez, tal vez se sientan inclinados a asociar el gobierno del duque de Osuna con las crueles sentencias de muerte o galeras dictadas en el caso Starace. Es cierto que Osuna, como tantos otros virreyes, promulgó muchas pragmáticas que tienen que ver con la administración de justicia, pero en todas ellas (una cuarta parte de las 40 que dictó) el objetivo es siempre el mismo: tratar de evitar la rampante venalidad y la irritante lentitud en las causas.

El Parrino alaba la ecuanimidad de Osuna en la administración de justicia citando una ocasión en que el General de las Galeras de España pidió su apoyo, por sentir que se honor había sido vulnerado cuando alguaciles de los juzgados se presentaron en su galera y

lograron apresarlos y encerrarlos a bordo por no pagar sus deudas. Osuna contestó enviando un destacamento que liberó al General, para acto seguido encerrarlos en la cárcel del palacio virreinal, de donde no salió hasta pagar el último ochavo. Como en otros casos, el virrey no interfiere en el fondo del asunto, sino que se limita a asegurar que se cumpla la ley. Si los acusados se reconocían culpables, ante la mera presencia inesperada del virrey, era porque su aspecto resultaba intimidatorio. Si el virrey mandaba soltar a un condenado a galeras que ya casi había cumplido condena, lo pudo hacer por el privilegio del indulto, no reduciendo la pena. Fue un tribunal religioso, no civil, el que condenó a la hoguera a un sodomita. De haberlo hecho Osuna, la Iglesia habría considerado el hecho una intromisión y la Inquisición Romana habría protestado al rey de España. Lo cual no obsta a que semejante crimen legal pudo ocurrir y ocurrió durante su mandato.

Los historiadores coinciden en que la mera presencia del duque bastaba para agilizar procesos, cuya lentitud le pareciera sospechosa. Consecuencia de este interés fue que el virrey recibiera peticiones de apoyo por parte de gente del pueblo, y que se interesase por sus demandas. Si a esto se une la poca estimación del duque hacia los barones y eclesiásticos napolitanos, se comprende la curiosa situación de un virrey apreciado por el pueblo y finalmente rechazado por las clases dirigentes del Reino.

Giannone termina su reseña citando las mejoras urbanísticas que dejó tras de sí: construcción de nuevos puentes sobre los ríos que interrumpen la carretera de que lleva a Puglia, para facilitar la llegada de víveres a la capital, allanamiento de caminos y carreteras, reparación del acueducto que desde la villa de Polla suministraba agua a las tuberías de la ciudad, y el más vistoso: un nuevo edificio de Caballerizas, que mandó erigir extramuros de la puerta de Constantinopla, cerca del palacio del duque de Nocera.

Juan de Zúñiga Avellaneda y Bazán, V conde de Miranda del Castañar

1586--1595

Los nuevos virreyes llegaron a Nápoles el 16 de noviembre de 1586. Ean tío y sobrina. Juan y María se habían casado trece años antes, y el título de duquesa de Miranda de Castañar había correspondido a su hermano Pedro, que era el primogénito. Pedro malgastó su patrimonio y cuando murió, su esposa Juana Pacheco se sintió muy apurada, con dos hijas que mantener decorosamente y un título muy preciado, el ducado de Miranda, sin saberse dónde iría a parar. La boda con el tío Juan fue ideada por la madre de María, como ella reconoce y agradece en una de sus cartas. En el Archivo de Burgos consta que, nada más casarse, la joven María hizo donación a su madre de 8.000 ducados de oro, con el consentimiento del marido.

Con los virreyes venían a Nápoles también sus hijos y una hermana de la virreina, de nombre Juana, soltera, con idea de encontrar un buen partido en la nobleza italiana. Tardó tres años en elegir, cuando ya sus cuñados habían sido ampliamente aceptados en la Sociedad napolitana. Se casó con el conde de Palena, Matteo di Capua, segundo príncipe de Conca, una de las figuras más representativas del mezenazgo artístico de la época. En sus tres palacios de Conca, Caiazzo y el de la ciudad de Nápoles, podían verse cuadros de Correggio, Rafael y

Tiziano. Los artistas encontraban acogida en sus salones, y está escrito que Torcuato Tasso estuvo un tiempo alojado en ellos. También fue bienvenido el famoso matemático y astrólogo Nicola Antonio Stigliola, quien fundó una academia donde impartir sus ideas heliocéntricas (conocía a Giordano Bruno) y otras relacionadas con la medicina natural. Llegó a tener muchos discípulos, pero no contento con la limitada difusión, optó por crear una potente editorial en 1593 con el lema *in dies maiora*, “cada día mayores”. Aunque la Inquisición Vaticana lo procesó al cesar Juan de Zúñiga en 1595, los siguientes virreyes lo indultaron en 1597, gracias a lo cual Stigliola siguió con su negocio de editor nueve años más.

Mientras los maridos se dedicaban a las artes y las letras, las hermanas Pacheco dedicaban su tiempo a compensar lo placentero de la barroca vida renacentista con obras de caridad. De Nápoles llegaron a diversas iglesias y conventos españoles obras de maestros residentes en el Reino, como Fabrizio Santafede, Giovanni Battista Cavagna y Wenzel Coebergher, encargadas por las Pacheco. (Cavagna, que era arquitecto, diseñó en 1589, por encargo del virrey Juan de Zúñiga la fachada del Monte de Piedad, tal como hoy puede verse).

Parrino describe y Giannone repite las principales huellas urbanísticas y de obras públicas que dejaron los nueve años de gobierno de los duques de Miranda. En lugar principal: la mejora en la vía que comunica Nápoles con Puglia.

Sub Phillii Secundi ab Austria Regno, D. Iovannes Astunica Mirandesium Comes, Praefectus, Viam hanc, quae commodius ab Apulia ad Campaniam vulgo iter fieret, publico sumptu sterni mandavit. An MDXCII.

A las afueras de la ciudad, el virrey mando construir un gran edificio, conocido como el *palacio de la pólvora*,

que vino a sustituir al castillo de San Erasmo, causante de víctimas inocentes diciembre de 1587. Un rayo cayó en su techo, provocando un incendio que se extendió hasta el polvorín, provocando una tremenda explosión que destruyó la parte fortificada. Murieron más de cien personas, varios edificios colindantes quedaron dañados, y la consternación fue general. Tres años después, el nuevo y majestuoso *Palacio de la Pólvara* no conseguía hacer olvidar aquella tragedia.

Menos necesaria, pero más espectacular, fue la inauguración del anfiteatro real que se erigió frente al Palacio Real, testigo de obras dramáticas, justas y torneos.

Phillipo Regnum Optimo Regnante, D. Io. Zunica, Mirandae Comite Pro Regio Anuente. Aream hanc quo bellicae rei, ludorumque spectaculis strat am Civis, milesque haberet, Urbanarum Viarum... Anno Domini MDLXXXX.

Siguen en la lista: la restauración del puente sobre el río Sebeto, que entonces cruzaba la ciudad, y que se llamaba *de La Madalena*; la rehabilitación del puente que comunicaba el Monte de Ecchia con el castillo del Ovo, que el mar había dejado inservible; así como diversas obras artísticas en fachadas de edificios, algunas desaparecidas por efecto de los terremotos que ha padecido la ciudad.

Aquel ambiente de superación, que enamoró a la familia del virrey hasta no querer volver a España, se vio repetidamente turbado por dos de los padecimientos seculares del Sur de Italia: a) el bandolerismo y b) los desequilibrios entre oferta y demanda de trigo.

Del mismo modo que Marco Belardi había atemorizado la provincia de Éboli durante el gobierno del duque de Alcalá de los Gazules, Pedro Afán de Ribera, al conde de Miranda del Castañar le tocó saber qué hacer con otro bandido, igualmente famoso, llamado Marco

Sciara que tenía sometidos los pueblos de la sierra de Capriola, el Vasto, y la ciudad de Lucera, donde sus secuaces, tras saquear las casas, asesinaron al obispo, monseñor Scipione Bozzuto, que se había refugiado en el campanario de la iglesia; se asomó y fue abatido de un arcabuzazo. Como solía ocurrir cuando las fuerzas del orden se internaban en territorios ocupados por bandidos, éstos desaparecían como por ensalmo y el resultado para los desgraciados habitantes de la zona era tener que soportar a la soldadesca y oficiales más tiempo de lo razonable.

Cabe preguntarse qué actitud tomaban los dueños feudales de tierras assoladas por el bandidaje. Lo más frecuente es que ellos y sus allegados lograsen impunidad a cambio de ofrecerla. En algunos casos, la connivencia entre nobles y bandidos llegaba a ser tan palmaria que humillaba la autoridad y estima del virrey de turno. El pueblo lamentaba su ineficacia con el repetido dicterio: *viva il re, porco governo*.

En el caso *Sciarra*, el bandido tenía las espaldas cubiertas por la proximidad de la Campagna con la frontera Norte, bajo dominio del Papa. Allí recibía ayuda de otro bandido, Alfonso Piccolomini, que operaba en la provincia de Toscana. Otras veces, era Piccolomini el que se escondía en Nápoles.

Juan de Zúñiga creyó poder capturar a Sciarra enviando a Carlo Spinelli, un capitán de probado valor, al mando de un ejército de 4.000 hombres, caballeros e infantes, desproporcionado para enfrentarse a una banda de 400 ladrones. Parrino lo explica diciendo que se trató de una demostración de fuerza dirigida al papa Sixto V, cuyas intenciones, al ayudar tanto a Sciarra, empezaron a parecer sospechosas. Se sabía que el pontífice había recomendado a los venecianos que llamasen a Sciarra en su lucha contra los corsarios croatas.

Las cosas cambiaron cuando el Dux de Venecia se apoderó de Piccolomini y lo eliminó violentamente. Al

morir Sixto V y sucederlo Clemente VIII, los dominios vaticanos dejaron de ser un refugio seguro. Juan de Zúñiga ordenó que Carlo Spinelli retornase a la capital y licenciase la tropa, lo cual supuso de momento un respiro para los de Sciarra, que volvieron a sus lugares habituales.

El virrey tomó nota del fracaso de Spinelli y cambió de táctica. El domingo de Ramos de 1592 salía de Nápoles una pequeña tropa mandada por Adriano Acquaviva, conde de Conversano, con dirección a la Campagna. Tenían instrucciones de alistar a cuantos labriegos o gente de pueblo quisiera unírsele, y prohibido solicitar ayuda o alojarse en las casas de los pueblos que atravesaban. Así sus hombres fueron acosando y cercando a los facinerosos, mientras las fuerzas del Papa, dirigidas por Giovanni Francesco Aldobrandini, atacaban su retaguardia. Recordando la oferta de unirse a los venecianos en su lucha contra los Usccochi, Marco Sciarra abandonó la Campaña con 60 de los suyos en dos galeras llegadas de la Señoría.

Atrás quedaban cientos de sus fieles, encomendados a su hermano Luca, que quiso repetir las batidas al modo de Marco, pero sin contar ya con el apoyo de antes. Sciarra sentía que había abandonado a quienes habían depositado toda su confianza en él y decidió hacer visitas periódicas a sierra Capriola, mostrándose en público. Pero se sabía que duraban poco y que se trataba de un ardid. En uno de esos viajes fue traicionado por un compañero llamado Battistello y trece rebeldes que se habían asegurado el perdón del nuevo Papa, confirmado por Aldobrandini. La noticia elevó grandemente la popularidad del virrey, que había sabido reconocer su error inicial y cambiar de estrategia.

El segundo jinete del Apocalipsis napolitano era el hambre los años de malas cosechas. Hizo su aparición una vez más el año 1591. La escasez de víveres hacía que en la capital del Reino lo poco disponible sólo pudiera adquirirse a precios imposibles para mucha gente. El pan

se vendía a cien ducados el carro y el vino a treinta escudos la botella. Las primeras medidas, consistentes en racionar las ventas mediante boletos individuales a los compradores, o hacer que saliesen de la ciudad los estudiantes, no consiguieron calmar los ánimos. Sólo volvió la calma cuando el virrey ordenó compras masivas dentro y fuera de Nápoles, con el descontento de los productores locales.

Aunque la dedicación de Juan de Zúñiga no decayó en ningún momento de su gobierno, el tercer trienio no debió producirse. Felipe II tenía buenas referencias y, por otra parte, los virreyes deseaban continuar viviendo en Nápoles, pero nueve años eran muchos años y el Pueblo empezaba a cansarse, siquiera, como dice Parrino, por *avidez de novedades*. Se reconocía el excelente comportamiento de sus familiares, la ausencia de la menor señal de corrupción en ninguno de ellos, la ecuanimidad en las decisiones y el esfuerzo incansable. ¿Qué se podía recriminar? Un pueblo tan supersticioso podía recordar el rayo de San Erasmo o el naufragio de las naves que envió para apoyar la Armada Invencible.

Cuando los Elegidos supieron en 1589 que los duques de Miranda eran reclamados en España por el nuevo gobierno, Felipe II había muerto un año antes y Felipe III nombró nuevo virrey al conde de Olivares, que se encontraba en Sicilia como virrey, después de muchos años en Roma. Los barones napolitanos quisieron reconocer el trabajo y conducta de Juan de Zúñiga y María de Pacheco, regalándoles dos artísticas bandejas realizadas en oro puro. Parece ser que no todos los Elegidos dieron su aprobación. El más entusiasta era el Elegido del Pueblo, Giovanni Battista Crisipo, cuya villa de recreo en el barrio de Nazaret había sido visitada varias veces por los virreyes. Y comenta Parrino que Crisipo solía mostrar con orgullo la habitación donde pernoctaron los virreyes, no permitiendo su uso a otras personas. Por otra parte, algunos criticaban, como solía

ocurrir, el hecho de que, en los últimos tiempos, Zúñiga hubiese concedido demasiado poder a su secretario, de apellido Mallorca.

El regalo de las bandejas pareció excesivo a los virreyes, quienes declinaron aceptarlo. El gesto fue considerado magnánimo por unos y poco delicado por otros. Como solución, los Elegidos pensaron en dar una sorpresa a los virreyes enviando las bandejas a Gaeta, para que, viendo la insistencia, los condes las recibieran en prueba de afecto. Pero, los duques insistieron en que no podían aceptar algo tan valioso. De forma que las bandejas se devolvieron a Nápoles y los Elegidos decidieron fundir el oro y destinarlo al Tesoro de la ciudad.

Enrique de Guzmán, conde de Olivares

1595--1599

La llegada del conde de Olivares a Nápoles, procedente de Sicilia, donde era virrey hasta entonces, fue discreta y lenta. Viajó en una única galera que salió de la ciudad de Palermo en noviembre de 1595. La virreina, María de Fonseca y Zúñiga, había muerto allí pocos meses antes. Era apreciada por haber logrado del Papa la entrega de unas reliquias encontradas en las Catacumbas romanas, atribuidas a una santa napolitana. Quien sí venía con don Enrique de Guzmán era su hijo Gaspar, el que sería famoso conde-duque de Olivares, que contaba entonces doce años.

Las embarcaciones atracaron en Pozzuoli y de allí pasaron a tierra en falucas. Parrino comenta la escena de barones saludando a los recién llegados, sin quitarse el sombrero, lo que impulsó al conde a un rasgo de humor diciendo. “Señores, yo no me quito la gorra hasta que entre en el Cielo”. Terminados los saludos, pudieron comprobar que el conde era cojo, por una herida que recibió en la batalla de San Quintín. Le tenían reservada una silla de manos, para su traslado a la casa del montero mayor, donde podría descansar unos días antes de las ceremonias oficiales. En el transcurso del tránsito desde Pozzuoli, gentes curiosas gritaban “Grazia, signore” a lo que el conde contestaba con *allegriissimo volto*: “¡Hágala Dios!”.

Pronto, añade Parrino, se dieron cuenta los napolitanos de que este virrey era poco amigo de fiestas, comedias, danzas, juegos y reuniones, como lo habían sido sus predecesores. Su principal afán era escuchar a los que venían a pedir audiencia, a cualquier hora del día, y el resto del tiempo lo pasaba echando cuentas. Le interesaba el estado de la economía del reino. Ello le llevó a enfrentarse con los barones y, finalmente, a ser relevado del cargo.

Tenía experiencia de las hambrunas que ocasionaba el acaparamiento de víveres y los efectos de las malas cosechas. En Sicilia, este problema lo había resuelto encomendándolo a uno de los mercaderes más potentes: Cesare Zattara. Contando con su colaboración, reunió al Consejo de Elegidos para que aprobasen la importación de grandes cantidades de grano, que causaron bajadas de precio espectaculares en los mercados de Puglia y Nápoles. Para almacenar tanto producto, mandó construir un silo que se denominó *Conservatorio de Harinas*. Este fue el primer golpe que acusaron los implicados en el comercio del Reino, muy ligado a la banca local, cuyos manejos, a decir del virrey, perjudicaban al Pueblo.

En esta pugna el virrey se sentía protegido por la Corte del rey Felipe II, y así pudo continuar con su idea de fundar una Banca Pública, que prestase a intereses más razonables. Apoyaban el proyecto un experto genovés de nombre Saluzzo, y también contaba con la aquiescencia de Giovanni Antonio Carbone, marqués de Padula. En contra tenía a los Elegidos por las plazas de Porto, Capuana y Montagna. Entre los perjudicados no sólo estaban banqueros, muy indignados, sino instituciones tan queridas y apreciadas en Nápoles, como los montes de Piedad. Con la muerte de Felipe II la iniciativa del virrey entraba en una fase de incertidumbre, pendiente de la opinión que mereciera a los nuevos consejeros reales.

Los funerales por Felipe II fueron muy solemnes, si bien, a causa de la cojera de Olivares, la larguísima procesión hasta la catedral quedó reducida a una brillante *Cabalgata* desde el Palacio Real a la Iglesia Metropolitana, con el virrey en caballo blanco, acompañado de los Elegidos, cuyos nombres eran: Oracio Lofredo, por la plaza de Capuana; Ascanio de la Tolsa, por la del Nido; Claudio Rocco y Cesare Carmigiano, por la de Montagna; Orazio de Liguoro, por la plaza de Portanova; Giovanni Battista d'Alessandro, por la de Porto; y Andrea Auletta, por la del Pueblo. Seguían el Gran Almirante y el Gran Senescal del Reino, portando dos de los atributos reales: la corona y el globo terrestre. La espada y el cetro, fueron encomendados al príncipe de Montesarchio y al marqués de Grotola. A la diestra del virrey cabalgaba el Síndico Orazio Sanfelice, uno de los elegidos por la plaza de Montagna.

Aparte lo espectacular del funeral y la fiesta por el nuevo monarca, los días del gobierno de Olivares transcurrían en paz y tranquilidad, si bien al precio de un rigor excesivo. Olivares había encomendado la Sala de La Vicaría, aquella que entendía causas criminales, a un jurista genovés, Luigi Acerbo, que, castigando duramente las faltas más leves, creía evitar los delitos graves.

Durante un tiempo, decía mucho a favor de Olivares su distanciamiento de aduladores y de su propia familia. Alguien le oyó decir que *Amor, Reino y Dineros, no quieren compañeros*. Sus treinta y dos pragmáticas revelan un espíritu estoico, desdeñoso del lujo, y preocupado hasta por los últimos detalles. En una de ellas, prolonga la minoría de edad de 14 a 18 años. En otra, prohíbe que se corten fibras de las colas de caballos para uso de los pescadores; en una tercera: se prohíbe sacar del Reino objetos de oro y plata, tanto en forma de lingotes, como de objetos de arte o monedas; en una cuarta: limita el uso de la toga a magistrados

Pese a su manifiesta decisión de *no tener compañeros*, el virrey Olivares no supo quedar fuera de un litigio que mantenían el marqués de Padula, Aduanero de la Real de Puglia, contra el duque de Vietri, Fabrizio de Sangro, escribano del Tesoro y responsable de pagos a los oficiales del Reino. El marqués de Padula había vendido tierras en su feudo y, con el dinero obtenido, realizado operaciones sospechosas a juicio del duque de Vietri, quien dejó de autorizar pagos al marqués y logró que fuera destituido. Por su parte, el marqués dio a entender al virrey que su enemigo era el principal obstáculo en la pugna que mantenía con los banqueros. El virrey hizo que fueran procesados los diputados Alfonso di Gennaro, príncipe de Caserta y Ottaviano Sanfelice. Ello dio como resultado que los Elegidos por Capuana, Montagna y Porto enviasen como embajador secreto ante el rey Felipe III a Ottaviano Tuttavilla, quejándose del agravio infligido a los Montes de Piedad... y demás bancos del Reino.

A partir de entonces se suceden acontecimientos que acaban con la caída de Olivares como virrey. Sin duda creyó que la fundación de una Banca Pública iba a ser un hito en la historia del Reino, a mayor gloria del ducado de Olivares, y no supo calibrar la dureza de la resistencia que los barones iban a oponer.

Fabrizio de Sangro fue procesado, atendiendo los jueces a acusaciones del marqués de Padula, que durante el juicio se probaron nulas y malintencionadas. En lugar de aceptar los hechos probados, el conde de Olivares se opuso a que recuperase la libertad. Y en Madrid, aquel acto de venganza no podía prosperar. Una de las instrucciones que recibió su sucesor, el conde de Lemos, fue liberar de su prisión a Fabrizio Sangro, tan pronto se hiciese cargo del gobierno de Nápoles.

Lemos se presentó de improviso en Nápoles, y de buenas maneras, aconsejó a Olivares que se mudase al palacio que el duque de Nocera le ofrecía en Posillipo. Allí, antes de embarcarse el 19 de julio de 1599, recibiría

la visita del Elegido del Pueblo, Andrea Auletta, a quien, no sin cierta tristeza, encomendó la despedida siguiente; *me he de ir, por haberos defendido*.

No la soñada *Deposeteria Generale*, pero sí una serie de lápidas de mármol, recordarían durante muchos años el gobierno del conde de Olivares. El Parrino ofrece el texto latino de todas ellas, empezando por *la Via Guzmanana*, terminada en 1599, que transcurría desde el convento de la Trinidad hasta el barrio de Santa Lucia; una avenida muy apreciada por damas y caballeros para pasear en carroza hasta la *Piazza Guzmanana*.

Siguen en la lista, la esplanada que sustituyó al ruinoso pedregal que se veía frente al Castillo Nuevo. En su recinto se instalaron fuentes con esculturas de bronce que manaban agua, sobre pedestales que mostraban las armas del rey y del conde. Se añade el suntuoso edificio de la Real Aduana y plaza contigua, donde se construyó otra fuente, esta octogonal, ornada por tritones cabalgando a lomo de delfines. Finalmente, aunque no se terminó hasta el gobierno de Lemos, fue Olivares quien ordenó la erección de un grandioso mausoleo que dignificase los restos encontrados en un convento de antiguos reyes como Carlos I de Anjou, Carlos Martel, rey de Hungría, e Isabel de Austria, hija del emperador Rodolfo primero. Merced a *Henricus Guzmanus Olivarensium Comes, Philippi Tertii Austrici Regias in hoc regno vices gerens*.

Fernando Ruiz de Castro, VI conde de Lemos

1599--1601

Los condes de Lemos sirvieron al rey Felipe II defendiendo Galicia de los ataques de los ingleses, en especial los de Francis Drake, con acierto en lo principal. Estaban emparentados con la portuguesa casa de Braganza y ayudaron en las negociaciones con el rey Sebastián. Un año antes de que el VI conde fuera agraciado por el rey de España con el virreinato de Nápoles, la familia se encontraba en dificultades económicas tales, que la mujer de Fernando, Catalina de Zúñiga, sugirió ahorrar gastos yendo toda la familia a vivir en la casa del cardenal Rodrigo de Casto en Sevilla.

Catalina era hermana del que llegaría a ser el hombre más influyente de España, y valido de Felipe III, el duque de Lerma, circunstancia ésta atener en cuenta en el encumbramiento social de los duques de Lemos. Se la conoce como una mujer cuya elocuencia superaba a los más ilustres escritores, como llegaría a decir de ella Gulio Cesare Capaccio.

Hubo dos Lemos que fueron virreyes en Nápoles, y otro que fue virrey de Sicilia, años más tarde. También hubo un X conde de Lemos, virrey del Perú, un territorio que comprendía la mitad de América del Sur.

El primero en Nápoles fue Fernando que tenía 52 años cuando llegó, acompañado de Catalina, con 45, y sus

hijos Francisco de 20 años y Fernando, el menor. El primogénito de los nuevos virreyes, Pedro, había sido nombrado embajador de España ante el Vaticano, y quedaba viviendo en Roma.

Antes de partir para Nápoles, la familia permaneció en Denia para disfrutar de las fiestas, y de allí salieron el 16 de julio de 1599 en seis galeras que arribaron al puerto de destino a mediados de octubre. A juzgar por las exaltadas palabras de Giannone, el recibimiento fue más cálido de lo normal. La alegría, *que no cabía en el pecho*, se mostró en luminarias y otras señales de bienvenida. Los condes desembarcaron con semblante *guilivo*, vale alegre. La cabalgata de acogida estuvo presidida por el Síndico Pietro Coffa, el Elegido por la plaza del Nido. El pueblo pudo distinguir entre los caballeros al Gran Almirante, al Gran Senescal y al Gran Camerario, el encargado de la economía del Reino.

Para los condes de Lemos, el descubrimiento de una ciudad como Nápoles fue un hallazgo que les abrió nuevos horizontes culturales. El carácter del virrey era, tal vez, demasiado piadoso y menos abierto que el de la condesa, que pronto se puso en contacto con autores, poetas, pintores y arquitectos. En su entusiasmo por Nápoles, fue ella quien concibió una visita del rey Felipe III y contando con tener tiempo para ello, imaginó un palacio que superase en elegancia a todos los de Europa. Así surgieron los planos y empezaron las obras del que diseñara el maestro Fontana, con la venia real, y que alumbraron lo que hoy se conoce como *Palazzo Nuovo*.

En 1659 estaban paralizadas las reformas de la Marina del Vino y la de Mandracchio. El conde hizo que se aceleraran los trabajos, añadiendo fuentes que recogían acuíferos de distintas procedencias.

A los seis meses de tomar posesión, el Rey quiso agradar al Papa, enviando desde Nápoles una deslumbrante embajada con motivo de la apertura del

jubileo, o año santo. Para que las celebraciones en Nápoles contasen con todas las bendiciones era preciso solicitar esa gracia al pontífice. En el palacio del virrey se reunieron los nobles que deseaban acompañarlo, cada uno con su equipaje más lujoso. Les movía, además de la oportunidad de congraciarse con el conde en tantas jornadas como serían necesarias, las muy generosas indulgencias que obtendrían del Papa Clemente VIII en Roma. Oyendo el interés que mostraban los barones, la condesa Catalina también se apuntó a la peregrinación, quedando en palacio los hijos Francisco y Fernando. El primero fue aceptado por la Colateral como lugarteniente, pese a su temprana edad.

De este modo los gobiernos del padre y del hijo se confunden, aunque pronto se pudo comprobar que la prudencia del heredero era más idónea para el cargo que la religiosidad del conde. Noticia de ello debió llegar al Consejo de Italia y al rey Felipe III, quien, escribió la siguiente carta al virrey:

“Darás de mi parte gracias a D. Francisco de Castro, vuestro hijo, agradeciéndole lo bien que lo ha hecho en servirme por vuestra ausencia, en ese mi Reino; y pues ha descubierto en él ese tan gran talento, aseguradle que tendré en cuenta su persona, empleándole en mi servicio”

Y añade Raneo que el virrey estaba tan orgulloso que mandó que se leyera la carta en voz alta, a la hora de la comida.

Motivo de orgullo menos íntimo, pero más trascendente, fue la concentración de galeras que tuvo lugar en el puerto de Nápoles, como demostración de la unidad de las potencias cristianas frente a la continua amenaza marítima de Turquía. Además de las españolas, y las de los reinos de Nápoles y Sicilia, pudieron contarse 12 de Carlos Doria, 5 del Papa, 6 de Génova, 4 de Florencia, y 2 de Saboya. Saltaron a tierra los almirantes

de muchas de ellas y fueron muy bien recibidos en el palacio del virrey.

Sin embargo, en las conversaciones se notaba un desencanto por la facilidad conque las naves enemigas evitaban el combate, haciendo inútiles muchas jornadas de navegación. Pese a la victoria de Lepanto, las costas de los mares Tirreno y Adriático siguieron siendo objetivos de corsarios turcos que, con la ayuda de informadores seleccionaban villas desprotegidas. Inevitablemente, tomaban rehenes, que permanecían custodiados en las galeras en espera de que sus familiares lograsen rescatarlos, una costumbre que aligeraba la carga de los barcos turcos y mejoraba su rentabilidad. Todo ocurría muy rápidamente, de forma que cuando llegaban los socorros, por tierra y a veces por mar, era ya demasiado tarde.

En agosto de 1600 el turco Amurat Rais se presentó con seis navíos de escaso porte frente a las playas de Scalea, en la provincia de Cosenza en Calabria. Desembarcaron frente a la ciudad, pero esta vez encontraron fuerte resistencia por parte de las huestes del príncipe de Scalea, Francesco Spinelli. Tras la contienda, muchos de los asaltantes quedaron yacientes en playas y calles. El príncipe se afanaba en retener un prisionero para conducirlo a prisión y posiblemente canjearlo, cuando oyó el quejido de uno de sus castellanos, mortalmente herido, lo que le hizo volverse para auxiliarlo, exponiendo su vida. Murió de un tiro de arcabuz *en los riñones*.

Este episodio confirmaba la necesidad de contar con una flota capaz de dar respuesta convincente a cada agresión. Del puerto de Nápoles salieron 6 galeras, mandadas por don García de Toledo, lugarteniente de don Pedro de Toledo, General de las Galeras de España. Costearon todo el perímetro del Reino sin encontrar a Amurat Rais. A la vuelta de Cabo Blanco, cerca de Agrigento en Sicilia, avistaron tres galeras turcas,

preparadas para atacar mercantes en tornaviaje. Los turcos se dieron a la fuga, pero no pudieron evitar la rendición de una de sus galeras a García de Toledo, que la presentó en Nápoles a la curiosidad de la gente.

Temiendo que lo ocurrido en Calabria pudiera reproducirse en otro lugar durante su gobierno, el virrey pidió consejo a don Pedro de Toledo, y resultado de aquellas conversaciones fue otra operación de vigilancia de costas, que se inició la noche del 22 de abril del año siguiente. Zarparon del puerto 16 galeras, llevando tropas de infantería española asignadas por el virrey a esta empresa, que se esperaba cruenta. Su propio hijo Francisco se alistó con entusiasmo juvenil, en busca de gloria militar que añadir a sus dotes de gobernante. En Malta se unieron cinco galeras más. A falta de enemigos en aguas del archipiélago, la flota se mantuvo a la espera de la Caravana de Alejandría, una presa que habría justificado el coste económico de la aventura. No fue avistada y finalmente se dio orden de retornar a puerto.

Pasando a episodios más anecdóticos, no podía imaginar un virrey tan ligado a la casa de Braganza como el duque de Lemos, que el difunto rey de Portugal Don Sebastián resucitase en una de las calles de Nápoles. Según contaba, no había muerto en la batalla de Alcazalquivir, logró escapar y en acción de gracias peregrinó a Tierra Santa. Ante la incredulidad de quienes lo escuchaban mostraba como seña identidad el tener un brazo más largo que otro, cual el rey Don Sebastián. Hablaba portugués perfectamente y conversaba con fluidez sobre asuntos de política relevantes, sin incurrir en errores ni desconocimiento. Consultado el virrey, este pidió que lo llevasen a su presencia. El conde lo recibió con la cabeza descubierta por el calor, lo que impulsó al supuesto don Sebastián a instarle que se cubriese, y al conde a reprenderle formas tan osadas de saludar. A esto respondió el resucitado recordando las dos veces en que había recibido a don Francisco en Lisboa, como enviado

por su tío le rey Felipe II. A pesar de que el hombre aportaba detalles sobre las circunstancias de las dos reuniones, el conde no quedó convencido. Al terminar la audiencia, mandó que lo internasen en el castillo del Ovo, por insania. Allí quedó dirigiéndose a sus custodios como verdadero rey y exigiendo ser tratado con el título de Majestad.

Antes de terminar este capítulo hay que hablar de otra persona encarcelada en tiempos del virrey conde de Lemos, cuya vida y obras han fascinado a historiadores de todas las épocas por la variedad de componentes que la adornan. Me refiero a Tomasso Campanella, pensador, político, teólogo, físico, mago o brujo, proselitista, revolucionario, poeta, embajador, astrónomo, historiador, y autor de casi un centenar de libros, muchos perdidos y otros asequibles en librerías de todo el mundo.

La vida de Campanella y la del VI conde de Lemos se entrecruzan en 1600, cuando el pensador napolitano contaba 32 años y se encontraba procesado por haber aceptado el mando del reino de Nápoles cuando triunfase una revuelta incubada en la región de Calabria. Si bien el acusado negaba haber sido el impulsor y organizador de la conjura, cometió el error de reconocer que, de cumplirse los acontecimientos previstos, había accedido a ser proclamado *Legislador* de la república.

Los acontecimientos a que se refería estaban relacionados con profecías de hechos maravillosos al terminar el milenio, aireadas en mentes de su Calabria natal por un exaltado fraile dominico de nombre Dionisio Ponzio.

Aunque la conjura era muy peligrosa, porque contaba con el apoyo de Turquía, y estaba muy extendida entre los religiosos partidarios de una moral laxa y libertaria, apenas pasó de los primeros preparativos, y quedó abortada por denuncias de personas muy allegadas al propio Campanella.

Campanella nació el 5 de septiembre de 1568 en Stilo, un pueblo calabrés. Su nombre de pila no fue Tomasso sino Domenico Giovanni y su apellido tampoco era Campanella, sino que tal era el mote que los vecinos habían dado a su padrino Stefano Loli. Pobre de solemnidad, Tomasso oía las lecciones de la escuela escuchando por sus ventanas. Tenía una memoria prodigiosa, fuera de lo normal. Y un afán de aprender que lo llevó a hacerse clérigo para dominar el latín y el griego. Y después: dominico, como único medio a su alcance de estudiar filosofía. En su madurez, Campanella recordaba la noche en que, después de una clase en que se explicaba a los novicios los argumentos de Aristóteles sobre la inmortalidad del alma, reflexionando en su celda, su espíritu crítico le hacía ver lo endeble de la prueba; una revelación que le haría verter lágrimas de desilusión.

A sensu contrario, Campanella también recordaba la impresión que le produjo tres años más tarde el libro *de Rerum Natura*, publicado en Nápoles en 1565 por el filósofo naturalista Bernardino Telesio, nacido muy cerca su pueblo. Quedó deslumbrado por la noción filosófica de que el conocimiento sólo se origina por los sentidos, en especial por el del tacto. Su entusiasmo por Telesio le movió a solicitar permiso para viajar a visitarlo a su academia de Nápoles. Pero Telesio, abrumado por las muertes prematuras de su mujer e hijos, se había retirado a su Cosenza natal y cuando Campanella se presentó en su casa de Cosenza, en octubre de 1588, solo pudo enterarse de su muerte y presenciar sus funerales.

Animado por la certeza de sus nuevas creencias filosóficas, Campanella logró salir de las estrecheces conventuales y se instaló en Nápoles al servicio del barón Mario del Tufo. Lujosamente acomodado y con gran libertad de movimientos, empezó a ser considerado como autor de gran originalidad. En 1591 publicó su manifiesto telesiano: *Philosophia sensibus demonstrata*. Al año siguiente fue denunciado por uno de sus hermanos en

religión y tuvo que responder a quien, según cuenta su biógrafo Liugi Firpo, le preguntaba intrigado “¿Cómo es que sois tan sabio sin tener estudios?” Campanella habría contestado con una frase atribuida a San Jerónimo: “Consumiendo mucho más aceite (se entiende: de candil) que vos vino”.

En 1592 abandona Nápoles y visita Florencia, donde es recibido por un gran duque interesado por sus teorías filosóficas, a quien dedica otro libro sobre el mismo tema *De sensitiva rerum facultate*. De Florencia pasa a Bolonia; de Bolonia a Padua, donde conoce a Galileo; de Padua muda a Venecia; allí se relaciona con el famoso médico Giambattista Clario, quien convenció a Campanella de la transmutación de las almas, creencia contraria a la inmortalidad del catolicismo. En 1594 ambos fueron arrestados y enviados a la Inquisición romana, de la que se libraron abjurando públicamente. Durante su defensa logró impresionar a uno de sus jueces, el padre Alberto Tragagliola, quien intervino para que en mayo de 1596 Campanella quedase libre, aunque permaneciendo en Roma.

Un año después, llegó a su convento una delación proveniente de Nápoles que lo devolvió a las cárceles de la Inquisición, de las que solo pudo salir a condición de que regresase al convento dominicano de Stilo, su pueblo natal en Calabria.

En la celda que le asignaron los dominicos empezó escribiendo un drama sobre María Estuardo desde el punto de vista español, pero según pasaban los meses, las profecías de su viejo amigo Dionisio Ponzio se adueñaron de su razón. Faltaba poco para el año 1600. Grandes acontecimientos cambiarían el mundo. Nápoles podía liberarse del dominio español con la ayuda de los turcos. Él mismo podría instaurar una república comunista, donde la libertad y la fraternidad sustituyeran a la injusticia y la servidumbre. La evolución de los astros no dejaba lugar a dudas.

Un curioso impertinente, Scipione Concublet, marqués de Arena, invitó a Campanella a pasar una temporada en su castillo de Pizzoni, para que le explicase sus planes. De allí volvió a la casa paterna de Stignano, para ultimar los movimientos previos a la rebelión, con más reuniones en Davoli y Santa Caterina. Dos de los conjurados, Fabio di Lauro y Giambattista Biblia, se echaron atrás e informaron al obispo Esquilache y al fiscal de Calabria, Luis de Jarava, o Xarava. El padre de Tomasso Campanella tenía un amigo llamado Antonio Mesuraca a quien había salvado la vida en un accidente. Tomasso se escondió en una cabaña de este amigo, quien se ofreció a facilitarle una huida por mar. Disfrazado de paisano, Campanella esperaba sus instrucciones, cuando se presentaron los oficiales del virrey, alertados por aquel amigo traidor. A partir de entonces Campanella es acusado de dos delitos muy distintos a) herejía y b) rebelión. Dos jurisdicciones rivales, celosas y empeñadas en demostrar su prevalencia.

El virrey conde de Lemos, apenas se enteró de la causa contra Campanella. Sólo le importaba saber que la rebelión de los calabreses había sido abortada antes de nacer, como resultado de haber enviado a Carlo Spinelli con dos compañías de infantería para reprimirla. Parece ser que los conjurados más notables lograron escapar mediante pagos oportunos a encubridores y testigos falsos. Unos 50 tuvieron peor suerte y fueron enviados al puerto de Nápoles en dos galeras.

Durante muchos años, la vida de Campanella se mantendría en cárceles de virreyes sucesivos, con altibajos en cuanto a comodidad o dureza. En contra suya tenía la primera declaración ante el fiscal Jarava, donde, si bien negaba ser autor de la revuelta, reconocía ingenuamente haber aceptado el mando, *si triunfaba*. A favor, su forma de confundir a los jueces con afirmaciones atrabiliarias y contradictorias, que desembocaban, consciente o inconscientemente, en una convicción de

demencia. A esto se unía la continua apelación al Papa, como medida dilatoria.

Campanella escribió casi un centenar de obras, muchas de ellas en el torreón del Castillo Nuevo y otras en celdas del castillo de Sant Elmo. Dos veces logró fugarse y otras tantas fue delatado. Algunos virreyes lo invitaron a palacio para escuchar sus alegatos en favor de una teocracia universal, de signo hispano, bajo la autoridad última del pontífice. Así nació su política *Monarchia di Spagna*, y su obra utópica *La Ciudad del Sol*, inspirada en Tomás Moro, con aditamentos derivados de los planes diseñados en Stigliano para una república napolitana.

Cumplida la condena por rebelión, fue el V duque de Alba quien mandó que fuese liberado de su último confinamiento y transferido al convento de Santo Domingo. Pero aún tenía pendiente la causa por herejía en el Vaticano. Se presentó libremente en Roma donde defendió sus ideas convincentemente ante Urbano VIII y logró que le devolvieran sus manuscritos. Sus obras eran aplaudidas y su fama creciente. Pero, una vez más, aquella paz tan duramente conquistada se vio turbada por la publicación en Lyon de varios volúmenes de Astrología, su punto flaco. En especial sus observaciones para evitar la influencia perniciosa de los planetas en el destino de los humanos (*de siderali fati vitando*) enfadaron a Urbano VIII. Las críticas arreciaban y Campanella decide huir a Marsella, disfrazado. En 1635 lo recibe el rey de Francia, Luis XIII, halagado por el cambio de opinión sobre qué monarquía debía regir el Orbe. La Sorbona aprueba en principio sus textos, pero luego se desdice.

Los últimos años de la vida de Tomasso Campanella transcurren en Francia, abandonado de todos en el convento de los dominicos de la parisina calle Saint Honoré, mientras esperaba respuesta a lastimosas cartas enviadas a cardenales romanos quejándose de estrecheces impropias de su condición. Murió resignado en mayo de 1639 y lo sepultaron en la iglesia de la Anunciación, que

fue derribada en tiempos de la Revolución para edificar en su lugar un mercado, por lo que no quedó rastro del sepulcro.

Campanella había sobrevivido casi 40 años al virrey que lo capturó en Calabria y encarceló casi de por vida. Dice Domenico Parrino que Fernando Ruiz de Castro carecía de buena salud. Su natural afable y cortés le movía a aceptar invitaciones a cenas en número creciente, en lugar de limitar su presencia a las imprescindibles. De ahí que en ocasiones no pudiera evitar *qualche sorte d'intemperanza* que fueron causa de la aparición de algunas llagas en su cuerpo. No por ello dejó de asistir a reuniones importantes, como la recepción del donativo trianual de 25.000 ducados para la Corona. También acudió a las fiestas por el nacimiento de la infanta Ana en octubre de 1601. El día 19 de ese mismo mes, el conde de Lemos moría en brazos de doña Jerónima Colonna, condesa de Monteleone, en presencia de su confesor, el jesuita Fernando de Mendoza. A los pocos días tomó posesión su hijo Francisco, nombrado por segunda vez a propuesta de la Colateral, en carta que se recibió de Madrid poco antes de morir el padre. Se fijaba el plazo de su gobierno solo hasta que llegasen los condes de Benavente.

Juan Alfonso Pimentel, V duque de Benavente

1601—1616

A comienzos del siglo XVII la Corte de Madrid contemplaba la rivalidad entre el VIII conde de Benavente y el duque de Lerma por acaparar la atención del nuevo rey Felipe III. Habían abandonado su sede madrileña para encumbrar a la ciudad de Valladolid. La reina Margarita, a punto de dar a luz, prefirió la hospitalidad de los Pimentel, apellidado de los condes de Benavente, antes que en las casas que Lerma había vendido a la Corona. Obsesionado con alejar a los Pimentel del monarca, el duque de Lerma consiguió separarlos de la esposa del rey, haciendo que Felipe III desistiera de confirmar al hijo del conde de Lemos virrey de Nápoles y eligiese en su lugar los incómodos condes de Benavente.

Cuando Juan Alfonso Pimentel y Enríquez, y su segunda mujer, Mencía de Requesens Zúñiga, llegaron a Nápoles en 1603 todavía no habían concluido las obras del gran palacio diseñado por deseo de Catalina Zúñiga de Sandoval, la mujer del anterior virrey y hermana del duque de Lerma. Catalina esperaba que el rey nombrase a su joven hijo Francisco virrey y ambos seguían viviendo en palacio. Francisco llevaba seis meses como lugarteniente. Elegantemente, los duques de Benavente esperaron a que el hijo de Lemos fuera nombrado embajador en Venecia y la virreina madre, dama de la reina Margarita.

Aun así, prefirieron no presentarse en Nápoles hasta asegurarse que el traspaso de poderes se realizaría a gusto de todos. Demoraron en Gaeta, donde recibieron las

primeras saluciones. De allí, Juan Alfonso Pimentel, su mujer Mencía, sus seis hijos y la numerosa comitiva, desembarcaron todos en Pozzuoli, donde descansaron tres semanas, para que la duquesa de Lemos y Francisco tuvieran tiempo de dejar disponible el palacio virreinal. Cuenta Josep Raneo en su crónica de los virreyes que, durante la primera visita de Francisco al conde de Benavente, quiso el de Lemos ceder el paso, quedándose rezagado al llegar a una de las puertas de la mansión. Sonriendo, el de Benavente tomó a su acompañante por la esclavina que le cubría medio cuerpo y lo empujó suavemente hacia adelante. Exclamó Francisco: “¡Señor, ya que me quita el cargo, no me quite la capa!” a lo que contestó bromeando el de Benavente: “No se puede quitar a los lugartenientes, porque no la tienen”.

La entrada en puerto fue muy señalada, llegando desde Pozzuoli en doce galeras, cruzando los virreyes el puente triunfal y continuando con las ceremonias de jura del cargo en el Duomo.

La buena fama que había dejado tras sí el duque de Lemos impulsaba al de Benavente a conocer sus hechos más destacados. Había prohibido el uso de torturas crueles, salvo para delitos atroces. Releyendo las pragmáticas del joven Lemos, se evidenciaba una personalidad preocupada de reducir gastos superfluos. Trató de moderar por ley las dotes de las damas que ingresaban en religión, para que las menos pudientes no se desanimasen, pero los conventos recurrieron al Papa y tuvo que anularla. Prohibió que se usasen mulas en coches y carrozas, por ser más necesarias en otros menesteres. A los panaderos, no dejó que separasen la sémola de la harina. Estableció un sueldos mínimos y máximos para los servidores de la real casa y para los que moraban en casas de los nobles.

Poco impresionado, el nuevo virrey puso toda su atención en mejorar la administración de la Justicia del rey, que en Nápoles sufría acechanzas de los bandidos, por

una parte, y la connivencia de nobles y eclesiásticos, por otra.

Un ejemplo ingenioso de su persistencia sería la compra de una hostería del Papa en Benevento, situada en territorio vaticano, a poca distancia de la frontera con el reino de Nápoles. El conde de Benavente había recibido muchas quejas de los habitantes de Campania hartos de sufrir ataques y robos de una banda de ladrones, muy numerosa, que después de sus fechorías se escondían en la hostería, cruzando la fácil frontera con Benevento. Los intentos de que el Papa permitiese a las fuerzas del virrey entrar en territorio vaticano fueron inútiles. Pimentel sugirió al embajador que comprase la hostería como regalo que deseaba hacer al rey de España. A distancia de un tiro de arcabuz existía una taberna napolitana, desde la cual se podían ver los techos del edificio adquirido. El virrey mando que se hiciese un túnel en el suelo de la taberna que llegase hasta debajo de la hostería. Al ser propiedad de la Corona, el virrey podía acudir y charlar con los hoteleros, que se sentían muy honrados. Mandó instalar barriles de pólvora al final del túnel y esperó a que los bandidos volvieran a visitar el local. Los hoteleros estaban aleccionados a que, cuando todos los bandidos penetrasen en el edificio, hicieran señales a la taberna, y salieran con toda la familia corriendo. Una explosión enorme acabó con la vida de los bandidos, que, se dice, eran casi cuatrocientos. El gobernador eclesiástico de Benevento, que era también obispo de la ciudad, montó en cólera y pidió permiso para excomulgar al conde de Benavente, por haber apresado ladrones en territorio del Papa. El conde instruyó al embajador de España en Roma, para que alegase que la hostería era territorio de Su Majestad y que ningún soldado suyo había cruzado la frontera.

Otro ejemplo de persistencia en erradicar los robos: un asentador de harina se había conchabado con los de la llamada *grassa* (provecho) para que, sin que quedase

registro alguno, le dejasen cargar cantidades variables de fanegas de trigo destinadas a los silos reales. Cuando hubo necesidad de acudir a las reservas pudo verse que estaban casi vacías. La cifra de un robo de 800.000 fanegas parece exagerada, ya que en Nápoles se consumían sólo 1.000 fanegas diarias. El virrey Pimentel montó en cólera porque a eso se añadía que las arcas públicas estaban exhaustas después de que el conde de Olivares financiara importaciones masivas para remediar una hambruna durante se gobierno. De dónde sacó dinero para ordenar al conde de Mola, Miguel Váez, para que fletase varias naves con víveres no se sabe, pero cabe imaginar que lo hiciera a base de crédito personal. Llegaron varias procedentes de Inglaterra, con gran alegría del conde de Benavente que invitó a la marinería a ser recompensados en palacio. Y comentando lo rápido del negocio, decían que “habían volado más que navegado”.

Asegurado el suministro, Benavente se propuso obtener fondos instituyendo alguna gabela, que, a pesar de ser odiosa, acabó gravando la venta de fruta. Esta medida le hizo impopular, porque los napolitanos no se acordaban ya de lo caro que había salido el remedio anterior. Una imponente balanza con dos platillos sujetados por cordeles fue instalada en una construcción de madera contigua al Mercado, adornada con imágenes de los ocho Santos protectores de la ciudad. Pareció mal la idea al arzobispo, cardenal Acquaviva, tanto que ordenó encarcelar por sacrílego al encargado de la gabela y pintar de blanco las paredes. Al presenciar el hecho, los ánimos de los niños presentes tomaron fuerza y con sus padres empezaron a gritar *¡Viva el cardenal Acquaviva!* Vino más gente y derribaron la construcción. (Años después, el conde de Osuna, en un arranque de populismo, montó a caballo espada en mano, y de un tajo cortó los cordeles que sujetaban los platillos de la odiada balanza).

No había olvidado el virrey que, tanto la gabela de la fruta como otra que implantó después sobre la sal, se

podrían haber evitado de no haber encontrado vacíos los depósitos de grano. Tres fueron los personajes que fueron encontrados culpables y castigados. El responsable de registrar las entradas y salidas del almacén, llamado Francesco Blanco Siciliano, un benedictino que había dejado el hábito y mantenía fama de persona íntegra. Un genovés llamado Benedetto Struppa, de origen humilde, venido a más, con acceso a las operaciones de la Aduana, y, en tercer lugar: Domenico di Martino, menos ostentoso que Struppa, y ligado a uno de los Bancos. Según el relato del Parrino, lo que perdió a los tres ladrones fue lo disparatado del homenaje que el Banco quiso ofrecer al virrey, con un banquete copiosísimo. Al término de la ocasión, preguntó el virrey si todo el servicio de palacio había sido servido con idénticos manjares. Respuesta afirmativa, añadiendo que todos los soldados y tropa habían participado en igualdad del festín. Sospechó el virrey sobre el origen de tanta riqueza y mandó registrar las cuentas del Banco. Esto condujo al arresto de Martino Struppa, que se había refugiado en su pueblo. Bianco logró huir del reino disfrazado de jesuita y portando grandes anteojos. En Roma hizo valer su condición de eclesiástico, burlando la justicia del virrey.

Benavente pudo limitarse a procesar a los otros dos, pero dedicó tiempo, influencias, persuasión y dinero para que el Papa accediese a extraditar a Bianco. El Banco fue condenado a devolver 300.000 ducados, y los tres culpables ahorcados. Los jesuitas se escandalizaban de que el virrey permitiese que se ahorcara a un benedictino. A lo que el virrey contestó: “pues vivió como ladrón, muera como ladrón”.

El siguiente episodio parece contradecir los anteriores. En 1605 la República de Venecia deseaba reducir al mínimo la jurisdicción eclesiástica en asuntos de justicia interna. En esto, se diferenciaba poco del sentir de los virreyes españoles. El conflicto amenazaba con guerra, *azuzada por quienes deseaban aprovechar el*

fuego en Italia. En Venecia, el embajador de España, que no era otro que Francisco de Lemos, llegado de Nápoles a petición de Felipe III, tenía instrucciones de hacer de mediador pacífico. La desventaja militar del Vaticano no facilitaba el acuerdo, de manera que en Madrid se decidió que el gobernador de Milán, duque de Fuentes, y el virrey de Nápoles, conde de Benavente, hiciesen cuanto pudiesen para igualar las fuerzas. Benavente mandó a Gian Tomasso Spina al frente de 22 banderas de infantes para que las mostrase estacionadas en Lombardía, y al marqués de Sant'Agata con otras 28, banderas que fueron suficientes para hacer recapacitar a los venecianos. Mientras tanto, en Nápoles el virrey Benavente, al igual que la Serenísima, mantenía una pugna tenaz contra los asilos insoportables que la Iglesia otorgaba a cualquier delito, una pugna indiferente para el rey Felipe III, tan reverente y piadoso.

Desde el comienzo de su mandato, el conde de Benavente se sentía preocupado por la isla Elba, situada estratégicamente en el mar de la Toscana, y cuyo amplio puerto permanecía indefenso y era utilizado por todo tipo de barcos, amigos o enemigos, sobre todo como refugio de tormentas. Eligió a un ingeniero militar de prestigio, como lo era Pietro Castiglione, para que diera forma a una fortaleza y lo envió a la isla, con un destacamento al mando de García de Toledo. En 1606 las obras estaban terminadas y listas para su inauguración. El 2 de abril bendijo aquellas piedras el obispo monseñor Alejandro Petrucci, con el nombre de *Fuerte Pimentel*.

Un año después, en 1608, visitaron el fuerte dos Regimientos de infantería italiana, uno mandado por Alejandro Monti y otro por el príncipe d'Avelino; fuerzas de apoyo que eran enviadas a Flandes, a instancias del Consejo de Estado.

Como otros virreyes anteriores, también el conde de Benavente dejó huellas arquitectónicas en el reino de Nápoles. Ennoblecó el paseo a Poggio Reale con siete

fuentes ornamentales. Más utilidad pública tuvieron las nueve que jalonaron el camino que va desde Formal hasta el Mergollino, con agua que se hizo venir canalizada desde Santa Lucía, pasando por el burgo de Chiaia y terminando en la iglesia de Erveta. Precisamente a la salida que conduce a Chiaia se construyó una puerta más amplia, conocida durante un tiempo como *Porta Pimentella*. Continuaron durante su gobierno las obras del nuevo Palacio Real que iniciara Fernando Ruiz de Castro, si bien no tanto para poder inaugurarlas él mismo. En el capítulo de edificios, hay que reseñar la nueva casa de Depósito de granos, contigua a la Aduana.

Dentro de palacio, el virrey encargó obras a Caravaggio, Barocci y Bronzino y Tintoretto.

Sobre la terminación del gobierno de los condes de Benavente, Giannone dice que cuando se supo, Pimentel la recibió con mucho *dispiacere* y más aún la virreina Mencía. En Madrid, los parciales de Lerma habían aconsejado como nuevo virrey al primogénito del duque de Lemos, Pedro, en lugar de quien había sido lugarteniente en Nápoles, su hermano Francisco. Ambos viajaron a Nápoles, y se reencontraron en Procida, a la espera del momento oportuno para el relevo.

El 11 de julio de 1610 se embarcaba José Alfonso Pimentel, con todo su séquito, de vuelta a España, como presidente del Consejo de Italia.

Pedro Fernández de Castro, VII conde de Lemos

1610-1616

Sin duda el político español más citado en la historia de los libros impresos, ya que su nombre aparece en las primeras páginas de la segunda parte de *El Quijote* de Cervantes, como destinatario de la dedicatoria. También en el *Persiles y Segismunda*, un moribundo Don Miguel escribe en 1616:

*Puesto ya el pie en el estribo
Con las ansias de la muerte,
Gran señor, esta te escribo.*

Imaginar al conde de Lemos como una persona de fácil acceso sería erróneo. Una verdadera corte acompañaba a los nobles españoles, entre los cuales figuraban músicos, poetas y autores de teatro. La perspectiva de acompañarlo a Nápoles, acudir a las reuniones de la *Academia de los Ociosos*, fundada por su padre, y gozar del patronazgo y hospitalidad del virrey, ilusionaba a autores castellanos como Lope de Vega, Quevedo, Góngora, Cervantes y otros de segundo nivel como Mira de Amescua o los hermanos Argensola. La asiduidad y celos de Leonardo y Lucrecio se interpusieron frente a los deseos de plumas mejores que las suyas.

Cervantes no fue invitado, una sorpresa que le causó mucha tristeza. (Con el tiempo, el conde corregiría su olvido y envió una calurosa epístola de apoyo, que devolvió algo de alegría a don Miguel).

Del virrey Pedro Fernández de Castro se decía que acogería a cuantos autores le sugiriese su futuro secretario Leonardo Argensola, lo que explica versos de un soneto como éste, de Cristóbal de Mesa:

*Tú cuando de virrey lleves el cargo
De donde tiene tñmulo el Mantuano
Segñn la voz comñn de tiempo largo
.....
No me dejes rendido a mi planeta
En este reino en el estrecho estado
En que cruel la fortuna me sujeta*

No sólo por ganarse la vida en Nápoles, también porque Mesa conocía el ambiente literario de Italia y lo comparaba con el de la Península:

*Mas, después que cinco años traté al Tasso
El estilo mudé de otra manera.
De algunos españoles hacéis caso
Que en Italia veréis por experiencia
Que a la falda no llegan del Parnaso.*

En tiempos del conde de Lemos, sin embargo, las dos Academias literarias de Nápoles reflejaban el gusto decadente que sobrevino tras la muerte de figuras del siglo XVI como Sanazzaro, Ariosto, Tasso. Eran escenario de animadas reuniones donde primaba la presencia de los patrocinadores, las laudas hiperbólicas de los autores y las apariciones en comedias jocosas de actores espontáneos, como cuando uno de los Argensola, ya viejo y obeso, fue elegido por el virrey como actriz en una escenificación de *El Rapto de Proserpina*. Mientras nada memorable surgía de la *Academia de Los Ociosos*, en Valladolid, un pobre y denostado Luis de Góngora situaba en Sicilia su *Fábula de*

Acis y Galatea, tal vez los versos mejor escritos en lengua española.

*Donde espumoso el mar siciliano
En pie argenta de plata al Lilibeo...*

Cuantos artistas lograron ser admitidos a la generosidad de don Pedro, viajaron con él en mayo de 1610, en una flota de 15 galeras, la cual, al acercarse a la costa de Roma, tomó contacto con otros navíos en los que viajaba a Nápoles su hermano Francisco. Reunidos en un único convoy, rindieron viaje en Procida, para dar tiempo a los condes de Benavente, antes de la toma de posesión.

Para los napolitanos, Francisco era cara bien conocida, y, además, su presencia cobraba protagonismo por la boda inminente con Lucrecia Gattinara di Legnano, de 20 años, hija de los duques de Taurisano. Los recién casados permanecieron breve tiempo en la ciudad porque el novio tenía que regresar a Roma, donde ya era embajador. Al igual que su hermano, protegía a literatos y pintores, como Horacio Borginiano y Joanes de Gers.

En Nápoles, quedaba Pedro como virrey, enfrentado a los males endémicos del reino, que, como ya es palmario, se reducían a tres: a) corrupción b) bandidaje y c) inseguridad por la amenaza turca.

La severidad del castigo para los culpables de corrupción y violencia contra personas y propiedades no era competencia del virrey, sino de los jueces italianos. Pero sí era misión del virrey llevar a los delincuentes ante la justicia, vigilar la rectitud de los procesos y evitar la impunidad, frecuente mediante sobornos y asilos fraudulentos.

Se supo que algunos marineros animaban a niños pobres a acercarse al muelle ofreciendo dulces y golosinas y dejando que se embarcasen como por juego. Su propósito era sacarlos del Reino y venderlos como esclavos, si bien lo único que se podía probar ante un juez era que habían desaparecido sin dejar rastro. Lemos ordenó una

investigación severísima y los culpables fueron castigados conforme a la ley.

Parrino dedica varias páginas a una *cause célèbre*, en la que el virrey no tuvo parte, por corresponder al ordenamiento canónico. Narra la historia de un confesor, que hacía partícipe de los secretos del sacramento a una monja exaltada, de nombre Sor Giulia di Marco, franciscana. Corrió la voz de que Dios favorecía a Sor Giulia con revelaciones (en realidad las de aquel confesor) que ella dejaba caer para impresionar a mujeres devotas que empezaron a tomarla por santa. Hubo reuniones, en principio piadosas, y luego no tan piadosas. Al fin todo se supo y Sor Giulia fue enviada a Roma y recluida en un monasterio por espacio de tres años. Transcurridos los cuales, Sor Giulia regresó a Nápoles y fue invitada al vivir en el palacio de uno de los ministros del Reino. Le fueron asignadas unas habitaciones donde recibir visitas. Una dama de la alta sociedad acudió a pedir remedio para su infertilidad, lo que propició intentos de curación cada vez menos ejemplares. Finalmente, a decir de Parrino, aquel *prostíbulo* dejó de ser secreto y fue denunciado por otra dama, Francesca Iencara, al obispo de Nocera, quien lo comunicó al de Calvi, el cual informó al conde de Lemos, que a su vez lo transmitió a Felipe III.

Cuando se supo la indiscreción del obispo Calvi, le instruyeron proceso y tuvo que comparecer en Roma. El conde de Lemos encargó su defensa a los doctores Jerónimo de Martino y Juan de Salamanca, quienes lograron su libertad. En cuanto a Sor Giulia y su amigo, el fraile Agnello, ambos fueron condenados a reclusión perpetua y sus delitos leídos públicamente en la catedral de Nápoles el 12 de julio de 1615, por orden del papa Paolo V.

Pasando a episodios más risueños, en 1611 se recibió en Nápoles la visita del príncipe Filiberto de Saboya, General del Mar, hijo de una hija de Felipe II y, por tanto, sobrino de Felipe III. Para recibirle se instaló un puente adornado de 36 festones de metales diversos, seguido de 18 arcos triunfales

que conducían a una *bellissima* balaustrada donde ondeaban 50 banderas en bordado blanco y rojo. Del mismo color y tela era la gran tienda de campaña situada cerca del puente, donde el virrey conde de Lemos esperaba su desembarco, acompañado de los Elegidos de la ciudad, que, esta vez, citaré completos: Francesco Pignatelli y Francesco Carafa por la plaza del Nido; Andrea Villani y Marco Antonio Muscetolla, por la plaza de la Montaña; Ottavio Lofredo y Gian Battista Caracciolo, por la plaza Capuana; Pietro Mele y Bartolomeo Grisso, por la de Porto; Alfonso de Ligoro y Vincenzo Capuano por la plaza de Portanova; y nueve diputados en representación de la plaza del Popolo: Francesco Imperato, Ottavio di Martino, Francesco y Giacomo Pinto, Orazio Rosso, Giovanni Conte, Vincenzo Fenice y Ricciardo Bianco. El virrey recibió muy ceremoniosamente a Filberto y la comitiva se dirigió a palacio donde el visitante vivió algunos días *tratado con grandissimo fasto e splendidezza* por el conde de Lemos.

En 1612 recalaron en Nápoles los duques de Osuna, de viaje hacia Palermo, adonde se dirigían para tomar posesión como virreyes. Descansaron unos días en el Palacio Real, si bien el recibimiento no fue tan espectacular como el dispensado al príncipe de Saboya.

En febrero de ese mismo año se conocieron los esponsales de Luis XIII de Francia con Ana de Austria, hija de Felipe III, que apenas había cumplido doce. El acontecimiento tenía especial relevancia en los reinos de Italia, acostumbrados a padecer las guerras entre españoles y franceses. El padre de la novia decretó tres días de fiesta en todos los reinos de la Monarquía, acompañados de un indulto general. En Nápoles se cumplió sobradamente la orden de alegría general, pero el conde no consideró oportuno publicar el indulto.

Aparte estas efímeras huellas, quedaron otros testimonios del gobierno de Lemos. Mejoró sensiblemente la Administración del Reino, reduciendo la deuda a base de gravar las exportaciones. No implantó nuevas gabelas, pero

mantuvo la de la fruta. Donde mayor campo encontró para modernizar los costes fue en los pagos militares, tanto en la gestión de sueldos como en el capítulo de compras.

Su legado más útil fue en beneficio de la educación pública. Hasta entonces, las escuelas estaban situadas dentro del burgo de El Nido, en el convento Real de Santo Domingo. El virrey decidió construir un edificio singular sobre las ruinas de lo que fuera un anfiteatro romano de tiempo de Vespasiano, con un coste de 150.000 ducados y la dirección experta del caballero Fontana, el mismo arquitecto elegido por su madre para diseñar el monumental Palacio Nuevo. Estaba justo a la salida de la Puerta de Constantinopla y albergaba numerosas aulas, un teatro, y varios pórticos con estatuas y leyendas en mármol, como la siguiente:

*Euruditioni publicae hominum completrici
Gymnasia Regia*

Intervinieron en la inauguración, el virrey y los presidentes de los Tribunales, llegando con el acompañamiento de rigor, al que se unieron los doctores del Colegio, los profesores de cada rama de la ciencia, los catedráticos de la Universidad, todos vestidos a la moda española que se usa en Salamanca, con colores distintos según la materia que enseñaban. Dispuso el virrey un gran espacio destinado a biblioteca, con pupitres donde leer o escuchar a autores famosos declamar sus propios libros. Encargó la administración a Diego de Arce.

Fuera de la ciudad de Nápoles, el nombre de Pedro Fernández de Castro pudo leerse en inscripciones como la que celebraba la serie de 30 molinos y canales que trajeron agua desde las afueras de Porta Nova. La obra fue financiada por los empresarios Garmignani y Ciminelli, y pagada mediante canon de usuarios.

En Bari se realizaron obras para mejorar el mercado de ganado que afloraron ruinas funerarias con objetos de valor, entre otras una estatua de Cupido disparando su flecha con

ojos vendados, que coincidía con la divisa de Bari. Una nueva puerta de acceso a la ciudad completaba la obra:

Philipo III Regnante
Petro Fernandez de Castro, comité Lemos
Pro Rege
Ferninando de Soria Alvarez Prefecto
Senatus, Populusque Barensis Australem
Portam patefieri, viamque mercimoniis
Commode vendendis, emendisque
Explanari curavit. Año MDCXII

En Reggio se fortificó una de las puertas y al mismo tiempo quedó mejorado su entorno y aspecto exterior. En el camino que une Nápoles con Caserta, a la altura de Carbonara, se realizaron obras de saneamiento de zonas pantanosas, desviación del curso del río, construcción de un nuevo puente y nuevos regadíos. Una obra similar se acometió en la provincia de Campania, cerca de Aversa, en las inmediaciones del puente Selce. Más al Este, en la ciudad de Acerra, una inscripción junto al puente de Mofete recordaba la perniciosa influencia de la Gorgona sobre las aguas y la mejora realizada para evitar los aluviones y purificar los surtidores.

Dentro de Nápoles, el conde de Lemos prohibió tajantemente que se construyese en la falda del monte Antiniano, quedando reservado como parque con algunos palacios previamente edificadas. También es de su tiempo la fuente artística situada junto a la gruta del barrio de Chiaia:

Philipo III, Rege
Maris oram Celo, ac situ foelicem
Ducta acqua perenni
Amenissima reddidit

A iniciativa de la condesa de Lemos se puso la primera piedra del Colegio de San Francisco para uso de los hijos de españoles que habitaban en esa parte de la ciudad, evitando

la distancia con el lejano Colegio Mayor.

A finales de 1616, la Corte de Madrid se encontraba fuertemente dividida entre partidarios de la política pacifista de Lerma y los de mantener el esfuerzo y coste de las guerras en Europa, que defendía el nuevo valido, hijo del anterior: el duque de Uceda. La fortuna de los condes de Lemos estaba unida a la suerte del duque de Lerma, por lo que don Pedro abandonó Nápoles el 8 de julio de 1616 para tratar de evitar con su prestigio la inminente caída de Lerma. Logró ser nombrado presidente del Consejo de Italia y que su hermano Francisco siguiese en Nápoles como lugarteniente, por tercera vez, hasta que llegasen los duques de Osuna, a la sazón virreyes en Sicilia.

Se retrasaba la llegada de Osuna por encontrarse enfermo, aparte de la cojera por la herida recibida en la guerra de Flandes. Dos meses más tarde se habilitó una litera de viaje y tumbado en ella se embarcó en la galera real, para llegar con la escuadra a Posillipo el 19 de julio, mientras Francisco y Lucrecia, duques de Taurisano, hacían la ruta inversa.

En octubre de 1617, hubo fiestas en Lerma organizadas por el duque de la villa en un esfuerzo por mostrar su poder y sujetar la confianza del soberano. Asistió Felipe III y con él se trasladó toda la Corte, que permaneció en la villa dos semanas en que los visitantes disfrutaron de centenares a banquetes, obras de teatro, misas y procesiones. El acontecimiento costó al duque 300.000 ducados, demasiados, porque el efecto de tanta ostentación fue contraproducente. Viendo que le caía en desgracia de su suegro era inminente, el virrey Pedro Fernández de Castro se presentó ante Felipe III en un intento desesperado de salvarlo, recordando con altivez sus muchos servicios a la Corona y amenazando con dejar el Consejo de Italia si el rey se inclinaba por el bando del duque de Uceda. Contaba Leemos con el apoyo del infante don Felipe, futuro rey, y la debilidad de carácter y de salud del monarca. Pero era demasiado tarde. El rey contestó que hiciera lo que quisiese y

le dejase en paz. Lemos se retiró definitivamente de la política a pasar el resto de sus días en Monforte.

En cuanto a su hermano Francisco, permaneció en Sicilia hasta la muerte del rey y advenimiento de Felipe IV, que había dado el gobierno al conde duque de Olivares, tras la caída del duque de Uceda. A comienzos de 1622, sabedor de la extrema gravedad de su madre Catalina, consiguió permiso para volver a España, siendo reemplazado en Sicilia por el duque de Saboya. Ese mismo año murió, a los 40 años, su hermano Pedro, en viaje desde Monforte a Madrid, para ver a su madre. En consecuencia, los duques de Taurisano pasaron a ser también VIII condes de Lemos. Y, un año después, en 1623, moría de parto Lucrecia Legnano de Gratinara, su mujer, en el castillo de Monforte de Lemos.

La soledad del VIII duque, después ver morir a su madre, hermano y esposa en el espacio de un año, era más íntima que social. La corte de Lemos reunía más de un centenar de personas, un número semejante al de las Casas de otros Grandes de España. No fueron bastantes a disuadirlo de abandonar la vida mundana y recluirse en el monasterio de Sahagún. Pasados unos años, se trasladó al convento gallego de San Julián de Samos, habiendo asegurado la continuidad del apellido en los dos hijos habidos con Lucrecia. Es curioso, sin embargo, que después de vivir tanto tiempo como un fraile más, dejase los hábitos y se instalase en Madrid, donde murió a los 55 años, en 1637.

Pedro Téllez de Girón, III duque de Osuna

1616-1620

Este virrey, conocido como *El Gran duque de Osuna*, era nieto del que ocupa el capítulo XVIII de este libro. El historiador Luis María Linde (a quien sigo de cerca en esta semblanza) niega que Pedro hubiera acompañado a su abuelo los años que vivió en Nápoles. Tampoco cree que hubiese estudiado en Salamanca. Da por buena la noción de una juventud disipada, de espadachín pendenciero, con damas seducidas y maridos burlados. Ello no fue obstáculo a que contrajese matrimonio en 1594 con una dama andaluza como él, Catalina Enríquez (nieta de Hernán Cortés), quien siempre mostró gran admiración hacia su marido.

Su nuevo estado no le libró de procesos judiciales pendientes. Consecuencia de conductas pasadas fue la prisión que hubo de cumplir en el castillo de Cuéllar del cual salió para rehabilitarse luchando en Flandes. Allí vivieron los duques durante casi ocho años, en que Pedro Téllez se fajó como militar, participando en batallas, siendo hecho prisionero, recibiendo una herida que lo dejaría cojo de por vida, y mostrando su compromiso con la guerra, pagando de su bolsillo las soldadas pendientes que en ocasiones encrespaban los ánimos de los mercenarios. La ejecutoria mereció en 1608 la concesión del Toisón de Oro a su regreso a España.

Dos años después es nombrado virrey de Sicilia y se inicia su etapa de marino, con tal brillantez que en poco tiempo logra no sólo modernizar la maltrecha flota de galeras que se encontró, sino ir acumulando presas turcas a partir de inversiones propias dedicadas a actividades corsarias, de forma que el poderío naval personal del duque de Osuna asombraba por lo insólito y amenazador.

Precisamente este temor fue determinante en las acusaciones que desde Nápoles vertieron los nobles contra Pedro Téllez, haciendo uso de una prerrogativa ancestral de la Corona que permitía el acceso directo al rey y al Consejo de Italia, puenteando la autoridad del virrey. Las quejas se reunían en tres apartados: a) adquisición de barcos propios con recursos de la Hacienda Pública; b) intento de invasión de la Republica Veneciana sin autorización real y b) propósito de independizar el Reino de Nápoles. A lo que algunos maridos añadieron: d) conducta escandalosa en Sociedad, tomándose libertades de palabra con damas casadas

Durante el juicio, Osuna se defendió de las más fáciles de rebatir, en especial las de su conducta con mujeres o participación en asesinatos o envenenamientos. En otras, su orgullo lastimado, renunció a defenderse. Cuando, con el paso del tiempo, sus enemigos dejaron de verlo como un rival peligroso, la participación de Osuna en la conjura de Venecia perdió fuerza y la acusación de separar a Nápoles de la Corona, ni siquiera llegó a tenerse en cuenta.

La razón de mencionar estos hechos antes de abordar el gobierno de Pedro Téllez de Girón en Nápoles es porque las acusaciones que aparecieron en aquel proceso han alimentado una vena de inspiración literaria de corte antiespañol, con obras de autores franceses, ingleses, austríacos y españoles, que cuentan con el atractivo romántico del escenario veneciano, la actuación de espías y un final feliz para la supervivencia de una Venecia independiente. La primera manifestación de esta corriente

surgió a finales del siglo cuando un novelesco personaje nacido en Milán, pero afincado en Suiza por sus ideas calvinistas se propuso añadir a su lista de biografiados la figura del duque de Osuna. Se llamaba Gregorio Lati, y fue publicada en Ginebra en 1699. A pesar de que la crítica ha juzgado las obras de Lati como casi ilegibles, el texto ha servido como fuente del interés literario que sigue despertando este virrey.

A la biografía de Lati, siguieron, novelas, obras de teatro, y hasta óperas, todas ellas fascinadas por la trama de una conjura en Venecia. El planteamiento dramático precisaba ofrecer personajes malvados, y la figura del virrey Osuna se prestó fácilmente a este papel, teniendo en cuenta que en 1618-20 Pedro Téllez de Girón era, sin duda, el mayor enemigo de la Señoría.

Mantenía Osuna, que España no había aprovechado la victoria de Lepanto lo bastante, y se proponía completar la obra liberando el mar Adriático del dominio exclusivo que ejercía la República de Venecia, sólo disputado esporádicamente por los corsarios de la vecina Croacia. Para ello, como virrey de Sicilia, Pedro Téllez de Girón, entre 1610 y 1615, reconstruyó completamente la flota de galeras hispana que se encontraba en lamentable estado y con muy pocos efectivos. Lo hizo con actuaciones audaces que iban sumando barcos y galeotes, sin pedir permiso a Madrid, sabedor que sería denegado, por ser *el corso* ilegal, aunque bien tolerado. Dado que una parte no desdeñable de la reconstrucción de la armada requirió aportaciones de su patrimonio familiar, Osuna se resarcía con la separación de algunas presas en beneficio propio. De esa forma, cuando se convirtió en virrey de Nápoles ya contaba con una armada personal de 600 cañones que añadir a los de la Corona y a los de la familia Doria.

Esta armada de Osuna, cuando fondeaba en la bahía de Nápoles, era la admiración del Pueblo, pero vista con natural recelo por la Nobleza. Tenía una galera almiranta, *la Capitana Negra*, y constaba de 20 galeras, obedientes a

sus comandantes, Octavio de Aragón y Francesco Rivera. Si bien las capturas hechas por la armada de Osuna llegaron a equipararse en valor económico a las logradas en Lepanto, el coste en vidas y pérdidas de barcos fue ridículo en comparación.

El trato que recibió Osuna en España no es muy distinto del que el rey Fernando el Católico reservó a otro gran virrey de Nápoles, Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, ambos brillantes benefactores tanto de Nápoles como de la Monarquía. Pero la envidia tan arraigada en el pueblo español y la inquietud ante su poder militar no cesaron de intrigar hasta verlo encarcelado o desterrado.

En el caso de Osuna, la gloria militar no le vino de ganar batallas contra los franceses, sino de anular el poder de Venecia en el mar Adriático. El episodio veneciano se origina cuando el rey Felipe III recibió de improviso una exigencia del duque de Saboya reclamando la devolución del Monferrato, como consecuencia de la muerte del feudatario Francisco Gonzaga, duque de Mantua. Los venecianos se pusieron de parte del duque de Saboya y, de paso, contra el archiduque Fernando de Austria, pariente del rey de España.

Al mismo tiempo, los venecianos se quejaban de que los temibles piratas croatas, conocidos por el apelativo de *Uscocchi*, estaban siendo ayudados tanto por los austríacos, como por los españoles. Sospechaban también que los *Uscocchi*, pese a considerarse defensores de la fe y cruzados contra *El Turco*, no desdeñaban ayuda puntual de sus enemigos, cuando se trataba de hostigar a Venecia. Para el duque de Osuna tanto venecianos como *Uscocchi* eran navegantes indeseables en la costa Este de Nápoles, que sufría intermitentes saqueos y capturas por parte de ambos.

Sin demasiado entusiasmo, Osuna envió cuatro compañías de caballería y siete de infantería al mando de Camilo Caracciolo, príncipe de Avelino, en socorro del

gobernador de Milán. Luego añadió seiscientos coraceros, a las órdenes de Marzio Carafa, duque de Maddaloni.

Lo que sí entusiasmaba a Pedro Téllez era enfrentarse a la Señoría por el dominio del Adriático y la excusa de apoyar a Fernando de Austria le pareció suficiente, dando por sentado el consentimiento de Madrid. Para empezar, envió una escuadra, de doce navíos, capitaneados por Francesco Rivera, con el fin de provocar a los venecianos a una guerra contra Nápoles, lo que, según decía el duque, era la mejor forma de que abandonasen al duque de Saboya.

Para narrar la pugna de Osuna contra Venezia, Giovanni Giannone se basa en la *Istoria della repubblica veneta*, libro I, de Giovan Battista Nani, a quien reconoce ser apasionadísimo en sus comentarios sobre el duque, a quien define como:

Per natura vanissimo di lingua e di animo, non solo applicava a turbare il mare, ma di continuo parlava di sorprendere porti dell'Istria, saccheggiare isole, e penetrare ne'recessi medesimi della città dominante...

Y añade, que no escuchaba más que a quienes le adulaban, y que no era tanto lo que él creía, como lo que esperaba que los demás creyesen de él. Y repetía que, al distraer a la Republica, lograba debilitar su apoyo al duque de Saboya.

No convencía a todos. De Madrid llegaban órdenes de suspender las acciones contra Venecia, por lo que el virrey, que pretendía tomar Istria, tuvo que retirarse a Brindisi. Visto que la excusa de ayudar a Milán en el tema de Monferrato no funcionaba, el duque de Osuna alegó el peligro turco para impulsar una Liga a la que esperaba se uniesen las galeras de Nápoles con las Florencia, Malta y el Vaticano. En cierto modo, pretendía un segundo Lepanto. A esta iniciativa respondió la Señoría acusando de todo lo contrario al virrey, enviando emisarios a

Madrid que presentaban a Osuna como aliado de los turcos.

No por ello cejó el virrey en su intento de humillar a la Republica, añadiendo a los 12 navíos de Francesco Rivera, sus 19 galeras mandadas por Pedro de Leyva, quien se encontró a los venecianos en Lesina. Rehusaron salir a combatir, por lo que Leyva se contentó con apresar un navío holandés, aliado de los saboyanos, y retirarse a Brindisi, con el resto de la armada de Nápoles. Osuna recriminó la falta de iniciativa a Pedro de Leyva y aumentó la flota hasta 18 navíos y 30 galeras. Mientras, desde España, se hizo correr la voz de que los galeones de la Flota de Indias entraban en el Mediterráneo y que una enorme flota se reuniría en Sicilia.

Con estas nuevas, el duque de Osuna arreció en su campaña para erradicar a los *Uscocchi* de las costas de Nápoles. Hubo un segundo intento de batalla naval frente a Lesina. Los venecianos prefirieron defenderse en tierra y Leyva, una vez más, se retiró. Para contentar al virrey, en su retorno las galeras hicieron presas con valioso cargamento, pero Osuna se mostró indignado con Leyva.

Sabía el duque que los venecianos se quejaban en Madrid contra él, y para contrarrestarlas con argumentos en lugar de cañonazos, solicitó al embajador de España ante la República que auspiciase un libro sobre la libertad de navegación. Así fue editado el *Squittinio della Libertà Veneta*, compuesto por Alfonso de la Cueva, que Osuna blandía como arma dialéctica.

En 1617 los venecianos se reunieron en París con representantes del rey de España y lograron que Felipe III ordenase a Osuna que devolviese a los venecianos los barcos y trofeos que mantenía en su poder en el puerto de Nápoles. Osuna no hizo caso alegando que los venecianos estaban reforzando el castillo de Santa Croce y construyendo un fuerte, señal de que no renunciaban a la guerra.

Tanta insolencia por parte del virrey llevó a pensar en una conjura entre el duque de Osuna, el embajador duque de Bedmar y el gobernador de Milán, Pedro de Toledo. El objetivo, supuesto o real, era introducir en el puerto de Venecia unos bajeles, con ayuda de espías, abrir el paso a una poderosa flota, volar el arsenal, tomar la Ceca de la Moneda, y finalmente apoderarse de la ciudad. Para ello se contaba con un francés de Normandía, llamado Jacques Pierre, *corsaro di professione, ma di spirito grande*, según Giannone; un inglés experto en pirotecnia, de nombre Langlad; y un armador o capitán inglés, llamado Halliot. Curiosamente, ningún español o napolitano. Los barcos de Halliot eran de porte adecuado para navegar por los canales.

El primer intento no llegó a buen término al verse los bergantines de Halliot hostigados por corsarios en medio de una tempestad. Se optó por volver a intentarlo en otoño de 1618. El retraso resultaría fatídico. Dos jóvenes que conocieron el secreto, Gabriel Montecasino y Baltasar Juven, denunciaron la conjura al Consejo de los Diez. El marqués de Bedmar se refugió en Milán. Poco después se nombraba sucesor de Bedmar en Venecia a Luis Bravo. Según la Historia de Nani, Pierre y Langlad que huyeron en barco, fueron arrojados al mar, por una orden que recibió el capitán. Cuando lo supo Osuna, mandó que la mujer de Pierre fuese escoltada a Malta.

Viendo que la Corte parecía dejar de apoyar las audacias de Pedro Téllez, los barones de Nápoles arreciaron en sus críticas, esta vez acusando al duque de libertino. Según decían, Pedro Téllez hablaba a las damas más principales “con demasiada libertad”. Se sabe que, en palacio, junto con los hijos de la virreina, vivían dos ilegítimos, habidos en Flandes con una dama de nombre Helen de La Gambe. Los nobles decidieron enviar un representante a la Corte pidiendo el cese del virrey, para cuya misión eligieron un fraile capuchino, Lorenzo di Brindisi, confiando en la fama de beato de Felipe III.

Llegado a Madrid, el fraile se postró ante el rey y logró que la Corte procediese a reclamar la presencia de Osuna. Temiendo que desobedeciese (una vez más) se ordenó al cardenal Borgia presentarse en Nápoles con discreción y disimulo para reemplazar a Osuna. Lo hizo mal, y el duque se enteró con desagrado. Finalmente, el cardenal reconoció su misión y se estableció en la contigua isla de Procida, a la espera de poder tomar posesión... Se equivocaba si pensaba que iba ser bien recibido. El Regente Piombino Genuino envió a Procida una delegación haciendo ver al cardenal que el pueblo de Nápoles se oponía al relevo. Temiendo los insultos y ataques de la plebe, Borja se embarcó rumbo a Pozzuoli en una pequeña lancha y de allí pasó de noche al Castillo Nuevo, donde un portero adoctrinado le dejó entrar.

Una vez juntos Osuna y Borgia, el primero recriminó al segundo su entrada furtiva e ilegal. El duque de Osuna se ratificó en que podía haber hecho valer sus derechos con el apoyo de sus naves y las de la Armada de España, que consideraba también “hechura suya”. Pero que sacrificaba todo al servicio de la Corona y aceptaba viajar a la Corte el 14 de junio (era el año 1620) dejando en Nápoles mujer e hijos, seguro de su inocencia y de que volvería.

Mandó por delante a Piombino Genuino para que en España diese la correcta versión de los hechos. Quiso dar tiempo a que sus argumentos fueran debidamente expuestos, y, confiando en que serían aceptados, se demoró dos meses en Marsella, *dove trattennessi in feste e balli con poca volontà de sguitare il viaggio*.

Mientras tanto, el cardenal Borgia, instalado en Nápoles, anuló las más populares pragmáticas del virrey Osuna y no olvidó la afrenta de Piombino, a quien logró ver condenado a muerte (afortunadamente en ausencia) y confiscados sus bienes.

Tal como lo había planeado el duque, cuando llegó a Madrid sus amigos ya habían aplacado al rey y vertido

toda la culpa en el proceder del cardenal Borgia. En consecuencia, Borja fue desposeído del cargo de lugarteniente y el retorno de Osuna, quedó pendiente de lo que decidiera el Consejo de Estado.

Quiso la mala fortuna de Pedro Téllez de Girón que el rey Felipe III muriese el 31 de marzo de 1621, lo que dejó en suspenso la cuestión de su vuelta a Nápoles. Con el advenimiento al trono de Felipe IV cambiaron los validos reales. El duque de Lerma había caído en desgracia y gobernaba entonces su hijo, el duque de Uceda. Pronto hubo de ceder su lugar al conde duque de Olivares, enemigo declarado de Pedro Téllez de Girón.

El desposeído cardenal Borgia vio la ocasión de vengarse enviando a la Corte una requisitoria compuesta por acusaciones *fabbricati dal consigliere Scipione Rovito*. Olivares reunió una Junta para examinar el contenido y Osuna fue declarado culpable, arrestado y encarcelado en el castillo de Almeda en Barajas, *dove dopo una lunga prigionia, afflitto da passioni d'animo, finì la vita a' 24 settembre del anno 1624*.

Se ha escrito que antes de morir el virrey Osuna tuvo conciencia de que su memoria empezaba a ser reivindicada. Contribuyó a ello la defensa que su esposa, (en nada despechada por su conducta como marido, pese a las insinuaciones de los nobles napolitanos) hizo por escrito ante el rey Felipe IV.

No lejos de su prisión, consumía sus días un famoso escritor, que había vivido días más felices bajo la protección de Pedro Téllez en la corte de Nápoles. No era otro que Francisco de Quevedo y Villegas, amigo del duque desde que se conocieron en Madrid en 1606, y que lo acompañó en Italia, en calidad de consejero. Tal fue la influencia de Quevedo en la política italiana del duque, que se le atribuye el indulto de Osuna a Tomasso Campanella, en prisión desde el anterior virrey, por su participación en la Conjura de Calabria. Quevedo no podía menos que interesarse por un filósofo que

despreciaba a Aristóteles, amigo de Galileo y autor de libros como la *Ciudad del Sol*.

Pocos años después, sería el mismo Quevedo quien daría con sus huesos en la cárcel de San Marcos de León. Su crimen: aconsejar al duque de Osuna y haber participado como informador en Venecia, de la que, según sus acusadores, habría huido disfrazado de mendigo, al descubrirse el intento. Quevedo negó de plano tal cosa. De León, el escritor pasaría a Uclés, donde sentía igualmente el amargor de la ingratitud real con su protector, que le llevó a escribir una biografía de Pedro Téllez. Si la obra mencionada de Gregorio Lati se inclina decididamente del lado de los venecianos, el título de la de Quevedo, ya anuncia un desinhibido modo hagiográfico:

*Vida del sumo capitán, triunfante general,
siempre admirado y glorioso virrey D. Pedro de
Girón, duque de Osuna, miedo del mundo, Virrey
de Sicilia y Nápoles, desengaño de Venecia,
restaurador del Imperio, recuerdo de Roma,
amenaza a Francia, castigo de Saboya, ruina de
los turcos. Hoy cadáver de la venganza y la
envidia, que aún en ceniza le temen, y en el
sepulcro le tiemblan.*

Tal vez por culpa del título, la obra desapareció de la celda donde fue escrita. Lo que sí permanece es el recordado soneto en que Quevedo resume la vida de su amigo.

*Faltar pudo su patria al grande Osuna,
pero no a su defensa sus hazañas;
diéronle muerte y cárcel las Españas,
de quien él hizo esclava la fortuna.*

*Lloraron sus envidias una a una
con las propias naciones las extrañas:
su tumba son de Flandes las campañas,
y su epitafio la sangrienta luna.*

*En sus exequias encendió al Vesubio
Parténope, y Trinacria al Mongibelo;
el llanto militar creció en diluvio.*

*Dióle el mejor lugar Marte en su cielo;
la Mosa, el Rin, el Tajo y el Danubio
murmuran con dolor su desconsuelo*

Gaspar Borja y Velasco, cardenal

1620

Gaspar Borja, en italiano Borgia, contaba entre sus antepasados el papa Alejandro VI y una bella dama italiana, de nombre Vannozza Cattanei, madre de César y de Lucrecia. También emparentaba con San Francisco de Borja, lo cual muestra la amplitud de miras de la gens, cuyo origen se remonta a la villa de Borja en Aragón, un lugar muy favorecido por Alfonso V el Magnánimo, rey de Aragón y de Nápoles.

El padre de Gaspar, Francisco Tomás, se casó con Juana de Velasco, que tenía un hermano llamado Juan, casado con María Téllez de Girón, tía del anterior virrey Pedro Téllez de Girón. Un hijo de María, Íñigo, era primo tanto del virrey duque de Osuna, como de este virrey, Gaspar Borja.

Con esta laboriosa introducción genealógica trato de resaltar la componente de ambiciones y alianzas encontradas que concurrían en la designación de Gaspar Borja como sustituto de su primo en el gobierno del reino de Nápoles.

Si en algo se parecían ambos personajes era en un carácter orgulloso y altivo. La imprecisión del duque de Uceda, al no dejar claro si Pedro Téllez de Girón era removido definitivamente del cargo o simplemente llamado temporalmente a la Corte para responder de las

acusaciones de nobles napolitanos, no favorecía una recepción amistosa hacia Gaspar en Nápoles por parte de Pedro. No ignoraba el duque de Osuna que la falta de dotes diplomáticas de Gaspar había sido causa de que en Madrid aprovecharan su alejamiento de Nápoles, para hacer que Gaspar abandonase Roma cuanto antes y se presentase de improviso en Procida.

Ya quedó dicho en el capítulo anterior que Osuna era apreciado por el Pueblo y odiado por la Nobleza. Uno de los 6 Elegidos que gobernaban Nápoles, el único que lo era en nombre del Pueblo, se propuso organizar un levantamiento para impedir que el cardenal Borja tomase posesión y lograr que Pedro de Girón continuase hasta que se situación se resolviese. Para ello trató de convencer a alguno de los demás Elegidos, pero fracasó, y en el intento se denunció a sí mismo. Cuando se supo que el cardenal Borja había llegado a Procida, los partidarios de Osuna salieron a la calle tumultuosamente, amenazando con botellas a quienes trataran de salir a recibir al enviado de Su Majestad.

El día 3 de junio, Gaspar de Borja seguía en Procida y, a la vista del peligro para su persona si se atrevía a entrar en Nápoles, acudieron los miembros de La Colateral a aquella isla para presentarle sus respetos y recibir de Gaspar el juramento de los fueros como lugarteniente, al tiempo que *le dieron su obediencia*.

Animado con este primer triunfo, Gaspar fue aconsejado de que al anochecer se embarcase en una chalupa y disfrazado penetrase en una puerta lateral del Castillo Nuevo, donde el vigilante estaría ya advertido. Lo cual se cumplió tal como había sugerido La Colateral, accediendo el cardenal al recinto *secreta y muy embozadamente*.

Al día siguiente, sin embargo, el Capitán del castillo entregó su insignia de mando (la llamada jineta) al cardenal en señal de renuncia a servir bajo su gobierno.

Dice Raneó en su crónica que Borja se ofendió al extremo de pedir la cabeza del oficial por su osadía. Y añade que, consultado el duque de Osuna retóricamente por Gaspar sobre si era merecedor de tal castigo, la contestación del duque fue que *sólo la clemencia podría salvarlo y que en caso semejante él no la habría tenido*. Duda Eustaquio F. Navarrete, en sus notas a Raneó, que esta frase fuese otra cosa que un añadido popular. En cualquier caso, el capitán fue perdonado y por consejo del duque de Osuna se mudó a vivir lo más lejos posible.

Ese mismo día Gaspar recibió en el castillo al arzobispo, quien venía a ofrecer sus respetos. Fuera de aquellos muros, las galeras de Osuna, las tropas de Caballería en Infantería y los funcionarios Girón suponían un peligro, no solo para la integridad de Gaspar, sino también para el buen fin de la misión encomendada. Gaspar optó por amedrentar al Reino y llamó a su presencia al Sindico de la Colateral, el ministro Baronese, anunciando que quienes siguieran obedeciendo órdenes de Pedro Téllez de Girón serían castigados con pena de muerte, al no haber otra autoridad legítima en Nápoles que la suya.

Y casi al mismo tiempo, dirigió una carta amistosa a Pedro en la que le comunicaba que la Colateral le había refrendado el gobierno de la isla y que esperaba poder contar con su aquiescencia. A ésta contestó Pedro, que pudiéndose oponer a una situación tan irregular e innecesaria, por respeto y sumisión a la Corona, aceptaba los términos en que se manifestaba el cardenal. Y añadía que, puesto que había de partir, le dijese con cuantas galeras contaba, o si debía hacer viaje por tierra.

El día 14 de junio, se embarcaba Osuna en seis galeras, que tardaron meses en llegar a España, porque el duque, aconsejado por sus amigos, decidió esperar un tiempo en Marsella ocupando sus horas en jugar y divertirse.

En Nápoles quedaba la virreina Catalina Enríquez de

Ribera, confiando en que Pedro volvería cuando todo quedase aclarado. El cardenal, que era también familia de ella, no se atrevió a usar el Palacio Real residencia de los virreyes y aceptó hospedarse en el de don Pedro de Toledo, situado en el barrio de Chiaia.

Tuvo mal comienzo el gobierno de don Gaspar Borja, porque el descontento del Pueblo con su venida se convirtió en odio cuando reimplantó la gabela de la fruta, un impuesto irritante en extremo, que el duque había eliminado. Y Osuna lo había hecho de forma teatral, presentándose a caballo frente a la balanza de la Aduana y cortando con su espada las cuerdas que sustentaban los platillos.

Tratando de componer algo las relaciones, el cardenal quiso visitar a la duquesa Catalina, para congraciarse, pero ella mandó aviso de que, en ausencia de su esposo, no recibía visitas de caballeros.

Los barones, que estaban encantados con un gobernante tan preocupado de no molestar, quisieron hacer un escarmiento con la plebe que se había manifestado en contra de su venida. Sabedores por los Elegidos, que el impulsor de las protestas era el Electo por el Pueblo y juez de la Vicaría, Giulio Genoino, abrieron causa contra él y contra Francesco Arpaya y Giovanni Fabricatore. Todos fueron condenados a muerte, si bien el apoyo popular facilitó su fuga y exilio voluntario. Parrino califica a Genoino como un hombre de mente turbia y pensamientos tumultuosos, como se pudo comprobar años después en la revuelta de Masaniello. La poca simpatía de Parrino por Osuna le hace preguntarse por la extraña condición de la plebe que acusa de *débiles* a los gobernantes que dejan gobernar a sus ministros (Borja) y de *violentos* a los que imponen su criterio por encima de lo que al Pueblo le gustaría. Mas éste no era el caso de Osuna.

Unos acontecimientos calamitosos vinieron a aclarar la cuestión cuando el mismo historiador, comparando

ambos gobiernos, concluye que tanto Osuna como Borja eran iguales en altivez, pero no en talento. Y reconoce que, de haber seguido Osuna en el gobierno de Nápoles, tal vez no habría ocurrido el martirio de la ciudad de Manfredonia a manos de los turcos.

Se ha escrito que fueron unas 70 las galeras que se presentaron el 16 de agosto de 1620 ante la costa de Capitanata, frente a la ciudad de Manfredonia. Aunque el virrey Osuna había fortalecido el castillo con piezas de artillería y abundante munición, la guarnición era escasa e inexperta. Los muros apenas ocultaban el caserío. La verdadera defensa era imposible cada vez que las galeras turcas alcanzaban las costas sin ser advertidas y combatidas previamente. El virrey Osuna había armado fragatas de vigilancia en Trena y Otranto para que informasen de cualquier presencia otomana yendo y viniendo a Corfú, Cefalonia, Ragusa y Zante. Sin la presencia de su inventor, el sistema falló completamente, algunos creen por culpa de la parsimonia de los venecianos, sabedores de la caída del duque.

Fallaron también los socorros del cardenal virrey. La guarnición resistió como pudo un par de días, esperando a que llegase desde Foggia Francesco Carafa con infantería española. Es dudoso que, en tiempos de Osuna, Carafa se hubiera atrevido a abandonar Manfredonia a su suerte, sin disparar un solo tiro, cuando, llegado al convento de Santo Domingo, comprobó la enorme superioridad de los turcos.

Descorazonada por la cobardía de Carafa, la guarnición abandonó el castillo y los turcos entraron a saco en la ciudad, sacrificando hombres y niños y escogiendo sólo doncellas como cautivas y un cuantioso botín en municiones y armas. Manfredonia fue pasto de las llamas y sólo se salvaron quienes lograron huir a los pantanos de Siponto o los barrancos de Macchie.

Tanta desgracia conmovió a todo el reino, por lo que el cardenal Borja mando reunir Junta y se decidió

organizar una batida, que la Colateral encomendó al príncipe de San Severo, quien acompañado de numerosos caballeros napolitanos recorrió las provincias tratando de restaurar la confianza, sin lograrlo plenamente, pues se repitieron algunos ataques, aunque no tan desastrosos como el de Manfredonia.

El recuerdo de aquellos tres días funestos aún permanece entre las leyendas de Manfredonia, como la del Cristo sangrante por heridas de alfanjes turcos, o la historia legendaria de una de las cautivas. Se conserva un retrato de aquella joven, llamada Giacometta Beccarino, que, reclamada por el Sultán, ingresaría como favorita en su harén, permaneciendo años en Turquía hasta su liberación por unas galeras de la Orden de Malta.

En resumen y comentando el alarde de fuerza que siguió al saqueo de Manfredonia, valgan las palabras de Eustaquio Fez. Navarrete en sus notas a Raneo: *en aquel tiempo, y para el gobierno de las provincias, más valían arneses que hopalandas.*

Casi al mismo tiempo, el duque de Osuna logró ser recibido por Felipe III y se entretuvo largo tiempo con el rey ponderando sin humildad ni recato, la magnitud sus servicios a la Corona en tiempos y lugares tan dilatados, y recordándole su lealtad y generosidad. Tras de verlas reconocidas por el monarca, pasó a relatar los recientes sucesos de Nápoles, y la ingratitud e injusticia con que estaba siendo tratado por el Consejo Real. Dicho lo cual, solicitaba ser repuesto en su cargo. Las palabras surgieron su efecto y por la Corte corrió la noticia de que el duque era reivindicado y que el cardenal Borja, sería llamado a rendir cuentas de su gobierno. Enterada la duquesa de Gandía, madre del cardenal, ella escribió una meditada requisitoria al Consejo, quejándose del oprobio que supondría para su hijo “que se había limitado a cumplir fielmente la voluntad real”, el ser removido del cargo a los pocos meses de tomar posesión.

También en Nápoles se supo que Osuna podría

volver y no fueron pocos los nobles que se sintieron amenazados y alarmados. Una segunda embajada lograría en Madrid retrasar indefinidamente la decisión real. Osuna nunca regresó a Nápoles, pero Borja recibió una carta ordenándole dejar el Reino y dar paso como sucesor suyo a Antonio Zapata, un cardenal al gusto del papa Clemente VIII, que se encontraba bien en Roma y sin ninguna gana de ser virrey de Nápoles.

Los dos cardenales se vieron el 12 de diciembre de 1620. Antonio, con 70 años, 20 años mayor que Gaspar. La duquesa de Osuna seguía en el Palacio de los virreyes. Borja había vivido en el de Pedro Toledo y, para no crear costumbre, Zapata optó por albergarse en el edificio del Regente de la Colateral, un lugar conocido como palacio Castellet.

Durante su corto gobierno, el cardenal Gaspar Borja tuvo tiempo e interés en dejar memoria de su celo por la magnificencia de Nápoles. La idea le vino yendo de paseo en carroza desde Chaya, donde residía, a través de Santa Lucía hasta las placenteras riberas de Posillipo. La calle Santa Lucía era estrecha. Sin embargo, las damas de Nápoles la habían elegido como favorita para pasear en carroza. Borja mandó ampliar la calzada para que en muchos lugares dos carrozas pudieran cruzarse sin dificultad. Ordenó también derribar la casa de Carlo Spinello, y cuantas la rodeaban, dejando libre la visión del mar. Todo ello fue a costa de *grandísimo gasto*, a juicio de Raneo. Y añade que el virrey, satisfecho con su obra, mandó que fuese recordada con una lápida de mármol, mostrando las Armas Reales y con un epitafio en latín, que decía:

*Gaspar Borja cardenal de la Santa Romana Iglesia
Lugarteniente y Capitán General de este Reino hizo abrir
esta Calle para mejor comodidad del Pueblo. Año 1620.*

Antonio Zapata, cardenal

1620-1622

No deseaba el hijo de Francisco de Zapata de Cisneros ser virrey de Nápoles. Los Zapata eran más aptos para moverse en los pasillos y cámaras palaciegos que para gobernar un pueblo en épocas de crisis y tan complejo como el napolitano. A sus 70 años había ocupado cargos de gran responsabilidad, pero siempre de índole burocrática si así cabe llamar a los de Inquisidor de Cuenca y de Toledo o el de obispo de Cádiz y de Pamplona, llegando Antonio a ser arzobispo de Burgos a principios de siglo XVII y cardenal en 1604. Este nombramiento por deferencia del papa Clemente VIII hacia el duque de Lerma, que lo había solicitado, marca el principio de la experiencia italiana en la vida de Zapata.

Ésta se desarrolló en dos etapas: la primera conflictiva, la segunda deplorable; la primera en Roma, como embajador de España ante El Vaticano, la segunda en Nápoles: como virrey. El carácter de este caballero, que había accedido a la nobleza como segundo conde de Barajas, le hacía poco apto para la diplomacia, que exige, o exigía, mucha prudencia, perspicacia, cultura y algo de doblez. Una de las virtudes de Zapata era la ausencia total de deseo de enriquecimiento personal y su aversión a la corrupción. Consideraba que los cargos debían estar remunerados suficientemente para que toda apropiación indebida fuese castigada de manera ejemplar. Entre sus decisiones como obispo y luego como gobernante, se advierte una noble preocupación por los desheredados de la fortuna.

Nombrado en marzo de 1605, llegó tarde a Roma para emitir voto en el cónclave que nombró a León XI, un Médicis de moral rigurosa y habilidades diplomáticas, basadas en un complejo sistema de información. No era el favorito del papa fallecido, ni el de los italianos de la Curia, pero los 300.000 escudos repartidos por el rey de Francia convencieron a los reunidos. Fue un mal negocio de Enrique IV, porque León XI murió a los veintidós días de acceder al solio.

Sí participó en el siguiente cónclave, en que los italianos hicieron papa a un Borghese, Pablo V, muy identificado con los intereses de su familia. Había sido nuncio en España y tal vez por ello aceptó que Zapata ocupase la vacante que dejó la muerte del protector del Reino de Castilla, Francisco de Ávila Guzmán, en la Congregación del Santo Oficio. En virtud de este nombramiento, fue nombrado Inquisidor General del Vaticano en enero de 1606.

Zapata pasó los diez años siguientes en Roma. De sus gestiones en los despachos de las diversas embajadas, lo más notorio que se recuerda fue su mediación en el violento conflicto entre Paulo V y la República de Venecia. El papa estaba tan irritado contra los venecianos que decidió hacerles la guerra. Para asegurarse la victoria, solicitó la participación de Francia y España, en teoría siempre dispuestas a debilitar a su principal opositor en el Norte de Italia. Pero Zapata no creyó oportuno ese esfuerzo por parte de España y así lo hizo saber. Ya había enviado informes a la Corte muy críticos con la venalidad rampante en Roma, donde los ingentes fondos recibidos desde España terminaban en bolsillos no previstos. Por ese motivo, las dos naciones aludidas recomendaron al Papa que solucionase el conflicto por vía diplomática.

Quedó encargado el propio Zapata. El conflicto se había originado como consecuencia de la pretensión de la República de poner fin a la acumulación de bienes raíces en poder de Órdenes Religiosas o del Clero secular. El Dux lanzó una pragmática por la cual se declaraban nulas las herencias o ventas de propiedades a favor de personas sometidas a la

obediencia del Papa. La subsiguiente excomunión no parece que preocupase demasiado al Dux, que respondió expulsando de sus monasterios y conventos a todos los religiosos de Venecia. Ocurría, además, que en Roma no había consenso entre capuchinos, teatinos y jesuitas. Zapata asumió su tarea con interés, aunque su planteamiento no podía contentar a todos. El resultado de sus gestiones fue que el Dux comprendió lo impracticable del exilio permanente de todo representante de la Iglesia, pero se mantuvo firme en su aprobación a los nombramientos de cargos dentro de la República y en la expulsión de los jesuitas.

A pesar de su simpatía hacia la Compañía de Jesús, Zapata recomendó a la Corte que apoyase el acuerdo logrado y el Papa acabó aceptándolo después de un año de negociaciones, no sin quejarse a Felipe III de que Zapata no había sabido defender suficientemente sus intereses. Cabe decir al respecto, que lo que pedía la República referente al nombramiento de obispos, ya lo había concedido la Iglesia a España y Portugal con la institución de Patronato Regio.

Durante los diez años que vivió en Roma, puso por delante los intereses de la Monarquía a la fácil connivencia con alguna de las poderosas familias italianas. Tal vez por ello, años más tarde y desde Madrid, veía con imparcialidad los intereses vaticanos, lo cual le advino reproches de servir más a Roma que a España.

Justo antes de ser requerido para regresar a la Corte, Zapata intervino en el proceso contra Galileo Galilei, el cual, como es sabido quedó resuelto de mejor manera que el de Giordano Bruno.

Quedaba terminada la primera etapa italiana de Antonio Zapata, y habrían de pasar casi tres años antes de que asumiese la segunda.

Cuando llegó a Nápoles la duquesa de Osuna seguía viviendo en el palacio virreinal, por lo que se alojó en el palacio del Regente del Senado, el caballero Castellet, desde donde días después se dirigiría al Duomo para ser investido

lugarteniente del Reino, que no virrey. Se decía que esta minoración hubiera sido a petición propia, lo que fue interpretado como una muestra de humildad. Cuenta Domenico Parrino que la gente de Palermo lo aclamaba gritando *Graszia, Graszia*, tratando de atraer la atención a sus estrecheces por el alza de los precios en los comestibles, que el autor atribuye a conducta dolosa de los *elegidos*. Así lo debió entender el cardenal, pues impuso precios máximos a los más necesarios y penas duras a quienes contraviniesen estas medidas.

En esos primeros contactos con el pueblo, Zapata mostró una clemencia encomiable, visitando a los condenados en prisión y usando de su poder para conmutar las penas de muerte por otras menos duras.

Luego se demostraría que esta conducta fue fruto de una inexperiencia que le hacía ceder al deseo natural de mostrarse más amable y comprensivo que su antecesor. El inconveniente ante súbditos tan curtidos y perspicaces como los sicilianos, fue que esa simpatía también era vista como un rasgo de debilidad de carácter, lo que inducía a ir elevando las exigencias mientras no cambiase la actitud del destinatario.

Todavía era querido el virrey cuando tuvo que ausentarse del reino para asistir a los funerales del papa Clemente, a quien conocía bien, y participar como cardenal en la elección del nuevo pontífice. Dejó encargado en Nápoles al almirante de la escuadra, Pedro de Leyva, y retornó un mes después para seguir de cerca la evolución de los precios, sobre todo del pan.

Preocupaba entonces mucho a Zapata el estado de las finanzas reales, y como observase que se malgastaban sueldos de soldados licenciados, los retuvo para mejorar la Tesorería.

Transcurría el mes de marzo de 1621 cuando, de modo repentino, dejó de vivir Felipe III, suceso que según el protocolo virreinal requería ser acompañado de solemnes funerales. Fueron estos tal vez demasiado ostentosos, a la vista de la malísima cosecha que no alcanzaba para colmar todos los estómagos. Aun así, el pueblo era consciente de la no

culpabilidad del virrey en asuntos de climatología, por lo que el malestar habría podido resolverse a la manera de otros virreyes. La mala suerte de Antonio Zapata fue que a la sequía vino a sumarse la devaluación súbita de la moneda, demasiado esquilada de plata por sus poseedores hasta el punto de resultar casi irreconocible. El miedo a una orden de retirada de esas monedas, llamadas *zenetas*, hizo que perdiesen valor y la gente se negaba a aceptarlas. Quienes no tenían otro medio de pago pidieron ayuda al virrey, quien logró con amenazas que nadie rehusase *zenetas*, comprometiéndose para no perjudicar el comercio, a compensar con dinero público su merma de valor. Dice Parrino que con esta promulgación el virrey prometió un imposible, habida cuenta de la cantidad total a resarcir.

Se trajo plata en cantidad para acuñar en la ceca, y paralelamente salieron de Palermo ministros enviados por Zapata para comprar trigo allí donde lo encontrasen, al precio que fuese. Con estas medidas, la Tesorería quedó exhausta en espera de las lluvias que devolviesen la normalidad al país.

Pero en lugar de agua benéfica, lo que cayó sobre Sicilia fue un diluvio, acompañado de tormentas aterradoras. Los vientos y las olas hundieron las naves que traían el trigo y anegaron los campos y caminos, sumiendo al Reino en un estado de calamidad total. Lo poco que quedó en las tiendas se ofrecía a precios inalcanzables.

Como queriendo dar a entender que había hecho ya cuanto podía, el virrey optó por solicitar el apoyo divino con procesiones y actos en las iglesias. Tal vez por ello, uno de los barcos que se daban por perdidos arribó medio destrozado, pero lleno de trigo, a poca distancia de Palermo.

Poca cosa, porque poco después se supo que el Regente renunciaba al encargo de controlar los hornos de pan, después de haber sido increpado por un anciano. Sus insultos le irritaron y mandó que lo diesen cuatro azotes, pero al punto un grupo asistente le hizo ver lo triste de la situación y lo dejó libre. Varios consejeros animaron al cardenal a que saliese de palacio y se dejase ver entre la gente, lo cual esperaban que

calmase los ánimos. Salió Zapata en su carroza dispuesto a hablar, pero antes de que pudiera bajarse de la misma se acercaron algunos quejándose de lo malo que era el pan. Empezaba el virrey a contestar cuando se oyeron golpes de piedras en el coche. La guardia alemana en lugar de disolver el grupo aconsejó la retirada al palacio más próximo, que era el del arzobispo; hecho lo cual cerraron las puertas con refuerzos.

En estas tribulaciones, se extendió la creencia de que el virrey había obrado mal al defender la moneda corriente, ya que pese a ser obligatoria, no evitaba la inflación, sino que la estimulaba. Abrumado por esa posible responsabilidad, Zapata cambió de parecer y decidió quitar las *zanetas* de circulación sustituyéndolas por otras acuñadas recientemente. Se recogieron seis millones de ducados y hubo recolectores que convirtieron en pan lo recaudado para venderlo inmediatamente, seguros de doblar el beneficio cuando tocase convertirlo en moneda nueva.

Pero la moneda nueva apenas alcanzaba los tres millones, de ducados, por lo que se distribuyó lo mejor que se pudo, no sin causar gran desánimo en la población. Pronto surgieron especuladores, lo cual irritó al virrey al extremo de condenar varios a muerte y otro a galeras. La insuficiencia de colateral en la Tesorería real para defender el valor de cambio establecido convertía al ‘virrey’ en mal pagador e incumplidor de su pragmática.

De nuevo ocurrió que, en una salida del ‘virrey’ en carroza, un ciudadano llamado Antonio Onesto, paró la marcha para increparlo. Esta vez el rebelde, después de mostrar una pieza de pan, se la tiró a la cara sin por ello ocultar su nombre y condición. Zapata, en lugar de arrestarlo allí mismo, montó en uno de los caballos y se retiró a su palacio, tratando de evitar que el insulto llegase a conocimiento general. Dice Parrino que *‘questa tolleranza, in vece de acchetare, fomentaba i tumulti’*.

Había sido destinado embajador de España ante el nuevo papa, Gregorio V, el conde de Monterrey, quien antes de presentarse en Roma quiso hacer una parada en Nápoles. Ello

causó no poca alegría a los condes de Barajas, quienes se dispusieron a acogerlo con hospitalidad. Queriendo mostrar Antonio Zapata la bella ciudad de Nápoles a su huésped, se preparó la carroza virreinal para un paseo de recreo, cuando, al discurrir por la calle del Olmo, un grupo reconoció a los viajeros y se acercó al coche, gritando, *Graszia, Graszia*, haciendo recordar de esa forma al cardenal el entusiasmo con que fue recibido cuando hizo su primera entrada. Alegre por la acogida, el ‘virrey’ se volvió a Monterrey con una amplia sonrisa. Momento en que de atrás del grupo se oyó una voz que le recriminaba en estos términos. ‘*No es bueno que se ría su Ilustrísima en un asunto que pide lágrimas*’. Aquellas palabras cambiaron la actitud de los presentes, que se unieron a la protesta con gritos ‘*piene di contumelie*’. Los rostros Zapata y Monterrey sin duda se tornarían pálidos. El guardaespaldas de Monterrey sacó su espada, dispuesto a vengar las afrentas, pero, según cuenta Gianonne, el ujier de Zapata, Miguel de Vergara, le mandó envainar y ordenó al cochero volver de prisa a palacio.

Como era la segunda vez que algo así ocurría, podemos comparar la primera reacción, propia de un gobernante que antepone la paz del pueblo a su autoestima personal, con la que se organizó a raíz de la segunda, más humillante al estar presente Monterrey. Zapata acabó poniendo su firma al pie de una sentencia de muerte para diez de los trescientos sospechosos que fueron apresados por delito de ‘lesa majestad’ pese a que Zapata no era virrey de pleno derecho.

La lectura de la sentencia causa espanto por lo cruel y detallada en cuanto a los suplicios que han de sufrir los reos. Todo cuanto se pudiera decir a favor de la clemencia y deseo de agradar y hacer lo mejor posible para el pueblo en cada ocasión, que no era poco, queda borrado por la venganza furiosa de Zapata, que no quiso dulcificar accediendo a las desesperadas peticiones de perdón por parte de los familiares de los dos primeros condenados. El tercero consiguió escapar estando ya frente al patíbulo, con la ayuda de su hermano. Se refugió en una iglesia, pero fue capturado y ejecutado dos días

después. Los tres siguientes consiguieron ver permutada la horrible muerte por la pena de galeras, a cambio de dar nombres de una supuesta conjura. Le llegó el turno a Antonio Onesto, el de la primera vez y los jueces dictaminaron que no había pruebas de que hubiera participado en la segunda. Pero Zapata dijo que no eran necesarias, ya que el lo había reconocido personalmente. Accedió solamente a eliminar los suplicios y conceder una muerte más piadosa.

Esta faceta vengativa del conde de Barajas sorprendió terriblemente a los napolitanos, que lo tenían por persona amable y bondadosa. Al término del capítulo dedicado a Zapata, Parrino escribe que *‘era di una natura si dolce, che avresse detto fosse tutto impastato de cortesie in un grado superiore a gli altri uomini’* lo cual parece no poco sorprendente, aunque algo de verdad hubiese en ello.

Impactados por la reacción del virrey frente a unos paisanos hambrientos, los napolitanos se sirvieron de su ancestral derecho de dirigirse directamente al rey de España, en este caso un recién proclamado Felipe IV, para pedir que cesase al conde de Barajas al tiempo que rendían pleitesía al monarca como su señor natural.

De esa forma, Antonio Zapata no llegó a gobernar los tres años de costumbre. Recibió el aviso de que debía ceder su cargo a Antonio Álvarez de Toledo, quinto duque de Alba, que ya venía aleccionado sobre los problemas del hambre y las monedas sin valor que Zapata había tratado de resolver lo mejor que pudo.

Consciente de la pésima opinión que merecieron sus últimos actos, el cardenal Zapata abandonó el palacio con la excusa de dejarlo a disponible para el nuevo virrey y se retiró a Posillipo en espera de vientos favorables para embarcar de vuelta a España. Era el mes de diciembre de 1622.

Antonio Álvarez de Toledo, V duque de Alba

1622-1629

Era nieto del primer duque de Alba, que fue odiado en Holanda, admirado en España y apreciado en Nápoles. José Raneo, que era Maestro de Ceremonias en el reino, inicia su relato sobre el gobierno de este virrey mencionando la tormenta que abatió la escuadra que lo portaba a la altura de la costa romana, frente a Civitavecchia. Un séquito numeroso, en el que, además de cientos de personas, el duque viajaba con 24 caballos, descendió a tierra para visitar Roma. Allí, los sorprendidos embajadores y cardenales de España se apresuraron a ofrecer hospitalidad al duque, si bien acabó prevaleciendo la invitación del papa en sus palacios del Vaticano.

Repuestas las fuerzas y agotados los encuentros con los embajadores de Francia, Polonia y otros muchos, el séquito reanudó la marcha hacia Nápoles, custodiado por la caballería papal, atravesando los territorios de la Iglesia hasta a la frontera, donde, según Raneo, no encontró una recepción acorde *con la autoridad y grandeza debida*.

El 12 de diciembre de 1622 en Gaeta, llegó el cortejo a Gaeta donde el duque de Alba visitó a los de Taurisano para conocer sus experiencias en Nápoles y Sicilia. Francisco se ofreció a acompañarlo y prometió a su esposa Lucrecia Gatinnara volver pronto a buscarla para que ella también disfrutase de una estancia en Nápoles. Salió de Gaeta dos días después, antes del amanecer, para

encontrarse con las galeras que le mandaba desde Nápoles el cardenal Zapata. Ambas flotas navegaron juntas todo el día 14 y llegaron a Puzol cuando se ponía el sol.

Hacía tres años que el duque había quedado viudo de su segunda mujer, Mencía, hija del V duque del Infantado. Con él viajaban el marqués de Mancera, a quien pensaba nombrar Regente del Tribunal de la Vicaría, y el conde de Ayala, en condición de capitán de su guardia personal.

Eligió el día de Navidad para escenificar una llegada arribando al puerto y de allí ir directamente a prestar juramento de fidelidad a los privilegios y leyes de Nápoles, antes de hacer su entrada en palacio. Lo primero que hizo fue mandar retirar unos tapices valiosos que estaban colgados en las paredes y sustituirlos por otros de seda, con incrustaciones de plata y oro, labrados en Flandes para la residencia de su abuelo.

Vivía en Nápoles un amigo muy querido del duque que era grande de España y príncipe de Ascoli. Supo que estaba muy enfermo y lo visitaba embozado y secretamente, hasta que murió. Mandó el virrey que su cadáver recibiera honores militares, para lo cual, cuando estuvo en su ataúd, vinieron unos frailes a caballo con hachones encendidos y lo pasearon frente al escuadrón de la guardia de palacio, en un coche litera tirado por 4 mulos, de noche y lloviendo. Se oyó una voz muy fuerte: “Este es el Príncipe de Ascoli”. Y de allí, fue llevado por carretera hasta ser sepultado en Ascoli Satriano.

El asunto más urgente que esperaba al duque al comienzo de su gobierno era ver de solucionar el desbarajuste económico causado por el cardenal Zapata. Para ello encargó al Regente Carlos Tapia que limitase las cantidades autorizadas en cada una de las partidas presupuestarias, con lo que consiguió reducir la inflación y devolver algo de su valor a la moneda. Dos terceras partes de las *zanetas* acuñadas por el anterior virrey permanecían en poder de los Bancos y el comercio era casi inexistente. La deuda sumaba 4,4 millones de ducados, imposibles de pagar sin incrementar los impuestos. La

Asamblea reunida al efecto no encontró nada más rápido que gravar la entrada de vino con una nueva gabela, consistente en 1 ducado por barril. Estos ingresos iban directamente a los acreedores de los Bancos, devolviéndoles un tercio de las deudas, otro tercio se pudo pagar con acuñación de nuevas monedas y el último con una contribución anual (*annata*) a sufragar por los forasteros.

En 1623 una plaga afectó a una tercera parte de las vides, hecho que la superstición atribuyó a *disgusto divino* por la gleba del vino. Y comenta Parrino que no faltaba razón a los vinateros en quejarse de la política del virrey, que sólo contentaba a quienes habían confiado su dinero a los Bancos.

Ese mismo año, el duque organizó fiestas populares para celebrar la venida al mundo de una princesa real, por cuyo motivo visitó las cárceles e indultó a muchos. Poco después hubo ocasión de nuevos festejos con motivo de la escala de viaje del nuevo embajador español ante el Vaticano, Ruy Gómez de Silva, duque de Pastrana, descendiente de los príncipes de Éboli.

También se recibió en Nápoles a Enrique de Borbón, que era el tercer príncipe de Condé, y acababa de ser liberado de La Bastilla por Luis XIII. Temiendo que sus enemigos lo asesinasen en Nápoles, prefirió llegar de incógnito a la ciudad y partió tan de improviso como había llegado. Otro ilustre visitante fue el hijo de Segismundo III, rey de Polonia, llamado Ladislao, que se mostraba interesado en ganar el Jubileo. El duque de Alba lo recibió espléndidamente, con fiestas y torneos en su honor.

En 1624 una peste asoló el vecino reino de Sicilia y ya se sentía su acecho a las puertas del Nápoles cuando el virrey envió a la vecina Calabria dos destacamentos de vigilantes, a las órdenes de Pedro de Osorio y Francisco del Campo, para que impidiesen la entrada de personas o mercancías provenientes de la isla.

Un suceso luctuoso hizo que el virrey pusiera más atención que otros en remediar el aspecto sucio y vulnerable

que, a su juicio, presentaba el Muelle. Ocurrió que el faro se derrumbó por un incendio en el torreón del Carmine, y cayó sobre una pequeña capilla donde oían misa algunos marinos y galeotes. Surgieron temores supersticiosos y el duque ordenó una remodelación total del lugar reemplazando el faro con otro de mayor alcance y porte, protegido por un baluarte con ocho cañones que atendían doce artilleros de forma constante, con los oportunos cambios de guardia. Y teniendo presente la devoción de los napolitanos, puso a la obra por nombre: *Castillo de San Genaro*. Y añade Raneo que el embarrado solar de acceso fue enlosado de con tanto esmero que quedó *como la palma de la mano*.

José Raneo era un minucioso Maestro de Ceremonias. Admiraba la Corte del de Alba, compuesta de aristócratas, pintores, literatos, criados y pajes, a los que se añadían servidores de todos los oficios imaginables, *de manera que ningún virrey hasta hoy se ha visto venir a este Reino con tanta autoridad y grandeza Real*.

Refiere el mismo autor que, extrañado el virrey del alto precio que cobraba un barquero por pasar viajeros y mercancías de una orilla a otra en el río Garellano, ordenó construir un puente; quitar la tabla del barquero y sustituirla por otra que decía *Specula latronum*.

Uno de los proyectos más ambiciosos de Álvarez de Toledo levantó críticas en sus contemporáneos por lo prescindible, costoso y egoísta. Se trataba de construir un acueducto para acercar unas aguas muy saludables hasta el interior del Palacio Real. El manantial estaba situado a más de 30 kilómetros, en la localidad de Airola. Hubo intentos de disuadir al duque. Contrariado, fingió contentarse con una artística fuente de la cual manaba agua constantemente por sus 24 caños. Pero, la idea del acueducto seguía en su mente, y para librarse de las críticas, decidió acometer la obra por su cuenta. Aquel proyecto consumió una parte no pequeña de sus cuidados (porque, como dice Parrino: *A S.E. no se lo cocía el pan*) hasta que pudo ver cumplido su deseo y dejarlo en herencia *para su eterna memoria*.

Su estancia como virrey de Nápoles concluyó cuando el rey pensó en él para acompañar a su hermana, la infanta doña María, en su viaje a Austria donde estaba previsto que se casase con Fernando III de Habsburgo, rey de Hungría y Bohemia.

Dice Eustaquio Navarrete, en sus notas a Raneo, que la noticia de su relevo como virrey debió suponer un alivio para los napolitanos supersticiosos, después de tantas catástrofes divinas y humanas como hubo de hacer frente el duque durante su gobierno. A las heredadas de la peste siciliana y el hundimiento de la moneda se añadió un terrible terremoto que sacudió Calabria en 1626, con gran cantidad de víctimas en la provincia de Puglia. Aquella desgracia fue aprovechada por corsarios turcos que atacaron convoyes llenos de trigo con destino Nápoles y prodigaron sus correrías por las costas de Gaeta. El duque de Alba encomendó el asunto al marqués de Santa Cruz. Afortunadamente, la mera aparición de las galeras cristianas fue suficiente para que hacer desaparecer esta amenaza.

Cuando tantas necesidades se hacían sentir dentro del reino, era especialmente odioso tener que enviar soldados y dinero al Norte para las campañas que la Corona mantenía en la guerra entre genoveses y saboyanos por el dominio del marquesado de Zucarello.

El duque de Alba se oponía a gravar con más impuestos la empobrecida economía napolitana y a mandar hombres útiles fuera del reino. Pero eso cumplió sólo a medias lo solicitado, enviando 150.000 ducados y un regimiento de 6.000 infantes, muchos de ellos presidiarios y mendigos. Con su actitud de resistencia frente a las exigencias del conde duque de Olivares, dice Giannone que esta vez el virrey se captó *el aplauso general*.

Pese a las desfavorables circunstancias, el quinto duque de Alba se mostraba reacio a dejar el cargo. Cabe pensar que, lejos de desear volver a España, se sentía feliz en Nápoles. Eso explica su animosidad frente a su sustituto.

El historiador Parrino, no encuentra nada lamentable que imputar a este duque de Alba. Por el contrario, elogia sus desvelos y dice que manejaba con igual destreza la pluma o la espada.

La huella legislativa del quinto duque de Alba se condensa en las 19 Pragmáticas que promulgó. De ellas, las tres primeras versan sobre limitación de armas blancas o de fuego, prohibición de apuestas, y normas sobre uso de carrozas. Las cuarta, quinta, sexta y séptima regulan la aceptación y valor de las monedas. La octava exige que ningún preso sea liberado sin el sello del tribunal que lo juzgó. Las diez y once contienen medidas para agilizar los procesos. La doce establece penas gravísimas contra quienes pretendan vengar ofensas yendo contra familiares, en cualquier grado, del ofensor. La trece da normas sobre cómo vestir con corrección y decencia. La catorce dice que se podrá matar a todo aquel que sea sorprendido quemando campos o pidiendo rescates por rehenes. Y añade que, en caso de ser arrestados, no podrán beneficiarse de indultos. La quince establece pena de tres años de galeras a quienes compren objetos de segunda mano en calles o esquinas de la ciudad (muchos procedían de robos a sus dueños por servidores desleales). La dieciséis reúne varias disposiciones para mejorar el aprovechamiento de los alumnos en las escuelas. La diez y siete prohíbe la compra de esclavos sin informar a los ministros de la ciudad (o a la Audiencia, en otros lugares del Reino). Se debió a una denuncia del rey de Polonia de que ciudadanos polacos habían sido hechos pasar por turcos para poder venderlos. La dieciocho aclara las competencias de la Secretaría del Reino, distintas de las de la Secretaría de Justicia. Finalmente, la diecinueve recuerda pragmáticas anteriores que vetan sacar del Reino monedas de oro y plata, así como objetos como vajillas y estatuas de los mismos metales.

Fernando Afán de Ribera, duque de Alcalá

1629-1631

El apellido *Afán* se supone que puede tener origen provenzal (como en “enfant”) en sentido patronímico: *infante de...* Un *Per Afán de Ribera* aparece entre los caballeros que participaron en la reconquista de Sevilla, lo que le valió en 1248 el título honorífico de Adelantado Mayor de Castilla. Desde entonces la familia fue acumulando propiedades en Andalucía y títulos de villas cercanas, como la de Alcalá de los Gazules, en la costa gaditana. En Sevilla, los Ribera se hicieron construir un palacio que mezclaba los gustos italiano y árabe de forma armoniosa. En esa casa transcurrió la juventud de don Fernando, entregado a los placeres de la lectura y coleccionismo bibliófilo interrumpidos por algunos amoríos condescendientes y con descendientes. Una hija de Fernando fue encomendada a su abuela, doña Ana de Girón, hija del duque de Osuna, que no aprobaba la conducta de su hijo, con quien mantenía mala relación debido a desavenencias sobre la herencia de padre y marido. Ana ingresó a su nieta en un convento donde la monja decía tener visiones divinas, que la trajeron problemas con la Orden. Fernando también tuvo un hijo natural a quien bautizaron con el nombre de Payo, don Payo, que fue internado en un convento de agustinos en Salamanca, desde donde acudía a clases en la Universidad. Enterado de las cuitas místicas de su hermana, escribió

una proclama absolutoria con el título *Tratado en que se defienden nueve proposiciones de la V.M. Ana de la Cruz*. Con el tiempo, don Payo llegó a ser virrey de Nueva España. Se tenía por cierto que su madre lo era María Luisa Manrique de Lara, a la que vio llegar a México para vivir como virreina en su mismo palacio cuando Payo pidió volver a España para retirarse definitivamente a un lugar perdido de Ávila.

Además de estos dos hijos naturales, Fernando Afán de Ribera tenía otros que vinieron con él a Nápoles, habidos con su esposa Beatriz de Moura, hija del marqués de Castel Rodrigo, que fue virrey de Portugal con Felipe II. El mayor recibió de su abuelo fallecido el título de marqués de Tarifa. El siguiente: Fernando, hubo de conformarse con heredar las inquietudes culturales de sus antepasados, gustando de escribir elegías de corte culterano, a más de practicar, si la ocasión se presentaba, los devaneos amorosos de sus personajes.

Cuando la cercanía al rey Felipe IV se lo permitió, el duque de Alcalá pidió ser nombrado gobernador de Milán, o cargo similar en Italia. Tenía presente la elegante biblioteca y cuadros importados a Sevilla por su abuelo, Pedro, desde que fuera virrey de Nápoles. Le interesaba sobre todo vivir de cerca el ambiente cultural y la compañía de artistas y autores italianos. Para ello, como para casi todo, era preciso la venia del primer ministro conde duque de Olivares. Quedó vacante el gobierno de Milán, pero Olivares prefirió a Ambrosio Spínola, genovés y más versado en la estrategia correcta para mantener expedito el *Camino Español*.

No se sabe cuáles fueron las razones que motivaron al conde duque a cesar al duque de Alba como virrey de Nápoles. Se dice que su presencia en la Corte era demandada por el propio Felipe IV, tal vez como contrapeso al creciente poder del favorito. O quizás ya tenía pensado que acompañase a su hermana María Ana en el ceremonioso viaje a Austria para ser la esposa del emperador Fernando III. Lo cierto es que en noviembre de 1628 Fernando Afán de Ribera vio cumplido su

deseo de ser nombrado virrey de Nápoles.

Los virreyes andaluces, como éste o el duque de Osuna, solían mantener posiciones tolerantes y conciliatorias en temas de guerra o paz, y también en asuntos internos, como el de qué hacer con los moriscos. Por eso, cuando el duque de Alba supo que dejaba de ser virrey de Nápoles, y que, para más inri, iba a ser sustituido por un Afán de Ribera, montó en cólera. Y lo demostró retrasando meses el envío de las galeras de Nápoles a Barcelona, donde el nuevo virrey consumía sus ahorros privados sin poder embarcarse. Harto de esperar consideró más económico sufragarse el viaje pagando a los caballeros de Malta el uso de algunos barcos de la Orden. Desde la fecha de su nombramiento pasaron 8 meses hasta que las galeras de Malta lo depositaron el 6 de julio de 1629 en las playas de Posillipo, casi de incógnito, donde unos sorprendidos príncipes de Cariati lo acogieron en su palacio de Traietto. Ellos mismos se encargaron de avisar al duque de Alba, que sufría en aquellas fechas un doloroso ataque nefrítico y no perdió ocasión de recriminar al duque de Alcalá su forma intempestiva de presentarse, sin dar tiempo a preparar la recepción debida. Pasó un mes hasta que don Antonio Álvarez de Toledo se sintió con fuerzas para levantarse del lecho, pero en lugar de ir a Posillipo, siguió con las tareas de gobierno, asistiendo a la Asamblea que estaba pendiente de aprobar el donativo trienal a la Corona del millón y cuarto de ducados, proveniente de los barones y de la Universidad, a los que los donantes añadieron 75.000 más para gastos del propio virrey. Superadas estas gestiones, el duque de Alba anunció que se marcharía el 16 de agosto.

Giannone se contradice al alabar sin reservas el gobierno del duque de Alba y decir que dejó un *grandissimo desiderio* (afecto) *per la sua giustizia, bontà e prudenzia civile*, para a continuación empezar el capítulo de su sucesor escribiendo que el Reino se encontraba en un estado calamitoso *per la corruzione in cui erano ridotte le cose del regno*. Culpa de ello al conde duque de Olivares, por su política europea que precisaba esquilmar los recursos ya exhaustos del Reino.

Olvida el historiador que alejar a mercenarios y soldadesca, aunque tenía el peligro de atraer a los corsarios turcos, beneficiaba a las poblaciones rurales que tenían que soportar su presencia. Y el coste lo sufragaba la clase alta. (En todo tiempo, la política de mantener el esfuerzo bélico lo más lejos posible ha sido practicada por las grandes potencias. El dictum *si vis pacem para bellum* lleva siempre aparejado un coste. Con los virreyes españoles, tanto Nápoles como Sicilia apenas percibieron los estragos que produjo en Europa la guerra de los Treinta años, que en realidad fueron más bien ochenta).

La entrada oficial de los duques de Alcalá a tomar posesión del cargo fue relativamente modesta. El nuevo virrey fue acompañado a palacio por la guardia alemana y el síndico Giovanni Vincenzo Macedonio, seguido de barones en sus carrozas y la gente que acudió curiosa a presenciar el desfile de autoridades.

Poco tiempo después Fernando hijo lograba de su padre el nombramiento de Capitán de la misma guardia alemana que acompañaba a los virreyes. En cuanto al primogénito, también se aseguró el mando del Regimiento de Infantería española, rubricado en una ceremonia frente a Palacio que Parrino califica de *suntuosa* por la importancia de los asistentes napolitanos que se pusieron a sus órdenes. Ese mismo año, una hija del virrey, María, se casó con un joven medio español medio italiano: Luis Guillén de Moncada, heredero de los duques sicilianos de Montalto. Sus padres vivían, pero, cuando murió su primogénito, fue tan grande su pena que se recluyeron para siempre en dos conventos. María y Luis Guillén serían con el tiempo virreyes de Sicilia y destacados coleccionistas de obras de arte en la Europa de su tiempo.

Mientras los sucesos familiares ocupaban la actualidad de la vida social napolitana, la guerra en los países del Norte seguía sin atisbos de ceder. Fernando Afán de Ribera, poco partidario de esta política, se resistía a hacer caer el coste sobre la población, prefiriendo recurrir a aportaciones pactadas con los barones. Para ello aceptó condonar las deudas que ellos tenían con la Corona a cambio de donativos efectivos.

La idea prosperó de tal modo que el virrey puso un límite de mil escudos a las aportaciones individuales. Para no perjudicar demasiado la Deuda, detrajo 40.000 ducados de la renta de Aduanas. De este modo completó tres regimientos que encomendó a Carlo della Gata, Mario Casarelli y Luzio Caracciolo, tres nombres que se citan en acciones posteriores importantes. Por su parte, el príncipe de Sartriano organizó un Regimiento compuesto de 22 Compañías a las que se unió un batallón de infantería española, todos ellos embarcados en galeras para la defensa de Milán.

El efecto de tantos y tantos gastos que incrementaban la Deuda de la Corona llevó al virrey a reducirla drásticamente con lo que hoy llamaríamos venta de activos. De esa manera, la nobleza napolitana iba a poder hacerse con la propiedad de ciudades y villas como Taverna, que pasó a posesión del príncipe Sartriano: Amantea, adquirida por el príncipe de Belmonte, o pueblos como Frata, Miano, Mianello, Marano, junto con otros de menor importancia. (No contaban los compradores con la resistencia a cambiar de dueños por parte de las poblaciones afectadas. Amantea y Taverna cerraron las puertas de la ciudad y se opusieron a que la venta se hiciera sin su aprobación. Los jueces les dieron la razón y las dos ciudades pudieron seguir perteneciendo a la Corona).

La huella del duque de Alba se hacía sentir en algunas instancias de la abogacía, hostil al nuevo virrey. Una de sus pragmáticas exigía que, para ejercer en el foro, los abogados de parte tuvieran que acreditar mediante exámenes su calificación académica. Se entiende que no todos estaban en condiciones de superar la prueba exigida. Decididos a boicotear los exámenes, lograron que la abogacía se declarase en huelga y dejara de asistir a los tribunales. El virrey los acusó de colectivismo delictivo, pero aceptó reducir las exigencias académicas.

Este rigor con los administradores venía azuzado por las *visitas* que la Corte española practicaba en sus dominios. Resultado de ellas era el cese de funcionarios cuyo comportamiento hubiera sido denunciado con pruebas

suficientes al *visitador* de turno. En tiempos de Afán de Ribera fueron imputados el consejero Diego Varela, suspendido de cargo y sueldo por tres meses, Tomaso Lettieri, juez de la Vicaría, Giulio Mastrillo, fiscal, y Francesco Bolino, secretario de la Cámara Real. El virrey, no conforme, se ocupó de que volvieran a ejercer sus funciones tan pronto regresó a España el visitador Alarcón.

Giannone, poco imparcial con este virrey, veía debilidad en sus decisiones, donde otros, como Parrino, perciben aciertos. Pone el primero como ejemplo el escándalo del auditor Figueroa, que mandó derribar las puertas donde esperaba encontrar a un comisario del duque de Alba que había sido encarcelado por el obispo de Nicotera, por haber requisado bienes de la obispalía. No encontró a quien buscaba porque el obispo lo había trasladado a otro lugar. Volvió con las manos vacías y, encima, excomulgado. Había pasado ya un año de aquello. Figueroa había sido absuelto y de nuevo se le acusaba, esta vez como herético. Para responder ante jueces eclesiásticos, el obispo y el Nuncio enviaron oficiales a que arrestasen a Figueroa, pero el virrey se enteró a tiempo de mandar una Compañía de soldados españoles que lo impidieran. Cuando llegaron los emisarios del obispo fueron todos puestos en prisión y Figueroa llamado a presencia del virrey. En Roma la noticia fue recibida con indignación. Este episodio, intrascendente para el Pueblo, lo expongo para desmentir la acusación de debilidad de carácter de este virrey.

Lo que podría confundirse con falta de autoridad era su inclinación a las fiestas y al teatro, propia del carácter andaluz. Ocasiones de ello no le faltaron. La primera fue la noticia del natalicio del príncipe Baltasar Carlos en noviembre de 1629. Como parte del júbilo oficial, era costumbre que el virrey visitase las cárceles liberando presos. Después promulgó un indulto general. El júbilo general no fue compartido por el gobierno de la ciudad, debido a la poca consideración con los Elegidos, por parte del yerno del virrey, duque de Montalto, que se consideraba con derecho a ir por delante en todas las ceremonias. Don Fernando no supo ponerse de parte de los

barones, y los obligó a ceder, cosa que hicieron dejando constancia de no conformidad.

Esta desavenencia solo fue el comienzo de un tiempo de conflictos protocolarios entre la nobleza napolitana y los españoles que visitaron la ciudad con ocasión del viaje de la infanta María, hermana del rey, a cumplir con su promesa de matrimonio con Fernando III de Habsburgo, y convertirse en reina de Hungría. Viajaba con ella el V duque de Alba y el cardenal de Sevilla, Diego Guzmán de Haro. A la altura de la costa de Lombardía, el duque de Alba aconsejó evitar el desembarco por miedo a la peste en la región. Pero en lugar de superar la provincia por el Norte, dirigió las naves al Sur, con la intención de pasar un tiempo de descanso en Nápoles. Dice el Parrino que lo hacía *per oscurare con la sua presenza l'autorità del Vicerè*. La flota de los viajeros se encontró con barcos napolitanos que exportaban trigo con licencia del virrey. El duque aprovechó esta oportunidad para atacar la autoridad de Afán de Ribera, ordenando que regresasen a Nápoles, aduciendo que la reina deseaba que la abundancia acompañase sus pasos en el Reino.

Llegados a Procida, se alojaron en el palacio de los marqueses del Vasto, tan amplio que todos pudieron dormir en habitaciones principales e independientes. Acudió el duque de Alcalá a darles la bienvenida. Pasados ocho días, la princesa quiso conocer Posillipo, y el séquito se mudó al palacio del príncipe Colobrano. Afán de Ribera había dispuesto las galeras reales para la entrada triunfal el día 8 de agosto de 1630, pero, según Parrino, la hermana del rey prefirió una *ricchissima góndola* ofrecida por su anfitrión de Posillipo.

Y añade que la princesa era muy blanca, de tal forma que su cabello parecía de lana. *Haveva gli occhi azzurri, ed il naso, e boca piu tosto grande, che piccoli*. “El color blanquísimo en un grado un tanto excesivo, que lo hacía parecer transparente y enfundaba guantes de seda negra, calada en forma de red. Vestía un traje atigrado verde, con engarces de plata y perlas, sin aditamentos ni gola, lo que realzaba la majestad de su semblante”. Subió a la litera de honor, con ruedas, detrás del

cardenal de Sevilla. A su derecha iba el duque de Alba y a la izquierda el de Alcalá. Su camarera mayor se instaló en otra litera rodante, seguida de las carrozas donde iban las damas de honor. Brilló por su ausencia el Síndico por la plaza de Capua, Ettore Capecelatro, al serle denegado el lugar que creyó corresponderle. El virrey Afán de Ribera y todo su servicio tuvieron que desalojar el Palacio Real para que se dirigiese allí la princesa y cuantos la acompañaban en tan ceremonioso y complicado viaje. Durante todo el tiempo que duró su estancia en Nápoles, los virreyes tuvieron que mudarse a la casa del marqués del Vico, compaginando esta morada con Castel Nuovo, más cercano a las instituciones.

Exactamente un mes más tarde, llegaba de parte del papa Urbano VIII monseñor Serra, portador de la rosa de oro, máxima distinción vaticana, que simbolizaba la concesión a la nueva reina de Hungría de cuantas gracias y mercedes podía dispensar la autoridad del Pontífice.

La vanidad y orgullo de los españoles recién llegados excitó igual comportamiento por parte de los residentes, de manera que en cada acto no faltaban desdenes y ofensas entre unos y otros. Quienes peor librados salían eran los ministros y eclesiásticos de origen italiano. En vano el virrey trataba de mediar. En una ocasión, sugirió a un enfadado barón que se quedase en Palacio, acompañando a las damas. Tampoco las damas estaban contentas. Parece que su lugar en las representaciones teatrales fue ocupado por personas del séquito de la reina, teniendo que conformarse con duros bancos sin los habituales almohadones. Muchas de ellas dejaron de acudir a estos actos, en señal de protesta,

La princesa española se dio cuenta de ir perdiendo poco a poco la inicial estimación popular. Le aconsejaron que visitase conventos, donde el problema de precedencia no existía, ya que las monjas estaban dispuestas a acogerla con el mayor de los respetos. En su visita al Hospital de la Annunziata, el regente del centro' marqués de Torrecuso, regaló a María una escribanía de cristal, con incrustaciones de oro y plata, y en su interior, ligado a un pequeño retablo con el misterio de la

Anunciación: un rubí de gran tamaño, donado a la institución por la reina Juana de Nápoles. La princesa española aceptó la escribanía, pero declinó el rubí, respetando la voluntad de la donante.

El virrey deseaba ofrecer a sus visitantes veladas de esparcimiento en Palacio, con espectáculos protagonizados por artistas, escritores y músicos napolitanos. Parrino describe la representación que tuvo lugar el 17 de octubre de 1630, que fue una de las más celebradas por reunir en una mascarada casi cincuenta caballeros mandados por marqués de Vilanova del Río, sobrino del duque de Alba. Afán de Ribera había montado un gran escenario que mostraba un gran Templo. En el primer baile aparecieron figuras que representaban el Honor y la Gloria, luego: la Noche, en carro azul, cubierto de estrellas, y tirado por cuatro caballos enjaezados con adornos que replicaban los de la nocturna dama. A continuación, de las puertas del Templo salieron seis cisnes que custodiaban a la Fama, y realizaron un *bellissimo ballo* en derredor. Tras un descanso, el Templo cedió protagonismo al Monte Parnaso, en cuya cima apareció Pegaso, el cual caballo, con un movimiento de la pata derecha hizo surgir de la Tierra el río Helicón, y junto a él: el dios Apolo y las nueve Musas, sus compañeras. En su presencia, otro baile, esta vez a cargo de ocho ninfas, en su jardín. Breve descanso y siguiente danza, en la que a las Ninfas se unen los Sátiros. El acto siguiente representaba un lugar cavernoso, poblado de enanos y cíclopes, que surgieron de una cueva. El último acto reunió a los cuarenta y ocho caballeros en una danza palaciega con decorado que representaba los Campos Elíseos. A esta ocasión, sí que acudieron las baronesas porque Afán de Ribera tuvo buen cuidado de respetar sus cómodos asientos de siempre, habilitando en los corredores palcos de honor para la futura reina de Hungría y sus damas.

Pasaban las semanas y los españoles de viaje a Austria no daban señal de querer irse de Nápoles. Lo que en un principio fue motivo de alborozo y jolgorio, empezaba a hacerse pesado y costoso. No sólo por el lujo que rodeaba a la princesa y sus

dos ilustres acompañantes. Había que alojar y dar de comer a muchas personas, mantener limpios y hábiles los carruajes, alimentar a los caballos y darles cobijo en caballerizas reales. Todo, sin que se notase la menor reducción o desinterés, comparados con los honores iniciales.

Habían transcurrido ya tres meses y el virrey se atrevió a preguntar a la infanta en qué fecha tenía previsto partir, con el fin de asegurar los recursos necesarios. La infanta comentó la conversación al duque de Alba, que era quien decidía los detalles del viaje, y éste consideró que, con su pregunta, el virrey había ofendido la majestad real (si bien se guardó el agravio para usarlo en su momento contra Afán de Ribera en presencia del rey Felipe IV).

La princesa contestó al virrey que su partida sería el 19 de diciembre, algo más de cuatro meses desde su llegada. La despedida, aunque menos espectacular que la ceremonia de bienvenida, configuró una cabalgata larguísima, con cientos de participantes. (La historiadora italiana Vittoria Fiorelli ha publicado un grabado realizado en 1680 por Alessandro Baratta, que ocupa siete pliegos unidos horizontalmente. Al interés sobre la exagerada pompa de los Habsburgo, el dibujo refleja cuidadosamente el frente marítimo que presentaba la ciudad a fines del siglo XVII).

Poco tiempo pudo disfrutar el duque de Alcalá de la liberación que supuso volver a vivir en Palacio y poder dedicarse por entero a la gobernación del Reino. En España, el conde duque de Olivares tenía una doble relación familiar con Manuel Azevedo y Zúñiga, conde Monterrey: Olivares estaba casado con una hermana de Monterrey, quien, a su vez, estaba casado con una hermana de Olivares. A la sazón, su cuñado Manuel de Azevedo ejercía como embajador de España en Roma. Tradicionalmente este cargo era antesala del virreinato de Sicilia o Nápoles, de manera que el valido vio con gran interés las acusaciones contra Fernando Afán de Ribera. No quiso, sin embargo, cesarlo de inmediato, sabedor de que en Nápoles el virrey andaluz era apreciado. Se limitó a llamarlo a capítulo para que diera explicaciones sobre su forma de tratar

a la hermana del rey durante la visita. Era el mes de abril de 1631. El duque de Alcalá estaba organizando la ayuda militar que le habían solicitado desde el archipiélago de Malta por temor a un nuevo ataque turco. Creyó el virrey que esta circunstancia favorecía que retrasase su viaje a España y así lo solicitó del conde-duque. Pero las instancias familiares y la inquina del duque de Alba prevalecieron sobre la conveniencia de Nápoles y Malta. Olivares contestó, que, para asegurar el gobierno durante su ausencia, enviaba como lugarteniente al conde de Monterrey, una decisión, que en Nápoles fue interpretada como un cese injustificado de Afán de Ribera. La opinión pública era que el virrey había mostrado una paciencia extraordinaria con los españoles viajeros y derrochado dinero público en incontables actos de cortesía, aparte de cederles el Palacio Real casi medio año. En España, el duque de Osuna se enfureció al enterarse de las calumnias del duque de Alba contra Afán de Ribera, hasta en punto defender el honor de su tío, retando en duelo al primogénito de Álvarez de Toledo, que tenía su misma edad.

Los condes de Monterrey aparecieron en Nápoles de improviso a finales de abril de 1631, y se instalaron en el palacio del Marqués del Valle, en el burgo de Chiaia. La presunta interinidad de los condes hizo creer a Afán de Ribera que tal vez el primer ministro estuviese dispuesto a escuchar su defensa y reponerlo en el cargo. Con esa esperanza, reunió a su familia y el 9 de mayo en Caserta, dado que estaba a punto de ser abuelo. Allí nació el primogénito de los marqueses de Tarifa. El virrey se embarcó para España el 13 de mayo. Volvió a Caserta en julio, pero no como virrey de Nápoles, sino de Sicilia. El astuto conde duque tranquilizaba de esa manera los escrúpulos de los condes de Monterrey y de paso halagaba a los sicilianos nombrando virrey al suegro de los duques de Montalto.

Manuel de Azevedo y Zúñiga, conde de Monterrey

1631-1636

La ciudad de Monterrey en México, cercana a Texas, debe su nombre al padre de este virrey, Gaspar de Azevedo y Zúñiga, que gobernó contra la sociedad criolla y a favor de la creación sistemática de villas diseñadas según patrones renacentistas donde trasladar a la población india con el fin de ganar su interés por la civilización venida de Europa.

Los hijos de los conquistadores rechazaban la noción de que los indígenas pudieran equipararse en derechos y propiedades y matrimonios a los pobladores europeos, ya que, por derecho de conquista, consideraban que les pertenecían no sólo las tierras, sino también sus habitantes, que empezaron estando encomendados a su buen (o mal) criterio, tal como había exigido Cristóbal Colón y aprovechado (antes de denunciarlo) Bartolomé de las Casas.

Monterrey se empeñó en hacer realidad el proyecto libertario del virrey Francisco de Toledo, favorable a los intereses de la Corona, perceptora del tributo de los indígenas, y denostado por la mayoría de la población blanca, que veía en los indios lo más parecido a los esclavos mediterráneos raptados a turcos o argelinos. La discrepancia, profusamente documentada, dio lugar a guerras internas cuya razón de ser no era otra. Cuando se supo que Gaspar de Zúñiga era promocionado para

hacerse cargo del virreinato del Perú, la desolación de los indios, temerosos de una reacción en su contra de los encomenderos criollos, es descrita por el historiador mexicano de Niceto Zamacois de la manera siguiente:

En seguida continuó su camino hacia el puerto de Acapulco, acompañado de numerosas tropas de indios que le seguían con cariño, llenando el aire con sus alaridos, en señal de sentimiento y llorando su partida como la de benefactor y padre. Con ningún otro virrey hasta entonces habían hecho los indios estas demostraciones de profundo dolor, que sin duda debieron llenar de satisfacción al integérrimo conde de Monterrey

Era el año 1603, Gaspar tenía sesenta años y estaba mal de salud. Habría preferido volver España donde le esperaba su familia, pero la voluntad real prevaleció como algo indiscutible que dirigía la conducta de una nobleza cuya mayor gloria era servir una *Monarquía* tan extensa como pudo comprobar rumbo a Lima, donde moriría, no sin antes haber asumido el patronazgo del descubrimiento de Australia. Se ha escrito que el V conde de Monterrey murió arruinado a causa de su generosidad. Fundó más congregaciones de indios de las que podía con los fondos disponibles. Se recuerda que envió socorros de su peculio para rescatar varios náufragos que estaban aislados en el Archipiélago de los Galápagos. Su entierro fue sufragado por el Cabildo. Su epitafio: “Malo mori, quaem foedari” *Prefiero morir a ser desleal*. Murió en 1606, sin poder regresar a España, donde su hermano Baltasar se había hecho cargo de la educación de sus hijos Jerónimo, Manuel, Inés, y Catalina.

El año 1607 es crucial para las familias Olivares y Zúñiga. Muerto don Gaspar en México, su hija Inés, quedaba huérfana. Dio la coincidencia de que también Olivares perdió a su padre en 1606, por lo que heredaba el título de conde, de manera que ambos primos, Enrique e Inés decidieron casarse inmediatamente. Por otra parte, el hermano de Inés, Manuel,

puso sus ojos en María, hermana del conde duque, y tan prima suya como los eran Inés y el conde duque. Es difícil imaginar una unión de familias tan estrecha como la de los Zúñiga y los Olivares.

Lo anterior es relevante porque algún historiador italiano, como Giuseppe Coniglio, ha dejado escrito que la Corte de Madrid enviaba a personajes de segunda fila o en desgracia, como razón de que la Monarquía actuase con desconocimiento de lo que realmente ocurría en Sicilia o Nápoles. El nombramiento del conde de Monterrey por alguien, que precisamente había nacido en Nápoles, más bien contradice esta reflexión.

Dice Raneo que lo primero que hizo Monterrey fue dar órdenes para la buena administración de la hacienda Real y *halló el Reino tan fatigado de bandidos, que no sólo no había seguridad en los caminos, pero ni aún en las ciudades y lugares*. Y como prueba de que logró anular ese peligro, habla de la desaparición de las *comitivas*, método de viaje con hasta 80 de a caballo, como protección. Aseguró la llegada de trigo a los silos, sin las mermas que se producían durante las entregas, de forma que hubo abundancia, y ello a pesar de que el volcán afectó a los molinos cercanos y la población de la capital se vio incrementada en 40.000 refugiados.

A continuación, pasa a elogiar la conducta del virrey en relación con los acontecimientos bélicos, pues la contribución que Nápoles hizo de galeras, fondos y tropas...

...acudiendo con singular vigilancia a tantos pesos y cargas como han sobrevenido en el tiempo de su gobierno, reduciéndose los socorros que en él ha hecho de infantería y caballería, y dinero a diferentes partes del reino, a número de 48.030 infantes, 5.500 caballos, tres millones y medio de ducados, aumentando las galeras de la escuadra, llegando a diez y seis y acabando doce buques nuevos, fabricando una escuadra de bajeles de porte de tres mil toneladas, armándolos de muy buena marinería y artillería. Hánse fundido doscientas ocho piezas de

artillería de bronce: hánse proveído más de setenta mil arcabuces y mosquetes y picas, sin las pistolas, arcabuces, y corazas para la caballería. Las armadas que se han despachado salieron llenas de municiones de guerra y de todo género de instrumentos de gastadores, con grande abundancia.

Cabe preguntarse qué beneficio aportaba tanto esfuerzo bélico al reino de Nápoles. Casi se podría decir que era contraproducente, al dejarlo menos preparado para defenderse de posibles ataques de origen francés y turco. Pero esta consideración pierde fuerza si se tiene en cuenta la habilidad de Monterrey para dedicar recursos al fortalecimiento de las defensas de las ciudades y villas más vulnerables. Por otra parte, el servicio de inteligencia y espionaje del virrey abortó el intento del renegado Tomás Campanella de provocar un levantamiento popular en beneficio de Francia. Había enviado el anciano escritor un fraile emisario de nombre Tomás Firavante para que explorase la posibilidad de expandir la peste en el Reino, con ayuda de un veneno, y en medio de la confusión ocupar el castillo de Sant Elmo con gente que habían de procurar barones afectos a la causa. Las armadas francesas acudirían en socorro de los sublevados, atacando las plazas de Gaeta, en la provincia de tierra de Labor; Taranto, en el Otranto; Barleta, en tierra de Bari y el monte de San Ángel en la provincia de Foggia.

Conocida la conjura, el virrey procedió a castigar a los diez condenados de traición y a fortificar las plazas que se citaban en los documentos incautados y a enviar refuerzos.

Los años de gobierno de Monterrey coinciden con una serie de victorias de las armas españolas en el corazón de Europa, culminando en la batalla de Nordlingen, en 1634. La complejidad de la política europea se evidencia en una guerra en que lucharon protestantes contra católicos, suecos contra alemanes, sajones contra bávaros, prusianos contra croatas, y, sobre todo: españoles e italianos contra el dinero de Francia. Francia estaba ausente, y sin embargo era el objetivo

de una batalla en la que se dilucidaba la continuidad del *Camino español*, que comunicaba Sicilia con Flandes. Un camino que precisaba de recorrer el hermano de Felipe IV, don Fernando, para hacerse cargo del gobierno de Flandes, a la muerte de Margarita de Parma.

Llevaba de consejero al duque de Nocera, Francesco de Caraffa, nacido en Nápoles. Caraffa aconsejó reforzar el ejército que protegía el viaje del cardenal infante, una medida que fue decisoria, porque los suecos no creyeron a los prisioneros capturados cuando reconocían la superioridad numérica de las fuerzas que defendían la colina de Albuch. Detrás de la misma se encontraban cuatro Tercios napolitanos. El de Toralto, el de Sant Severo, el de Carlo Andrea Caracciolo, y el de Panguerola. También participaron 10 compañías de Caballería de Nápoles enviadas por el virrey don Manuel de Azevedo bajo el mando de Gerardo Gambacorta. La presencia italiana se completa con los 9.200 infantes del duque de Amalfi, Ottavio Piccolomini, el acusador de Wallestein. Según la descripción que hace Diego de Aedo, secretario del hermano del rey, quienes insistieron en iniciar la batalla fueron el general alemán Bernardo de Sajonia y el infante español don Fernando aconsejado por Carafa. En cambio, se mostraban reticentes: el general sueco Gustav Horn, que fue acusado de cobardía por Bernardo y el austriaco Mathias Gallas, que prefirió recuperar Rattisbona y Diego de Mexía, duque de Leganés, que conocía la efectividad de la infantería sueca.

Gustavo Adolfo había revolucionado el arte de la guerra con un sistema diametralmente opuesto al de los tercios españoles. En lugar de densos y compactos cuadriláteros con mosquetes, arcabuces y picas, diseñados para resistir horas y avanzar lentamente sin dispersarse, los suecos confiaban el éxito a una descarga casi simultánea de tres tiros de arcabuceros: uno en tierra, otro de rodillas, y el tercero de pie, formados en líneas muy largas para aumentar la densidad del fuego y aterrorizar al enemigo. Terminada esta descarga, una segunda fila de tres hombres repetía el fuego, mientras los

primeros recargaban sus arcabuces. La batalla de Nordlingen duró seis horas sin que los arcabuceros suecos lograsen romper los lentos avances de los tercios en todo ese tiempo, Incapaces de detenerlos, se desbandaron y dio comienzo a la debacle que les causaría más de 8.000 bajas, frente a 2.000 de los imperiales.

Se dice que una de las razones de la victoria pudo tener que ver con la estratagema del capitán español Idiáquez consistente en ordenar a los tercios acercarse cuanto pudieran sin disparar hasta provocar las temidas *descargas suecas*, y, en lugar de responder, hacer cuerpo a tierra y levantarse rápido aprovechando el tiempo de recarga de los suecos para responder, a tan corta distancia, y crear el pánico entre los atacantes. Más relevante hubo de ser la aportación de los tercios de Nápoles, que otorgaron a las fuerzas imperiales una superioridad numérica imposible de abatir.

El resultado de la batalla fue tan desastroso para la nación francesa que Richelieu declaró la guerra abierta a España, pese a las alianzas familiares tan trabajosamente construidas por la Corte de Madrid.

Lo que sucedió después en los campos de batallas del Centro de Europa no fue ajeno a los gobiernos de virreyes españoles de Nápoles. Los éxitos españoles hasta la derrota final en Rocroi quedaron inmortalizados en obras de pintores como Velázquez, Rubens y Tiziano. Velázquez debía al virrey Azvedo y Zúñiga sus atenciones durante una enfermedad que padeció en Roma. En reconocimiento hizo retratos al conde y la condesa.

El interés del conde de Monterrey por la pintura halló campo fructífero en la Corte del reino de Nápoles. Los pintores José de Ribera, el *Españoleto*, y sus amigos napolitanos, Giovanni Lanfranco y Domenico Zampieri, el *Domenichino*, se beneficiaron de su protección. Otros pintores contemporáneos como Aniello Falcone, Massimo Stanzione, Viviano Codazzi, Artemisa Getileschi y Paolo Domenico Finoglia, también están representados en el Museo

de Pardo madrileño por la mediación del virrey coleccionista. Su más preciada contribución, como recuerda el historiador Jonathan Brown, fue convencer en 1633 a Niccolò Ludovisi, de que regalase a Felipe IV dos obras singulares del Tiziano: *La Ofrenda a Venus* y la *Bacanal de los Andrios*. Ese mismo año el rey de España otorgó a Ludovisi el título de príncipe de Piombino, lugar frente a la isla de Elba. Este caballero boloñés entró al servicio de la Monarquía y llegó a ser virrey de Cerdeña en 1660.

A pesar de las continuas atenciones del conde de Monterrey con Felipe IV y con su primer ministro, enviando cuadros al primero y tropas y dinero para la guerra como le pedía el segundo, el virrey encontró un obstáculo a su continuidad, cuando menos lo esperaba, en la persona de Anna Carafa, princesa de Stigliano y heredera de uno de los patrimonios en tierras y riquezas más potentes de Nápoles. Sucedió que la única heredera del conde duque de Olivares murió dejando viudo a su marido el duque de Medina de las Torres, y al conde duque sin descendencia. La princesa de Stigliano se le antojó a Olivares como un excelente partido para su yerno. Pero tropezó con la resistencia de la madre de Anna, Isabel Gonzaga, duquesa de Sabionetta. Presionado por una suegra que no quería serlo, el conde duque prometió hacer a Anna virreina de Nápoles a falta de patrimonio para igualar al de Anna, si accedía. Fue suficiente. El conde duque comunicó el acuerdo a su yerno, que se encontraba en Roma y este se dirigió a Nápoles en las galeras de España, llegó a Procida, pasó a Posillipo, allí fue bienvenido por el conde de Monterrey y finalmente pudo conocer a su futura esposa en el Palacio de los Caraffa, en el burgo de Chiesa. Parecía que todo se iba desarrollando según lo previsto por ambas familias. El conde de Monterrey estaba a punto de embarcarse para España, cuando llegó una carta de la Corte el 26 de junio de 1636, con órdenes de que Monterrey permaneciera en Nápoles y continuara al mando del Reino. Los franceses habían invadido el Norte de Italia y amenazaban Milán. El marqués de Leganés se vio muy apurado y reclamó a Madrid ayuda urgente. El conde duque

debió pensar que dejar el auxilio en manos de su yerno, recién casado y sin la experiencia de Monterrey era demasiado arriesgado. En cambio, ordenar a su cuñado que siguiera como virrey después de haber decidido su cese, sin duda haría que Monterrey se superase a sí mismo en organizar nuevos envíos de tropas. Hay que tener en cuenta que el matrimonio de Medina de las Torres con la princesa Ana Carafa ya se había consumado, y había tiempo para cumplir lo pactado.

Los condes de Monterrey se quedaron en Nápoles varios meses porque la misión de socorro no era negocio que se pudiera solventar en breve tiempo. Había que obtener nuevos recursos, reclutar soldados, aparejar navíos, nombrar capitanes de regimientos y de compañías de caballería, disponer de galeras para el transporte de tropas...Manuel de Azevedo contó con Melchor de Borja para comandar una armada de 40 bajeles; organizó cuatro Tercios, bajo Juan Bautista Ursino, Pompeo Genaro, Jerónimo Tutavila y Romano Garzone, en calidad de maestros de campo. Llegaron todos a Milán donde se unieron a otros Tercios de Nápoles, que estaban estacionados en Lombardía, al mando de Antonio de Salas.

Con esta ayuda, el marqués de Leganés juntó un ejército poderoso e hizo frente a los franceses que desistieron de tomar Milán y se retiraron al Piamonte y Monferrato. En aquella acción de hostigamiento español, hubo que lamentar la muerte de Carlo de Gata y la de Gerardo Gambacorta que mandaba la caballería napolitana. El marqués de Leganés quiso aprovechar la presencia de galeras napolitanas en Génova para pedir que fueran a España a embarcar soldados para el socorro de Italia. Monterrey se opuso diciendo que no podía dejar Nápoles desguarnecida tanto tiempo, y pidió que los bajeles y galeras retornasen al Reino. Hizo ver el peligro de ser alcanzados por una armada francesa que entraba en el Mediterráneo procedente de Bretaña. El consejo de Monterrey prevaleció y los barcos volvieron al puerto de Nápoles.

Transcurrió así todo el año 1636 y gran parte de 1637 sin

que los príncipes de Stigliano vieran cumplida la promesa de pasar al palacio Real, como nuevos virreyes. Ya la suegra del conde duque manifestaba abiertamente su disgusto y acusaba a Olivares de haber engañado no solo a ella, sino también al Papa.

Finalmente, el 12 de noviembre de 1337, el rey Felipe IV aceptó el cambio de virreyes propuesto por Olivares, y los duques de Monterrey pudieron embarcarse, esta vez sí, para retornar a España. Tanto los virreyes que quedaban en Nápoles como los que partían eran familia muy cercana al conde duque. Pero la afinidad entre Monterrey y Olivares ya no sería la misma, lo cual, lejos de perjudicar el primero, le benefició cuando el segundo cayó en desgracia.

Ramiro Núñez de Guzmán, duque de Medina de las Torres

1636-1644

La marquesa de Stigliano, Ana Carafa, no fue nombrada virreina de Nápoles por estar casada con Ramiro, sino que Ramiro fue virrey de Nápoles como condición de la novia de para casarse con él. La idea contó con la aprobación de Felipe IV, a pesar del gran aprecio que tenía a su *sumiller de Corps*, pero ponía al valido real, el conde duque de Olivares, en la tesitura de pedir a su hermana, casada con el conde de Monterrey, que abandonase el privilegiado virreinato. Por otra parte, Olivares había sido suegro de Ramiro hasta la muerte de María, y del nieto primogénito que no llegó a nacer. Aquel primer matrimonio produjo un sin fin de favores del conde duque hacía su yerno, entre otros la concesión del título de marqués de Medina de las Torres, con grandeza de España. Estas generosidades del valido con cuñados y yernos las apuntaba el Pueblo, y los enemigos del conde duque, en el débito de nepotismo, mientras los beneficiados aumentaban su prestigio y sus patrimonios.

Ante Felipe IV, el enlace con los Stigliano, se presentaba como una no pequeña alianza entre poderosos de Italia y España, en detrimento de las ambiciones francesas. Pero las reticencias de Olivares aconsejaron a los marqueses de Medina de las Torres mantenerse a cierta distancia de la capital Nápoles en espera acontecimientos. Casi todo el año 1643 estuvieron alojados en los dominios de la familia de Ana, hasta que en noviembre se produjo el nombramiento

definitivo. De continuar el impasse, los Carafa, en lugar de un aliado poderoso que apoyase las exigencias económicas de la Monarquía, podían convertirse en un obstáculo.

Los suegros del conde duque empezaron a despotricar públicamente, repitiendo que habían sido engañados. Un poco de razón no les faltaba, porque Monterrey seguía en Nápoles, mes tras mes. Domenico Parrino hace filosofía de la embarazosa situación diciendo que los Carafa, en lugar de disfrutar de lo mucho que tenían, vivían infelices pensando en lo poco que les faltaba.

A finales de 1637, los condes de Monterrey se dirigieron a Posillipo, en espera de embarcarse definitivamente para España. Estaban molestos por lo que oían a sus sucesores decir de ellos. Los duques de Medina de las Torres acudieron a Posillipo llevando regalos conciliatorios, pero los viajeros se despidieron fríamente, sin aceptarlos.

Comenzó el gobierno del virrey don Ramiro con tristes augurios. Al cabo de un año, el Vesubio entró en erupción causando muerte y miseria en su entorno, a lo que vinieron a añadirse los típicos terremotos que acompañan estos fenómenos de la Naturaleza, con especial destrozo en la región calabresa. Quedaron muy dañadas las poblaciones de Nocera, Castiglione, Castelfranco y Pietramala. Las víctimas de la catástrofe se estimaron en diez mil personas, aplastadas bajo las ruinas de las viviendas y edificios.

Las exigencias de dinero sobre la población, lejos de disminuir se hicieron aún más frecuentes, debido a la lógica diabólica de la guerra permanente en Europa, que los ministros de la Corte de Madrid se veían incapaces de resolver con una paz lo más equilibrada posible. El impuesto sobre el papel sellado fue adoptado en todas las provincias del imperio, a lo que vino a unirse un incremento de las gabelas sobre bienes como la seda, la carne, el aceite, las salazones y sobre los contratos de préstamo y los naipes. Si bien en un Estado moderno, todas las transacciones están gravadas con impuestos, en el siglo XVII tantas gabelas parecían

injustificadas, por afectar directamente a las familias en su capacidad de sobrevivir dignamente.

El nuevo virrey aceptó que los napolitanos organizaran una embajada a la Corte de Madrid para exponer la situación de pobreza que la presión fiscal causaba en el Reino. Al frente de la delegación fue elegido el consejero Ettore Capecelatro, que conocía de cerca la devastación causada por los terremotos. El mismo había visitado las zonas afectadas, perdonando deudas y aportando ayuda del Monte de Piedad.

Giannone cita la aparición, en medio de tanto dolor y consternación, de un médico calabrés, de nombre Pietro Sassonio, que vaticinaba el fin del mundo, diciendo que los terremotos y erupción sólo eran breves prolegómenos de lo que estaba por llegar. Se acercaba la fecha del Juicio Final, el mar se cerniría furibundo sobre las costas de todo el planeta y las ciudades y campos quedarían sumergidas. Aterrorizados, algunos labradores abandonaban los campos y viviendas para refugiarse en lugares estimados como más seguros. Las profecías de Sassonio causaban estragos en la tranquilidad de las gentes del campo, por lo que el virrey decidió mandar a alguien que lo arrestase. Una vez en prisión, la opinión de los jueces fue considerar el caso competencia de Roma, a donde fue enviado para que lo juzgaran. Terminó malamente.

Mayor trascendencia para la estabilidad del reino de Nápoles tuvo la conjura ideada por un magistrado napolitano cuyo nombre Parrino prefiere silenciar, tal vez por amistad con la familia. Se limita a apodarlo *il Titolato*. Y efectivamente lo era, como hijo de uno de los Elegidos que en el Sínodo representaba a la *piazza* de Sorrento. Era su nombre Giovanni Orefice. Tenía cuatro hermanos: el mayor Luigi se fue a vivir a España donde se casó con una hija de Álvaro de Bazán y llegó a ser admitido en la Orden de Calatrava. Su hermana Cecilia contrajo matrimonio con Carlo San Severino, quienes tuvieron una hija llamada Isabel. Cuando murió su padre, Giovanni Orefice heredó el título de príncipe de Sanza (pequeño feudo al Oeste de Sorrento) y se casó con su sobrina Isabel.

En 1634, tras la derrota de los aliados de Francia en

Nordlingen, el cardenal Richelieu declaró la guerra a España. El conde de Monterrey, con el fin de obtener el mayor apoyo posible de los barones napolitanos, exageró cuanto pudo el peligro que se cernía sobre el Reino. De ese modo lograba el conmover a la nobleza favorable a la Corona española, que era mayoritaria. Pero en Nápoles seguía existiendo otra nobleza, inclinada al rey de Francia, postergada como consecuencia de anteriores episodios que les restaban patrimonios y prevalencia social. Orefice no pertenecía todavía a ninguna de las dos, pero los San Severino había participado en frustradas alianzas con venecianos y turcos. De ahí, que la idea de adelantarse a una ocupación francesa del Reino le impulsara a viajar a Venecia y relacionarse con los enemigos del Sacro Imperio.

En Nápoles, la amenaza de una invasión francesa había movido al virrey Ramiro Núñez de Guzmán a repetir las acciones de protección de costas y villas marítimas siguiendo pautas semejantes a las de virreyes anteriores. La observación de estos preparativos inspiró a Orefice un plan de ocupación del Reino cuya credibilidad se sustentaba en información de la estrategia defensiva del virrey. Según la historiadora Elisa Novi, dicho plan fue redactado en Venecia en casa del genovés Tagliacarne. Pronto se apuntaron el duque de Sajonia, Rodolfo Maximiliano, el duque de Candale, en representación de la República de Venecia, Maiolino Bisaccioni, por el ducado de Saboya, y un fraile agustino, de nombre Epifanio Fioravanti, agente del Vaticano.

El plan consistía en situar inicialmente 12.000 soldados en la frontera Norte de Nápoles, aportados por los sobrinos del papa Urbano VIII, un ejército que iría aumentando con mercenarios a medida que la revolución lo fuera exigiendo. Dentro de Nápoles, Orefice confiaba el mando de los voluntarios disponibles a un tal Pietro Mancino, que debía ocupar Monte Sant'Angelo y Dogana di Foggia, en la región de Puglia. Una armada francesa completaría la invasión del Reino. Consumada la expulsión de los españoles, el reparto que se proponía era el siguiente: el reino de Nápoles para

Vittorio Amadeo de Saboya (Orefice se quedaría con Sorrento y Salerno); el Piamonte para el cardenal Maurizio Barberini, hermano del Papa; y Saboya pasaría a ser francesa.

Orefice consiguió hacer llegar la propuesta a ojos del duque de Saboya, quien consultó con su mariscal de campo y ambos estuvieron de acuerdo en que era descabellada. A partir de entonces. Orefice temió convertirse en sospechoso, y para disimular se trasladó a Madrid, como hermano de Luigi, haciéndose ver en la Corte y demostrando lealtad a la Corona. Cuando creyó haber asegurado su reputación, volvió a su palacio de Sorrento.

Parrino explica la forma en que la conducta despreocupada de Orefice cavó su ruina. Con ocasión de haber sido invitado a un baile en el Palacio Real, en lugar de entrar por la puerta de invitados, se coló por el acceso a la sala de las damas, donde fue advertido y censurado por el capitán de la Guardia Alemana, un desliz que daría lugar una discusión entre ambos por razón de rango. Culpable de desacato, fue confinado en el castillo de San Erasmo. Como el delito era leve, pronto se vio libre, con la condición de permanecer en su palacio de Sorrento. Por esa razón recurrió a una persona de su confianza, Alfiero Durazzo, para que se viese con el embajador de Francia en Roma, el marqués de Courè, y presentase al cardenal Mazarino las ideas concebidas en Venecia.

Y sigue diciendo Parrino que la perdición de Orefice se debió a otro asunto banal, derivado de los amoríos de un caballero de su familia, llamado Antonio Onzia, que algunas noches se escondía en la habitación de una dama en casa de su madre, doña Jumara (o Fiumara) de Mendoza. Al verse descubierto por la dueña, Onzia huyó de Nápoles temiendo el castigo, pero, por despecho con la familia, se llevó consigo las cartas de Orefice que comprometían su seguridad. Giovanni salió tras de él y logró recuperar las cartas, pero Antonio escapó. Ya en Roma, Orefice decidió ocuparse personalmente de convencer al embajador de Francia, sin servirse esta vez de su antiguo confidente Alfiero Durazzo, que seguía en Nápoles.

Acudía al palacio del embajador francés vestido de fraile. Durazzo tomó como desprecio de Orefice su apartamento de una iniciativa en la que había tenido un papel principal. A esto se unía lo improbable del éxito o, como dice Parrino, puede que Durazzo se sintiera *pentito di tradire suo Re*, lo cierto es que denunció el viaje de Giovanni Orefice al virrey duque de Medina, el cual, en lugar de reclamarlo a Urbano VIII, pensó en contratar un secuaz que lo raptase y lo trajera a Nápoles para ser juzgado. El embajador de España mantenía cautivo a un napolitano, Giulio Pizzola, por haber asesinado al caballerizo del marqués de Courè. Le prometió el perdón a cambio de secuestrar a Orefice. Así lo hizo el día de Navidad de 1640 a la salida de una iglesia. Orefice prometió a Pizzola una gran suma de dinero por su libertad. A este efecto escribió una carta al embajador de Francia, solicitando esa cantidad. Pero Pizzola no la entregó a su destinatario, sino que la guardó como prueba. Simulando una visita al embajador, hizo que Giovanni entrase en una carroza, la cual tomó la ruta del castillo de L'Aquila, desde donde salió, escoltado, la vía de Nápoles.

En contra de lo que dice Elisa Novi en su reseña del Dizionario Trecane, el juicio no fue precipitado, sino todo lo contrario, dada la importancia social del acusado y su calidad de magistrado de la Cámara. Fueron sus abogados defensores Pietro Caravita y Agostino Molto, juristas de gran prestigio en aquella época. El jurado estaba compuesto por 6 jueces: Matías de Casanatte, Regente de la Colateral, y los consejeros: Flaminio de Constanzo, Giovanni Francesco Sanfelice, Annibale Moles, Ferrante Arias de Mesa y Diego Varela. Actuó de fiscal Partenio Petagna, presidente de la Cámara Real aconsejado, según el privilegio de la baronía, por los Pares: príncipe de la Rocca y príncipe del Cole. Ante la contundencia de las pruebas aportadas por el fiscal fue condenado a muerte. El descubrimiento de la conjura desbarató los planes de expulsar a los españoles. Los ataques a la isla de Nísida en la comuna de Bagnoli fueron rechazados, y finalmente los enemigos, locales o extranjeros, se retiraron a sus tierras.

He dedicado espacio a esta historia, porque una y otra vez se repitieron en Nápoles y en Sicilia intentos de sustituir la dependencia de España por la de Francia, en la confianza de que, tras una primera chispa, la rebelión se extendería rápidamente, cosa que nunca ocurrió. Lo cual demuestra que la aceptación de la Monarquía era más profunda de lo que algunos pensaban. Los sufridos gobernados sabían que podían librarse del gobernante de turno, denunciándolo al Consejo de Italia y al rey. Este recurso (y la limitación a tres años de gobierno) servía de válvula de escape a agravios acumulados.

Volviendo a la amenaza francesa, durante el gobierno del duque de Medina, en septiembre de 1640, salió de puerto de Toulon una armada compuesta de 34 grandes navíos que iba dirigida contra el reino de Nápoles. Previendo la posibilidad de suerte adversa, los comandantes solicitaron del Papa Urbano VIII permiso para guarecer las naves en Civitavecchia en caso de necesidad, pero el pontífice temió incurrir en una posible venganza por parte del virrey si esto ocurría, y negó tal permiso. En esas condiciones, los barcos continuaron rumbo Sur hacia el golfo de Nápoles y se situaron frente a Gaeta. Advertido el virrey, envió a Gaeta Vincenzo Tuttavilla, comisario de la Caballería real y a Diomedes Carafa como maestro de campo de las tropas que habrían de vigilar la costa hasta la isla de Capri. Convocó a los diputados del Reino para que aportasen soldados y cañones con que reforzar los baluartes de la Marina. Los barones lograron reunir 30.000 voluntarios que agruparon en 4 Compañías, puestas bajo el mando del príncipe de Bisignano, Tiberio Carafa, como maestro de campo. En el puerto el virrey contaba con 14 galeras, mandadas por Melchor Borgia, a las que se unieron otras 4, las de Francisco de Melo, que llegaron de Sicilia. Hubo un primer encuentro naval, a la altura de la playa de Chiaia, donde las galeras españolas impidieron el desembarco de tropas enemigas, las cuales trataron de reagruparse en la isla de Nisida, frente a Posillipo. Allí fueron auxiliadas por tres mercantes ingleses y uno de Flandes que venían de embarcar provisiones adquiridas en el puerto de Nápoles y habían izado bandera francesa, para evitar ser atacados. En un segundo

intento de desembarco, los franceses ocuparon parte de la playa de Bagnoli, pero la resistencia de los voluntarios de Scipione d'Afflitto los obligó a embarcarse de nuevo.

La narración de Domenico Parrino muestra la satisfacción del virrey, que, creyendo haber superado la amenaza definitivamente, se retiró de Bagnoli y retornó a Palacio, donde se celebraba esa noche una comedia con asistencia de la virreina y muchas damas ilustres. A eso de las tres de la mañana, se oyeron cañonazos demasiado cercanos. Eran en respuesta a un intento de los franceses, que aprovechando la oscuridad habían vuelto a Chiaia, creyendo poder desembarcar sin ser advertidos. La vigilancia del castellano Martino de Galiano en el fuerte de San Erasmo frustró el intento. A la mañana siguiente salieron del puerto las galeras de Melchor Borgia y las francesas se retiraron a Capri, primero, y poco después, tomaron el rumbo de la isla de Ponza, perseguidos por las de Borgia, que regresaron a Nápoles,

À ricevere gli applausi della sua prudente condotta. E veramente gli si dovevano molti lodi, e non minore di quelle, che meritano la provvidenza del Vicerè, la fedeltà de' Vassalli, e 'l valore delle millizie, che fecero conoscere à loro spese a' Francesi, quanto fosse stata al proprio onore la loro vana credulità, che gli spinse in seno ad un Regno senz'altro appoggio, che de leggiere speranze, fondate sù le favole de' malcontenti.

Ocurrió con el duque de Medina de las Torres lo mismo que con el conde de Monterrey. Los dos eran familiares y protegidos del conde duque de Olivares y como tales fueron criticados y atacados por quienes sustituyeron al valido tras perder éste el favor real. Tanto Luis de Haro como el conde de Castrillo, como el marqués del Carpio, sugirieron a Felipe IV que destituyese a Ramiro Núñez de Guzmán de su cargo de virrey de Nápoles. Sin embargo, el rey hizo todo lo contrario: primero lo confirmó en su cargo y cuando superó los tres años de presencia, en mayo de 1644, lo recibió afectuosamente en

la Corte y le otorgó un empleo de su máxima confianza: el de sumiller de corps. Aparentemente relacionado con asuntos de la intendencia doméstica de la casa Real, el conde de Monterrey, como miembro del Consejo de Estado y del de Italia, llegó a ejercer una gran ascendencia en asuntos de política internacional, destacando por sus posturas favorables al entendimiento con Inglaterra y con Portugal.

Juan Alfonso Enríquez de Cabrera

1644-1646

Este caballero, conocido en España casi solamente por su toma de Fuenterrabía a los franceses, hizo más méritos fuera que dentro de su país. En mi opinión, fue uno de los mejores, si no el mejor virrey de cuantos pisaron las losas de los palacios del Sur de Italia. Historiadores como Blasi, Parrino y Giannone, lo elogian sin reservas y, lo hacen, curiosamente, no tanto por las cosas que hizo como por las que no quiso hacer.

Referido a su gobierno siciliano, Blasi, un poco harto de tener que reescribir los textos adulatorios de tantas lápidas conmemorativas con motivo de las obras que los virreyes gustaban dejar tras de sí, se alegra del nulo interés de Enríquez de Cabrera por estatuas, fuentes, avenidas y palacios. Termina el capítulo dedicado a este virrey en Sicilia, diciendo que *amò più presto de lasciare scolpita nei cuori dei Siciliani, la memoria della sua giustizia, del suo disinteresse e della sua generosità*.

Trataré de no repetir aquí lo dicho en el libro de los virreyes sicilianos sobre la vida de Juan Alfonso, añadiendo algunas anécdotas que sirven para acercar a los personajes y sus reacciones en los entornos cortesanos donde se movieron sus vidas.

La primera está tomada del libro de Parrino, que pinta el cuadro de la presentación de Juan Alfonso a los reyes, en

presencia del duque de Lerma y del cardenal Sandoval. El niño tendría cinco años, por lo que Lerma, aludiendo a su futuro como Almirante de Castilla, lo tomó de la mano en la cámara donde esperaban la reina y sus damas, y lo presentó diciendo “Aquí está, Señora, la cabeza de nosotros”. Y el cardenal, condescendiente, añadió “... la cabeza de todos nosotros”. Juan Alfonso se arrojó a los pies de la Reina, y ella en lugar de decirle que se levantase, lo tomó en sus brazos y lo besó *caramente*. Sandoval dijo que era la primera vez que una reina de España besaba a un Almirante de Castilla. Mientras esto ocurría, una de las damas trajo una estatuilla de Cupido, ornada con piedras preciosas por valor de tres mil ducados, que quedó como recordatorio de la ocasión. Pasaron luego al salón del trono donde los esperaba Felipe III, ante cuyos pies volvió a postrarse el niño. El rey le decía que se alzase, pero Juan Alfonso esperaba a oír entre sus títulos el de Almirante de Castilla antes de ponerse en pie. No creyó oportuno Lerma que fuese mencionado, lo que extrañó a la concurrencia, que lo daba por hecho. Hubo quienes pensaron que Lerma quería este honor para sí o para otra persona. Pero prevaleció el recuerdo del beso de la reina al Almirante y el nombramiento se hizo público al poco tiempo.

La fama que consiguió, ya como persona madura, al arrojar a los franceses de Fuenterrabía contra todo pronóstico, hizo que los enemigos de Lerma y de Olivares explicasen su nombramiento como virrey en Sicilia, y luego en Nápoles, haciendo ver que lo que perseguían los validos de los reyes era alejar al duque de España, para evitar que el rey lo prefiriese a ellos.

Estas razones pueden tener algo de fundamento, pero lo cierto es que, a diferencia de algunos predecesores, tanto Juan Alfonso como su mujer deseaban el traslado a Italia, donde sabían que iban a ser apreciados como descendientes de Marco Antonio Colonna, y vigentes duques de Modica, la tercera ciudad más importante de Sicilia. Tal vez en recuerdo de su madre, Vittoria, este virrey mostró una sensibilidad italiana a las cuestiones que se le plantearon durante su gobierno.

Llegaron los virreyes el 7 de mayo de 1644. Una vez instalado, tras la acostumbrada ceremonia en el Duomo, el duque se extrañó de ver tal cantidad de jueces en la Gran Corte de la Vicaría, y supo que ello era debido a favores propiciados por la anterior virreina. No quiso cesarlos para no confundir a la población, pero sí les puso ante la alternativa de trasladarse a judicaturas de las provincias, donde hacían más falta, o renunciar al cargo.

Aparte de no gastar dinero en monumentos, la segunda no actividad encomiable del duque de Modica consistía en negarse a recibir regalos, prefiriendo hacerlos él a otros, de forma discreta y generosa. Sobre este comportamiento viene a propósito la anécdota que refiere Domenico Parrino.

Ocupaba el cargo de secretario del Reino, el duque de Caivano, que pareció excesivamente altanero al de Modica, si bien tras investigar su historial, decidió mantenerlo por no encontrar nada reprochable en su conducta.

La actitud inquisitiva y reparadora de Enríquez de Cabrera animó a algunos a poner de manifiesto los más recientes enriquecimientos ilícitos de algunos nobles, en especial del príncipe de Caramanico, Bartolomé de Aquino. Eran sus principales acusadores el gobernador de Milán y el conde de Arese. Según ellos, Aquino, a base de trucos en los cambios de moneda, se había apropiado de parte de los fondos destinados a la Corona, hasta el punto de hacerla pasar de acreedora a deudora suya. Aquino había gozado de la protección del los Núñez de Guzmán, quienes apadrinaron su boda con una aristócrata milanesa, llamada Bárbara Stampa. Bárbara sugirió la conveniencia de lograr la protección de la nueva virreina, doña Luisa de Padilla, como antes había contado con la de la duquesa de Medina de las Torres. Se sirvieron de la esposa del secretario de Guerra, quien pidió audiencia con la virreina aportando un pliego acompañado de un collar de perlas, el cual fue colocado en la cámara de una dama llamada Eugenia, esposa del secretario del virrey. El hecho fue denunciado a Enríquez de Cabrera, quien mandó que el collar fuese devuelto a Aquino, en presencia del regente

del Consejo, Diego Bernardo Zufia. Viéndose en situación tan apretada, Aquino ofreció un préstamo al Fisco de sesenta mil ducados esa misma tarde, pero en lugar de apaciguar al virrey, se encontró con una orden de arresto y prisión. Solo pudo salir después de convertir su propuesta de préstamo en devolución de deuda.

En el libro de las “Pragmáticas” de Giannone se incluyen una veintena dictadas en el breve gobierno de este virrey que iban destinadas a corregir los vicios de la mediación en productos esenciales, propiciadora de abusos. Los propios conventos, que vendían vino de los agricultores a los vecinos de la ciudad, vieron controlados sus precios al por menor. La mayoría de las normas se dirigían a evitar la corrupción en la administración de las gabelas existentes y en los arbitrios de las aduanas.

La tercera no actividad del virrey duque de Modica tuvo que ver con la resistencia que la familia Barberini seguía oponiendo al papa Urbano VIII, pese a que éste había aceptado devolver los lugares que le reclamaba el duque de Parma. Mandaba los cuatro mil infantes y doce mil jinetes de los Barberini, el duque de Buglione, quien se resistía a dispersar aquellas tropas. Viendo que el pontífice estaba gravemente enfermo y que aquel ejército amenazaba la pacífica celebración de un cónclave, el virrey Enríquez de Cabrera se ofreció como rehén para que los Barberini depusieran las armas, amenazando al mismo tiempo con defender por la fuerza el derecho de los cardenales a elegir Papa libremente. Y así fue como el 15 de septiembre de 1644 quedó nombrado Inocencio X (Giambattista Panfilio) y se hizo la paz en torno a Roma.

Una renuncia de este virrey, que lo enaltecía a ojos de muchos ciudadanos, fue la de celebrar los funerales de la reina Isabel en el Duomo de la ciudad. Estaba ya levantado el magnífico mausoleo, cuando el arzobispo y cardenal Filomarino se quejó al virrey de que se diera preminencia en la misa a los ministros reales, por encima de los obispos. En lugar de ceder a las pretensiones de Filomarino, Enríquez de Cabrera mandó desmontar todo lo que se había preparado en

la catedral y trasladarlo a la Iglesia Real del monasterio de Santa Clara, donde los jesuitas se encargaron de las pompas y elogio fúnebres a la difunta reina.

La acción del Enríquez de Cabrera más valorada por los italianos de Malta y Sicilia fue también la que más pesar produjo en su ánimo, hasta el punto de desear no seguir gobernando en Nápoles. Juan Alfonso era consciente del empobrecimiento de la población y de que la causa principal eran los impuestos y exigencias de gente armada que les imponía el rey de España. Que, a pesar de todo, los napolitanos y sicilianos, siguieran siendo fieles a la Corona y echasen la culpa “al mal gobierno” le parecía justificado, a la vista de lo que pudo comprobar sobre la conducta del duque de Medina de las Torres. En consecuencia, le correspondía a él dar muestras de un giro favorable a las aspiraciones del pueblo y en contra de los abusos. Sus primeras medidas como gobernante fueron en esa dirección y lograron el reconocimiento popular.

Se llega así a la cuarta, y más importante, no acción del duque de Módicta, la cual adquiere un valor histórico especial, al significar la primera vez que un gobernante hispano manifiesta a la Corte no estar dispuesto a añadir más cargas sobre las espaldas del pueblo del Reino que se le ha confiado. Insistieron los cortesanos de Madrid en pedir al virrey que siguiera adelante con la exacción del millón de pesos, pero no lograron doblegar la decisión del virrey.

En España, esta conducta se interpretó como derivada de pusilanimidad de Cabrera, en lugar de tomar nota de la advertencia de lo equivocado que sería “romper el precioso cristal” que el rey había confiado a Enríquez de Cabrera, según palabras que el virrey dirigió al monarca. Los historiadores escriben al respecto que en Madrid se llegó a decir que Enríquez de Cabrera no estaba capacitado siquiera para manejar un convento de frailes.

El duque de Modica juzgó llegado el momento de pedir el relevo, no sin dejar claro que estaba dispuesto a servir al rey, pero no a traicionarlo. Finalmente, los partidarios de

sustituirlo por alguien más decidido hicieron valer su consejo al rey y Enríquez de Cabrera fue comisionado a Roma, para que rendir pleitesía ante el nuevo papa, Inocencio X, en representación del rey de España.

En su lugar se dispuso que tomase posesión como virrey de Nápoles Rodrigo Ponce de León, duque de Arcos, quien, como veremos, llegó a tener que soportar las mayores humillaciones y agravios a su persona que virrey alguno haya sufrido en toda la Historia de la Monarquía hispana.

La estancia del duque de Modica en Roma no estuvo falta de escándalo. Cabrera quiso darse el placer de entrar en la ciudad acompañado con un séquito de príncipes y nobles italianos y de una vistosa guardia personal. El día de presentación de sus credenciales ante Inocencio X, su carroza y la del cardenal de Este se encontraron en un conflicto protocolario de precedencia. Como Enríquez de Cabrera sabía la connivencia del cardenal por la política francesa en Italia, rehusó saludarlo. Sintiendo amenazado, el de Este se procuró protección de soldadesca, lo que alarmó al pontífice, al punto de pedir la intervención de tres cardenales ante el embajador español. Finalmente, y en presencia del Papa, se saludaron amistosamente y volvieron a sus palacios sentados ambos en la carroza del cardenal, si bien Cabrera se excusó de hospedarse en su mansión.

Cabrera y su esposa se sentían a gusto en Italia y procrastinaban el retorno a España. De Roma pasaron a Venecia; allí el duque justificó su presencia concertando una alianza con varios príncipes que deseaban dejar el partido francés y ofrecer sus servicios a la Corona española. Los artículos del documento estaban pendientes de la firma por ambas partes, cuando el representante de los italianos, duque de Buglione, quiso ser tratado con el título de Alteza, a lo que opuso el español un tratamiento equivalente, como descendiente directo de los Trastámara de Castilla. Finalmente, para salvar el acuerdo, se decidió que lo firmasen dos delegados de ambos, quienes fijaron el día y la hora en una casa con dos puertas para evitar tener que darse preferencia a

la entrada o a la salida del acto.

Siguiendo con su periplo italiano, los duques de Modica pasaron de Venecia a Génova, donde permanecieron hasta finales de 1646. En la Corte se les echaba de menos, al tiempo que preocupaban sus continuos conflictos protocolarios. Como, a pesar de las acusaciones de gobierno indeciso en Nápoles, su prestigio como militar y grande de España seguía vivo, el Rey decidió llamarlo a su servicio como mayordomo Real y encomendarle la misión de acompañar a la archiduquesa de Austria, Mariana, en su viaje a España como nueva reina.

De regreso a España, enfermó al poco tiempo y tuvo que permanecer en cama. El propio Felipe IV acudió a visitarlo hasta el día de su fallecimiento, el 6 de febrero 1647.

De haber vivido, Juan Alfonso Enríquez de Cabrera habría visto reivindicada su fama y lo acertado de su negativa a aceptar la política confiscatoria de la Corte. Murió meses antes de la rebelión y gobierno del pescador napolitano Masaniello, rival victorioso del siguiente virrey.

Rodrigo Ponce de León, duque de Arcos

1646-1648

Su gobierno puede ser representado en forma de tríptico, en el que el lugar central vendría ocupado por un pescador napolitano llamado Tomasso Aniello, y los laterales corresponderían a la batalla naval de Orbitello, a un lado, y al duque de Guisa, por otro.

Pero, antes de rememorar la figura de Masaniello y las venturas y desventuras del almirante portugués Noronha, convendría saber quién era el duque de Arcos y cómo llegó a ser virrey de Nápoles.

Sus antepasados eran nobles andaluces de Cádiz, muy antiguos. Isabel la Católica pensó que el título de una ciudad tan importante para América, como era Cádiz, debía corresponder a la Corona de Castilla, por lo que un año después del Descubrimiento les “convenció” de cambiarlo por el de condes de Arcos (de la Frontera), con la compensación de ascender a *marquesado* el que ya tenían de *condes* de Marchena. Aceptado el trueque, fueron proclamados *grandes* de España.

Eran exageradamente ricos, como adjudicatarios de tierras de conquista, por lo que no era extrañar que gran parte de su tiempo lo dedicasen a administrar y tratar de mantener su patrimonio.

Rodrigo tenía una hermana, María Ana, que se casó con Francisco de Borja, noveno conde de Gandía y virrey de Valencia. Cuando Francisco dejó el cargo, en 1642, el rey

aceptó que le sucediese su cuñado Rodrigo. Detentó el cargo dos años y a juzgar por Giannone, demostró tener dotes para la milicia como organizador de levadas e instrucción de tropa. Cualidades muy apreciadas en el Consejo del Reino, que tenía que dirigir una nueva guerra con Francia, con implicaciones en Italia.

La victoria española en Nordlingen había acrecentado los temores de la Regente Ana a una extensión de los avances austríacos desde el Palatinado, una vez expedito el llamado *Camino Español*, que permitía el movimiento de gobernantes y tropas desde el Mediterráneo hasta las costas de Flandes. En la Corte francesa se recordaba la decisiva intervención de los Tercios de Nápoles en aquella ocasión. Por otra parte, el acceso al solio pontificio del papa Inocencio X pilló desprevenido al cardenal Mazarino, que deseaba ver convertido en cardenal un hermano suyo con el apoyo de un pontífice menos proclive a España. Dio cobijo en Francia a los cardenales Francesco y Marcelo Barberini, pero no pudo evitar que Inocencio les confiscara todos sus bienes, según él, pertenecientes al Vaticano.

Mazarino se propuso amedrentar al papa enviando una potente armada a las costas de Toscana, y de paso, atacar las plazas que España mantenía en la zona para refugio, reparación y mantenimiento de sus flotas, que protegían la ruta desde Sicilia y Nápoles hasta Génova. Encomendó la empresa al duque de Enghien, quien rechazó la idea. Luego se dirigió a Tomasso Francesco, príncipe de Saboya. Para animarlo a unirse a su plan, le confió que la operación no se limitaría a tomar las plazas de la Toscana, sino que el verdadero objetivo eran los reinos de Nápoles y Sicilia, donde podría verse recompensado largamente. Finalmente, mandó reunir en Tolón una armada de 35 navíos, 10 galeras, y 70 barcos de transporte, en los que se embarcaron 6.000 infantes y 600 caballeros, bajo el mando de un joven almirante de 27 años que había salido victorioso en enfrentamientos navales contra barcos españoles en Cádiz y Cartagena. Se llamaba Jean Armand de Maillé-Brézé y era sobrino del cardenal Richelieu,

muerto dos años antes.

La flota zarpó el 10 de mayo de 1646 y en pocos días logró tomar las plazas toscanas de Talamone, Saline y San Stefano. Las noticias alarmaron a Rodrigo Ponce de León, quien inmediatamente envió socorros al fuerte de Orbetello, adivinando las intenciones de Brézé.

Orbetello es una gran laguna, conectada al mar por una estrecha bocana, en cuyo centro hay un istmo suficientemente grande para albergar una fortaleza defensiva que proteja las aguas de la bahía que lo rodea. Defendía este puerto el napolitano Carlo della Gatta, con una guarnición de 200 soldados, pocos para sobrevivir a una invasión como la que se les venía encima. Della Gatta había participado con gloria en la batalla de Norlingen y sabía la importancia de esperar refuerzos antes de rendirse. Las galeras y galeones de Berzé penetraron en la bahía e iniciaron el asedio.

En Nápoles, el duque de Arcos se afanaba en preparar un ejército de socorro; pudo reunir 3.300 soldados que se embarcaron al mando del marqués del Vasto en cinco galeras y dos barcos de transporte, comandadas por Niccolò Doria. A la altura de Cerdeña, la flota napolitana se unió a una verdadera armada proveniente de España, que obedecía al almirante de gran experiencia Francisco Díaz Pimienta (*Pimiento* en la crónica de Giannone) con tropas dirigidas por el quinto conde de Linares, Miguel de Noronha. Constaba de 31 galeras y 25 galeones, más algunos brulotes incendiarios.

La superioridad de la armada no desanimó al combinado franco saboyano, confiando en la inexperiencia de las tropas reclutadas a toda prisa por los españoles. Precisamente por esa razón, todo el afán de Díaz Pimienta era batir a cañonazos las cubiertas de los barcos enemigos, tratando de evitar los abordajes.

El 14 de junio llegaron los españoles frente a Orbetello, un día sin viento, poco propicio para maniobras de ganar posiciones favorables para cañonear, que era la estrategia de los barcos a vela. En cambio, la ausencia de viento favorecía los

abordajes y lucha en cubierta, donde los franceses se sentían superiores. De ahí que salieran de la bahía de Orbetello y se iniciase la batalla, con galeones inmóviles al principio. Díaz Pimienta ordenó que las galeras remolcasen a los galeones hasta ponerlos en posición de combate, dejando galeras suficientes para combatir en solitario las enemigas. De esta forma las naves hispanas lograron captar la poca brisa que se inició y cañonear con ventaja. El barco almirante de la armada francesa, el *Grand Saint Louis*, fue arrasado completamente y Jean Armand de Bréze murió en el acto. La batalla continuó durante todo el día, con bajas por ambas partes, hasta el anochecer.

A la mañana siguiente, la flota francesa había desaparecido. El nuevo almirante, conde de Daugnon, consideró preferible retirarse a Porto Ercole a reparar los daños sufridos antes que continuar una batalla que veía perdida. Por su parte, el conde de Linares vio expedito el acceso a Orbetello, y se propuso atacar las tropas que mantenían el asedio al fuerte que defendía Carlo della Gatta. Una gran tormenta desbarató sus planes y la flota se dispersó sin orden. La misma tormenta sorprendió a barcos de la flota francesa; algunos se hundieron, otros fueron rescatados por barcos españoles, más afortunados.

Cuando retornó la calma, Díaz Pimienta y Linares lograron entrar en la bahía de Orbetello con tropas de desembarco de más de 3.000 hombres que se mostraron incapaces de vencer a los franceses que los disparaban desde puestos elevados en tierra. Por ello, Linares dio orden de volver a embarcar y dejó Orbetello abandonado a su suerte. Por su parte, el conde de Daugnon abandonó Italia y junto con Tomasso de Saboya, se retiró al puerto de Marsella.

Es en ese momento, cuando Linares y Pimienta, en lugar de explotar el desconcierto enemigo y proseguir la campaña reforzando las plazas de Toscana deciden el regreso a España, como vencedores de Orbetello, pero sin haber logrado liberar el fuerte.

Conocedor del disgusto de Felipe IV por el magro

resultado de tanto esfuerzo, el duque de Arcos acudió personalmente a liberar Orbetello, para lo cual reunió un ejército 5.000 infantes que zarpan de Nápoles el 5 de julio de 1646, con intención de reunirse en Porto Ercole. El virrey pensó confiar el mando a Francesco Torraldo, que se había distinguido en Nordlingen, pero sus consejeros fueron unánimes en preferir a un militar más experto como Carlo Andrea Caracciolo, marqués de Torrecuso, también veterano de Nordlingen y amigo de Carlo della Gatta.

Juntos vencieron a las tropas de Tomasso de Saboya, que se retiró precipitadamente, reembarcando a sus tropas rumbo al Piamonte. El 18 de julio los españoles se adueñaron del campo abandonado, obteniendo un botín importante de víveres y armas. Tras los festejos por la victoria, las tropas prosiguieron la liberación de Talamone, Saline y San Stefano, las tres plazas tomadas inicialmente por Jean Armand de Brézé.

El agradecimiento del virrey al conde de Torrecuso ocupó las jornadas siguientes, que fueron las últimas en la vida de este militar italiano. El exceso de calor del mes de agosto en Nápoles fue fatídico para Caracciolo, que murió el día 5 en su ciudad natal, a los 63 años. El duque de Arcos organizó en su honor unas exequias propias de un príncipe.

De esta forma concluye el metafórico cuadro izquierdo del tríptico que enmarca el gobierno de este virrey.

El panel central que escenifica el gobierno del duque de Arcos muestra cuatro figuras prominentes en una plaza abarrotada de gente. 1) en primer lugar la de Masaniello, un pescador convertido en dictador del pueblo, que arenga a las masas; 2) junto a él, Genoino, un anciano barbudo, con aspecto de filósofo, que parece susurrarle algo; 3) al frente de un destacamento con picas y arcabuces: Toraldo, que porta en una mano la bandera de la Corona de Castilla y en otra, un bastón de mando; 4) en la ventana del palacio episcopal, Filomarino, un cardenal que parece dominar a todos con la mirada; y finalmente 5) en el otro extremo y desde un balcón, dos figuras asoman sonrientes, una de ellas apuntando al

cardenal. Son Diomedeo y Giuseppe Carafa, señores de medio Nápoles, protectores de la Corona española y amos insufribles.

En el origen de los episodios que tuvieron lugar el año 1647 en Nápoles hay que situar la necesidad de fondos y la imposibilidad de obtenerlos sin romper al mismo tiempo “el precioso cristal encomendado”. El duque manifestó a los ministros su deseo de no gravar al pueblo, prefiriendo hacerlo por las vías normales, que eran: 1) obtener de la Colateral donativos que constasen con su aprobación 2) solicitar más créditos a los bancos 3) exigir el pago inmediato a todo el que tuviese deudas pendientes con el Tesoro Real 4) aumentar la tasa anual a los residentes no napolitanos y 5) enajenar villas de la Corona a terratenientes que desasen adquirirlas.

El duque fue persuadido de no insistir en estas medidas ya llevadas al límite por los duques de las Torres y Medina de Rioseco. Según sus consejeros lo más rápido, eficaz y sencillo era restaurar la gabela de la fruta, abolida por el afán populista del duque de Osuna, espada en mano y cortando los cordeles de las balanzas en la Aduana. Cedió Rodrigo Ponce de León y el 3 de enero de 1647 publicó el edicto correspondiente. En febrero, paseando en carroza, fue interpelado por cientos de personas que clamaban contra la gleba. Pasaron varios meses, y el virrey parecía no enterarse de la rabia que se iba fermentando entre los más humildes, cada vez que tenían que pagar a los odiados recaudadores.

Pero, el representante del Pueblo en el gobierno de los Saggi, Andrea Nuclerio, en lugar de hacer ver lo grave de la situación al virrey, no se daba por aludido. Fue visto el 7 de julio en una plaza, donde uno de sus *representados* le afeó su indiferencia, arrojándole unos higos robados de una cesta. Trató de huir, le persiguieron y golpearon, hasta que se refugió en el convento del Carmen.

Entonces los manifestantes, adivinando que iría a pedir ayuda al virrey decidieron ser ellos mismos quienes hablasen de la gabela de la fruta y exigiesen su inmediata desaparición. Al grito de *Viva el Rey de España y Muera el Mal Gobierno* lograron introducirse en el Palacio Real. El duque dejó que

llegasen a su presencia e intentó calmarlos, pero al no acceder de inmediato a anular la gleba, fue acosado y, temiendo por su vida (recordaba lo ocurrido al virrey de Cataluña) se retiró por una puerta secreta. La carroza fue advertida por algunos sediciosos que abrieron una de las portezuelas para secuestrarlo, aunque prefirieron recoger las monedas de oro que el duque arrojó a tierra. De allí Rodrigo pasó al convento de San Luis, donde más tranquilo, firmó un despacho aboliendo la gabela de la fruta, la de la harina y otras a decir de los demandantes habían sido excluidas por el emperador Carlos V.

Antes de ese memorable 7 de julio habían tenido lugar en la plaza del Carmen preparativos para la festividad de la Virgen. Todos los años se celebraban unas justas entre los jóvenes del barrio, armados de cañas que se subastaban para recaudar fondos. Aquel año se encargó de la organización uno de los vecinos del barrio de El Mercado, llamado Tomasso Aniello d'Amalfi, a quien todos llamaban *Masaniello*. Tenía 27 años, era pescador de oficio y se sentía llamado a designios más altruistas. Viendo con cuánta seguridad se movía y daba órdenes, uno de los frailes carmelitas del convento le propuso que se pusiera al frente de los amotinados.

Pero quien más influyó en la elección de Masaniello fue otro eclesiástico, que había sido uno de los *Saggi* en representación del Pueblo en tiempos del virrey duque de Osuna, y que sentía una profunda irritación contra la inoperancia de Nuclerio. Se llamaba Giulio Genoino, su familia se dedicaba a la producción de seda, se hizo cura para poder estudiar leyes y ingresó en la Academia de los Ociosos, donde se incubaron sus ideas políticas, que podían resumirse en lograr que la representación popular en el gobierno se equiparase a la de los nobles. Encontró en el duque de Osuna un aliado convencido, hasta el punto de ligar el virrey su suerte a la de Genoino, lo que precipitó el destierro de ambos, víctimas de la venganza de los nobles. Después de su regreso a Nápoles había trabado amistad con Masaniello, una amistad basada en que eran personalidades complementarias. Tanto,

que se podía decir que el uno actuaba y hablaba por boca del otro.

Después de obtener del virrey la anulación de las gabelas, Masaniello y Genoio, acudieron al arzobispo para pedir su apoyo. Filomarino les recibió con agrado y mostró comprensión, ofreciéndose a defenderlos de una reacción punitiva por parte del virrey.

La familia Filomarino era conocida en Nápoles desde tiempos en que Marco Antonio Filomarino era representante de la plaza por la Puerta Capuana, ya en tiempos de los Reyes Católicos. Algunos miembros habían venido a menos, como era el caso de los padres de Ascanio: Claudio y Porzia di Leonessa.

Es de notar que Ascanio estaba lejanamente emparentado con los Carafa, algo que tendrá importancia en los acontecimientos del mes de julio de 1647. Apoyado por su pariente, Ludovico d'Aquino, Ascanio viajó a Roma y conoció a Maffeo Barberini. Con el apoyo de los Barberini, y del obispo Ladislao d'Aquino, logró ser nombrado cardenal por Pablo V. La continua sombra de los Barberini marcó la vida de Filomarino con un sentimiento de lealtad sin límites. En Roma se entretuvo escribiendo un tratado con el título *La idea del Favorito*, que valdría también como un vademécum para el oficio de virrey. Según la doctrina de Filomarino, la principal virtud del favorito, la que debe imponerse a cualquiera otra consideración, es *la prudencia*. La segunda funciona al servicio de la primera: y es la *del disimulo*. Y ponía en la mente del lector la metáfora de los cambios repentinos de viento y marea en el mar, que no perdonan errores en el navegante, cuyo único pensamiento ha de ser hacer todo lo que haga falta para que la nave no zozobre.

Con la confianza que depositaron en él Masaniello y Genoio, Filomarino se vió irremisiblemente aupado a una posición de dominio absoluto de la situación, teniendo a un lado la fuerza y las razones de los miles de insurrectos pendientes de sus palabras, y, al otro, la legalidad en apuros del atemorizado virrey, igualmente atento a lo que pudiera

decir el cardenal. Masaniello miraba a desterrar las gabelas de Nápoles, Genoio a que el Pueblo pudiera nombrar la mitad de los Electos. Con carácter inmediato, exigía el cese del indolente representante del Pueblo, Andrea Nuclerio, y el nombramiento en su lugar de Antonio Francesco Arpaia, compañero y sobrino de Giulio Genoio.

De las conversaciones que mantuvieron Filomarino y los insurrectos salió una exigencia sorprendente, por exceder las reivindicaciones iniciales: que el virrey dejase la gobernación del Reino en manos de Masaniello.

El duque de Arcos, ajeno a esta propuesta, pidió la intervención del patricio más leal a la Corona para que encontrara un entendimiento con Masaniello. La persona elegida fue Diomede Carafa, descendiente por vía materna de los Pacheco (como la esposa del virrey) y heredero de parte de sus riquezas. Era duque de Maddaloni y señor de extensos dominios en Terra de Lavoro y en el principado de Ultra. La Corona le debía favores expresados en dinero y tropas, que él se cobraba con un halo de irritante impunidad.

En 1647 se vio envuelto en un asunto curioso relacionado con las reliquias de San Genaro, protector de Nápoles. El arzobispo Filomarino se las había apropiado, sacándolas frecuentemente de su sitio en el Duomo y guardándolas en su palacio. Se decía que acudía con ellas a visitar a próceres enfermos, con la idea de curar sus dolencias. Diomedes hizo ver al cardenal que aquello excedía sus competencias, pero Filomarino respondió que era asunto suyo. El día de la celebración de San Genaro, el obispo presidía la procesión portando en sus manos el vaso que contenía la sangre del santo, momento en que un hermano de Diomede, Giuseppe Carafa, conocido como Peppe, intentó arrebatárselas y en el forcejeo propinó una patada al cardenal. Era la gota que colmaba una serie de humillaciones infligidas a Ascanio por los miembros de una familia que se sentía superior a la suya.

Por este motivo, la petición del virrey a Diomede chocaba con la de Masaniello y amenazaba el papel de árbitro que el cardenal vislumbraba muy cercano.

Coincidencia o connivencia, lo cierto es que el virrey aceptó todas las condiciones que le pusieron los *Lázaros*, como se llamaban entre sí los “pobres” para diferenciarse de los “ricos” *Epulones*. Derogadas las gabelas, si el conflicto continuaba, ya no sería una lucha contra los españoles, sino una guerra napolitana entre ricos y pobres. Así lo vio el virrey, dado que Genoio insistía en sus protestas de lealtad. Por eso volvió a vivir en el Palacio Real y firmó una proclama declarando a Masaniello: *Capitano generale del fedelissimo popolo napoletano*.

La noticia causó estupefacción en Nápoles, en la Corte de Madrid y en toda Europa. En el Consejo de Italia el duque de Arcos fue tenido por cobarde, débil e inepto. Los mismos calificativos ha merecido a historiadores que prescinden del resultado final de la conducta del virrey. Juzgado con los criterios de Filomarino, como navegante que se enfrenta a olas enormes, la conducta del duque de Arcos parece prudente, fingida, maquiavélica y, en definitiva: inteligente. De verse perseguido y tener que esconderse ante la mirada irónica de sus enemigos, pasó a recibir suntuosamente a *los Lázaros* en palacio, y saludar afectuosamente a Masaniello, mientras la virreina, Beatriz Pacheco, ofrecía protección de tropas a la mujer de Masaniello, Bernardina Pisa, y ésta le respondía que eran ellos quienes se encargarían de proteger al virrey.

Investido de todos los poderes, Masaniello, como Sancho Panza en la Ínsula Barataria, improvisaba juicios públicos donde los nobles eran fácilmente condenados. Tenía siempre a su lado a Giulio Genoio, quien le musitaba las frases que creía oportunas. En una ocasión, uno de los presentes quiso preguntar a Masaniello el fundamento de una sentencia. “Por inspiración *del Espirito Santo*” parece que contestó; a lo que el interpelante respondió mirando las luengas barbas de Genoio: “Dí más bien, *de Dios Padre*”.

Dada la permeabilidad de Masaniello a las propuestas de sus consejeros, resulta sorprendente que ni Filomarino, ni Aspaia, ni Genoio, lograsen moderar sus excesos y extravagancias, que chocaban con el estilo popular inicial y el

afán de justicia de Masaniello. La sobrevenida conducta resultaba irreconocible por lo disparatada y cruel. En pocos días dos obsesiones se apoderaron de su espíritu: 1) la ostentación, llevada a extremos ridículos y 2) la desconfianza en algunos de los suyos, a los que destruyó sin miramientos. En Nápoles se empezó a hablar de locura y a hasta *los Lázaros* dudaban de su capacidad de seguir al mando.

El asesinato que terminó con su vida ha sido escenificado de varias maneras y atribuido a distintas instancias. Unos dicen que fueron sus propios allegados los que lo despedazaron al bajar del púlpito de la Iglesia del Carmen, a donde se había alzado cuando acudía a una ceremonia religiosa. Y alegan como motivo que de su boca salían disparates en lugar sagrado. Otros, como Parrino, mencionan y alaban a Genoino como responsable de eliminar al *tirano* por medio de un voluntario llamado Angiolo Ardizzone, guardián de los silos de grano. Según esta versión, Genoino informó del plan al virrey y se escenifica su muerte con un tiro de arcabuz al púlpito donde Masaniello predicaba, sin decir quién lo disparó. Una tercera teoría atribuye la eliminación del caudillo a la mano del cardenal Filomarino y, por el contrario, considera muy improbable que su fiel compañero Giulio Genoino hubiese organizado el crimen.

La hipótesis más probable es también la más simple: fueron los partidarios de Carafa, los mismos que intentaron matarlo una vez sin conseguirlo. Solo que con esta vez con más razón: la de vengar una muerte ignominiosa. Una muerte que ha quedado para la posteridad en un cuadro del pintor Domenico Gargiulo (Micco Spadaro, 1609-1675) que muestra el cuerpo de Giuseppe *Peppe* Carafa, arrastrado en tierra mediante una cuerda atada a uno de los pies, y su cabeza hincada en una pica que empuña un abanderado. En la escena puede verse a Masaniello en un podio alto, vestido humildemente, hablando a los asistentes en la plaza del Mercado. Carafa había sido capturado por los *Lazzari* después de saberse que era quien había plantado un barril de explosivos para asesinar a Masaniello en aquel mismo lugar. El

10 de julio de 1647, ante los despojos de su enemigo, el cardenal Filomarino pudo pensar en la patada que ese mismo pie le dio el día de San Genaro en 1646.

Para el cardenal, la desaparición de Masaniello permitía derivar la violencia callejera hacia un propósito más ambicioso que la lucha de clases entre napolitanos, y convertirla en un alzamiento contra el dominio español. Todo lo contrario de lo que convenía al virrey, quien se apresuró a asegurar la continuidad del movimiento proponiendo a Giulio Genoino como sucesor de Masaniello con el cargo de Presidente de la Cámara y a Arpaia Capitán de la Caballería, nombramientos que fueron aceptados por los rebeldes. De esta forma, el duque de Arcos mejoraba las expectativas de mantener el orden hasta que llegase la esperada armada de Juan José de Austria.

Se inicia a partir del 16 de julio un período de meses en que el orden vuelve a las calles con un gobierno democrático, bajo el mando de una persona que había sido rechazada repetidamente por los representantes de la nobleza, encarcelado, exiliado a España y ahora con plenos poderes. La reacción de los barones fue infiltrar cientos de personas en el movimiento libertario con consignas que Genoino desaprobaba. Para dejar clara su opinión, Genoino mandó colocar en las calles retratos representando reyes españoles. Al hacerlo, el ala pro francesa de la nobleza vio en Genoino un doble enemigo: 1) como teórico de la igualdad de representación con los populares y 2) como aliado de la opresión hispana. Lo primero no era aprovechable para mover a las masas, pero lo segundo podía ser explotado, si se encontraba un motivo suficiente.

El gobierno de Genoino se caracterizó por sus esfuerzos para satisfacer la vuelta a la normalidad. Para sanear las finanzas propuso la introducción inmediata de una forma de exacción proporcional al patrimonio de las personas. Para reducir el precio de los alimentos promulgó la entera libertad de comercio. Para la seguridad ciudadana propuso el indulto total sobre hechos acaecidos desde el 7 de julio, con la condición de el abandono de las armas. Este plan fue

comunicado al virrey, quien dio su aprobación, pero esta vez cometió el error de condicionarlo a la aprobación real. A esto, el Consejo de Gobierno de Genoino respondió que no abandonaría las armas hasta la confirmación final del decreto.

Mientras el virrey iba recuperando áreas de gobierno menos codiciadas por los rebeldes, Genoino iba perdiendo autoridad ante el frente extremista, que ya contaba con un jefe, llamado Genaro Annese, representante entre los insurgentes del burgo de Lavinaro.

La causa de la caída de Genoino y su sustitución por Arpaia, confirmado en el cargo de Electo con todos los honores, se debió a un asunto menor: el apoyo de Genoino a los tejedores de seda (sus familiares lo eran) frente al grupo más numeroso de quienes comerciaban el producto. Pretendían los primeros prohibir las hilaturas fuera de la ciudad de Nápoles. Un radical llamado Orazio Rosseto, conocido como Razullo di Rossa, acusó a Genoino de defender a Fabricio Cennano, en contra de los vetos pactados en la paz estipulada con el virrey. Rosseto reunió el 1 de agosto a un nutrido grupo de gente armada que ocuparon los principales barrios de la ciudad y se dirigieron a Palacio. El duque de Arcos dio órdenes a la guardia de no responder a los ataques, pero la violencia acabó imponiéndose.

La intuición del virrey le decía que estos movimientos de fuerza preocupaban a la nobleza tanto como a él, por lo que decidió abandonar sus contemplaciones con la causa de los *Lazzari* y se propuso tender puentes con el estamento aristocrático. De esta forma confiaba en aislar la facción francesa. Termina así el cuadro central, dedicado a la lucha entre ricos y pobres, y se pasa al panel lateral derecho, donde lo que se dirime es la pervivencia del dominio español.

En el grupo rebelde se produjo un primer intento de solventar la profunda divergencia de objetivos, con líderes enfrentados unos a otros, buscando un Capitán General de consenso. El primer candidato que afloró fue Carlo della Gata, príncipe de Monasterace, que había participado en la batalla de Ortebello, pero declinó la oferta. Se pensó luego en el

príncipe de Massa, villa que fue adjudicada a Francesco Toraldo en premio a sus servicios y que no lo quiso como señor, sino que prefirió seguir como patrimonio de la Corona. Francesco Toraldo, según algunos, había sido propuesto con maniobras secretas del virrey. Se excusó, pero fueron tales las presiones ejercidas sobre su familia que acabó aceptando, no sin antes dejar reflejada ante notario su fidelidad a la Corona. El nombramiento de Toraldo fue bien recibido en Nápoles. Con esa confianza, Toraldo se propuso consolidar la paz y elaboró un plan con medidas que aseguraban parte de las reclamaciones de Masaniello y exigían una tregua a los insurgentes para negociarlo con el virrey.

Para desgracia de Francesco, el día 13 de octubre fondeaba en la bahía de Nápoles una armada española compuesta de 48 navíos con sus dotaciones de oficiales, pero escasa de tropa y todos a las órdenes de un joven de 18 años, Juan José de Austria, hijo del rey Felipe IV y de una actriz, llamada María Calderón.

Casi al mismo tiempo, los revolucionarios eligieron a Gennaro Annese como *generalissimo* de las milicias antiespañolas. Annese había descollado como caudillo de masas, tomado puntos estratégicos de la ciudad a las tropas del virrey, que, en una parte importante, había quedado fuera de su control. Gennaro Annese era de origen más humilde aún que Masaniello, analfabeto, herrero y falsificador de moneda.

Toraldo se encontró gobernador de una ciudad en guerra civil, con Annese dueño y señor del baluarte de Pizzofalcone, desde donde dominaba las calles. En las provincias, en cambio, los barones habían iniciado un movimiento contrarrevolucionario. Y en la bahía, el duque de Arcos se reunía con el almirante para analizar la situación. Toraldo tenía puestas sus esperanzas en que la Corte de Madrid hubiese aprobado sus razonables propuestas. Pero el Consejo de Italia no compartía las ideas democráticas de Gioniano que Toraldo había introducido en su plan de paz. Un servidor de la Corona tan eficaz, honesto y sacrificado, vio como se le iban cerrando todas las puertas. Juan José de Austria tenía

instrucciones de actuar con moderación y sin duda habría apoyado a Francesco Toraldo de no ser por la repentina intransigencia del Rodrigo Ponce de León. El mismo virrey que había agasajado a Masaniello, sentía que era preciso acabar con Annese antes de que la ayuda francesa hiciera cambiar de opinión a los barones que, desde las Provincias, actuaban para asegurar mantenimiento del sistema virreinal.

Al igual que Masaniello, Genaro Annese comenzó a dar muestras de un envanecimiento peligroso y sus partidarios temieron la venganza de los nobles y del virrey. La idea de pedir ayuda a Francia fue tomando fuerza. Las provincias se habían movilizado en favor de la Monarquía española y a Nápoles dejaron de llegar comestibles.

El 21 de octubre, cuando los cañones de don Juan José de Austria mantenían un bombardeo sobre la ciudad, falló una serie de minas que los rebeldes habían dispuesto a lo largo de la calle de los Saponari. Interrogado el artificiero por las causas del fracaso, adujo en su defensa la inverosímil excusa de que Francesco Toraldo le había ordenado poner *dos partes de arena por cada parte de pólvora*. Annese no lo pensó más, mandó arrestar al príncipe de Massa y ordenó su ejecución en la plaza del Mercado. Fue ahorcado, y su cuerpo permaneció colgando de un pie y desnudo, con el pecho abierto por haber sido extraído el corazón, para ser enviado a su esposa, Elvira Frazza, que se encontraba embarazada. La crueldad de Genaro Annese movilizó a los partidarios de sustituirlo por alguien más seguro, que contase con el apoyo de la nación francesa.

A espaldas de Annese, a principios de noviembre, los rebeldes enviaron emisarios a Roma para entrevistarse con el embajador marqués de Fontenay, que no pareció demasiado receptivo. Hábilmente, propuso al imprevisible duque de Guisa, que se encontraba en Roma tramitando su divorcio. Si aceptaba, Nápoles volvería, después de siglos, a poder de los Anjou. Enrique de Lorena carecía de armas y de dinero, pero imaginó conseguir un millón de ducados del ducado de Saboya y el apoyo de una armada francesa. Fontenay escribió una carta que entregó al jefe de la delegación Niccolo Maria

Mannara en la que recomendaba aceptasen al duque de Guisa como presidente de una (curiosa) *republique royale*.

El animoso Enrique II salió de Roma con un ejército de 22 amigos y algo de dinero que consiguió prestado del banquero Filippo Valenti. Su aspecto insignificante hizo posible que llegase por mar en tres falucas, una de las cuales pasó inadvertida entre los barcos de Juan José de Austria hasta situarse frente a Torre del Greco, que, junto con Annunziata, permanecía bajo el control de Gennaro Annese. El diario del duque de Guisa da buena cuenta de sus primeras, pobres, impresiones al contactar al jefe de la rebelión, quien después de mirar la carta del marques de Fontenay por todas partes la devolvió a Enrique por no saber leer.

El 19 de noviembre, de 1647, el duque de Guisa asume el mando del ejército de la República, después de un paseo triunfal a caballo por las calles de Nápoles. La ceremonia posterior en la catedral, en presencia del cardenal Filomarino, no colmaba las esperanzas de Guisa. Sus poderes quedaban limitados a establecer los fundamentos de la República y el Senado, como le recordó el consejero Antonio Basso.

La situación, vista desde la Corte de Madrid, dejaba en mal lugar al virrey duque de Arcos y al infante don Juan José. No habían transcurrido los tres años del mandato, pero la pretendida debilidad de Rodrigo Ponce de León fue tenida en cuenta a la hora de buscar un sustituto más enérgico. Para mayor urgencia, se supo que una flota francesa, mandada por el almirante duque Richelieu se dirigía a Nápoles. Mazarino lo había ordenado, no tanto para asegurar el gobierno del duque de Guisa, como para controlar la situación y, de paso, a Richelieu.

La llegada de la flota francesa animó a Enrique a proclamarse *Dux de la Sereníssima Real República*, un nuevo concepto político que dejaba en el aire el carácter hereditario. Antonio Basso impugnó esta declaración. Mazarino consideró demasiado arriesgada la invasión de Nápoles y prudentemente recomendó a Richelieu que regresase a Francia con su armada.

Juan José de Austria

1648

El 1 de octubre de 1647, *poco doppo 'l meriggio*, el hijo de Felipe IV había fondeado sus 48 barcos de guerra frente al burgo de Santa Lucía, desde donde los recién llegados pudieron escuchar los cañonazos de bienvenida del castillo de San Erasmo y del fuerte de Carmen, en poder de los rebeldes, lo cual daba a entender que sus demandas no iban contra el padre de Don Juan, sino contra el virrey Don Rodrigo. Acudió el virrey a saludar al almirante, y a partir de entonces ambos se consultaban sobre las medidas a tomar para reducir a los sublevados y devolver la paz a la ciudad y al reino. El príncipe dijo no estar dispuesto a desembarcar la tropa, ni aprobar el indulto, si antes no se depositaban las armas de artillería en Castel Nuovo. Reunido el Consejo por Toraldo, se opuso a la petición del almirante, porque desconfiaban de las medidas de gracia anunciadas.

Pasaron tres días en deliberaciones y al fin se decidió reunir las fuerzas de desembarco con las tropas leales al rey para ocupar los barrios altos. Desde el Palacio Real, subiendo por el Monte Oliveto, hasta el Castillo Nuevo. A medida que los soldados iban avanzando se unían a ellos ciudadanos que los vitoreaban en los barrios de Pizzo Falcone, Santa Lucía del Monte, Santa María de Todos los Bienes, Puerta Medina, Jesús María, Santo Potito, y San Efrén. Quedaban en poder de los rebeldes los barrios de abajo, donde se encontraban los depósitos de trigo.

A partir de entonces se inicia una pugna por someter al enemigo por falta de víveres, de manera que las operaciones iban tanto a evitar la llegada de suministros a una parte de la ciudad como a asegurar las vías de acceso por la otra. La ocupada por los descontentos recibía provisiones principalmente de Salerno, gracias a que dominaban las aguas desde Torre Annunziata y Torre del Greco. Ambas fortalezas fueron recuperadas por los leales a la Corona.

Transcurrían los días de octubre sin grandes cambios en las posiciones dentro de la ciudad. Del lado del virrey fue apresado y condenado a muerte por traición el electo del Pueblo, Antonio Arpaia, junto con otros acusados de rebeldía. Unos fueron ejecutados, y otros, como Arpaia, vieron conmutada la pena y fueron enviados a España. En el bando de los rebeldes, el general Toraldo fue acusado de connivencia con el virrey y ahorcado por orden de Gennaro Annese, que había sustituido a Masaniello en el gobierno de la ciudad.

La violencia en las calles de Nápoles, exacerbada por el hambre, hizo mella en el ánimo de Juan José de Austria, quien atribuía tanto odio a un sentimiento de desesperación. Esta sensación se fue incrementando en noviembre, al desvanecerse la esperanza de apoyo real por parte de Francia.

El príncipe, junto con otros consejeros era partidario de liberar al pueblo del miedo a la venganza del virrey, prometiendo un perdón general y con garantías. El duque de Arcos, consciente de la mala imagen que tenían de él en la Corte, no quería añadir mas motivos de ser acusado de tibieza, sino que trataba de contrarrestar mostrándose duro y cruel, a última hora.

Incapaz de convencer a Juan de Austria, Rodrigo Ponce de León quiso escenificar su desacuerdo convocando el Consejo de la Colateral para que decidiera quién debería continuar en el gobierno. Los reunidos llegaron al convencimiento de que la persona del virrey era un obstáculo para lograr la paz, dada su poca fiabilidad en cuanto a las promesas de perdón. Decidieron que fuese el príncipe quien se hiciera cargo, lo cual comunicado al de Arcos, fue recibido con dignidad, alegando que estaba dispuesto a renunciar si con ello se favorecía al rey, *por quien derramaría la última gota de sangre*.

El día 26 de enero de 1648 abandonaban Nápoles en dirección a Gaeta, don Rodrigo Ponce de León y su familia, y quedaba en posesión del reino don Juan José de Austria. Se trataba ahora de saber si, efectivamente, la persona del duque de Arcos era o no, el impedimento para una paz definitiva. El príncipe ordenó la vuelta a España de la armada, una decisión que los insurrectos celebraron. Las continuas luchas en Provincias, con leves progresos por parte de los barones leales, demostraron que la crueldad del virrey había sido sólo una excusa de los rebeldes. Detrás de la persistencia en la lucha podía verse la esperanza de una parte de la nobleza y otra del clero de recuperar predios, rentas y posesiones expropiados por los españoles, si lograban la protección de Francia.

En febrero, el duque de Guisa (que gobernaba a los *Popolari* a título de presidente de la *Real República*) reunió sus fuerzas con el propósito de dar un golpe definitivo a la autoridad del Consejo de Juan José de Austria. Los partidarios de ambos gobernadores se enfrentaron en los burgos de Mortelle, Vomero, San Bartolomeo y Alvina. Según el Parrino, *la mortalità fu grandissima dall' una parte e dall' altra*. El duque de Guisa ordenó la retirada, no sin dejar muchos prisioneros en manos de los partidarios de Don Juan José.

Una vez más, el espíritu juvenil y compasivo de don Juan se opuso a quienes pedían un castigo severo y ordenó que fuesen dejados en libertad de regresar a sus casas. Durante el tiempo que estuvieron retenidos, un médico rebelde, Carlo Rodi, que atendía a sus heridos entró en contacto con un calabrés, llamado Giovanni Infantino, a quien prometió 6.000 escudos si facilitaba la entrada de milicianos en la fortaleza de Pizzo Falcone. Infantino denunció al médico y en recompensa fue nombrado capitán de una Compañía.

Al mismo tiempo, en las filas del duque de Guisa se produjo una conjura contraria al francés y favorable a los partidarios de un acuerdo que pusiera fin a tanta escasez de pan. Con esta excusa, Enrique II de Borbón se desembarazó cruelmente de aquellos que no lo reconocían como representante del rey de Francia. Mandó al patíbulo a Bartolomeo de San Stefano, cajero del Banco del Salvador; a Paolo di Napoli, a Salvatore di Gennaro, a Pietro Danisio, y a quien más temía: Antonio Basso, ardiente republicano.

Aprovechando la división en el campo contrario, los partidarios de la Corona planearon un secuestro contra el duque de Guisa, que debería producirse la mañana del 28 de febrero, cuando estaba prevista la visita de Enrique II de Lorena a la Iglesia del Carmen. El duque se retrasó y pudo huir antes de ser apresado. A partir de entonces se rodeó de una fuerte protección personal y arreció en su persecución contra cualquiera sospechoso de pertenecer al bando de los que propugnaban, prescindir de él y entablar una alianza directa con el rey de Francia.

Don Juan José pudo comprobar que sus esperanzas de dar un vuelco a la situación mediante la generosidad de un indulto general no daban el resultado esperado. Por esa razón se sintió aliviado cuando llegó carta de Madrid el 1 de marzo de 1648 anunciando la llegada del embajador de

España ante el Vaticano, conde de Oñate, como nuevo virrey de Nápoles.

El conde de Oñate venía con el mandato de expulsar al duque de Guisa de la ciudad. Los partidarios del noble francés convertido en dictador perdían influencia ante el Pueblo, más preocupado de encontrar pan en los mercados que de disfrutar de una República impostada. El 5 de abril se encontraba el duque de Guisa en el monte de Posillipo preparando la expulsión de los españoles de la isla de Nisida, y facilitar así la entrada de víveres. Por su parte, don Juan José de Austria y don Íñigo Vélez de Guevara, conde de Oñate, decidieron iniciar la reconquista de Nápoles empezando por la ocupación de Porta Alba. El Parrino da detalles de lo acontecido:

De España acababa de desembarcar con 500 soldados don Alfonso de Monroy. El 5 de abril oyeron misa en la iglesia de los jesuitas. A la mañana siguiente, el maestro de campo, don Manuel Carafa, situó sus tropas en los jardines del Real Monasterio de San Pedro y derribó las murallas de Porta Alba y se adueñó de la entrada a la ciudad y de la plaza del Almirantazgo. Desde este lugar, Carafa esperó la llegada de don Diego de Portugal, con 300 españoles que entraron en la ciudad seguidos de un destacamento de oficiales del marqués de Torrecuso; una Compañía española mandada por el teniente general Girolamo Amodio y Donato Riccardo; y el duque de Sejano, con milicianos de Nápoles. La Caballería obedecía al teniente general Vincenzo Tuttavilla y venía seguida del maestre de campo, marqués de Pegnalua, y de don Alfonso de Monroy y los príncipes de Avellino, de Torella, del Vallo, y del marqués de Santo Marco Pignatelli, cada uno de los cuales secundado por una facción de napolitanos. Al frente de la retaguardia marchaba Su Alteza con el

Escuadrón Napolitano y su guardia personal, compuesta por cincuenta distinguidos barones, encabezados por el duque de Andria. El virrey cerraba la retaguardia, rodeado de la Caballería de Borgoñeses, obediente al Sargento Mayor Girolamo de Tarsis y servido por los generales Guzmán y Batteville, juntos con otros muchos oficiales, caballeros y ministros.

De esta forma avanzaron los Monárquicos por la ciudad, ocupando los burgos rebeldes, viéndose incrementados por ciudadanos que tomaban las armas y se les unían. Don Diego de Portugal dio libertad al duque de Tursis y al príncipe de Avella, que estaban prisioneros en el palacio del príncipe del Colle. El marqués de Torrecuso ocupó el palacio judicial de la Gran Corte de la Vicaría y también la mansión del príncipe de Avellino, que los rebeldes habían convertido en almacén de grano.

Quien primero entró en el palacio donde residía el duque de Guisa fue Ettore Carafa de Andria, donde le fueron requisados todos sus documentos. El virrey se quedó con algunos y echó al fuego los restantes, simbolizando el olvido de cosas pasadas. Don Juan José mandó llamar al cardenal arzobispo (Filomarino) quien se mostró sorprendido y, sin tiempo de vestirse de púrpura, acudió a pie y corriendo con el mismo traje de paisano que solía usar en su casa. Delante de Su Alteza y del conde, se intercambiaron felicitaciones y cumplidos por la feliz empresa. Filomarino retornó a su palacio para vestirse de cardenal y, montado a caballo, acudió por un camino distinto a reunirse con los otros dos en la plaza del Mercado, donde, estando rodeado por los leales el torreón del Carmen, se mandó aviso a Genaro Annese de que saliese sin demora.

Y para agilizar este asunto, rogaron a Su Eminencia que persuadiese a Annese de entregarse, mientras el virrey ocupaba el contiguo convento del Carmen, lo cual no fue necesario porque los oficios del cardenal fueron tan eficaces que Annese salió del torreón y se postró a los pies de don Juan, pidiendo humildemente perdón.

Con la rendición de Annese caía la parte más virulenta de la revolución y dejaba en una situación desesperada al duque de Guisa, que seguía empeñado en la toma de Sfida. Al saber que los monárquicos habían rendido el torreón del Carmen, se dio cuenta de que ya no podía regresar a su palacio, por lo que decidió huir con su séquito y unirse a los franceses de los Abruzos y de allí pasar a Roma. A la altura de Morrone fue interceptado por Francesco Visconti, teniente de una Compañía de coraceros, quien lo condujo a presencia de los capitanes Carlos de Falcó y Próspero Tuttavilla. Fueron tratados con cortesía. El duque de Guisa subió a una carroza que lo trasladó a las dos de la madrugada a presencia del maestro de campo Luigi Poderico, quien lo saludó muy cortésmente.

En el interior de Nápoles se discutía la suerte del prisionero. El conde de Oñate era partidario de hacerlo morir, para cortar toda rebelión de raíz. Su Alteza don Juan se inclinaba por la clemencia, recordando que Enrique de Lorena estaba emparentado con la casa de Saboya. En su defensa, el de Guisa aducía ser independiente de los franceses, y, a cambio de la vida, prometió entregar la plaza flamenca de Guisa, y otras mercedes *chi sapeva dei non porere esquire*. Quedó el asunto pendiente de consultar con los embajadores del rey en Roma y con el rey Felipe IV. De toda Europa llovieron peticiones de clemencia y el conde de Oñate se vio obligado a enviarlo a España, donde vivió prisionero un tiempo en el alcázar de Segovia.

Hay que decir, que al menos en esta ocasión, el de Oñate tenía algo de razón, pues el duque de Guisa, incumpliendo las generosas condiciones de libertad que le concedió el rey de España, volvió a intentar la conquista de Nápoles en 1664, sin más fortuna que la vez anterior.

En los pocos meses que duró su mandato, don Juan José de Austria dejó cuatro pragmáticas que son la mejor alabanza que puede hacerse de un personaje poco apreciado por la historiografía hispana. El Parrino las menciona por su nombre entre las correspondientes al conde de Oñate con los siguientes títulos:

Parmatiche I, II, III y IV

Confermó et amplió il perdono, concedutto da D. Giovanni d' Austria à tutt'i i copevoli delle rivoluzioni passate; e ne pubblicò un'altro a favore de' fuorustiti, anche fossero reo di Maestà offesa

Pramatiche X,XI,XII,XIII,

Diede l'assenso alla suplica della Piazza del Popolo per l'imposizione della metà delle Gabelle tolte et estinte, in virtù delle grazie concesute da D.Giovanni, e confermate dal Rè.

Íñigo Vélez de Guevara, conde de Oñate

1648-1653

Al término de su narración sobre el gobierno de este virrey, el cronista escribe que alguien oyó al conde de Oñate preguntarse, consternado: *¿Qué le he hecho yo al rey?* Lo decía porque acababa de enterarse que, sin más ni más, había sido sustituido por García de Haro, conde de Castrillo. Tal vez debería haberse preguntado: *¿Qué le he hecho yo al cardenal?* O mejor aún: *¿Que me ha hecho el cardenal a mí?*

Ascanio Filomarino, nombrado cardenal de Santa María Araceli por un papa de la familia Barberini, había llegado para ser arzobispo de Nápoles el 16 de diciembre de 1641, procedente de Roma. Era un cortesano de los Barberini, a quienes debía su ascenso en la carrera eclesiástica desde que se mudó a Roma para actuar como maestro de ceremonias en la de acceso al cardenalato de su tío Ladislao d'Aquino.

El duque de Oñate lo conocía desde que Filomarino estuvo de visita en España acompañando a otro Barberini, Francesco, como nuncio del Papa en Madrid. En aquella ocasión ya se pudo notar la poca simpatía del español por el italiano. Había algo en Ascanio, su complejo de madre plebeya, su falta de fortuna y su estado religioso (que le vino impuesto) unidos a una prematura ambición basada en “la prudencia y la simulación”, que lo hacían interesante, pero peligroso.

Como arzobispo de Nápoles, desde el Duomo Filomarino contemplaba la ciudad como un espacio a dominar, sin excluir las sagradas reliquias del santo patrono. Y más allá de sus puertas, el reino de sus antepasados podría llegar a ser *suyo*, aunque fuera como “valido” de un rey abúlico y confiado.

La familia Carafa pronto advirtió la índole del purpurado y no dudaron en reprocharle su acaparamiento de las reliquias de San Genaro. En 1646, durante la procesión en las fiestas del santo, Giuseppe Carafa, forcejeó para quitárselas y acabó dándole una patada.

En julio de 1647, un Masaniello aconsejado por Filomarino exigía al virrey plenos poderes como General de los Populares. Ya quedó dicho que el duque de Arcos accedió, en una decisión que parecía cumplir los criterios de prudencia y disimulo que propugnaba en su libro el cardenal.

Ese mismo mes, Giuseppe Carafa era ejecutado por Masaniello y colgado de una pierna. Poco después, Ascanio Filomarino, según no pocos historiadores, se puso de acuerdo con el virrey para asesinar a Masaniello. Había llegado una situación en que ni el Reino ni Filomarino podían tolerar estar gobernados por una persona tan imprevisible, y que ya no escuchaba a quienes le aconsejaban.

Al caer Masaniello, Filomarino aparece asociado al partido radical, contrario a la Corona española y opuesto a quienes sólo exigían la eliminación de las gabelas y el indulto general. Una conducta no exenta de disimulación y cautela que hace que durante un tiempo su figura desaparezca del plano político. El cardenal deja de acudir a las ceremonias y fiestas organizadas por los españoles.

Con la ejecución de Francesco Toraldo por denuncia de Genaro Annese, Filomarino reaparece apoyando la creación de la *Real República* promovida por Enrique II de Lorena, una entidad política cuyo inspirador primigenio se desconoce, y a la que se incorporaron, sin mucha convicción, el cardenal Mazarino; el duque de Fontenoy, embajador de Francia en Roma; Francesco de Saboya; y el mismo Papa Inocencio X.

Filomarino sí estuvo presente en la coronación del duque de Guisa como rey republicano de Nápoles

La inclinación favorable a una invasión francesa que expulsase de Nápoles a los españoles era bien conocida en España, si bien no la daban demasiada importancia, visto el poco interés de Mazarino por el duque de Guisa, la desilusión del saboyano y las dudas del Papa sobre las verdaderas intenciones del cardenal.

Consciente de ello, Filomarino procuró ganarse las simpatías de Inocencio X en un asunto más seguro: el eterno conflicto de primacía entre la Iglesia y la Corona. Primero fue el asunto de las visitas intempestivas a conventos reales, como el de Donna Regina y el de Santa Clara. Las abadesas protestaron de que el arzobispo acudiese sin avisar y pretendiera fijar normas conventuales.

Vino luego el nombramiento del nuncio del Papa en Nápoles, un sujeto de dudosa fama, llamado Emilio Sperelli, enemigo declarado de los Colonna, y expulsado de Parma por mala conducta. Contaba con el único apoyo de Filomarino. El virrey se negó a aceptar el nombramiento, Felipe IV pidió al cardenal Trivulcio que resolviese el asunto con Inocencio X, pero éste no se atrevió a desautorizar a Filomarino y el duque de Oñate acabó aceptando a Sperelli, para no crear más problemas.

A partir de ese momento la trayectoria de Filomarino consiste precisamente en crearlos, vista la paciencia del de Oñate. Parecía provocar una situación que forzase al rey de España a usar del privilegio de regalía y plantear *in personam* el tema de la primacía del poder de la Iglesia. Consiguió que el conde de Oñate dejase de obrar prudentemente y se empeñase en convencer al Consejo de Italia, al Consejo del Reino y al mismo Rey de que la expulsión de Filomarino era ya un asunto de Estado. Lo logró, si bien la orden de Felipe IV se hacía esperar *hasta que se resolviese asunto de Cataluña*.

El 4 de noviembre de 1652, el rey escribe a Oñate ordenando que Filomarino abandone Nápoles. El virrey cree

haber ganado la partida y comunica al cardenal la decisión real sobre su permanencia en Nápoles. Filomarino no dice nada, pero no se va.

En ese momento el duque duda si debe, o no, emplear la fuerza. Por su parte, el cardenal se pregunta si el conde se atreverá a expulsarlo violentamente y concibe la idea de decir que obedecerá a una carta que le escriba el rey. Oñate informó a Madrid de la respuesta de Filomarino, en lugar de proceder a expulsarlo sin más. La contestación del rey fue comunicando al conde su decisión de nombrar nuevo virrey en la persona del conde de Castrillo.

Esta larga introducción puede servir de respuesta a la pregunta que se hacía don Íñigo: *¿Qué le he hecho yo al rey?*

En el Palacio Nuevo, el conde había colgado un retrato suyo junto a una fuente en cuyas aguas bebían amistosamente un cordero y un lobo. Las tres cosas: la fuente, el cordero y el lobo simbolizaban un gobierno con partes iguales de crueldad y de magnanimidad. El resumen final que hace Parrino la crueldad del *lobo* en algunos procesos descritos por separado. Dice así:

Sea como fuere, ello (el cese del virrey) constituyó una gran injusticia a su mérito, porque el Oñate fue uno de los más grandes ministros que hubo la Monarquía. El Catálogo de sus servicios es materia para varios volúmenes, y cada una de sus acciones concita una gavilla de Elogios. Aquellos que hizo en Roma, en su forma de contentar al Pontífice, pueden servir de escuela a los políticos más finos; y los que hizo en Nápoles en el curso de su gobierno, pueden servir de ejemplo a los más prudentes Soberanos. La conversión de este Reino, poco menos que perdido, fue obra de su raciocinio, y la recuperación de las plazas de la Toscana fue hija de su valor. El perdón a un número innumerable (sic) de personas convictas de felonía, fue fruto de su incomparable clemencia; y la extirpación de

los díscolos y sediciosos que quisieron abusar de ella, fue resultado de su suma justicia. La insolencia de la Plebe, abatida; la Idra de la rebelión extinguida; la altivez de la Nobleza, sometida; y el exterminio de los bandidos, fueron Beneficios que no podían obtenerse sino del valor de su mano. Con la restitución de la mitad de las Gabelas abolidas (por don Juan José de Austria) con la imposición del ius prohibendi sobre el Tabaco, que actualmente proporciona ciento cuarenta mil ducados; y con la exacción ordenada de pagos fiscales a la Comunidad del Reino, proveyó simultáneamente al Erario Real y a los bolsillos de los súbditos, proporcionando cuota al primero y restituyendo a los segundos una parte de los créditos que tenían asignados sobre tales impuestos. Y con la publicación de cuarenta pragmáticas restituyó la autoridad a los Tribunales, la libertad al Comercio, la disciplina militar a los Soldados, la reverencia a la Justicia, y la quietud al Reino....

...Y, en una palabra, si bien los rigores del conde le hicieron ser acusado de ministro demasiado cruel, con todo, hay que reconocer que la plaga no se podía curar con medicinas más dulces; y que sin la severidad del conde de Oñate no se habría purgado jamás el país de descontentos, ni se habría obtenido esta paz de que hoy gozamos.

Con este panegírico, Domenico Parrino trata de compensar la crítica que el mismo dedica a la ilegal justicia de la *Junta* creada por el virrey. Cuando Juan José de Austria abandonó Nápoles para convertirse en virrey de Sicilia, el conde de Oñate reunió a los ministros en Asamblea y por ellos supo los nombres de los rebeldes que habían huido por temor a ser arrestados. Mandó que se publicasen bandos en las plazas con sus nombres, reclamando su presencia ante los jueces. Al no hacerlo ellos, los acusó de reos de “lesa Majestad” que era el mayor de los crímenes según las leyes de la época. Ordenó que sus bienes fueran embargados. Todo lo cual, habría sido legítimo si los juicios se hubieran celebrado en tribunales

normales, en lugar de ante una *Junta* con actuaciones a veces secretas, que, según reconoce Parrino, atribuyeron al virrey el nombre de cruel y severo. Y da como ejemplos varias ejecuciones. La del vigilante de Port Landa que, habiendo cobrado 7.000 ducados por dejar entrar a los soldados del virrey en Porto de Alba, se atrevió a reclamar la diferencia con los 15.000 prometidos. O la de Francesco de Patti, que fue uno de los que viajaron a Roma para recabar del embajador francés, Fontenoy, el apoyo a la revolución. O contra los Electos del Pueblo, Francesco Guallechia y Giovanni Grillo, que participaron en la ocupación violenta de Sorrento. También fue ejecutado uno de los secuaces de Orazio Rosseto, culpables del tumulto y asesinato del Regente Fabrizio Cennano.

Añade Parrino, que cuando ya parecía que la paz había vuelto a Nápoles surgió, *non sò come*, la especie disparatada de que Felipe IV había muerto sin sucesión y ya no había rey a quien obedecer. Entre los acusados hubo personas nobles que habían demostrado siempre lealtad a la Corona y que fueron encarceladas por calumnias de sus enemigos. En 1651 se pronunciaron las duras sentencias condenando a muerte a Andrea Ricca, Giusppe Palumbo, Carlo Censale, Giuseppe di Palma, Giovanni Battista Sparano, Giulio Rocca, y Agostino Mannara. Otros fueron condenados a galeras o al destierro y tuvieron la suerte de ser indultados durante el gobierno del siguiente virrey.

Una repetida explicación a tantas expropiaciones, destierros y ejecuciones decía que el virrey carecía de otros medios para compensar a los leales a la Corona de sus pérdidas, y estimaba justo premiar su lealtad entregando bienes y derechos de los rebeldes. Al no ser éstos suficientes, el conde de Oñate, en lugar de acentuar la política depredadora, incurrió en desobediencia a las leyes de España, al nombrar ministros de designación real y vender oficios sin permiso, lo que le valió repetidas cartas del rey a las que no hacía caso. Tales *beneficios* y *mercedes* del virrey produjeron el rápido resultado favorable que menciona Domenico Parrino.

La historiadora Ana Minguito, en su detallada biografía del conde de Oñate, versando sobre este tema, admite que el conde no cumplía las leyes. Elegía napolitanos para cargos en principio reservados a españoles. Sobre nombramientos en el ámbito militar, la estrategia del conde era prescindir de criterios de escalafón o costumbre y nombrar en su lugar a quienes tuvieran medios económicos y poder local suficientes para que los poderes civiles o eclesiásticos no impusieran sus deseos aprovechando carencias económicas en los cuarteles. Sus nombramientos de jueces, en repetidas ocasiones fueron protestados por nombrar a vecinos del lugar o barrio, prescindiendo de las normas que exigían que fueran forasteros sin ligaduras ni intereses que turbasen su imparcialidad. También en la fijación de sueldos, el conde fue acusado de intervenir sin tener competencia para ello. En la correspondencia con la Corte, Oñate no respondía a las reconvenciones y se limitaba a decir que en sus decisiones sólo obedecía a su conciencia, no dándose por aludido.

Minguito cita entre las dignas de alabanza la liberación de los puertos que controlaban el tráfico marítimo en las costas de Toscana, cerca de la isla de Elba. Después de la batalla de Orbetello, la armada del duque de Linares, que transportaba las tropas del general Pimienta, había regresado a España, dejando desguarnecidos los puertos de Piombino y de Portolongone, los cuales fueron ocupados inmediatamente por guarniciones francesas, con gran disgusto de Felipe IV. La interrupción del *Camino Español* se hacía sentir en Nápoles y Sicilia, en su comercio con Génova. Oñate advirtió a la Corte su decisión de recuperar el control de las plazas perdidas. De Madrid llegaron órdenes a Milán, Sicilia y Nápoles de hacer confluir tres flotas de galeras y navíos en Gaeta con el propósito (ficticio) de sumarse a la campaña de Cataluña. Como Capitán de Galeras habría de figurar don Juan José de Austria, si bien el mando supremo de la expedición se encomendaba al conde de Oñate, decisión ésta última que lastimó el orgullo del hermano del rey. La extensa relación de tropas y movimientos que hace Parrino, puede quedar resumida en la forma siguiente:

El conde de Oñate se aplicó a reclutar milicia y organizar la armada. Ya que el rey le había concedido el mando absoluto de la operación, se dispuso a abandonar Nápoles, acompañado de *quasi tutta la Nobilità del Reame*. Salieron el día 3 de mayo de 1650 rumbo a Gaeta, donde fondearon junto con la flota de don Juan José de Austria, proveniente de Sicilia. A Gaeta llegaron también tropas enviadas por el gobernador de Milán. En total se reunieron 50 naves, de las cuales 30 eran galeones y 13 galeras, más otras 7 del duque de Tursis.

El 25 de mayo, la armada conjunta alcanzó las aguas de la isla de Elba, y los comandantes decidieron dejar para más tarde el ataque a Portolongone y empezar recuperando Piombino. Se encargó de las operaciones el conde de Conversano, general de la Caballería, quien puso en orden de combate 400 caballeros y 1.500 infantes, seguidos de 6 coches con municiones y 7 piezas de artillería. Acompañaba también este ejército, el grupo de milicianos reunidos por el príncipe Niccolò Ludovico, a quien los franceses habían desposeído de aquella ciudad.

El ataque fue presenciado por el conde de Oñate, que antes había visitado las posiciones, dando órdenes precisas. Los franceses resistieron valerosamente por espacio de medio día, hasta que fueron obligados a retirarse de las calles y refugiarse en el fuerte. Una vez ocupada la ciudad, Oñate trajo refuerzos que, en lugar de atacar al fuerte, se instalaron en su derredor con parsimonia, dando a entender que preferían un asedio largo. La maniobra surtió efecto y los franceses izaron bandera blanca. El príncipe Ludovico agradeció a Oñate haber podido recuperar la lealtad de sus súbditos sin apenas víctimas.

De Piombino, Oñate pasó a Portolongone, defendida por el capitán Novigliac, que se vio sorprendido por la llegada de un ejército tan numeroso, y se dispuso a intentar la defensa, creando trincheras a las que visitaba a caballo, más *per mostrar bizzarria che per volontà di combattere*.

El conde dividió el ejército en tres batallones según la nacionalidad de la tropa: alemanes, italianos y españoles, que tomaron posiciones en las trincheras, pronto abandonadas por los defensores. Una galera que llegaba tarde con tropa y

municiones de socorro para Novigliac fue interceptada por el marqués de Bayona, hecha presa y conducida por Giannettino Doria al puerto de Bastia en Córcega. La fortaleza de Portolongone contaba con una barrera de *medias lunas*, provista de explosivos, por lo que la lucha por ocuparlas requería cuidado de encontrar las minas y neutralizar el peligro. Una parte de los defensores eran mercenarios suizos, poco dispuestos a morir heroicamente en tierra extraña.

El sargento Villeprò, que defendía la plaza, había conocido en Nápoles a don Próspero Tuttavilla, uno de los barones que acompañaban al conde de Oñate, quien se ofreció a suspender la lucha por dos horas y convencer a Villeprò de lo inútil de su resistencia. No lo consiguió, y se reanudaron los combates. Poco después, los franceses propusieron una tregua de dos semanas, prometiendo rendirse si en ese tiempo no recibían socorros. Pasó el tiempo sin cambios y Novigliac cumplió lo pactado.

Juan José regresó a Sicilia, donde según narra Vincenzo Auria, fue recibido como un héroe. Oñate prefirió ocuparse de dejar bien defendidas las plazas recuperadas para la Corona, y luego descansó unos días en el palacio del duque de Trasetto, en Posillipo. Y el conde de Conversano, optó por visitar a sus amigos en Génova, Milán y Venecia, donde se embarcó con sus galeras rumbo a su feudo de Bari.

Durante los cuatro meses en que el conde de Oñate estuvo ausente, dejó como lugarteniente y capitán general a su hermano Beltrán de Guevara. Cuando volvió, se encontró con que Beltrán había ordenado reformar y embellecer la gran sala de la Vicaría, donde tenían lugar los temibles procesos que presidía don Juan de Burgos. Los días 20 y 21 de agosto don Beltrán organizó luminarias, salvas de artillería y una vistosa cabalgata que acudió a la iglesia de Santa Clara para rezar un *Te Deum* en acción de gracias por el buen término de la expedición. Marchó después el hermano del conde a Cerdeña para tomar posesión como virrey, cargo que ocupó menos de dos años, pues las secuelas de una herida guerreando le causaron la muerte, que fue sentida en Nápoles.

Queda por reseñar la actividad del conde como alcalde y como mecenas. Giannone hace un resumen en la forma siguiente:

En todos estos espacios de tiempo que tuvo reposo, no olvidó de embellecer la ciudad. Hizo reconstruir el palacio de la Aduana, que aparecía en ruinas, tras la revuelta, ampliando el patio y rehaciendo la fuente que estaba en medio. Puso nuevas fuentes en la gran plaza del Mercado y otra junto a la puerta de Castel Novo. Por orden suya se rehicieron las casas de conservación de grano a las afueras de la Puerta Real. Reabrió la Escuela de Equitación en las caballerizas del puente de la Magdalena. Mudó el depósito de pólvora, que estaba junto a la Puerta Capuana, al burgo de Pizzofalcone. Él fue quien mando construir en el palacio real aquella magnífica escalinata como no se encuentra igual en toda Europa. Él hizo la gran sala, ahora conocida como la de los Virreyes, adornada con retratos por su sucesor, el conde de Castrillo. Suya fue la idea de las balconadas al mar, después imitada por el duque de Medinaceli.

Especial importancia concede Giannone a la reapertura de la Universidad, tras los disturbios, en una ceremonia que presidió el propio Oñate. Mandó reponer a los profesores en sus cátedras, aumentando sus sueldos. Prohibió a los alumnos estudiar en sus casas, debiendo justificar su presencia en las aulas para obtener los créditos. Creó una cátedra de Matemáticas, que encomendó a Tomaso Cornelio, sabio profesor, también experto en Medicina.

En cuanto al cultivo de las letras, el conde reabrió la *Academia de los Ociosos*, dirigida por el duque de San Giovanni, y para darle más realce, solía don Íñigo acudir a alguna de sus sesiones. Una afición del duque de Oñate que no era compartida por la nobleza napolitana de la época era asistir a comedias acompañadas por músicos, con pasajes cantados, que en años sucesivos se iría abriendo paso en el gusto de los barones, y cristalizando en las primeras óperas conocidas. Favoreció el conservatorio de la Piedad de Turquini donde

Francesco Provenzale compuso en 1652 la ópera napolitana, que lleva el nombre de *Ciro*, aquel rey de Persia que permitió a los judíos regresar de Babilonia.

García de Haro y Arellana, conde de Castrillo

1653-1658

El conde de Castrillo debió sorprenderse de que su antecesor, el conde de Oñate, al enterarse de su cese se había recluso en un convento. Eligió el de San Martín, regentado por los hermanos Certosinos como lugar idóneo para meditar sobre las miserias de la condición humana.

El nuevo virrey llegó a Nápoles el 10 de diciembre de 1653 con su mujer, su hijo Gaspar, y su hija Eleonora, casada con el marqués de Cortes. Fueron bien recibidos en el gran palacio que el duque de Trajetto mantenía en su feudo de Posillipo. El conde de Oñate dejó la celda para presentarse en aquel lugar y darles el parabién. Al volver al convento se despidió de los cartujos y preparó el viaje de retorno a España, que fue a los tres días de la llegada don García.

Dice el Parrino (y repite Giannone) que el conde de Castrillo lo primero que hizo fue aumentar en dos onzas el peso de una hogaza de pan. Yo añadiré que nombrar a su hijo Gaspar capitán de una Compañía de 330 infantes italianos y a poner a su yerno al frente de otra similar, compuesta de soldados españoles.

Quienes habían criticado duramente al conde de Oñate por su intención de degollar al duque de Guisa, se sorprenderían al saber que, no había transcurrido un año y ya estaba el de Guisa otra vez en Nápoles, proclamándose

regente al servicio del rey de Francia. Había aparecido con una poderosa armada financiada por Luis XIV, en la que podían contarse 7 galeones, 6 galeras y 15 barcos de transporte capaces de reunir una tropa de desembarco de 7.000 soldados. El improvisado ejército naval pasó frente a la ciudad, dejando a estribor Sorrento y fondeó frente a Castellammare. A la vista de lo que se le venía encima, la tranquila villa costera apenas ofreció resistencia. Estaba defendida por 850 infantes y 60 hombres de Caballería, todos al mando del general Girolamo Amadeo. Rodeado de franceses, Amadeo pactó una rendición honrosa, que permitía salir los que lo desearan sin ser molestados.

En la montaña que se yergue detrás de esa ciudad campaba por sus respetos un bandido conocido como “Martello”. Temiendo el conde de Castrillo que Martello fuera incitado por los franceses a sumarse a la rebelión, encomendó al castellano del castillo del Ovo, un tal Cristóbal, que ofreciese al bandido el perdón de sus delitos a cambio de que se uniese a los soldados del rey en el asedio por tierra a Castellammare.

Mientras el virrey se afanaba en reunir un ejército para oponerse a los designios de Enrique de Lorena, éste se apresuraba a ampliar su pequeño reino, poniendo sus miras en los pueblos de Gragnano, Angri y Scafato, a los que pensaba añadir Torre Annunziata (la antigua Pompeya) y Torre del Greco.

Durante la travesía de Tolón a Nápoles, el duque de Guisa había ilusionado a los aliados con la noción de que el pueblo de Nápoles odiaba a los españoles y que, si él tuvo que abandonarlo anteriormente, fue porque la prometida armada francesa de Mazarino nunca llegó. Ahora era distinto: *los populares* se les unirían en masa y muchos nobles preferirían los Anjou a los Habsburgo.

La elección por Enrique de Lorena para iniciar la reconquista en Castellammare no era arbitraria. Ciudad de mercaderes, indefendible por unos y otros, era visible desde atalayas costeras de la ciudad de Nápoles, cuyos moradores

podrían fácilmente comprobar el apoyo de la nación francesa, simbolizado en aquella armada.

Sin embargo, pasados los primeros fáciles éxitos gracias a lo inesperado de los ataques, los franceses vieron con estupor que las esperanzas puestas en la popularidad del duque se desvanecían. Puede atribuirse esta falta de entusiasmo al miedo que había generado la severidad del conde de Oñate. A sensu contrario, esa misma severidad debería haber incrementado el deseo de librarse de gobernantes españoles, algo que no ocurrió.

En el entorno del virrey apenas podían creer que por haber dejado el rey Felipe IV en libertad al duque de Guisa, ahora lo tuvieran a tan poca distancia, proclamándose tan virrey como Castrillo y dando gracias a Dios en la cercana iglesia de Castellammare.

De nuevo se reunieron los ministros del Reino y los Electos de la ciudad para aconsejar al virrey. Se impuso la necesidad organizar una fuerza militar con la colaboración de la Nobleza de las provincias. El mando único fue encomendado al maestre de campo y general don Carlo della Gatta, militar con experiencia en las campañas de Alemania y el Norte de Italia. El príncipe de Avelino, en representación de los burgos de Terra di Lavoro y de Provincia, fue quien suministró las primeras tropas que rodearon Castellammare. (El gobernador de Milán envió 6 galeras, que por el mal tiempo no pudieron pasar de Gaeta).

El duque de Guisa atacó Gregnano cuando su gobernador ya había vaciado el pueblo de mujeres y niños y cerrado sus puertas. La defensa que hizo con hombres impidió al francés entrar a ocuparla. Pasó Enrique de Lorena luego a Torre Annunziata, donde se encontró frente al capitán Francesco de Lorenzo, que mandaba una Compañía a la que consiguió superar y así pudo continuar su marcha hacia Nápoles, hasta que, a la altura de una hospedería, fue sorprendido por Alonso de la Puerta y el conde de Celano con una Compañía de 150 infantes y 15 de a caballo. En el combate perecieron 50 franceses y los españoles hicieron unos 200 prisioneros.

Contribuyó al fracaso del duque de Guisa la oportuna llegada de Cesare Miroballo, príncipe de Castellaneta, con una Compañía de caballería. Durante la retirada a su refugio de Castellammare, los franceses sufrieron tantas pérdidas que su capacidad de combate quedó reducida a la mitad. Perdió la vida el general Plessis Bellieure y numerosos oficiales fueron hechos cautivos.

Las noticias que iban llegando al virrey eran confusas. Inquieto, salió en carroza hacia el puente de la Magdalena, flanqueado por Vincenzo Tuttavilla y acompañado de varios ministros militares y civiles. En su recorrido se topó con un soldado que venía a caballo con el anuncio de la victoria. Poco después llegaron dos carrozas con 13 oficiales franceses prisioneros. Entre ellos: el duque de Nivers, el señor de Oddi, el señor de Dragoniche y el señor de Raballiere, quienes fueron recibidos cortésmente por el hijo del virrey y el marqués de Cortes, su yerno. Los soldados prisioneros fueron ingresados en la Gran Corte de la Vicaría.

Llegada la contienda a este punto, Carlo de la Gatta, se dispuso a recuperar Castellammare con un ejército de 12.000 hombres (compuesto de barones, oficiales, nobles y mercenarios alemanes, a los que se añadían los soldados españoles del Regimiento de Francesco Carnero, mas 400 milicianos de Aversa, obedientes a Mario Gandulfo como maestro de campo). Iba Carlo en camilla porque estaba enfermo, pero ello no le impedía inspeccionar los puestos y subir a las colinas para elegir los mejores emplazamientos. Felicitó al defensor de Greignano, Diego de Ancona, y mejoró la defensa de aquella villa, en prevención de un segundo ataque. No quedaba a los franceses otra opción que retirarse por mar. Puso precio a la cabeza del duque de Guisa en 30.000 ducados con un bando que fue expuesto en la plaza de Castellammare. Ya se impacientaban los soldados de Carlo, cuando la estrategia “*a enemigo que huye, puente de plata*” del príncipe de Monasterace empezó a surtir efecto. Algunos barcos franceses salieron al mar, pero el mal tiempo invernal hizo que se perdiese alguno a la altura de Pozzuoli, y ya no se vio a

ningún otro arriesgarse. A finales de noviembre, y con gran sentimiento, el duque de Guisa decidió el retorno a Toulón. Los soldados prepararon el viaje saqueando casas para obtener víveres y todo lo que pudieron llevarse consigo. Especial interés mostraron en la plata de las iglesias, hasta el punto de que el duque de Guisa consideró oportuno proteger a los monasterios de monjas de las osadías de soldados protestantes.

La noche del 27 de noviembre de 1653 los franceses salieron de Castellammare, abandonando tras sí gran cantidad de munición para hacer sitio al botín en las bodegas de sus barcos. A las dos de la mañana entraban por las puertas de la ciudad los bandidos de *Martello*, que fueron los primeros en advertirlas abiertas. En cuanto a los miles de prisioneros franceses abandonados en Nápoles, se les permitió volver a sus países un año más tarde, por un acuerdo de intercambio entre las dos potencias.

La versión histórica que atribuye a una escuadra inglesa la derrota de los franceses en Nápoles no se sostiene. Un mes más tarde de que los de Guisa abandonaran el reino, ocurrió que llegaron varios navíos de guerra de esa nacionalidad, que habían sido llamados a reforzar Nápoles a petición de rey de España. Advertidos de que su apoyo ya no era necesario, permanecieron fondeados dos días visitando la ciudad. El 3 de febrero de 1655 regresaban también a Nápoles las galeras del duque de Tursi, que el virrey había enviado para defender los puestos de la Toscana, cuando ya la armada del de Guisa había sido avistada por aquellas aguas, rumbo a Toulón.

Cuando el conde de Castrillo estuvo seguro de que el duque de Guisa navegaba muy lejos de la costa, acudió a la iglesia de Castellammare, en una ceremonia de acción de gracias, que se añadía a la que propició en de Guisa por todo lo contrario.

En mayo de ese mismo año, el virrey fue solicitado por la Corte para enviar refuerzos a Pavía, que estaba siendo asediada por el duque de Módena, al servicio de Francia. El día 27 de julio zarparon de Nápoles, con destino al puerto ligure de

Finale, 7 galeras con 1.500 infantes. Cuando estas regresaron, envió al marqués de Bayona, con 4.000 soldados. Y finalmente, en agosto, el yerno del virrey, marqués de Cortes, acudió a sustituir al conde de Bayona, al mando de un batallón de 2.000 soldados. Resultado de estas complicadas travesías de tropas fue que el duque de Módena levantó al asedio a Pavía, ante la resistencia de Gian Galeazzo Trotti, marqués de Caracena, y defensor de la plaza.

El virrey conde de Castrillo, a diferencia de su yerno, carecía de experiencia militar. Su mayor orgullo era ser jurisconsulto de prestigio, y miembro del Consejo de Castilla, del Consejo de Indias y del Consejo de Estado. Por nacer en segundo lugar a los marqueses del Carpio, carecía de títulos nobiliarios, hasta que murió su suegro y su esposa Juana de Avellaneda heredó el de condesa de Castrillo. Una anécdota marca la fecha, porque sintiéndose a la vez jurista y caballero, solicitó de Felipe IV acudir a las sesiones del Consejo vestido con capa y espada, y no con la garnacha habitual de los hombres de leyes, idea que fue rechazada unánimemente por los demás consejeros, tras consultar a especialistas en protocolo.

Todavía se recordaba en Nápoles la mortalidad causada por la peste que entró en la ciudad durante el asedio del mariscal Lautrec, muerto frente a sus muros por beber agua contaminada, cuando otra pandemia, no menos terrible, hizo su aparición, primero en contados casos y luego fulminantemente. Dice un Parrino elocuente que *in men di sei mesi disoló il piu bel Regno d'Europa, e ridusse la Metropoli in cimiterio, con morte de quatrocentomila de' Cittadini*. Este recuento, sin duda exagerado, sirve para reflexionar que una cifra semejante no resultase inverosímil. Demuestra que en aquella época Nápoles ya superaba, si no en belleza, al menos en población, a París y a Londres. Añadiendo los estragos en todo el Reino, se estimaron las víctimas en millón y medio de personas. Al principio se atribuía a veneno la causa de tantas muertes. Como la parte donde vivían los españoles no se veía afectada, corrió el rumor de que el virrey había decidido

vengarse de los barrios de Mercado, Lavinaio y Conciaria envenenando las aguas. Pero los síntomas de los afectados llamaron la atención de un médico llamado Giuseppe Bozzuti quien reconoció ser peste la enfermedad y comunicó el caso al representante del Pueblo, Alonso d'Angelis, quien lo hizo saber al virrey. Como suelen hacer gobernantes en casos parecidos, don García, en lugar de actuar de inmediato, mandó recluir al doctor Bozzuti para que no cundiera el pánico. El ejemplo amedrentó a los demás galenos, y tuvo que ser el cardenal Ascanio Filomarino quien pidiese al conde de Castrillo que actuase ya que la peste estaba ya dentro de la ciudad. La noticia iba a impedir continuar con la leva de soldados para Pavía que Castrillo estaba realizando con gran celo, pero el virrey accedió a consultar a los médicos más distinguidos. Éstos volvieron a negar que se tratase de una peste y atribuyeron las muertes a alimentos en mal estado. Se prohibió le venta de pescados, y empezaron las rogativas, misas, procesiones y demás intentos de que el Cielo perdonase pecados causantes de tanto castigo. Aquellas concentraciones de personas no hicieron más que empeorar la mortandad. Alguien recordó una profecía de Sor Úrsula Benicasa de que vendría un tiempo calamitoso y que solo terminaría cuando se erigiese una ermita en la falda del monte San Martino. Mientras tanto, en los barrios bajos los rebeldes seguían haciendo crecer la especie del veneno, mostrando unos polvos supuestamente distribuidos por los españoles, lo que causó no pocos linchamientos a personas inocentes cuando manipulaban sustancias que parecían ser de polvo. Algunos, al ser interrogados, contestaban afirmativamente, por confundir polvo con pólvora, y no les quedó tiempo de vida para explicar su error.

Con la muerte fulminante de Marco Aurelio Severino, su cadáver fue diseccionado por el famoso anatomista Felice Martorella quien observó el color ennegrecido de las vísceras del difunto, señal inconfundible de la pandemia. Por fin se decretaron las medidas correctas consistentes en aislar los infectados en espacios habilitados y prohibir la entrada en ciudades y provincias a quienes no pudieran probar estar

sanos. Aún así, en los peores días de la peste, el Parrino cifra el número de muertes diarias en 10.000 ciudadanos, posiblemente exagerada. Los muertos quedaban momentáneamente en las calles y luego eran llevados a fosas comunes para ser convertidos en ceniza. Un cuadro de Doménico Gargulio, el mismo que pintó la ejecución de Giuseppe Carafa, muestra la dantesca escena de cadáveres siendo trasladados, mientras un jinete incógnito pasa a caballo entre figuras reminiscentes de las pinturas del Bosco.

No todo el reino de Nápoles sufrió la pandemia. Se libraron la Tierra de Otranto y parte de Calabria. Gaeta, Sorrento, Paola y Belvedere también. El 8 de septiembre de 1653 cayó una lluvia torrencial, que anegó las calles. A partir de entonces, los enfermos empezaron a sanar y el jinete de la Apocalipsis huyó. La vigilancia en las puertas de las ciudades se mantuvo hasta el 8 de noviembre en que un edicto proclamó la desaparición del mal y el fin de las medidas de seguridad. Se decretó una suspensión de los impuestos por un año.

En agosto de 1657, sin que se sepa la razón, la virreina, María de Avellaneda, su hijo Gaspar, su hija Juana, la esposa del marqués de Cortés, y toda la familia, se embarcaron en Nápoles rumbo a la Península, con acompañamiento de 6 galeras, y dejaron solitario al virrey.

El conde de Castrillo procuraba no mostrar sus emociones, era circunspecto, poco hablador, pensaba los problemas demasiado tiempo y en todo momento parecía estar transido de su condición de jurisconsulto y hombre de Estado. En contraste, le gustaba dejarse ver y participar en fiestas. Tuvo ocasión de ello medio año después de que se marchase su familia, cuando en enero de 1658 llegó la noticia de que en Madrid había nacido un heredero a la Corona, y recibido el nombre de Felipe Próspero. Acudieron nobles y magistrados a felicitar al virrey en Palacio, no así sus esposas, por estar ausente la virreina y no poder ser debidamente atendidas. El electo del Pueblo se encargó de organizar un carnaval callejero, con carrozas alegóricas a las cuatro estaciones, que arrojaban flores y los frutos propios de cada una, a los asistentes. Días

después el electo por el burgo del Síndico fue quien organizó otra cabalgata en que se vio desfilan a caballo muchas personalidades vestidas con sus mejores prendas. Terminaba la marcha en la Vicaría, donde se habían montado arcos triunfales, con las típicas inscripciones culteranas de la época. De allí el virrey pasó a las cárceles para dar libertad a los presos, siguiendo la tradición de la Corona en efemérides felices. Durante la noche hubo bailes en el Palacio Real y en el Teatro se representó una *comedia con música*, con el título de “La Paz”. Al día siguiente se celebraron justas de 48 caballeros, agrupados en 8 cuadrillas, capitaneadas por el duque de Altri, el príncipe de la Torella, Rinaldo Miroballo, el conde del Vasto, el duque de Laurenzano, don Giuseppe Toceo, el marqués de Postiglione, y el conde de Celano. Actuó de maestro el Príncipe de Montemiletto. Las damas eligieron sus campeones con cintas de colores. Terminado el torneo, acudieron todos a un nuevo baile en Palacio y a la representación de otra comedia con música, ésta titulada *La Gara de’ sette Pianetti* (La pugna de los siete planetas). Y terminaron los festejos con la escenificación de una gran pirámide rodeada de 32 caballeros, que caracolearon en formación de a 8, a las órdenes de don Giuseppe Mastrillo, don Cesare di Gennaro, el marqués de Gensano, y don Orazio Sersale, quienes, terminado el espectáculo y juntos con los demás caballeros, bajaron de sus monturas y tomaron sus puestos en el salón de Palacio, para iniciar el baile con las damas.

Animado por el éxito de estas fiestas, el conde de Castrillo quiso superarse con un gran carrusel napolitano y poco después, en el mes de junio, con otro torneo y más representaciones teatrales. En todas estas ocasiones la ciudad aparecía engalanada con arcos y tómulos florales y las calles adornadas con estatuas, para admiración de los vecinos y forasteros. No olvidaba el virrey acudir a liberar prisioneros de las cárceles, los más favorecidos por las fiestas.

Gaspar de Bracamonte, conde de Peñaranda

1658-1664

A diferencia del conde de Oñate, cuestionado por su severidad, don Gaspar de Bracamonte fue criticado en Nápoles por ser demasiado compasivo. Dice Parrino:

Fu da tutti sperimentato per Principe liberale, affabile, cortese, pio, religioso, e clemente ad un segno, che se gli si puo attribuire qualche defetto, e quello d'essere troppo indulgente.

Eustaquio Fernández Navarrete se hace eco y repite en su adenda al libro de José Raneo:

Los defectos del conde provenían de su bondad: su extremada indulgencia relajó un tanto la disciplina en perjuicio del respeto debido a la justicia; y la perpetración de delitos, especialmente de asesinatos, fue muy frecuente.

Ya con el conde de Castrillo, los indultos habían liberado muchos delincuentes, que volvían a las andadas. La frecuencia de celebraciones y fiestas iba en aumento. Después de la terrible peste de 1653 se sentía deseo de expansión, y en cada ocasión era obligada la visita del

virrey a la cárcel de la Vicaría donde saludaba a los prisioneros antes de concederles la libertad.

La fama de excesivamente indulgente empezó a rodear a Gaspar de Bracamonte cuando uno de los barones más ilustres de Nápoles (Parrino oculta su nombre) se complicó la vida al enamorarse de una dama casada y de familia igualmente noble. Sus reuniones nocturnas resultaban peligrosas para ambos porque las pragmáticas castigaban con la muerte las escaladas a balcones no suficientemente cerrados. Por todo lo cual, el caballero decidió raptar la dama y esconderla donde el marido no pudiera encontrarlos. Denunciado el hecho, los agentes del virrey lograron descubrir el escondite y arrestar al barón. La dama fue recluida en un convento y el raptor fue retenido en Castel Novo en espera de juicio, que terminó con sentencia de ser decapitado (no ahorcado, como los delincuentes comunes). No se conformaron los familiares y amigos del reo, quienes convencieron al marido de que renunciase a la venganza conocido el arrepentimiento del ofensor, y consiguieron del virrey el perdón y la libertad del condenado. Y, añade el Parrino que, apenas salió de la cárcel el raptor, el marido de la raptada empezó a temer por su propia vida, lo que le impulsó a “depositar estos temores a los pies del virrey”. Éste tranquilizó al atribulado esposo diciendo que él mismo respondía de la “palabra de caballeros” de muy nobles amigos y familiares del acusado.

Se equivocaba Peñaranda. Una mañana, mientras el burlado se dirigía de su casa al Juzgado, seis matarifes lo cosieron a puñaladas y el infeliz perdía “no solo el honor sino también la vida”. La ciudad de Nápoles se indignó sobremanera. Aparecieron pasquines pidiendo venganza. Acusaban al virrey de corrupción en favor de los poderosos. Se decía que nadie podía estar seguro ni de su vida ni de su fama. Peñaranda recibió a la madre de la víctima con lágrimas en los ojos y reconociendo: “Yo le he matado”. Se supo que los asesinos se habían escondido en Benevento, ciudad que pertenecía al Papa. El virrey mandó un verdadero ejército a sacarlos por la fuerza y traerlos a Nápoles. Dos fueron

eliminados, cuando pretendían escapar y los otros cuatro fueron ejecutados en la plaza del Mercado. Al verdadero culpable lo sacaron de una iglesia donde se escondía. Apeló al Papa y logró que lo devolvieran a la misma iglesia. Esta debilidad del virrey animó aún más a los nobles y Peñaranda condicionó el perdón final a que la familia del asesinado estuviese conforme. Se ignoran las condiciones que pusieron, pero el raptor salvó la vida y con ello arreciaron las críticas a Bracamonte por ser excesivamente blando.

Tampoco ayudó a mejorar este defecto el perdón que concedió a un asesino llamado Marco Peluso Carciossola, cochero de profesión. Ocurrió que, en la primavera de 1660, cuando salía un cargamento de lechugas de uno de los huertos de la villa de Giuliano de Campania para el mercado de Nápoles, el Peluso quiso apropiarse de ellas. El hortelano se opuso diciendo que podía coger las que quisiera del huerto, pero que le dejase seguir su camino. Lejos de aceptar oferta tan generosa, el asaltante agredió al dueño de las lechugas, con tal estrépito que la mujer del hortelano salió de su casa y se interpuso entre ambos, pese a estar embarazada. Sacó Marco Peluso un puñal y dejó muerto al marido en medio del camino y en presencia de su mujer. Los hombres del virrey lograron arrestarlo y someterlo a juicio en la Sala de la Vicaría. Correspondió su caso al juez Marcelo Marciano. El arzobispo Ascanio Filomarino se interesó personalmente porque el tal *Peluso* era uno de sus cocheros y exigió a la Corte de la Vicaría que le entregase el prisionero, por pertenecer a su séquito y ser por tanto un servidor de la Iglesia. La Corte se negó a entregarlo aduciendo que antes de ser cochero del cardenal, ya estaba incurso en varios delitos por los que tenía cuentas pendientes con la Justicia. Fue declarado culpable y condenado a la horca. A lo que Filomarino reaccionó excomulgando a los jueces que firmaron la sentencia. Al vicario general de la Diócesis, que creyó sospechoso de connivencia con la Corona, lo mandó a dar explicaciones en Roma, donde fue duramente castigado. Los jueces del virrey recurrieron la excomunión y Filomarino acabó retirándola.

Con quien el virrey Peñaranda se mostraba algo más severo era con los napolitanos ofendidos que se retaban a duelos, casi siempre con resultado de muerte de uno de ellos. En su tiempo estos sucesos iban a más, lo que daba lugar a reclamaciones al virrey por parte de los familiares de los asesinados, al estar los duelos terminantemente prohibidos. Dos han quedado para la Historia: uno el que protagonizó el príncipe de Cariati contra el príncipe della Pietra, que tuvo en vilo a gran parte de la nobleza napolitana, protectora de los duelistas, y que fijó el lugar del duelo junto a la Iglesia de Santa María de la Victoria, para acogerse a sagrado, al terminar. El motivo: la disputa por una perrita de compañía. De resultas cayó herido y murió don Antonio Suardo. El otro caso famoso fue obra de 6 soldados españoles del torreón del Carmen, quienes después de haber comido y bebido en una hospedería, quisieron dar prueba de su valor en un duelo de parejas. Eligieron un lugar apartado fuera de la Puerta Nolana. Solo regresó uno de ellos.

Severidad o indulgencia, lo cierto es que, en el Nápoles de la segunda mitad del siglo XVII, los actos de bandidaje, latrocinios, asesinatos y duelos se producían indiferentes a la intención disuasoria de las ejecuciones públicas. La explicación que dan los cronistas de la época es doble: Por un lado, no eran pocos los nobles que frecuentaban la compañía y amistad de los *banditi*, en beneficio mutuo. Por otro, la Iglesia anteponía el derecho de asilo a la protección de los más débiles. El resultado era la sensación del Pueblo de que tanto la Iglesia como la Nobleza protegían a los delincuentes, mientras que de la Corona sólo cabía esperar una administración de la Justicia inmune a tantos privilegios. El que no fuese capaz de impedir las continuas transgresiones, evidencia lo arraigado en la mente de muchos de poder contar con la impunidad prometida por los beneficiarios de esos desmanes.

Tampoco la paz entre Francia y España, suscrita en la Isla de los Faisanes el 7 de noviembre de 1659, dio a los napolitanos una total liberación de la servidumbre de las armas. El conde de Peñaranda tiene el mérito de haber

contribuido antes de ser virrey al convencimiento en la Corte de Madrid de que los beneficios de una paz duradera en Europa superaban el inevitable tributo de devoluciones que exigía Francia a cambio. Realmente, una nación que dominaba la mayor parte del continente americano podía permitirse devolver territorios mucho menores en que no se hablaba castellano, sino francés, flamenco o alemán. A cambio, otros reinos como Nápoles, Cerdeña, Sicilia y la propia Castilla dejarían de sufrir la sangría de hombres y dinero necesarios para sufragar una presencia en Europa que importaba más a Austria que a España. Si acaso, se podría argüir que el señuelo de las interminables guerras europeas distraía a las potencias beligerantes de volver los ojos a posibles expansiones en América. Y ciertamente, los diferentes tratados que se suceden parecen olvidar la existencia de América, obsesionados por recomponer identidades nacionales europeas eliminando paulatinamente el componente español, componente ya devenido ilusorio de la idea de una Monarquía universal, al estilo imaginado por Carlos V.

Desgraciadamente para Nápoles, la paz con Francia no impidió que el virrey conde de Peñaranda tuviese que acudir en ayuda de la Corona contra el único país que no había concurrido a la firma: Portugal. Para ello en mayo de 1660 hubo de reunir 1.000 mercenarios alemanes y 800 expresidiarios napolitanos, al mando de Manuel de Carafa, y los embarcó en 12 navíos que obedecían al almirante Andrea D'Avalos, príncipe de Montesarchio. A éstos siguieron 6 galeras de Sicilia y Nápoles, las que durante el viaje a España apresaron una turca con 50 galeotes. En 1661, el virrey mandó otro apoyo semejante; en 1662 aumentó a 800 infantes en 8 galeras, mandados por Camilo di Dura y en 1663 alcanzó la cifra de 1.800 infantes que obedecían al maestro de campo Paolo Galtiero, en la escuadra que gobernaba el mismo príncipe de Montesarchio.

A estas instancias bélicas hay que añadir la exigencia del Papa de que todos los obispados católicos recabasen un décimo a los poseedores de bienes de la Iglesia, en aportación

a una Liga que quería promulgar para defender al Vaticano de las ofensas de las naves turcas. El cardenal Filomarino se opuso alegando no querer indisponerse con los ministros del Rey. Con esta excusa, el arzobispo de Nápoles agradó al virrey retrasando el impuesto un año.

Duró seis, el gobierno de don Gaspar de Bracamonte; seis años en que ocurrieron sucesos notables como la erupción del Vesubio el 2 de julio de 1660 a la una y media de la noche. En la ciudad se recordaban los estragos del año 1631 con horror. Muchos habitantes de Torre del Greco y Annunziata corrieron a refugiarse dentro de las murallas de Nápoles. Otros corrían a las Iglesias a implorar la protección de San Genaro, cuyas reliquias fueron expuestas al público en la capilla del Tesoro. No hubo muertos, aunque la lava y cenizas perjudicaron varias viñas cercanas.

El 6 de noviembre de 1661 nació a la reina Mariana de Austria el príncipe Carlos, después de varios intentos fallidos de dar sucesión al rey Felipe IV. Al igual que con la boda entre Luis XIV y la hermana del rey de España, en Nápoles la llegada al mundo de un heredero fue motivo de tres días de fiesta. Cabalgatas, *caroselli*, torneos, justas del anillo, funciones de teatro, luminarias, bailes en Palacio, oraciones en la catedral...se sucedían unas a otras. A estas alegres jornadas se unió para el virrey la llegada al mundo de un segundo hijo, el día 1 de julio de 1662 y las inmediatas manifestaciones de cariño que recibió de los Electos del Nido, a quienes recibió sin protocolo, como un napolitano más. El destino fue cruel con este niño, pues murió un año después de nacer.

Y es hora de hablar del entorno familia de este virrey. El título de condesa de Peñaranda le venía de su esposa María de Bracamonte y Portocarrero, hija de Baltasar, hermano del virrey, y 32 años más joven. Cuando llegaron a Nápoles el tenía 63 años y ella 31. Tuvieron otro hijo antes, de nombre Gregorio Genaro que heredaría el título como IV conde de Bracamonte.

Peñaranda es una villa situada no muy lejos de Salamanca, y el apellido Bracamonte proviene de un almirante francés, Robert de Braquemont, cuya hija Juana inició la

dinastía al casar con Alvaro D'Ávila, señor de Peñaranda.

El viaje a Nápoles deparó a Gaspar de Bracamonte la oportunidad de pasar unas jornadas como huéspedes del papa Alejandro VII, a quien había conocido en Alemania coincidiendo en las conversaciones de paz de Munster, cuando Alejandro era sólo el Nuncio papal, con el nombre de Fabio Chigi. Hechas las despedidas con el Pontífice y cardenales, el conde de Peñaranda siguió viaje por tierras vaticanas hasta la frontera del Reino de Nápoles, donde le esperaba la guardia de lanceros y el consejero de la Colateral, Antonio Fiorillo. A su llegada el 28 de diciembre de 1658 a las afueras de la capital, pernoctó en la mansión de un rico mercader, Gaspar Romero, pendiente de que quedara desocupado el Palacio Real. Varios meses más tarde, llegó la virreina María, acompañada de su madre Juana Pacheco y de una hermana, casada con Pedro de Velasco, marqués del Fresno. Lo interesante de esta circunstancia es que después del nacimiento del heredero, Gregorio Genaro, la virreina no quería salir de Palacio por miedo a su que su madre se ofendiera al comprobar que los napolitanos la relegaban después de su hija en las saluciones. Finalmente tuvo que ser el Maestro de Ceremonias del reino quien hiciera entrar en razón a dama tan altiva.

Los últimos días de estos virreyes en Nápoles transcurrieron en idas y venidas para recibir al sucesor, el cardenal Pascual de Aragón, que había llegado en una flota mandada por el almirante Giannettino Doria el 27 de agosto de 1664. En Procida su equipaje se encontró con las galeras de Sicilia, que estaban de viaje a España, para devolver al duque de Monteleón. De allí, el recién llegado pasó a Mergellina y se alojó en el palacio del príncipe de Colle d'Anchise, donde, a decir de Parrino, don Pascual se quejaba de los reflejos del sol y de las músicas de bienvenida. A rescatarlo de estas leves molestias, acudió en carroza de seis caballos blancos don Gaspar de Bracamonte, que ya estaba organizando su partida inminente. Ésta tuvo lugar el 9 de septiembre con cantidad de falúas que lo acompañaban a las galeras en el puerto. Allí se despidió y agradeció las muestras de afecto en presencia de

nobles, ministros y curiosos. Y para subrayar la honestidad y limpieza de manos de este virrey, dice el mismo cronista que en Nápoles dejó pendientes de abono algunas facturas.

Pascual de Aragón, cardenal

1664-1666

Pascual de Aragón y Fernández de Córdoba fue el último virrey en tiempos de Felipe IV y primero del reinado de Carlos II de España. Era catalán, quinto hijo del V duque de Segorbe y hermano de Pedro Antonio, que le sucedería como virrey de Nápoles. Al no ser Pascual hijo primogénito, eligió destacar dentro de la Iglesia, ingresando a los 11 años como arcediano de la catedral de Córdoba (su madre era marquesa de Priego). En 1646, con sólo 20 años, ya era rector de la Universidad de Salamanca, y enseñaba doctorado en leyes civiles y canónicas. En 1653 regresó a Cataluña como Regente del Consejo de Aragón donde se mantuvo hasta 1661 en que fue nombrado embajador de España ante la Santa Sede. Felipe IV pidió al Papa que lo nombrase cardenal y Alejandro VII accedió a concederle el capelo de Santa Balbina en septiembre de ese mismo año. Su misión en Roma era limar las diferencias con el Vaticano en el litigio sobre la provincia de Parma.

Su venida a Nápoles tuvo lugar en agosto de 1664, entrando a vivir en Palacio el 8 de septiembre. Como cardenal recién nombrado se apresuró a saludar al cardenal Ascanio Filomarino, arzobispo de Nápoles y conspirador silencioso contra la Monarquía. En su primer encuentro Filomarino reprochó al virrey no haber recibido

antes su visita protocolaria cuando accedió al Sacro Colegio. A lo cual contestó un airado Pascual que había visitado a todos los cardenales de Roma, pero no a los ausentes, por las muchas distancias a cubrir. Dicho lo cual, añadió que esperaba recibir su visita de bienvenida como virrey. Cedió Filomarino y el de Aragón correspondió devolviendo la visita al día siguiente.

El día del juramento en el Duomo Pascual de Aragón se dirigió al templo en carroza con librea y pescantes forrados de terciopelo negro bordados en plata. Rodeaba la catedral un gentío de personas curiosas. A las puertas del templo, Filomarino había mandado erigir un arco triunfal, bajo el cual esperaba al virrey, rodeado de los canónigos en traje de ceremonial. Extendió su mano diestra para que la tomase el virrey y unidos de esa forma dieron la espalda a la gente para adentrarse en la catedral. En ese momento, el virrey pidió al arzobispo que se volviese hacia el pueblo y le diese su bendición. Filomarino, reconciliado, invitó a Pascual a que lo hiciera él antes. Tras de lo cual, ambos entraron a arrodillarse en el altar mayor y empezó la jura de los fueros del Reino.

Una de las primeras pragmáticas del nuevo virrey tuvo por objeto prohibir el uso de sotanas donde pudieran esconderse armas blancas, una costumbre que se había extendido a personas no eclesiásticas. Fue el caso de un facineroso llamado Antonio de Palma que se hacía pasar por Abad sin serlo, pero con la idea de usar de tal traje. En una de sus actuaciones en que amenazaba con dagas, fue denunciado y el virrey ordenó su captura, vivo o muerto. Perseguido por un escuadrón del virrey, se escondió en la iglesia de San Pablo de lo Teatinos, pero los soldados lo sacaron de allí y, recordando el bando del virrey, lo mataron en la misma calle, en presencia de los viandantes.

Las crónicas del gobierno de este virrey ofrecen una curiosa mezcla de severidad y clemencia. Esta última era practicada por el cardenal Aragón de forma arbitraria, dependiendo de las súplicas de una madre, o el horror de ver a alguien encaminarse al suplicio. En sentido contrario, es fama que el virrey, conversando con Liugi San Severino, príncipe de

Bisignano, le hizo ver que estaba al corriente de su amistad con bandidos a los que protegía. Lo dijo suficientemente alto para que todos los presentes lo oyesen, dando a entender que tenía espías. Acto seguido mandó a varios ministros a las provincias del Reino, con instrucciones concretas de averiguar este tipo de relaciones, una medida que puso en guardia a más de uno y redujo el número de latrocinios.

Otro colectivo que cayó bajo estricta vigilancia de don Pascual fue el de los comerciantes, por el incremento espectacular de quiebras fraudulentas, que dejaban en la miseria a acreedores humildes e incautos. El virrey decretó pena de muerte a falsos arruinados que ocultasen sus bienes. Y exigió que no se admitiesen quiebras en las que no concurriese el testimonio de la totalidad de los acreedores, no bastando la mayoría, que era fácilmente urdida en perjuicio de los más débiles.

Lo que no pudo evitar Pascual de Aragón era el recurso de los eclesiásticos a la jurisdicción canónica, un abuso muy extendido en el reino de Nápoles. Así salvó la vida el marqués de Gagliati después de matar en duelo a don Cesar Pappacoda, por un asunto de naipes.

En los meses de diciembre de 1664 y enero de 1665, dice Parrino que muchos napolitanos observaron en el cielo la caída de dos cometas como signos ominosos para la dinastía de los Habsburgo. Ello fue que el archiduque Segismundo de Insbruck moría pocas horas antes de contraer esponsales con Eduvigis Augusta, de la casa del Palatinado de Sultzbach, con lo que se extinguía la rama austriaca del Tirol. La segunda cometa pareció a los napolitanos que anunciaba la muerte de Felipe IV de España, que ocurrió el 17 de septiembre de 1665. La noticia llegó a Nápoles el 13 de octubre en carta del marqués de la Fuente, pero el cardenal virrey optó por ocultarla para evitar acaparamientos en previsión de los días de luto. Cuando se supo la comunicación de la reina por el correo oficial, la propagación de la noticia se hizo inevitable. Pasadas las primeras visitas de los Electos, con el pésame y manifestaciones de lealtad al niño sucesor, el virrey no quiso

recibir a nadie más.

El 22 de octubre comenzó en la Ceca la acuñación de nuevas monedas. Salió el virrey por fin de palacio, montado a caballo, y acompañado de cuantos barones se encontraban en Nápoles, en dirección al fuerte de Castel Novo. Frente a la entrada pudieron ver a la guarnición en formación de batalla y las puertas cerradas. Descabalgó el virrey y dio unos aldabonazos que surgieron efecto. “¿Quién va?” se oyó. “¡El rey Carlos II!”. El comandante presentó en bandeja de oro las llaves del castillo, el cual las devolvió a su portador, encomendándole que defendiera el sitio en nombre del rey Carlos Segundo, lo cual juró el castellano.

Estos detalles están tomados del libro de Parrino, quien se explaya en las ceremonias que tuvieron lugar en Nápoles con motivo de los funerales regios por la muerte de Felipe IV y la celebración por el advenimiento del nuevo rey. En poco tiempo los balcones aparecieron con retratos del monarca y las calles adornadas con telas de vistosos colores. Los cañones de los baluartes hacían salvas y en las plazas se oían voces gritando “¡Viva el rey Carlos II!”

Vinieron después las condolencias por el rey difunto con visitas de dignatarios y nobles a palacio, donde se echó de menos la del cardenal Filomarino, al parecer por encontrarse indispuesto.

La descripción de las jornadas en recuerdo de la persona de Felipe IV está llena de detalles curiosos en el libro que sobre esta ocasión escribió el consejero y Regente de la Colateral, Marcello Marciano con el título hiperbólico: *Le Pompe Funebri dell' Universo nella corte del Rè Filippo IV, il Grande Monarca delle Spagne*. Como el título anticipa, participan del duelo tres elementos: el mundo *elemental*, el mundo *político* y el mundo *celeste*. Muy propio de las manifestaciones artísticas de la época era un simbolismo exacerbado. Se aplicaba tanto a las operas con música, a la imaginería efímera, a pinturas (algunas de Lucas Giordanno) a las oraciones fúnebres, a las inscripciones, estatuas, arcos, trajes, aderezos y adornos florales.

Como ejemplo de lo anterior, cabe mencionar el homenaje de montes y ríos, compuesto por fuentes representando al arroyo Sábato junto al Vesubio; el Etna con el río Gela en Sicilia; los Montes de Cerdeña con el río Tirso; los Montes de Sierra Leona, con el río Negro; Los Atlantes de Mauritania, con el Bragada; Las montañas de Las Ardenas, con el río Mosela ; El Popocatépec de México con el Atoyac; Los Andes, con el río Marañón; Los Alpes de Lombardía, con el río Po; La India con el Indo; En Palestina, el río Jordán; Y en España: los Pirineos de Aragón con el río Ebro, el promontorio de Calpe de Castilla con el Tajo, y sierra Nevada con el Guadiana.

Empezaron los preparativos el 26 de octubre para dar tiempo a escultores, pintores, arquitectos, compositores, poetas y orfebres, hasta el 8 de febrero de 1666 a que pusieran a punto sus obras.

Mientras estas actividades ocupaban los días de cantidad de artistas y actores, llegó otra noticia a Nápoles en la Navidad de 1665. El virrey había sido elegido para sustituir al arzobispo de Toledo, que había muerto antes de incorporarse al Consejo de Regencia que Felipe IV había establecido en su testamento. Sin esperar a que volviese a España para su ordenación, debido al mal tiempo, Pascual de Aragón, el 28 de febrero de 1666 fue consagrado obispo de Toledo, no en el Duomo, por respeto a Filomarino, sino en la Iglesia de San Vitale, junto a la Gruta de Pozzuoli. Parrino califica la ocasión de *curiosa*, por lo inusual, dada la distancia con la sede episcopal. Quedó para la Historia la inscripción en mármol, que entre otras palabras decía:

*Quisquis augustam cernis Divo Vitali dicatam
Ecclesiam, Augustiorem nunc venerare, dum est ipsa
maior, Quod in ea Pasqual. Tit. S. Balbine, Presb.
Card. Aragonius Suprema Philippi IV Regis
munificentia Status, Bellique Tutricis Mariannae
Reginae Consiliarius, Neap Regni Prorex,
Faustissimus mox, è Generali totius Hispaniae in
rebus fidei Preposito Archiepiscopus Toletanus ...etc.*

Permaneció don Pascual en Nápoles durante tres meses más, en espera de tiempo favorable para ocupar sus puestos en España, como arzobispo y el Consejo de la Reina madre. El 11 de abril de 1666 se embarcó en la galera *San Genaro*, acompañada por otras dos que obedecían al gran duque de Toscana. En Nápoles quedaba como nuevo virrey su hermano Pedro, recién llegado de Roma donde había sido embajador.

Pedro Antonio de Aragón, marqués de Pobar

1666-1671

Posiblemente Parrino exagera al contar más de 80 carrozas de seis caballos y un inmenso número de cuatro y dos caballos, que salieron de Nápoles el 29 de marzo de 1666 a conocer al nuevo virrey, quien se había hospedado en el palacio del príncipe Stigliano, todavía en Fondi, lejos de la capital. De Fondi pasó por Capua y llegó a Aversa, donde fue agasajado por el obispo Paolo Carafa, familia de los príncipes de La Roccella. El encuentro con la nobleza, ministros, y demás pasajeros de aquellos carruajes, tuvo lugar en Melito, a cuatro millas del palacio Real. Allí se encontraron los hermanos Pascual y Pedro, quienes, *dopo i vicendevoli abbracciamienti*, subieron a un mismo coche, dejando el mejor asiento a la nueva virreina, Ana Fernández de Figueroa, duquesa de Feria.

La jura en el Duomo se retrasó hasta el 8 de abril y fue más discreta que de costumbre por el luto debido al rey Felipe IV. La gente echó de menos al cardenal Filomarino, quien no dejó de acudir, bien *por no vestirse de oscuro*, bien por sentirse mal de salud. La ausencia del cardenal hizo que los Electos del Consejo no cediesen los mejores sitios a los Canónigos de la catedral, lo que provocó encontronazos, empujones, y voces airadas dentro del templo. Acudieron algunos a preguntar al virrey quién tenía razón y contestó que cada uno se sentase donde mejor le pareciera. La cosa no quedó así, por lo que el

nuevo virrey evitó entrar en la catedral durante la procesión del Corpus Cristi.

La vida de Pedro Antonio hasta el momento en que llega a Nápoles, casi recién casado con su segunda esposa, muestra un personaje perseguido por las mismas instituciones a las que intentaba servir con todo empeño. No por iniciativa propia, sino como continuador de intentos fallidos de sus antecesores. Es el caso de su relación con Cataluña, donde su padre, Enrique de Aragón y Folch, había sido honrado y respetado hasta su muerte en 1640, como duque de Cardona. Un año después, carente de las habilidades diplomáticas de Enrique con los rebeldes catalanes, Pedro Antonio trató de vencerlos por las armas y fue derrotado y llevado a una prisión en Montpellier por los franceses. Allí permaneció encerrado dos años hasta que su familia cordobesa (la catalana tenía sus bienes embargados) reunió el rescate suficiente para pagar su liberación. Durante su cautiverio quedó viudo de Jerónima de Guzmán y perdió el título de marqués consorte de Pobar.

Tras su regreso a Madrid y asistencia a la Corte, los buenos oficios de su cuñado Luis de Haro, valido del Rey, le proporcionaron el nombramiento como ayo del príncipe Baltasar Carlos. La Corte deseaba formalizar el juramento de lealtad de los Reinos de Navarra y Aragón aprovechando la simpatía que provocaba este príncipe. Pedro Antonio lo acompañó en su visita a Pamplona y luego a Zaragoza en 1646, con el inesperado desenlace del fallecimiento de don Baltasar cuando sólo tenía 16 años. Fue tal la desolación del Rey, y de toda la Corte, que Pedro Antonio pasó a ser persona poco grata y optó por exilarse voluntariamente en sus posesiones. (El hecho de que el príncipe hubiera muerto por viruela señalaba alguna responsabilidad en quien estuvo encargado de velar por su persona).

Tuvieron que pasar 18 años para que Felipe IV, ya muy enfermo, se reconciliase con Pedro Antonio y lo nombrase sustituto de su hermano Pascual como embajador de España

ante el Vaticano. Contaba entonces 74 años y su prima y esposa, Ana Fernández, 18 menos que él. Para ambos, el nombramiento de virreyes de Nápoles era un consuelo algo tardío y se dispusieron a disfrutarlo, aprovechando los benéficos efectos de la relativa paz con Francia.

El gobierno de Pedro Antonio y Ana duró desde 1667 hasta 1671, casi cinco años, marcados por un afán de embellecer aún más la ciudad, y de hacerse notar como protectores de la economía, el comercio, las artes y la beneficencia.

Empezando por esta última, los virreyes se distinguieron pronto por su afán de remediar la situación de los muchos mendigos que desdecían el noble aspecto de la ciudad. En realidad, desde la peste de 1656 ya se hablaba de construir un gran albergue para pobres. El sitio elegido fue la vieja iglesia de San Genaro, que había pasado por distintos usos como cuartel, y lazareto. Aunque estaba casi ruinoso era un lugar muy espacioso y capaz. El virrey Pedro Antonio logró que la Iglesia aportase el edificio y las rentas, e inició la reforma y dotación económica del Albergue Real, administrado por tres Elegidos del Pueblo. La dotación mensual se obtuvo por suscripción popular, lo que permitió al virrey mantener su promesa de suprimir las gabelas de la seda, y de la carne. Ya antes de dar por terminadas las obras y embellecimiento del Albergue, se pudo acoger a los menesterosos, separados en grupos: hombres solteros, doncellas jóvenes, y matrimonios. La munificencia real aportó maestros y sacerdotes. El obispo reclamó jurisdicción eclesiástica para la fundación, por razón de su origen, y el virrey la concedió.

Entre las obras que se iniciaron o terminaron durante el gobierno de Pedro Antonio, hay que mencionar la Armería Real y los Silos contiguos para grano. En la reforma y ampliación del Puerto, el virrey se arrepintió de no haber seguido el consejo de un marino tan experto como Giannettino Doria. El proyecto consistía en un malecón y una dársena desde la Torre de San Vicente hasta el extremo del Muelle. Una

operación muy costosa. Doria la desaconsejó por complicada e inútil, porque no quedaría bastante protegida de los temporales. Prevaleció el criterio de los aduladores que achacaban a Gianettino celos de tan gran mejora. Los primeros trabajos hubieron de interrumpirse por inundaciones continuas, lo que movió al virrey a despedir a los arquitectos. Pero, lejos de desistir, puso al frente de la obra al Sargento mayor del arsenal, sin límite en cuanto a presupuesto. Resultado: la dársena se concluyó, el virrey la inauguró con gran asistencia de público, barones y damas, y las galeras ocuparon triunfalmente sus amarres. No pasó mucho tiempo y una borrasca produjo grandes destrozos en algunas naves. Para entonces, Doria había presentado su dimisión como General de Galeras. El virrey la había aceptado y nombrado al marques de Villafranca en su lugar. El Doria, no queriendo ser testigo de escenas tan penosas para él, decidió mudarse a España, pero sus fuerzas habían decaído mucho. La ociosidad y la tristeza hicieron mella en su salud y murió en Nápoles, antes de embarcar, el 10 de marzo de 1667. Pedro Antonio acudía a visitarlo en sus últimos días, en tardío gesto de desagravio.

La actitud de Pedro Antonio con respecto a la nobleza napolitana se diferenció poco de la adoptada por muchos de sus antecesores: cortesía y deferencias, pero sin compartir con la aristocracia el escaso aprecio hacia las clases humildes. Las relaciones solían ir bien hasta que se planteaba un caso de tener que elegir entre los Electos del Pueblo y los de las plazas que representaban los intereses de los eclesiásticos, terratenientes y comerciantes. La discordia solía producirse cuando el virrey de turno trataba de que los jueces sentenciasen sin dejarse intimidar. En el caso de Pedro Antonio de Aragón, la llama de la discordia se encendió cuando mandó arrestar a un encumbrado Vincenzo de Ligo, electo por la plaza de Portanova, acusado de tolerar la percepción de comisiones sobre licencias que debían ser gratuitas. Mantuvo a Ligo tres meses en el Castillo de Capua,

luego accedió a liberarlo, pero el orgullo herido del prócer le movió a renunciar al oficio de Justiciero y prefirió hacerse jesuita.

Vinieron otras reclamaciones sobre el derecho a intervenir en las ferias de ganado que se celebraban los viernes en la Plaza del Mercado, cuya jurisdicción correspondía al Electo del Pueblo. El virrey decidió que no podían hacerlo sin permiso del Regente del Grasciere (Alimentos). Uno de los Electos por la plaza Capuana, Ascanio Capece, quiso arrestar al matarife de reses a petición de un acreedor del dueño, sin permiso del Grasciere. Y el Grasciere se opuso.

Iguales quejas presentaron los mismos Electos cuando el virrey los privó de la administración de las rentas de las tierras de Mercogliano, propiedad de la Casa Santa de la Annunziata (Albergue Real). Hartos de ser menospreciados, los barones decidieron presentar una queja secreta a la reina Regente, quien vino a darles la razón en algunos puntos, como en suspender la prohibición de ocupar cargos a quienes se acogieran a sagrado. Finalmente, el virrey encontró un acomodo honorable ofreciendo al electo del Pueblo otro destino y nombrando en su lugar a Giuseppe Pandolfi, persona más afín a la aristocracia.

Un empeño que dio prestancia a la ciudad, aparte de las innumerables fuentes, plazas y mejoras urbanísticas fueron las termas y baños públicos, iniciativa que surgió de la lectura por el virrey de una obra de Giovanni Elisio. Tan impresionado quedó Pedro Antonio que se puso en contacto con el médico Vincenzo Crisconio para que averiguase, junto con Sebastiano Bartoli, cómo podían recuperarse las antiguas termas de Pozzuoli. Terminado el trabajo de investigación, Pedro Antonio pidió opinión a una Junta de Médicos, que calificaron la idea *di grandissima utilità*. La reconstrucción costó 90.000 ducados. Bartoli publicó una *Termología Aragónica*, donde se explican los beneficios de los baños para la curación de ciertas enfermedades. No contento con el testimonio de la imprenta, el virrey mandó labrar tres grandes lápidas de mármol con

inscripciones tomadas de aquel libro. Una se puso a la entrada de la Gruta del Consejo, con palabras como...

*Nunc Carolo Secundo Austriaco Regnante
Petro Aragonii Regni Proregis vigilantia charitas,
providentia, pietas, investigavit, distinxit,
reparavit, resituit.*

A continuación, la lápida menciona las virtudes curativas de cada una de las doce termas, y concluye con una mención a Publio Virgilio Marón, el poeta Mantuano, cuyas cenizas se honraban en el mismo lugar.

*Ecce meos cineres: tumultantia saxa coronat
Laurus, rara solo, vivida Paussiypi
Si tumulus visat, aeterna hic monumenta Maronis
Servamus Lauris laureferi cineres*

Las segundas termas se recuperaron también en la villa de Pozzuoli, cerca del Monte de San Andrés, éstas con veinte surtidores diferentes y sus correspondientes remedios. Las terceras, restauradas en la Vía Aragona que conduce desde Pozzuoli a Baja, ofrecían ocho opciones de baño diferentes, con efectos descritos en la lápida.

Los virreyes solían aprovechar las efemérides reales y las visitas de personajes ilustres para realizar obras que tenían pensadas de antemano. Una manera de financiarlas era vender la libertad en visitas a las cárceles, que se justificaba por el interés público al que iría destinada la recaudación. Según testimonios de sus enemigos, Pedro Antonio de Aragón abusó de esta práctica, porque aumentaba la inseguridad al incrementar el número de excarceraciones, ya muy elevado debido a los indultos generales por muertes, bodas y nacimientos en la familia real, a más de las celebradas por las distintas paces firmadas con Francia. Y dice el Parrino que en Nápoles se empezaba a rumorear que el virrey no castigaba a las personas sino a “sus bolsas”.

Las acusaciones alcanzaron a la economía del propio virrey, en vista de la gran cantidad de cuadros, libros, y objetos artísticos que acumuló durante su gobierno en Nápoles, muchos de los cuales fueron trasladados a España.

Un personaje poco amistoso con los virreyes, el cardenal Ascanio Filomarino, pudo ser acusado de lo mismo, al conocerse el espectacular incremento de su patrimonio durante su longevo gobierno en la diócesis partenopea. Murió a los 80 años el 3 de noviembre de 1666. El obituario que hace Domenico Parrino, después de grandes elogios, admite *che era stimato un pò soverchio e tenace della sua opinione*. A petición suya en el testamento que dejó, su corazón fue depositado en el Duomo y sus restos sepultados en una capilla de la Iglesia de los Santos Apóstoles. Le sucedió el cardenal Íñigo Caracciolo, que retrasó su viaje para no hacerlo en verano. Coincidió su venida con la llegada a Nápoles de Carlo Carafa, príncipe de la Rochela, una circunstancia que aprovechó el virrey para agasajarlos al mismo tiempo durante varios días (*con concorso sì grande che non sen'era gammai veduto altro simile*). Se explica por la esperanza de una mejora de relaciones con el obispado, tras la muerte de Filomarino.

La República de Venecia y el nuevo papa, Clemente IX, pidieron ayuda a la Corona para defender Candía, en la isla de Creta, que se veía amenazada seriamente por los turcos. El virrey reunió un pequeño ejército de socorro, mandado por Jacinto Suardo, que se unió a las galeras de España, enviadas por la reina Regente. Pero la misma reina ordenó después que se desviasen en apoyo de las plazas de Flandes cuando Luis XIV decidió que pertenecían a Francia por su matrimonio con María Teresa, la infanta española. El francés creía poder heredar los gobiernos de Margarita de Parma olvidando que gobernaba en nombre de los reyes de España.

Incapaces de atender guerras simultáneas en Portugal y Francia, los españoles hicieron una paz precipitada con los portugueses y declararon la guerra a Luis XIV, quien, inmediatamente se apoderó de Lille y varias plazas fronterizas, para luego invadir el Franco Condado y Borgoña.

En represalia, los residentes franceses en reinos como Nápoles o Sicilia fueron expulsados y sus bienes secuestrados. Pedro Antonio reforzó las defensas del Reino y envió 1.800 soldados españoles e italianos a la Toscana mandados por el general Giovanni Battista Brancaccio.

El papa Clemente IX mostró su disgusto por la dejación española en la defensa de Candía. Para compensarle de alguna forma, el virrey se esforzó en agasajar en Nápoles a su sobrino Vincenzo Ruspoli, que mandaba las galeras del Vaticano en apoyo de la plaza cretense. Afortunadamente para la Corte de Madrid, Inglaterra y Holanda vieron con malos ojos el expansionismo del rey francés y amenazaron con unirse a España si Luis XIV no devolvía lo conquistado por la fuerza. En Aquisgrán, el rey francés renunció al Franco Condado y la Borgoña, pero se quedó con Lille y las plazas ocupadas al sur de los Países Bajos. El papa y los venecianos lograron que una escuadra francesa se movilizase en socorro de Candia, mandada por el almirante duque de Beaufort, quien no sólo perdió la vida en la empresa, sino que tampoco pudo evitar que Candía pasase a manos turcas.

Siguiendo con acontecimientos que exigieron actuaciones militares de apoyo napolitano, hay que mencionar la rebelión de los sardos contra la virreina Isabel Portocarrero, marquesa de Camarasa, acusada de haber apoyado el asesinato del marqués de Laconi, Agostino di Castelli, sospechoso de conjurar contra la presencia española. La mujer de la víctima, Francesca Carillas, movilizó a la nobleza sarda para vengar la muerte de su esposo. En julio de 1688, un arcabuzazo desde una ventana de la avenida de los Caballeros en Cagliari acabó con la vida del virrey, marqués de Camarasa, mientras volvía en carroza de la iglesia del Carmen con su familia. Doña Isabel entró en pánico y huyó con sus hijos a España.

La Corte de Madrid ordenó a Pedro Antonio que restableciese el orden en Cerdeña. Pero después de embarcar no menos de 2.000 mercenarios alemanes, españoles e italianos, se arrepintió y los mandó volver a Nápoles, temiendo

que el remedio fuese peor que la enfermedad, dada la idiosincrasia de las tropas mercenarias.

En Madrid se decidió nombrar nuevo virrey de Cerdeña al noble napolitano Francesco Tuttavilla, que contaba a su favor ser hermano de Vincenzo Tuttavilla, máxima autoridad militar de Nápoles. La habilidad de los Tuttavilla, junto con la persuasión que suponía para los sardos la vista de la galera almiranta de Nápoles y la llegada de la flota de Sicilia y otra que venía de Finale al mando del duque de Tursi, hizo que se calmasen los ánimos. La justicia real, encomendada a Juan de Herrera declaró inocente al Pueblo sardo de la muerte del virrey Manuel de los Cobos, e identificó a los culpables, que fueron castigados a perder sus posesiones y en algunos casos, la vida.

Dentro de Nápoles los instintos rebeldes eran menos políticos y más feudales. La idea de dominar un territorio o provincia, obligando al pago de impuestos y desobedeciendo a los gobernadores del virrey, seguía viva en muchos italianos. En tiempos de Pedro Antonio, el más osado y afortunado se hacía llamar Abad, de nombre Cesare Riccardo. Se había adueñado de la villa de Nola y de Capo de Chio. Desde allí entraba y salía de incógnito en la ciudad de Nápoles para vengar afrentas de encargo o para amenazar a alguno de los Electos con destruir naves de grano si no conseguían que el virrey le perdonase sus ofensas y crímenes. Por mucho que lo intentó, el virrey nunca logró arrestar al Abad.

Cupo a Pedro Antonio de Aragón concluir el tedioso recuento de propiedades necesario para la elaboración y promulgación de un nuevo Catastro. Como resultado, el número de contribuyentes se vio reducido notablemente, al eliminarse anotaciones obsoletas o redundantes. Ello produjo la comprensible alegría de los beneficiados, por un lado, y la necesidad de compensar la merma en el Tesoro, que el virrey enfocó en la actualización de los derechos sobre el arrendamiento de monopolios, en especial el tabaco.

Después de cinco años de gobierno en que Pedro Antonio mostró dotes de administrador ingenioso,

fomentando el comercio y la recuperación económica, cayó en dos graves errores que le costaron el cargo. El primero fue dedicar demasiado tiempo y energías a un tema poco trascendente como la recuperación de los pocos huesos que quedaban en Italia del rey Alfonso el Magnánimo, de quien Pedro Antonio se consideraba heredero de sangre. Peor fue el descuido de Tesorería que hizo vaciar los almacenes de trigo y dejar sin pagar a soldados españoles.

Los barones hacía tiempo que habían mostrado su desafecto y tuvieron ocasión de herir su orgullo otorgando poderes de virrey al lugarteniente cuando Pedro Antonio tuvo que ausentarse del Reino. Había sido designado por la Reina Regente para honrar al nuevo Papa, el octogenario Emilio Altieri, que había sido nuncio en Nápoles hasta 1652 y en julio de 1676 se veía convertido en Clemente X. El virrey abandonó Nápoles el 3 de enero de 1671 y no regresó de Roma hasta el 16 de febrero. Durante su estancia en la ciudad eterna acudía a toda clase de ceremonias, encuentros, bienvenidas, despedidas y desfiles rodeado de gran pompa y boato. A petición suya, el papa Clemente X quiso agradar a los españoles haciendo santo a Fernando III, conquistador de Sevilla. También elevó a los altares al poeta Juan de la Cruz.

En Nápoles seguía viviendo en Palacio su esposa la virreina por deferencia de don Fadrique, que se había instalado en el palacio de los príncipes de Stigliano. El Consejo de la Colateral no había tenido reparo en considerarlo virrey con gran disgusto de Pedro Antonio. Antes de partir para Roma sintió la humillación de presenciar como su supuesto lugarteniente asumía el mando de los Electos y concedía audiencias en el palacio del burgo de Chiaia.

Los últimos días del gobierno de Pedro Antonio de Aragón fueron humillantes. Tenía en su contra a quienes decían que para volver a ser virrey hacía falta el cese protocolario de Fadrique de Toledo. Pero lo peor era que la

escasez de trigo le hizo perder el apoyo del Pueblo, y el impago de soldadas originó desinterés en las galeras reales.

La Corte no consideró oportuno confirmar a Fadrique de Toledo sucesor de Pedro Antonio, sino que llamó a Antonio Álvarez Osorio, marqués de Astorga, que se encontraba de embajador en Roma, para que se trasladase a Nápoles como nuevo virrey.

(Fadrique de Toledo, marqués de Villafranca)

1671

Era sobrino de García Álvarez de Toledo y Osorio, quien murió sin sucesión directa, dejando el título a Fadrique, hijo de Elvira Ponce de León. En 1663 fue nombrado Capitán General de Galeras de Sicilia y años después pasó a mandar las de Nápoles. Vivía en la capital, casado con Manuela, descendiente del Gran Capitán. Los napolitanos recordaban a su antepasado, el gran Pedro de Toledo, lo cual pudo influir en la decisión de que, durante la ausencia de Pedro Antonio de Aragón, de viaje a Roma para cumplimentar al papa Clemente IX, la Colateral le concediese plenos poderes, en lugar de los limitados a un lugarteniente.

Como capitán general de galeras, Fadrique había protagonizado dos actuaciones reseñables: la primera pacífica y exitosa, la segunda guerrera y desafortunada.

En el verano de 1666 la infanta Margarita María Teresa de Austria, hija de Felipe IV y por tanto hermana del Rey, debía abandonar España para casarse con Leopoldo, rey de Hungría y heredero del Sacro Imperio. La esposa salió de la Corte hacia Denia, en Valencia, donde la esperaban no menos de 27 naves provenientes unas de Nápoles y otras de Sicilia, éstas mandadas por don Fadrique. La dotación de hombres estaba encomendada al duque de Alburquerque, que había sido

nombrado previamente virrey de Sicilia. Después de una estancia malhadada en aquel puerto, con la muerte de una dama por fiebres tercianas y contagios múltiples, el séquito inició viaje con primera escala en Barcelona. Allí se les unieron las galeras de Malta y el 3 de agosto la Armada real puso rumbo a Marsella, continuando la travesía hasta dejar a la princesa en Finale. Allí se despidieron de doña Margarita oficiales y marinos de la escuadra, y la infanta siguió viaje por tierra hacia Milán. Fadrique regresó con las naves a Sicilia.

En la primavera del año siguiente, a petición de venecianos y romanos, Fadrique debía acudir en defensa de Creta, cuya ciudad Candia estaba sometida a un fuerte asedio por el gran Visir Achmed Koprolu. Pero la invasión de tropas francesas en el sur de los Países Bajos hizo cambiar de planes a los consejeros de la reina Regente, quienes ordenaron a Fadrique que acudiese a detener la posible invasión de naves francesas en la Toscana. Aquel ataque insidioso de Luis XIV contra posiciones estratégicas en Europa alertó a ingleses y holandeses, que forzaron un acuerdo en Aquisgrán. En consecuencia, el virrey Pedro Antonio de Aragón decidió que ya podía cumplir la promesa de socorro a Candia, donde miles de venecianos e italianos perdían la vida al faltarles el apoyo que el Papa y el Dux habían solicitado a Francia y España. Se quejaba el pontífice de que ambas naciones estaban distraídas en una guerra entre cristianos, en vez de unirse contra el infiel. Cuando la paz de Aquisgrán permitió la concentración de fuerzas, Candia ya se había rendido.

El despacho real en que se ordenaba a don Pedro Antonio de Aragón presentarse en Roma para rendir homenaje al papa Clemente IX decía que, una vez cumplida esta misión debía regresar a Nápoles para continuar su gobierno. Al mismo tiempo, le reina Regente mandó otra carta al Consejo de la Colateral ordenando que don Fadrique sustituyese a don Pedro Antonio hasta nueva orden, carta que los consejeros interpretaron en el sentido de que don Fadrique podía ser

recibido como nuevo virrey con los honores y juramentos protocolarios. Cabe imaginar la consternación de don Pedro cuando comprobó que los Electos acudían a felicitar el 2 de enero de 1671 a don Fadrique por su nombramiento, antes mismo de que él iniciase el viaje a Roma.

Fadrique adoptó un aire severo que se tradujo en órdenes concretas relativas al protocolo de las audiencias. Exigió conocer todas las peticiones de primera mano y procuró evitar intermediarios, sin recibir a quienes gestionaban en su nombre para beneficio de otros. Suprimió los corrillos y pasatiempos durante las esperas en palacio. Fue poco receptivo a los ruegos de clemencia por parte de familiares o amigos de personas sentenciadas. Mantenía que las leyes había que cumplirlas, por lo que en una ocasión en que supo que un transgresor tenía que perder la vida por una demasiado severa, decidió cambiar primero la ley y luego conceder el perdón.

Parece que a los napolitanos este estilo de gobernar les hacía recordar favorablemente al bisabuelo de Fadrique. El Regente de la Colateral, Esteban Carrillo, quiso escenificar esta sensación sufragando unas misas muy solemnes y concurridas por el alma de don Pedro de Toledo.

Pero llegó el día 25 de febrero de 1671 y don Pedro Antonio de Aragón, concluida su misión en Roma, se presentó en Nápoles, y acudió al palacio real donde lo esperaban su familia y servidores. Desde ese día, los napolitanos se vieron gobernados por dos virreyes y muchos acudían a pedir audiencia a don Pedro Antonio, fieles a su persona, mientras que no pocos siguieron visitando el palacio de Stigliano, donde don Fadrique parecía ignorar al de Aragón.

Los últimos días del gobierno de don Fadrique hubo un intento de sus partidarios de desacreditar a don Pedro Antonio, dejando de pagar, por falta de fondos, las letras de cambio que el virrey opuesto había consignado en diversos bancos europeos para sueldos de los refuerzos enviados a Flandes y Creta. Se culpaba a Pedro Antonio del desprestigio que el impago suponía para la Corona, a pesar de que la orden

de no honrar las cantidades debidas provenía de don Fadrique. Sin embargo, la Corte no estaba muy conforme con la interpretación literal que el Consejo de Nápoles hizo del despacho en que se nombraba a don Fadrique sustituto de don Pedro Antonio *hasta nueva orden* y prevaleció la versión del virrey anterior en el sentido de que no era necesaria, sino que bastaba con que él se encontrase de nuevo en Nápoles.

En Madrid el malentendido se resolvió nombrando a don Fadrique nuevo virrey de Sicilia, por lo que el marqués creyó prudente despedirse de todos y salir de Nápoles en calidad capitán general de galeras rumbo a España, donde se puso a disposición de la Regente. En Nápoles quedaba un rehabilitado don Pedro, en espera de ceder el mando a su inminente sucesor: el marqués de Astorga.

Antonio Álvarez Osorio, X marqués de Astorga

1672-1675

Dos retratos de este virrey reflejan sus dos modos de ver la vida. El primero, tomado durante su estancia en Nápoles, presenta una mirada irónica, cómplice, esquiva. La austeridad castellana del atuendo se dulcifica con el cabello rubio, suelto y abundante. Es un semblante que encaja con su fama de mujeriego y de poco discreto en asuntos de Estado. En el segundo, mejor pintado, obra de Alonso Cano, el personaje es más viejo y mira de frente con cierta desconfianza, reflejo de quien ha gobernado muchos años en cargos nada fáciles. Parece orgulloso de unos “quevedos” que agrandan el tamaño de sus cansados ojos.

Antes de ser virrey de Nápoles, Antonio Pedro gobernó Orán durante ocho años, Valencia tres años en calidad de virrey, fue capitán general de los ejércitos en Cataluña, Navarra y Guipúzcoa, y embajador en Roma desde 1667 hasta 1672.

Su etapa napolitana cerraría el círculo de autoridad en tierras Mediterráneas. Después de Nápoles, pasó a formar parte del Consejo de Estado y ya no dejaría la Corte, salvo para misiones diplomáticas, algunas tan notorias como recibir en la frontera a la futura reina de España, la bella María Luisa de Orleans, ocasión que propició su nombramiento como mayordomo al llegar a Madrid.

Volviendo a su época de Nápoles, hay que recordar que llegó procedente de Roma y que salieron a recibirlo muchos pordioseros gimiendo por el hambre que sufrían. Los precios del pan estaban por las nubes, algo ya crónico en la economía sureña, pues era la forma más sencilla de enriquecimiento. En años de buenas cosechas se exportaba el grano para mantener los precios. Una parte se almacenaba a la espera de las inevitables sequías. Cuando éstas ocurrían, los *venditori* sólo suministraban a quienes podían pagar precios abusivos. El resto volvía los ojos a la autoridad virreinal, a la espera de que ésta tomase cartas en el asunto.

Observó con desagrado el virrey que se culpaba a su predecesor Pedro Antonio de Aragón, y convocó de urgencia al Consejo Colateral de los Elegidos para conminarlos a ofrecer soluciones. Supo por ellos que los silos de grano de la ciudad estaban vacíos. En cuanto a alimentos sustitutos, como verduras, sus precios habían subido en consonancia con los del pan y el trigo.

Como ejemplo anecdótico de la situación que le tocó vivir, sirva la escena del vendedor de higos procedentes de la huerta de un ministro togado. Acudieron a la plaza de San Lorenzo, donde estaba el puesto de fruta, y uno de los paisanos más pobre afeó el excesivo precio que nada tenía que ver con la falta de cereales, lo que molestó al hortelano. Discutieron y el paisano fue atacado y apaleado, en presencia de un oficial de *grascia* que quiso arrestar al vendedor. En ese momento entraba en la plaza la carroza del ministro dueño de la mercancía, quien se apeó de la misma y la emprendió contra el oficial. Éste hizo sabedor al virrey de lo ocurrido, quien delegó en el Regente, con funciones de *Grassiere*, la resolución del caso. El vendedor fue condenado a recibir unos azotes en público.

Pese a estas medidas, de índole conminatoria, la idea de que los ministros pudieran poner remedio a la situación era ilusoria. Se precisaba usar de la fuerza para sacar a la venta el grano de los depósitos donde permanecía oculto. En la

campiña napolitana, los sitios donde aún se podían adquirir cereales era la Tierra de Lavoro y la provincia de Puglia. A la primera, el virrey envió el Regente del Consejo, Diego de Soria, y a para Puglia eligió a Steffano Carrillo, que había sido Prefecto de la Aduana. Los primeros resultados fueron decepcionantes. En la negativa a enviar trigo a la capital coincidían los intereses de los terratenientes e intermediarios, con la resistencia de la población rural. No tuvo más remedio Astorga que volver a la carga, esta vez autorizando pagar los precios que hiciera falta con cargo al Patrimonio de la Corona. Algo de éxito tuvieron los enviados del virrey en Tarento y Crotona. Llegaron así los primeros auxilios, pero al hacerlos asequibles, se agotaron pronto las existencias.

La situación en Sicilia, donde los franceses se habían hecho dueños de Mesina, y los turcos merodeaban la costa Sur, desaconsejaba la navegación circunvalando la isla. La solución definitiva no podía ser otra que la compra de víveres en tierras de Manfredonia o Livorno. Precisamente en Livorno, el virrey pudo adquirir 70.000 celemines de trigo con barcos de los Países Bajos, que junto con el grano de Manfredonia, arribaron al puerto de Nápoles. Esta vez, por fin, el marqués logró erradicar la hambruna en la capital del Reino. Los años siguientes volvieron las lluvias y las buenas cosechas.

Volvieron también los robos, atracos, captura forzosa de sirvientes y esclavos, allanamientos de moradas, chantajes y violaciones. Por un lado, estaban los ladrones vulgares, duchos en la forma de ocultarse y reaparecer. Parrino cuenta que en la ciudad de Nápoles de madrugada se veían vendedores de licor que no eran tales, y que con ese pretexto se adueñaban de bolsas de incautos en el momento del pago. Mayor peligro para la seguridad suponía el crimen organizado. Los bandidos eran un mal endémico en el Reino, con períodos de mayor o menor intensidad en función de la resistencia que opusiera la autoridad, por un lado, y de la connivencia de gentes poderosas que se servían de los bandidos para sus fines, por otro. No pocas veces las bandas organizadas, actuaban como sicarios de familias rivales, movidas por lavar alguna ofensa.

Una de las más activas era la que mandaba el forajido *Abate*, cuyo nombre real era Cesare Riccardo, en la provincia de Basilicata. Llegó a contar con un centenar de secuaces. Otras bandas temibles eran la de los *Cien mil diablos* y la de *Cien años*. Entre las víctimas notables de latrocinios y muertes, Parrino nombra a los duques de Pinelli del Tocco (la duquesa se salvó por poco de morir quemada) y al marqués del Valle Siciliano. Familias de ricos propietarios, como los Belmone, fueron masacradas.

La captura del *Abate* Cesare Riccardo se produjo cuando tropas de la Audiencia mandadas por el caporal Angelo Mascarella lograron sorprender a los bandidos en el valle de Basento, matando a más de la mitad y dejando herido a Cesare, que huyó a refugiarse en el convento franciscano de Pietrapertosa, donde fue atendido. La Providencia, no obstante, dispuso que a causa de las heridas muriera en aquel convento. Por lo que hace a los bandidos supervivientes, se unieron a los *Diavoli*. Al caer el sucesor de Cesare, *Diluvio*, en manos de la justicia “, y poco después su sustituto, *Serpente*, volvió la seguridad a los caminos y las viviendas rurales.

Como consecuencia de estas capturas se sucedían los juicios, sentencias y algunas ejecuciones. El marqués de Astorga autorizó que los cuerpos de los ahorcados quedaran visibles en los caminos más frecuentados por los mismos, por lo que los caminantes pasaron de sentirse aterrorizados por los bandidos vivos al horror de verlos muertos. Parrino cita varios casos de clemencia del marqués de Astorga, quien usaba de esta prerrogativa procurando seguir el consenso de los jueces, unas veces, o las súplicas del pueblo, otras.

Una tercera vía de enriquecimiento poco ético (además del acaparamiento de trigo o el hurto o robo armado) era la adulteración de la moneda. Esta corrupción precisaba aliados en las cecas y en la obtención de monedas para ser modificadas. El resultado de las pesquisas sobre los responsables mostraba la complicidad de ciertas damas de familias nobles que intrigaban para obstaculizar la labor de la Fiscalía. Como cabeza principal de este tráfico aparecía

Leonardo Cozzenti, originario de la provincia de Otranto. Sus cómplices fueron arrestados en sus domicilios por el consejero y juez, don Pedro Cortés, y conducidos a Nápoles. Leonardo y su ayudante principal fueron condenados a muerte y los demás sentenciados a penas de prisión. En una visita que hizo el marqués a la cárcel de la Gran Corte tuvo a bien perdonarlos. No cayó bien esta ocurrencia del marqués de Astorga. Imaginando el posible precio de la libertad, se decía en Nápoles los culpables “habían salvado la vida, pero no la bolsa”.

Los agentes del virrey también arrestaron a un joven por haber facilitado moldes y sopladores a los encargados de las adulteraciones de moneda. Se llamaba Giorgio Taiser. La pena prevista para este delito era perder la vida. La justicia podía ser útil para disuadir a futuros falsificadores, pero no devolvía el valor a la moneda antigua. La actividad comercial se resentía. Astorga pensó en un remedio drástico: retirar de la circulación la moneda dañada e implantar otra de nuevo cuño. A este fin se hicieron los preparativos, sin olvidar incluir elementos que dificultasen la mermas y falsificaciones. Como medida inmediata, el virrey aumentó el valor de los doblones.

Otra estafa que fue descubierta por el marqués de Astorga afectaba a la escasez de remeros en la flota de galeras. Unos porque se escapaban aprovechando el batallar contra las galeras turcas, otros porque ya habían cumplido condena y eran liberados justamente. Pero ¿los demás? La policía del virrey averiguó que algunos ministros de la Corte se enriquecían acortando la duración de las penas en los archivos donde constaban las condenas. El principal sospechoso logró escapar, pero otros dos fueron arrestados. El tribunal reunido al efecto los juzgó reos de muerte. Se elevó un patíbulo frente al Castillo Nuevo de la ciudad. Las aterradas esposas de los condenados acudieron a llorar ante el virrey. Subieron al palco los asistentes. Momento en que hizo su aparición el lugarteniente de la Guardia Alemana del virrey con el pliego de gracia, que entregó al verdugo.

Tales muestras de clemencia eran excepcionales. Un

trabajador al servicio de un joyero fue acusado de haberlo matado y sentenciado a morir ahorcado. El joven se había refugiado en el conservatorio de ancianos de San Onofre, pero fue arrestado y la sentencia cumplida de inmediato. Protestó el arzobispo alegando que los oficiales habían violado la inmunidad del lugar y excomulgó a los agentes y también al juez Pedro Cortés, autor de la sentencia.

Pasando ahora a actividades del virrey relacionadas con la cultura, hay que dejar constancia de un capricho de Astorga consistente en erigir un teatro abierto en la orilla del mar frente al barrio de Posillipo. Ocupaba un lugar contiguo al que mandó construir el romano Publio Polione. Allí se podían presenciar no sólo comedias, sino también batallas navales y fuegos de artificio. Durante un tiempo el marqués de Astorga gustaba de alojarse en una góndola especialmente construida para su disfrute. Luego, los graves sucesos de Génova, las incursiones turcas en la costa del Reino, la rebelión de los mesineses en Sicilia y, sobre todo, la declaración de guerra a Francia y ocupación de Mesina, Augusta y Taormina por el almirante Vivonne, aconsejaron al virrey dejar de acudir a Posillipo para evitar dar impresión de que se despreocupaba de sus obligaciones.

En 1673 una pequeña flota de galeras turcas avistó cuatro navíos españoles que transportaban tropa para servir al Rey en La Toscana. Tres lograron escapar, pero el cuarto entabló combate durísimo, pereciendo más de doscientos soldados antes de rendirse a los asaltantes. Entre los cautivos, figuraban viajeros de calidad, oficiales y las esposas e hijos de algunos de ellos. Al conocerse que los turcos los llevarían como esclavos a su país, el virrey organizó una colecta bajo el patrocinio de los padres de Nuestra Señora del Socorro. Gracias a la generosidad de los napolitanos, los españoles pudieron ser rescatados. Cuando desembarcaron en la ciudad fueron llevados a presencia del marqués de Astorga, quien los animó a protagonizar en su compañía un paseo ceremonioso por las calles de la ciudad, ataviados con blanca vestimenta, para agradecer el favor recibido. Y añaden los cronistas que verlos

pasar excitaba lágrimas de alegría en unos y otros.

Por un motivo distinto, hubo galeotes turcos que lograron su libertad al ser enviados en ayuda de Cataluña ante la amenaza de invasión por parte de Francia. El virrey logró reunir una fuerza de 1.200 infantes, que puso bajo el mando de Giovanni Battista Pignatelli, y zarparon rumbo a España a principios de 1673 en cuatro naves de transporte de tropas. Al año siguiente, ya en guerra abierta contra Francia, el virrey envió otros 1.500 soldados encomendados al Sargento Mayor Antonio Guindazzo.

Y ya no hubo más ayudas a la Península, debido a la cercana rebelión de los mesineses contra la Monarquía y a favor del reino de Francia. Entre los años 1674 y 1678, Mesina ocupó buena parte de las inquietudes de la Corte de Madrid, muy atenta a la actuación de sus virreyes: el marqués de Bayona (1674) el marqués de Villafranca (1675-1676) el marqués de Castel Rodrigo (1677) y finalmente el cardenal Portocarrero (1677-1678).

La rivalidad entre Mesina y Palermo era un elemento consustancial a la esencia política de Sicilia. Los virreyes aragoneses trataron de contentar a las dos ciudades, concediendo la capitalidad a Palermo y ofreciendo a los mesineses, en contrapartida, el monopolio del comercio de la seda, la acuñación de moneda, la gran Aduana mesinesa y el mantenimiento de un sistema de gobierno propio, basado en sus ancestrales costumbres y leyes. Ninguna norma emanada de la Gran Corte de Palermo podía ser impuesta en Mesina sin la concurrencia del Consejo de la ciudad. Además, tanto los palermitanos como los mesineses tenían autorizado el acceso directo a la Corte de Madrid, saltándose al virrey, para hacer valer sus derechos a sugerencias.

Pese a esta aparente ecuanimidad, lo cierto era que la presencia física de los virreyes en Palermo hacía inevitable un trato de favor hacia los palermitanos. De ahí, que los monarcas aconsejasen estancias compartidas en ambas ciudades, algo que no se cumplía y que los mesineses no dejaban de denunciar. Conscientes de las reservas que albergaban contra

un gobierno dirigido desde Palermo, los virreyes de Sicilia comenzaban sus mandatos mostrándose cercanos y dispuestos a agradar en todo lo posible. Pero la cuestión era ¿Agradar a quién?

La población de Mesina no se mostraba homogénea ni unida. De un lado estaba el pueblo llano, más numeroso y objeto de las ambiciones de quienes creían poder manejarlo a su conveniencia. De otro: nobles, eclesiásticos, magistrados, grandes comerciantes, terratenientes y artesanos. Ambos bandos tenían cabecillas y espías. Los pobres llamaban *Malavizzi* (malvados) a los ricos. Y éstos llamaban *Merli* (mirlos, cuervos) a los villanos.

En tiempos del marqués de Astorga, en Mesina ejercía como Stratigoto (gobernador) el español Luis de Haro, quien se hizo popular entre los *Merli*, desatando la ira de los *Malavizzi*, los cuales amenazaron al virrey Bayona con la desobediencia si no destituía a Haro.

Desde la vecina Nápoles, el marqués de Astorga aconsejó al conde de Bayona que nombrase al mismo Diego de Soria que le había servido en Nápoles durante los socorros por la hambruna. Así se hizo, y Soria empezó agradando a los poderosos, para volverlos al redil. Pero su tolerancia se puso a prueba cuando los *Malavizzi* exigieron que pusiera en libertad a un pintor que había confeccionado un estandarte ofensivo para la autoridad del rey Carlos II. Se negó y los *Malavizzi* aumentaron sus exigencias, pidiendo al virrey que Soria fuese desterrado de Sicilia.

Detrás de la insolencia de los mesineses obraba el convencimiento de que Luis XIV estaba dispuesto a apoyar la segregación del territorio e incluso su dominio futuro sobre toda la isla, a cambio de reemplazar a los españoles o tal vez conceder la independencia. Embajadas propiciatorias de Antonio Caffaro y Lorenzo di Tomaso habían tenido eco favorable.

En vista de la gravedad de la situación, el conde de Bayona abandonó Palermo y se dirigió al Estrecho por mar. En

lugar de entrar en el puerto de Mesina, prefirió hacer parada en Milazzo, lo que se tomó como una señal de debilidad. Cuando quiso hacer su entrada con la debida ceremonia, una bala de cañón cayó cerca de la galera virreinal.

El 24 de septiembre de 1664 llegó a Mesina una flota francesa mandada por el almirante Vivonne que fue bien recibida. Inmediatamente, el virrey español decidió asediar la zona rebelde guarneciendo con tropa y munición los puestos limítrofes de forma que no pudieran cruzar carros con víveres procedentes de las provincias. El bloqueo fracasó porque días más tarde llegaron a Messina barcos con provisiones suficientes.

El año 1675 transcurrió con el afianzamiento de la presencia francesa en la costa oriental y la total supremacía de los *Malavizzi* sobre los *Merli*, que fueron castigados y perseguidos por sus pasadas osadías contra la propiedad.

Poco tardaron los gobernadores franceses en comprobar la dificultad de gobernar a gusto de todos los mesineses. La llama de la discordia vino porque el almirante Vivonne, en su interés por conocer las circunstancias de cada asunto que le planteaban, parecía seguir los consejos de un padre dominico llamado Tomaso Lipari, conducta que provocó resentimiento en su secretario Monsieur d'Antige. Advertido de ello, Vivonne dejó de recibir a Lipari, quien temió por su vida y huyó a Roma. Allí tomó contacto con un jesuita austríaco ilustre, Everard Nithard, que había sido confesor y consejero de la reina de España Mariana de Austria y en 1674 vivía desterrado, en Roma. Como estaba bien instalado merced al patrocinio de la Reina, Nithard no guardaba rencor a España. Lipari y Nithard intriguaron para montar una rebelión contra el dominio francés de Mesina, apoyada por los *Merli*. De vuelta a la isla, el dominico aprovechó el lamentable estado del pueblo llano, comparado con la satisfacción de los *Malavizzi* y se propuso reconducir la situación con una revuelta armada que arrojase a los franceses de la ciudad. La conjura fue descubierta por un descuido de uno de los involucrados. Vivonne ordenó la decapitación de Tomaso Lipari y su hermano Miguel, y la

horca para los demás prisioneros. Con esta decisión, puso fin a la idea de que los franceses fueran distintos de los españoles en la forma de ejercer el poder.

En Madrid, la reina Mariana se desesperaba con los informes que llegaban de Mesina. El virrey de Sicilia echaba la culpa a los *Stratigotti* Luis de Haro y Diego de Soria. El Consejo de Italia no lo vió así y decidió imputar y arrestar tanto al marqués de Bayona, como a su padre, el marqués del Viso. Fueron enviados prisioneros a Nápoles, al cuidado del marqués de Astorga, quien los encarceló en los castillos de Ischia y Gaeta. Se nombró Almirante de la armada al príncipe de Montesarchio, en sustitución de Melchor de la Cueva, también arrestado. Por su parte, el marqués de Astorga puso a Francesco Giovanni Brancaccio como nuevo gobernador de Reggio, en Calabria.

La campaña para la recuperación de Mesina obligaba a un esfuerzo militar costoso, que fue exigido por Madrid al virrey de Nápoles. Ello suponía tener que reforzar la armada, reclutar hombres, caballos y recaudar fondos para pagar soldadas. Parrino calcula que se gastaron setecientos mil ducados en reclutar tropas alemanas que, en número de 4.000 soldados, fueron a destinados a Milazzo y Scaletta.

La urgencia del asunto propició que algunos intermediarios hicieran desvíos fraudulentos de fondos, ventas ruinosas para el Patrimonio Real, y enriquecimientos súbitos de origen sospechoso. Entre los beneficiarios que llamaban la atención del pueblo estaba el propio marqués de Astorga, que pidió ser relevado. Una dama de la reina, madre del marqués de los Vélez, pensó en su hijo Fernando, que entonces estaba como virrey en Cerdeña, como sustituto de Álvarez Osorio.

El 9 de setiembre de 1675 llegaba Fernando por mar a Nápoles de forma un tanto brusca. Astorga abandonó el palacio y se instaló en una mansión el barrio de Chiaja, preparando su retorno, que pudo emprender el 13 de octubre.

Algunos escritores, como la baronesa d'Alnoy o el marqués de Villa Urrutia, son muy críticos con las ocurrencias

del marqués de Astorga, que pintan ridículas. Contrastan estas opiniones con la versión del marqués que ofrece el historiador italiano Guiseppe Coniglio. Aun reconociendo algunos defectos, da a entender que fue un gobernante apreciado y afirma que el juicio “no puede ser desfavorable”. Rechaza las acusaciones de venalidad, recordando que el propio Regente de la Colateral, después de mencionarlas, añade que eran vanas. Recuerda su afición al teatro, a las fiestas y al juego. Constata el hecho de que regresó arruinado a España, como prueba de honestidad, aunque la causa fueran deudas contraídas en juegos de naipes.

En cuanto a su interés por *le belle done*, Coniglio menciona a una cortesana muy querida del marqués, originaria de La Puglia, de nombre Giulia di Caro. Benedetto Croce en su obra sobre la historia del teatro en Nápoles, asigna a Giulia la dedicatoria a Astorga del libreto de la ópera *Marcello in Siracusa*, representada en el teatro San Bartolomeo. Cree Coniglio que el carácter alegre, impulsivo, y anticlerical de Astorga escandalizaba en los ambientes eclesiásticos. Era notorio que se servía de bufones para ridiculizar los vicios de los curas en entremeses y máscaras. No le extraña, por tanto, que desde esas instancias se reaccionase con libelos como el escrito por Antonio Muscetolla con el nombre *Il bordelo sostenuto*. La reclusión en un convento de su esposa Ana María Pimentel, harta de las infidelidades de su marido, no parece haber disminuido su atractivo, muy apreciado por la reina María Luisa de Orleans, al hacerlo su mayordomo, cargo que ostentó hasta su muerte en 1689.

Fernando Fajardo, marqués de los Vélez

1672-1675

Fernando Joaquín Fajardo y Zúñiga era hijo de Pedro, que fue quinto marqués de los Vélez y de María Engracia Álvarez de Toledo. Esta dama era conocida por su influencia en las decisiones de la Corte, debido a su posición como aya del príncipe Carlos, durante la regencia de Mariana de Austria. En vida de Felipe IV habían sido virreyes de Sicilia, a pesar de una previa experiencia negativa en Cataluña, donde la actuación temerosa de Pedro, y posterior derrota sin paliativos, hicieron exclamar al rey que nunca se había conocido algo *tan indisciplinable*.

El apellido Fajardo es de origen gallego pero la fortuna de la familia se relaciona con el reino de Murcia, donde el primer marqués obtuvo grandes propiedades de manos del rey Enrique II de Castilla. Le estaba agradecido por haberse puesto de su parte en la guerra contra su hermano Pedro, a quien Enrique acabó asesinando en Montiel.

Entre las más de cien villas y lugares murcianos que dependían de los Fajardo, había uno: Cartagena, que la reina Juana, madre de Carlos I, consideraba demasiado estratégico para dejarlo en manos ajenas. Se lo apropió a cambio de hacer marqués al donante, Pedro.

De siempre, los Fajardo se habían distinguido por querer expulsar de la Península a moros y judíos, en vez de convivir pacíficamente como propugnaban los anteriores

reyes de Castilla. La postura intransigente fue adoptada por la reina Isabel, y con ello ganaron prestigio sus mayores defensores.

Fernando Fajardo, como VI marqués de los Vélez, se hizo notar en la misma línea de conducta cuando fue nombrado gobernador de Orán en 1669. La ciudad era residencia de una gran representación de judíos que habían vivido en España años atrás. El marqués de los Vélez se propuso y consiguió expulsarlos también de Orán el 31 de marzo de ese año, alegando connivencia entre hebreos y turcos.

Tras al desastre de Montjuic parecía que la estrella de Fernando se había apagado, pero los buenos oficios de su madre con la reina le proporcionaron un retiro honroso en Cerdeña, como sucesor de Francesco Tuttavilla, el pacificador de la isla después del asesinato del virrey Manuel de los Cobos.

De Cerdeña pasó a Nápoles, donde según Giannone fue bien recibido en un momento en que el reino miraba con recelo los sucesos de Sicilia. La ciudad de Messina permanecía en manos del mariscal Vivonne, con una población desquiciada por la guerra de lealtades en la que, si ganaban unos, perdían otros casi a partes iguales. Durante el primer año de gobierno de Fernando Fajardo en Nápoles parecía que quienes en Mesina habían apostado por un cambio a favor de los franceses tenían las de ganar. Eso mismo pensaba el virrey español de Sicilia, Fadrique de Toledo, marqués de Villafranca, quien por mandato de Madrid residía en la fortaleza de Milazzo, cerca de Messina.

En abril de 1675 Francia ya tenía dos flotas en el Estrecho y se disponía a tomar Taormina, Augusta y Siracusa. Temiendo por su vida, el marqués de Villafranca expresó su deseo de abandonar Milazzo y establecerse en Palermo. El castillo estaba defendido por el capitán Gravina, quien desaconsejó al marqués que abandonase el puesto que le habían encomendado. La situación del virrey era desesperada porque, informado Vivonne de sus temores, envió un batallón a conquistar Milazzo a las órdenes del maestro de campo

Valovoir, mientras él mismo observaba la operación a bordo de una escuadra fondeada frente al castillo. Pero la resistencia de los castellanos hizo que la operación se alargase demasiado y Vivonne dio órdenes de regresar a Messina. Al ver a los franceses retirarse, Gravina pudo reivindicar sus palabras ante el temeroso virrey.

En España, el Consejo de Italia hacía una gestión inteligente con el príncipe de Orange (a quien la agresividad francesa tenía preocupado) para que mandase una flota de ayuda, y así conformar una armada hispano-holandesa que liberase Sicilia. Guillermo III no sólo accedió, sino que eligió a su mejor almirante, Michiel Ruyter, para liderar la empresa.

A Nápoles llegaron despachos solicitando apoyo. Se pedían naves, soldados y dinero, pero también un mayor control sobre la provincia de Calabria, tan cercana a Messina, donde partidarios de Francia se mostraban activos y espiaban a favor de Luis XIV. Ambas tareas ocuparon la atención de don Fernando Fajardo durante su primer año como virrey. A la petición de recursos, respondió el virrey exagerando ante los nobles el peligro de una invasión francesa y la necesidad de ayudar a los sicilianos a ganar la guerra. Hubo natural resistencia a pagar, por lo que Fernando Fajardo precisó que se trataría de un donativo voluntario. La cifra que trataba de conseguir eran 200.000 ducados; la parte voluntaria sólo alcanzó a la mitad, y el resto lo logró de rentas de monopolios y propiedades de la Corona, algunas de las cuales tuvo que vender.

Durante los dos años que duró la ocupación francesa de la costa de Messina, el reino de Nápoles no dejó de enviar víveres, municiones y dinero para pagar las soldadas mensuales, de forma que aquella guerra costó a los napolitanos más de cuatro millones de ducados.

Para la vigilancia de movimientos sospechosos en Calabria, el virrey encomendó la tarea a una Asamblea de ministros. Se iniciaron las investigaciones y pronto se supo que comerciantes calabreses vendían, a un lado u otro del Estrecho, ganado y cereales destinados a Nápoles según las

circunstancias más favorables para ellos. Los espías de la Asamblea detectaron actividades subversivas en un ciudadano de Novara, llamado Giulio Forte, que había venido a Nápoles enviado por el embajador de Francia en Roma para convencer a los calabreses de rebelarse. También se descubrió que el mismo embajador se ocupaba de expandir la rebelión en conventos. Un pobre pintor de nombre Andrea Malone se presentó en Roma para ofrecer al embajador francés la entrada sin resistencia en el Torreón del Carmen. Forte y Malone fueron ejecutados en la plaza del Mercado.

Llegados a este punto, y para comprender cómo y por qué terminó tan mal la aventura francesa en el sur de Italia, hay que decir que la cantidad de recursos que los franceses destinaban a la conquista sólo podían ser suficientes si las primeras victorias venían acompañadas de una sublevación popular espontánea y masiva. Las dos experiencias fallidas del duque de Guisa no parecían haber abierto los ojos a los estrategias de Luis XIV, quienes aconsejaron al rey que promulgase un manifiesto proclamando su decidido apoyo a los sicilianos en su lucha por librarse del pesado yugo español. Luis XIV, efectivamente, firmó esta proclamación en Versalles el 11 de octubre de 1675. El virrey de Nápoles contraatacó encomendando una respuesta en forma de bando a Fulvio Caracciolo, representante de la plaza Capuana, en la que Caracciolo recordaba a los napolitanos los agravios sufridos en la época de los Anjou.

Mucho mayor efecto que el escrito de Caraciollo tuvieron las ejecuciones que los mesineses presenciaron con horror bajo el gobierno del virrey Louis Victor Rochechuart, duque de Vivonne. Había el mariscal francés otorgado su confianza a un cura mesinés hasta tal extremo que el verdadero secretario, el señor d'Antiege, se mostró dispuesto a dimitir al verse postergado. Vivonne reconoció su error y dejó de recibir al cura, de nombre Tomaso Lipari, quien temió las represalias de Antiege y pidió el traslado a Roma. Allí conoció al padre Everardo Nithard, desterrado consejero de la Regente, pero que seguía fiel a la Corona. De sus conversaciones con el

jesuita salió Lipari convencido de poder acaudillar un movimiento libertador en su ciudad, por lo que volvió a Messina y se puso a trabajar por la causa. Su desgracia vino por las indiscreciones o la traición de un joven inexperto, de nombre Francesco Michele, cuyas cartas fueron interceptadas. Descubierta la trama, Tomaso Lipari, hermano Michele, y otros dos curas, fueron condenados a morir decapitados. Con ello, Vivonne no sólo se enajenó a la jerarquía eclesiástica, sino que, a partir de entonces, muchos mesineses se preguntaban en qué se diferenciaban los franceses de los españoles y si no valdría más aprovechar la promesa de indulto antes de que la guerra lo borrara de la memoria.

El primer año de la contienda se produjeron acciones bélicas tanto en el mar, como en tierra. Se daba por seguro que la flota española vendría mandada por don Juan José de Austria, pero, a fin de asegurar la primacía de Ruyter, se optó por otro almirante, que después de algunos titubeos recayó en Diego de Ibarra.

Michiel de Ruyter llegó a Nápoles en noviembre de 1675 al frente de 18 navíos y 6 brulotes. En diciembre se presentó en Palermo donde se reunió con la flota imperial que mandaba el príncipe de Montesarchio. La presencia de una armada tan poderosa hizo renacer los ánimos de lucha por tierra. Ruyter estaba ansioso de dirigirse a Messina y entablar batalla, pero el virrey de Sicilia prefería esperar a recuperar la plaza por tierra y que Ruyter se limitase a impedir que llegasen refuerzos y alimentos por mar. Con esta estrategia, Ruyter se enfrentó por primera vez a un convoy francés mandado por Abraham Duquesne en aguas cercanas a la isla de Stromboli, sin ganadores claros en el encuentro.

Consciente Fernando Fajardo del pánico que en Messina sentían los afrancesados a un retorno del dominio español, promulgó indulto general que no tuvo el efecto pretendido porque los ánimos estaban pendientes de la inminente gran batalla naval.

Pasaban los meses y Ruyter no conseguía convencer a los españoles de enfrentarse a las escuadras de Vivonne, por lo

que harto de esperar regresó a Nápoles, donde fue agasajado por el virrey marqués de los Vélez, en espera de que le llegase el permiso de volver a Holanda con los 18 navíos intactos. El príncipe de Orange no accedió a su petición, por lo que se resignó a continuar una empresa mal concebida. Por su parte, los marinos españoles recompusieron sus diferencias y el día 22 de abril, a la altura de Augusta en Catania, se enfrentaron las dos armadas. No había diferencia en el número de barcos, por lo que la victoria dependía de la habilidad de sus almirantes. Sin duda Ruyter era más experto que Duquesne, pero no pudo evitar que la escuadra española, mandada por Francisco Pereira de la Cerda, ocupase el centro, con lo que los barcos de Ruyter, en vanguardia, quedaban separados de los de su segundo, Jean de Haen, que dirigía la retaguardia. La fatal de entendimiento entre Ruyter y Pereira fue fatal para el gran marino holandés, que sufrió un balazo en una pierna y murió de gangrena en Siracusa dos días después.

Aunque la batalla de Augusta no continuó al día siguiente, y todos los barcos volvieron a puerto, la muerte de Ruyter produjo una gran consternación en Italia y Holanda. Todo lo contrario que en Francia, donde ya se daba por conquistado Palermo. Efectivamente, un mes después se presentó frente a la plaza de Termini, el propio virrey Vivonne al mando de una armada que obedecía al almirante Duquesne. Hubo pequeños desembarcos para hacer aguada y aprovisionamiento de víveres, y luego las naves francesas se retiraron a las islas Eolidas, para preparar el ataque final.

En el puerto de Palermo estaban fondeados los barcos de Haen, que había tomado el mando holandés, y los de Diego de Ibarra, que sustituía a Pereira. Y de nuevo se produjo una infausta discrepancia de pareceres: Ibarra aconsejaba salir a luchar en mar abierto, mientras que Haen prefería esperar dentro del puerto, por el apoyo que podía recibirse de la artillería de tierra. Cedió Ibarra y los franceses se aproximaron lo suficiente para lanzar sus brulotes incendiarios contra las naves fondeadas dentro del muelle, muy cerca unas de otras. Los incendios causaron grandes pérdidas y muertes, entre

otras las de los almirantes Diego de Ibarra, Francesco Pereira y Jean van Haen. La victoria francesa fue total. Apenas hubo bajas, mientras que del lado hispano holandés murieron casi 2.000 hombres y quedó inutilizada o destruida la totalidad de la flota.

Pese a la victoria, los franceses no se atrevieron a invadir la capital, porque, a diferencia de los marinos, el Regente Vincenzo Filingheri (en ausencia del virrey, que seguía en Milazzo) había preparado bien la defensa y los cañones de los baluartes hacían imposible el desembarco. Para asegurarse si volvían, Filingheri mandó añadir una batería a ras de tierra que dominasen la entrada del puerto.

El virrey marqués de Villafranca, humillado y apesadumbrado pidió el relevo a Madrid, que fue rápidamente aceptado. En lugar de regresar a España, Fadrique de Toledo prefirió pasar a Nápoles siete meses, donde fue amistosamente recibido por el marqués de los Vélez,

Paradójicamente, aquella tremenda derrota iba a suponer la salvación de Sicilia y su permanencia en el reino de España. El auge naval de los franceses alertó aún más a Inglaterra, que se unió a su tradicional enemigo holandés en contra Luis XIV. Ante la amenaza por el Norte, el primer ministro Colbert consideró excesivo el esfuerzo militar necesario para conquistar los reinos del sur de Italia al constatar que ni siquiera en Messina había unanimidad en favor de un cambio de régimen.

Durante los años 1676-1678 se sucedieron tres virreyes en Sicilia que lograron no solo impedir cualquier invasión sino reconquistar palmo a palmo las plazas de Catania, hasta recuperar Taormina el 10 de noviembre de 1676, lo cual colmó la paciencia de Luis XIV.

Ya no hubo enfrentamientos decisivos y sí otros inútiles por parte francesa de recuperar Siracusa y Taormina. En el mar, holandeses, franceses y corsarios se servían para su sustento de ataques esporádicos a la costa de Reggio, encomendada por el marqués de los Vélez al conde Barbó,

quien hizo una labor meritoria de reconstrucción de las defensas, en cuya principal fortaleza, dejó escrito en mármol:

*Marchione de los Velez Prorege
Vigilantíssim
Firmum, ac validum Urbis propugnaculum
Eodem Prorege sedulo annitiente
Militeae Dux Barbinius extruixit
Anno Dom MDCLXXVIII*

Volviendo a la situación del mariscal Vivonne, el Consejo de Francia sorprendió a Europa decidiendo abandonar Mesina a los españoles y con ello todo intento de mantener la presencia francesa en el Sur de Italia. No se culpaba al mariscal Vivonne, ni se daba explicación alguna, dejando a los políticos de cada país que interpretasen los motivos. Unos se inclinaron por una cuestión de pura economía, otros de prioridad del Océano sobre el Mar, pero los cronistas italianos coinciden en que la verdadera razón era la resistencia de la población a aceptar la sustitución del protectorado español por el francés.

Más difícil de explicar es la forma en que se produjo la retirada de los franceses. Colbert organizó una flota de repatriación que puso bajo las órdenes del mariscal de la Fogliada, quien se reunió con Vivonne en Mesina y pidió hacer un último intento de recuperar la iniciativa militar, tomando el castillo de la Molla. La defensa de aquella plaza que hizo el capitán Luis Salcedo arruinó las esperanzas de permanencia en Sicilia. En toda la costa de Catania se pudo ver a los franceses requisando joyas, plata y hasta objetos sagrados con intención de llevárselos consigo en su retorno a Francia.

El abandono de Sicilia por Luis XIV produjo pavor en la nobleza que había colaborado con los franceses. Vivonne ofreció la protección del rey de Francia, permitiendo que se embarcasen en la flota de Fogliada cuantos temiesen por sus vidas, llevándose consigo objetos y caudales y dejando a la población a expensas de la justicia o misericordia de los ministros y de la nobleza leales a la Corona.

Casi al mismo tiempo, un 22 de febrero de 1678, llegaba a Nápoles como nuevo virrey de Sicilia Vincenzo Gonzaga, duque de Guastalla. Salió a recibirle don Francisco Fajardo muy lejos de la ciudad y ambos regresaron acompañados por los lanceros reales. El marqués de los Vélez condujo a Gonzaga hasta su palacio, donde permaneció una semana antes de emprender la travesía de Palermo, en cinco galeras.

En Calabria se supo la noticia de la salida de los franceses de Messina por voz del barón Francesco Griso que se presentó con varios nobles al gobernador de Calabria: Barbó. Juntos cruzaron el estrecho y tomaron posesión de una ciudad medio deshabitada. Se limitaron a poner un retrato de Carlos II en la plaza junto al Duomo. El 16 de marzo se publicaba en todos los rincones el perdón general con asistencia del arzobispo Esquilache y el virrey Gonzaga. (Desgraciadamente, la política generosa de este buen virrey de Sicilia fue enmendada por el siguiente, a instancia de muchos sicilianos que rechazaban los privilegios de Messina sobre Palermo).

Volviendo a Nápoles, corresponde al marqués de los Vélez el mérito de haber mantenido *l'abbondanza* durante los dos años en que tuvo que soportar el gasto de la guerra de Mesina, con una política mercantil que miraba a equilibrar las necesidades de la población con los intereses exportadores de los comerciantes y productores de bienes. Sus efectos se hicieron sentir con motivo de la mala cosecha de 1679, asegurando el suministro a través de la Aduana de Foggia, encomendada a Troyano Miroballo, duque del Campo.

El asunto más difícil de resolver que tuvo este virrey fue el de la pérdida de valor de la moneda, debida a exportaciones fraudulentas de oro, o alteraciones del peso de las de plata, hasta el punto de que muchas piezas carecían casi de valor. Intentó muchos remedios sin que ninguno llegase a devolver la confianza perdida, lo que afectaba muy directamente a la seguridad de las transacciones. Finalmente adoptó la única vía de salida de aquel laberinto: acuñar nueva moneda. No se atrevió a retirar la vieja porque, como es notorio en estos casos, era la de mayor circulación. Para servir a este fin,

reconstruyó la Ceca Real existente y la amplió con nuevos talleres.

En lo referente a la permanente inmunidad de que gozaban los sempiternos *banditi*, Fajardo hizo suya la política inaugurada por el marqués de Astorga de reconvertirlos en tropa aparte al servicio de la Corona. Quienes rehusaban esta vía de reinserción sufrían pena de muerte pública, sin por ello desanimar a nuevos forajidos que asaltaban los caminos.

Dentro de la ciudad, observó el marqués que muchos delitos parecían provenir de españoles de las galeras o de la guardia, o de ladrones nocturnos fácilmente disfrazados. Como quiera que las causas adolecieran de poca severidad al estar vacante la Regencia de la Vicaría, el virrey nombró para el cargo a Francesco Ravalchiero, príncipe de Sartriano, y sucesivamente: a Lelio Caracciolo, duque de San Vito, a Giuseppe Litala y Castlví a quien hizo venir de Cerdeña para esta misión, a Tomasso Giundazzo, duque de Ricigliano y a Pompeo Pignatelli, duque de Montalvo.

El rigor de estos ministros no perdonaba rango, nación, ni riquezas. Tampoco se detenía ante el derecho de asilo. Eran indiferentes a excomuniones, rogativas, o regalos, dictaban sentencias: unas celebradas por el Pueblo, otras impopulares y lloradas. A oídos de don Juan José de Austria llegó el clamor contra los jueces, lo que dio lugar a la visita de Danese Casati, que fue trasladado a Nápoles desde Milán. Esta visita, como todas las que se decidían a petición de los gobiernos locales, duró desde abril de 1679 hasta ese mismo mes de 1681, tiempo suficiente para instruir procesos a cuantos funcionarios resultaban sospechosos de venalidad. También sirvió para asegurar que los procesos ya existentes se celebraban con garantías suficientes para los acusados. El marqués de los Vélez hubo de soportar esta injerencia de don Juan José, quien había degradado a cuatro jueces de la Vicaría y a otros cuatro funcionarios del servicio del virrey, por sospechas de venalidad. La muerte del príncipe en septiembre de 1679 favoreció a los inculpados. Terminada la visita de Casati, fueron reintegrados a sus cargos.

En septiembre de 1678 se firmó la paz de Nimega por la que Francia devolvía a España el ducado de Luxemburgo, las ciudades a la orilla oriental del río Mosela, Charleroi, Courtray y otras plazas menores de Francia, así como Gante, Rondenduis, Waes, Lenve, y San Gislain en los Países Bajos. Por su parte, Francia recuperaba Valenciennes, el Franco Condado, La Borgoña, Condè, Cambray, Cambressis, y Maubeuge. Cada nación se comprometía a no entrar en alianzas de enemigos.

Independientemente de las opiniones, más bien negativas, que estas devoluciones podían suscitar en la Corte, toda paz entre España y Francia era muy beneficiosa para el Sur de Italia. Así lo entendieron los napolitanos, que se lanzaron a las calles para festejar y a las iglesias para dar gracias. Las buenas noticias se sucedían. En Alemania los emperadores se aseguraban un heredero y en España el rey Carlos II se comprometía a casarse con una sobrina de Luis XIV, María Luisa de Borbón. En enero de 1680 comenzaron las consabidas cabalgatas, carruseles, torneos y luminarias nocturnas, sin otra contrapartida que gravar el aguardiente para pagar las facturas.

No pasó mucho tiempo sin que los franceses, poco satisfechos con lo logrado en Nimega, se excedieran en la interpretación de los límites acordados y resurgieran aquí y allá las viejas apetencias sobre los reinos de Italia. Aunque oficialmente las relaciones eran de amistad, en la vida real seguía la desconfianza. Los puertos acogían naves francesas sin problema, pero sus tripulaciones era objeto de vigilancia y recelo. Durante todo el año 1682, el marqués de los Vélez no cejó de reforzar las defensas y a recabar apoyo de los nobles para envío puntuales de soldados y naves a Cataluña.

Concluía el mes de diciembre cuando llegó el despacho real reclamando al marqués su presencia en España como consejero de Estado y presidente del Consejo de Indias. El puesto de virrey de Nápoles fue encomendado, como solía ocurrir, al embajador de España en Roma, que aquel año lo era don Gaspar de Haro, marqués del Carpio. Los augurios a que

tan aficionados eran los napolitanos, ofrecieron para sus cavilaciones varias erupciones del Vesubio y el vuelo de una luminosa cometa en el cielo Norte

Tal vez por esa razón, don Fernando Fajardo se esmeró en la recepción de su sucesor, saliendo a su encuentro hasta Monte Casino, Capua y Bari. Como tuviese dificultades para pasar con su séquito el río Garellano, el marqués ordenó la rápida fabricación de un puente capaz de soportar el equipaje del nuevo virrey, así como reacondicionar las carreteras por donde había de pasar. Poco a poco fue llegando a Nápoles la verdadera corte del marqués, antes que su familia. Pero don Gaspar sorprendió a todos apareciendo de incógnito el 6 de enero de 1683. Su negativa a ser recibido con honores molestó al marqués de los Vélez, que había previsto un traspaso de poderes muy solemne, como era normal en Nápoles. En desagravio amistoso, el marqués del Carpio honró a su antecesor haciendo que en lugar de la entrada triunfal prevista, las ceremonias tuvieran como destinatario al virrey saliente.

Los marqueses de los Vélez se disponían a abandonar el Palacio Real cuando vieron una multitud expectante y carrozas vacías rodeadas por una Compañía de caballería. En la plaza presentaba armas la Infantería real, y entre los presentes destacaba el marqués del Carpio. Era lo previsto para la cabalgata hasta el puerto, y despedida de ministros y nobleza. Llegado el momento, los cañones de los baluartes lanzaron salvas de honor y los arcabuceros disparaban al aire. En un pantalán del puerto se encontraban atracadas varias góndolas y falúas para transportar al virrey y su séquito hasta la nave real y llevar anclas.

Gaspar de Haro, marqués del Carpio

1683-1696

Gaspar de Haro era hijo de Luis de Haro, primer ministro y máxima autoridad en la última época del reinado de Felipe IV. Nacido en 1629, contrajo matrimonio con la hija del duque de Medinaceli, Antonia de la Cerda, a los 22 años, cuando Gaspar aún vivía en el palacio de su padre. Gracias a la influencia paterna, los recién casados encontraron un hueco en la Corte, donde se encariñaron con el príncipe Baltasar Carlos. Gaspar se vio favorecido con diversos empleos cortesanos que encajaban bien con su amplia cultura e interés por las bellas artes y el teatro. Dos muertes vinieron a interponerse en una carrera que preocupaba a algunos rivales: la del príncipe Baltasar Carlos y la del padre de Gaspar.

El historiador Manuel Herrero Sánchez rescata una anécdota recogida en los *Avisos* del curioso observador de la Corte Jerónimo Barrionuevo (1654-58) que afectaría al rumbo que tomaría la vida de quien entonces se hacía llamar marqués de Heliche. Era costumbre, entre los ministros y virreyes españoles recabar y comprar obras de arte, durante sus estancias en el extranjero, para las colecciones reales, tan bien elegidas por los Austrias y los Borbones. En los encargos no era infrecuente que los intermediarios adquiriesen algunas *pro domo sua*. Felipe IV sabía que don Luis de Haro guardaba algunos cuadros que consideraba le pertenecían y así se lo hizo saber al

heredero, en la confianza de que pasarían a su propiedad. Pero en 1661 la pasión del coleccionismo ya había anidado en don Gaspar y no quiso desprenderse de lo que el rey reclamaba. Aquella negativa y la tristeza de Felipe IV por la muerte del príncipe hizo menos amable la presencia delante del rey del hijo de Luis de Haro, quien perdió el codiciado cargo de alcalde del Buen Retiro en favor de su rival y pariente: el duque de Medina de las Torres.

Dos años después otro suceso vino a agravar su alejamiento de la Corte, esta vez con prisión, y destierro. Se representaba una comedia en presencia del rey cuando un hilo ligado a un barril de pólvora explotó provocando espanto. La investigación apuntaba a un esclavo de don Gaspar, lo que dio lugar a un proceso contra su amo, muy documentado en la obra anónima *Arte de lo bueno y de lo justo para la causa que motivó la prisión del marqués del Carpio*.

Tras la muerte de Felipe IV en 1665, Gaspar pudo regresar a Madrid. En 1670 moría su esposa Antonia de la Cerda sin descendencia y en 1671 se casaba con Teresa Enríquez de Cabrera, hija del duque de Medina de Rioseco, quien también había sido virrey de Nápoles. Ello le valió ser nombrado embajador en Roma, pero sus esperanzas de alcanzar algo mejor en Madrid hicieron que se “olvidase” de tomar posesión hasta que se convenció, años después, de que lo de Italia podía tener algunas ventajas, entre otras: comprar buenos cuadros.

En Roma, en lugar de entablar las mejores relaciones posibles con el pontífice, generó un conflicto al extender el dominio de la embajada a varias calles limítrofes, que pasaron a ser territorio español. En Roma era conocido como gran protector de pintores, escritores y científicos. También como uno de los más ricos coleccionistas de arte de Europa. Entre los artistas favorecidos por el marqués se contaban el escultor Gian Lorenzo Bernini y su discípulo Filippo Schor, un austríaco al que los marqueses del Carpio habían encomendado el diseño de sus carrozas y a quien invitaron a pasar a su servicio en Nápoles.

En enero de 1683 los nuevos virreyes hacían su entrada en el Reino, siendo bien recibidos por el marqués de los Vélez. Casi al mismo tiempo, llegaba a la capital un autor de teatro y empresario con una carta de recomendación de Francesco II, duque de Módena. Venía de trabajar a su servicio desde que se enroló en una compañía de cómicos, que recorría Italia. Su padre había muerto muy joven y su madre algo más tarde, durante una ausencia de Módena. Eran libreros y el establecimiento seguía funcionando en el *longo* del Castello. Allí se dirigió el recién llegado donde conoció a su padraastro, Francesco Masari. El hijastro pasó a ser socio y, con esa tranquilidad y la carta mencionada, pidió audiencia a Gaspar de Haro.

Esta larga introducción es para decir que el actor-autor-librero no era otro que Domenico Parrino, el historiador más plagiado de cuantos han escrito sobre la historia de Nápoles, entre cuyos deudores me cuento. Lo que Parrino propuso a Gaspar de Haro era hacerse editor de periódicos y gacetas, para lo cual estaba dispuesto a pagar a la Corona el canon que hiciera falta. El nuevo virrey leyó la carta del duque y aceptó la propuesta, añadiendo algunas concesiones: la autorización incluiría el monopolio de las publicaciones periódicas y se haría extensivo a todo el Reino de Nápoles.

Fruto de aquel encuentro fue la decisión de Parrino de dejar de ser librero y convertirse en editor. Buscó un socio capitalista y lo encontró en Camillo Cavallo; el proyecto se presentó a la Cámara Real y las prensas empezaron a funcionar en la calle de Toledo. Ese mismo año Parrino empezó a escribir dos obras: la primera era una comedia titulada *I tre Fratelli rivalli per la sorella*. En una carta a su protector, el duque de Módena, Parrino comenta su segunda obra: *Teatro eroico, e politico de' governi de' viceré del Regno di Napoli dal tempo del re Ferdinando il Cattolico fin'all'anno 1683*. Tardó cuatro años en terminarla. Contiene tal cantidad de información, salpicada de detalles memorables, que hace pensar en la probable colaboración de eruditos.

Uno de los más conspicuos deudores literarios de

Parrino, fue Pietro Giannone. Precisamente, porque Parrino terminó su famoso libro en 1687, no pudo copiar nada a partir de ese año, pues ya no hubo tomo cuarto.

Giannone era adolescente en tiempos de los marqueses del Carpio y no vivía en Nápoles, sino en una ciudad de Foggia llamada Ischitella. En su juventud no ocurrieron en el reino terremotos, erupciones de volcanes, sequías, diluvios, pestes, guerras que sufragar ni ataques de los turcos. Seguía existiendo lo de siempre: *banditi* apoyados por los nobles, delincuentes protegidos por la Iglesia, jueces venales, mendigos falsos, falsificadores de moneda, acaparadores de víveres, y soldados arrogantes. Todo ello, a pesar de una justicia de los virreyes a veces cruel, como la del conde de Oñate, y otras con indultos, como lo intentaron don Juan José de Austria (generalizado) y Gaspar de Bracamonte (a ruegos de familiares).

Pietro Giannone fue perseguido por la Iglesia Católica. Estuvo en prisión muchos años y murió en una cárcel de Turín. Creía en un Estado laico y se oponía a los privilegios feudales del Vaticano, también en el reino de Nápoles. Puede decirse que *reescribió* y completó la obra de Parrino sobre los virreyes desde una perspectiva más moderna. Llama la atención su lectura del gobierno del marqués de Carpio, a quien atribuye la supresión de las lacras que hacían menos agradable la vida cotidiana en el Reino. Cuatro son las actuaciones que destaca. Por orden cronológico: a) supresión de la mendicidad b) revalorización de la moneda, c) erradicación del bandidaje y d) regeneración de la justicia.

Entre los mendigos de Nápoles solía haber delincuentes disfrazados que atacaban a sus víctimas en las sombras de la noche. El marqués del Carpio implantó la costumbre hispana de serenos armados, con autoridad para imponerse por la fuerza.

La inseguridad económica que producía la adulteración de moneda ya había sido objeto de medidas urgentes en tiempos del virrey anterior. La decisión de Gaspar de Haro de acuñar nueva moneda dio lugar a protestas de los tenedores de

la adulterada y por tanto de la Banca. Aún así siguió adelante y amplió las instalaciones de la Ceca. El virrey fue más allá: abolió la antigua y promulgó una pragmática contra los que adulteraban el peso, más temible que la ya existente. Para compensar a los poseedores de la moneda abolida, el virrey propuso a una Junta convocada al efecto, constituir un fondo integrado por a) un gravamen a la sal, y b) una tasa única y excepcional por cada vivienda. La Colateral dio su acuerdo y la medida se puso en marcha inmediatamente.

Resuelto el asunto de la vieja moneda, la siguiente pragmática se ocupó de organizar con extremado detalle el lanzamiento de cuatro. La primera se llamó *ducatone*, con el rostro de Carlos II en la cara y dos globos en la cruz, enmarcados en el *motto* “Unus non sufficit”, que hacía alusión a los dos continentes de la Monarquía. La segunda valía medio *ducatone* y se diferenciaba en que al dorso figuraba la imagen de la Victoria mostrando las armas de Sicilia y Aragón en una mano y la palma de la victoria en la otra. En la tercera aparecían los contornos y nombre del reino de Nápoles, con dos cornucopias simbolizando la Justicia y la Abundancia. La última, que correspondía a un décimo de *ducatone*, mostraba en el anverso la efigie del rey y en el reverso un león sentado, y la cinta: *Majestate securus*.

Ocurrió, sin embargo, que las nuevas monedas, a diferencia de las antiguas, contenían más plata de la que correspondía a su valor de cambio, por lo que pronto se advirtió que valían más fundidas que como moneda. Para remediar el error, se pensó en rebajar ligeramente la ley del metal, pero los representantes de las *plazas* de la ciudad desaconsejaron la medida, por creer que la duplicidad de leyes perturbaría las transacciones. (La solución vendría con el siguiente virrey, Francisco de Benavides, quien dejó de acuñar *ducatores*, y lanzó, con la cantidad de plata correcta, los *tari* y los *carlini*).

En todo caso, con los *ducatoni* se había logrado una estabilidad monetaria que pronto dio resultados en la mejora del comercio.

Quedaba por resolver la inseguridad del transporte dentro del reino a causa de los atracos perpetrados en los caminos por bandas armadas que seguían impunes gracias a la protección de barones desaprensivos. El marqués del Carpio repitió una pragmática en la que se indultaba sin reserva alguna a todo bandido que proporcionase ayuda para capturar a sus jefes y compañeros. También se absolvía de todos sus delitos a quienes facilitasen la captura de integrantes de otras bandas organizadas. Creó compañías de milicias para la destrucción de las torres, casas y cuarteles donde se refugiaban, para lo cual autorizó el uso de cañones de artillería. Dice Giannone que, de esta forma, purgó de esta enfermedad gran parte del reino, con la excepción de la provincia de los Abruzzos, donde la resistencia era indiferente al perdón. Ello dio lugar a una pragmática, el 12 de julio de 1684, dirigida especialmente a encubridores o quienquiera que acogiese en su casa a salteadores de caminos, con un agravamiento de las penas.

Como quiera que tampoco estas medidas mostraran ser eficaces, el marqués apuntó directamente a la nobleza, aplicando una justicia rápida y sin excepción contra todo aquel a quien a quien se incautara correspondencia, avisos o comunicación sospechosa con bandidos de dentro o fuera del reino. Se aplicaría igualmente a quienes participasen directa o indirectamente del producto de robos, a quienes suministrasen armas, municiones, cabalgaduras, arneses, o cualquier medio que hubiese sido utilizado por los bandidos en un atraco. Para sustanciar estos hechos ordenó a los jueces que fuera suficiente el testimonio de dos bandidos. Esta vez el pánico se apoderó de muchos que hasta entonces habían burlado la aplicación de la ley. Esa y no otra era la verdadera raíz del bandidaje, de forma que, privados del apoyo acostumbrado, los bandidos fueron cayendo en manos de la milicia o simplemente dejaron de actuar.

Al notar los benéficos efectos que había logrado amedrentando a terratenientes y aliados, el marqués del Carpio puso su atención en otros abusos de los grandes

propietarios, cuyas víctimas eran personas a su servicio, sea como labradores, herreros, artesanos, comerciantes, o como sirvientes en sus domicilios. Era frecuente que obligasen a las hijas a contraer matrimonio con quienes ellos quisieran, y que ignorasen las quejas de los más débiles en beneficio del favor y la adulación de los más fuertes. A pesar de la dificultad de obtener denuncias solventes, don Gaspar del Haro extremó las penas por abuso de poder de manera que;

Estirpò con gran vigore sin dalle raadici si pernizioso malore: punì severamente gli scherani, gli dissipò tutti, ed a' loro protetori con severe pene portò tal terrore, che n'estinse affatto ogni abuso; talchè non si vedero da poi nè soverchierie ne imperi, ed il timor della giustizia fu per tutti egaule.

A la dureza de los castigos del marqués del Carpio contra los poderosos contrapone Giannone dos elementos de equilibrio político: a) la generosidad y clemencia con la gente pobre y la frecuencia de fiestas y ocasiones de júbilo popular. “Su piedad era admirable, subvencionaba con caridad inaudita a los pobres, libraba de las injurias de la Fortuna a los oprimidos, vigilaba personalmente que no se humillase a los débiles, trató a la sordidez como mortal enemiga, y más al ansia de riquezas. Era sobrio, y en todo parco y moderado, al mismo tiempo que era magnánimo”.

Llegados a este punto, la crónica de Pietro Giannone se torna en panegírico. Hay una no pequeña contradicción en llamar “parco y moderado” al mayor coleccionista de arte de España en su tiempo. O a quien se enfrentó al pontífice por el dominio de la parte de Roma más cercana a la Embajada. No hay que olvidar que Giannone tenía ideas revolucionarias para la época sobre la primacía de la ley secular sobre cualquier otro poder o contrapoder. Las mantuvo frente a toda clase de acusaciones, lo cual no obsta a que sus juicios en ocasiones sean apasionados y poco ecuanímenes. Tal es el caso de su admiración por el virrey marqués del Carpio, del cual llega a escribir:

Negli spettacoli fu imitatore della magnificienza degli antichi Romani: non ne vide Napoli più magnifici e stupendi. Ne rimangono ancora a noi le memorie che nè la lunghezza del tempo, nè l'invidia o l'emulazione le potrà cancellare. I suoi succesor, che mossi dal suo esempio vollero imitarlo, riuscirono al paragone secondi e molto inferiori.

Comentando encendidos elogios como éstos y el parvo reconocimiento del que goza Gaspar de Haro en su país de origen, el historiador Eustaquio Fernández Navarrete, en sus notas al mencionado libro de José Raneo, concluye su reseña diciendo: “He aquí la letra de lo que dice Giannone de este esclarecido varón. El marqués del Carpio es uno de los grandes hombres que honran a España; mas ¿qué premios ha conseguido de su patria? ¿qué recuerdo de la posteridad?”

En verano de 1687 sobrevinieron unas fiebres al marqués de Carpio, que en un principio parecieron benignas. Pudo recuperarse y volver a hacer vida normal, pero la enfermedad volvió lentamente y el virrey murió el 5 de noviembre de ese año. Su cadáver recibió honores militares en la Iglesia del Carmen. Antes de volver a España, su viuda hubo de cancelar las deudas que don Gaspar había contraído con pintores y marchantes, en cantidades que superaban la liquidez disponible. Para aumentarla, doña Teresa tuvo que subastar no pocas de las adquisiciones, con tal premura que sus precios no alcanzaban las expectativas. Aún así, al tratarse de miles de cuadros (entre ellos algunos de la talla de Tiziano, Tintoretto, Caravaggio, Rubens, Van Dyck, Veronés, Rembrandt, y Luca Giordano) la mayoría fueron embarcados para la Península.

Francisco Benavides, marqués de Santisteban

1687-1696

La inclinación de bastantes mesineses a entregar la ciudad a Francia, para que sustituyese a España en el gobierno de la isla, pudo haber favorecido en 1674 sus intereses económicos y sociales a costa de humillar y deponer a quienes durante siglos habían sido aliados de la Corona española. Con la huida de los últimos soldados del mariscal Vivonne, no sólo se derrumbaban aquellas esperanzas, sino que el pánico se instaló en la ciudad y no se alivió hasta que el virrey Vincenzo Gonzaga en 1678 demostró con hechos que el perdón era total y absoluto.

Se podía pensar que la amnistía había devuelto la tranquilidad y la calma a los sicilianos, y que la reconciliación era bien recibida en todas partes. Sin embargo, ello sería desconocer la desconfianza de los palermitanos hacia los mesineses, y dentro de Mesina las heridas que los cuatro años de dominio francés habían causado en una parte importante de la población.

De ahí que, empezando por la del propio secretario del virrey Gonzaga, Rodrigo de Quintana, surgieron voces cuestionando la política de perdón, voces que llegaron al Consejo de Italia, en Madrid. Cuando no se sabía lo bastante para tomar una decisión, la Corona recurría al expediente de enviar un visitador. Esta vez la persona elegida fue, desgraciadamente, el propio Quintana. La naturaleza humana hace que, quienes están llamados a

criticar algo, rara vez concluyan alabando lo que se encuentran. Quintana exageró los inconvenientes de la impunidad, logrando que su superior, Gonzaga, fuera cesado y sustituido por alguien “menos blando”.

El principal argumento contra los mesineses era su fama de que, a mayor condescendencia, mayor insubordinación, Y apareció en Sicilia, procedente de Alicante, Francisco de Benavides, que ya había sido virrey de Cerdeña durante la ocupación francesa de Catania y conocía de cerca los acontecimientos de Mesina.

La tesis que prevaleció, intentado salvar la palabra del virrey Gonzaga, era que el perdón se refería al pueblo, compuesto de personas, pero que no alcanzaba a los privilegios políticos de la ciudad de Mesina, los cuales, después de la traición de los magistrados, no se podían restablecer. A esta primera excepción, algunos mesineses lograron añadir que los patrimonios de quienes habían huido fueran expropiados. Benavides llegó con la misión de llevar a cabo el castigo que pedía Quintana.

Mandó derribar el hermoso palacio de los Senadores y Jurados, el bastión de la Marina, la iglesia de San Basilio y parte de un convento contiguo al palacio. Ordenó destruir las casas de los Jurados y Senadores huidos con los franceses. A los que se quedaron en Mesina les cambió el título por el de *Elegidos*, copiando el modo de gobierno de Nápoles, pero nombrando él a los primeros. A falta de palacio, ofreció que las reuniones se celebrasen en el Real y en presencia del gobernador de la plaza. Eliminó muchos de los honores que se les tributaban en los actos públicos y en las iglesias.

Requisó las pistolas y armas y mandó que quedasen depositadas en la armería de Matagrisone. Ordenó que las campanas de San Basilio fueran trasladadas a Palermo para hacer con su bronce una estatua a Carlos II. Prohibió la comunicación por cartas con los exiliados. Y aumentó el número de estos, dando crédito a las acusaciones de los propios mesineses contra algunos de los que habían optado por quedarse.

Con ser muy graves las decisiones apuntadas, la represión más humillante se centró en los símbolos de los privilegios de Mesina. Abolió la Orden de los Caballeros de *la Stella*, y procedió a requisar los antiquísimos documentos que la ciudad atesoraba en el campanario de la torre de la catedral, destruir algunos y enviar los más valiosos a la Biblioteca Real de Palermo, la ciudad rival.

Tantas humillaciones hicieron recapacitar a los duros reformadores, buscando alguna forma de compensar al pueblo la pérdida de sus privilegios. En Mesina, los principales perjudicados con el cambio eran las clases dirigentes, pero, por lo mismo, también hubo quienes se beneficiaron de ello. Las cercanas ciudades de Catania y Augusta mejoraron a su costa. La Universidad se benefició del cierre de la de Mesina, cuyos privilegios le fueron transferidos. Se instituyó la Junta Real, con poderes para controlar y administrar la distribución y el comercio de alimentos a la población.

Para restañar las heridas urbanísticas y defensivas que había sufrido la ciudad, Benavides concibió un proyecto grandioso con que esperaba borrar la infausta memoria que temía dejar tras de sí. Imaginó un complejo arquitectónico al que bautizó con el nombre de *La Ciudadela*, a la entrada del puerto. El proyecto fue encomendado a ingenieros y arquitectos mesineses, sin limitación de gasto, lo cual quedó reflejado en las dimensiones y porte de los edificios. Exigía demoler el lazareto y trasladarlo a las afueras de la ciudad. Encargó la dirección de las obras a Carlo de Nuremberg. La historiadora Valeria Manfré cita un viajero contemporáneo: el abad Giovan Battista Pacichelli, quien en su guía *Moderno Stato della Sicilia, compresso dalla sua navigatione e passeggio*, escribe sobre La Ciudadela que: “*non hará simile in tutta l’Europa nella vastità, munitione e forma di architettura*.”

Cuando Benavides fue llamado a ocupar el cargo de virrey de Nápoles, todavía faltaban por construir bastantes de los edificios complementarios proyectados por Carlo de Nuremberg, pero lo ya realizado y la tranquilidad general que

logró de su segundo mandato, habían suavizado su imagen inicial de virrey destructor e inflexible.

(A propósito de este episodio, no está de más recordar que, en España, los Comuneros fueron duramente castigados por Carlos V en 1521 y que el hecho de que Messina se viera desposeída de sus fueros en 1678 puede leerse, a sensu contrario, como prueba de que los había conservado 150 años más).

El conde de Santisteban vino a Italia muy joven y solo regresó a España treinta años más tarde. Contaba solo 24 al asumir el cargo de virrey de Cerdeña y alcanzaba los 37 cuando llegó a Nápoles; dado que en esta ciudad vivió 9 años, podría decirse que al cumplir los 46 era más italiano que español.

En Sicilia había adquirido experiencia en asuntos como la acuñación de moneda, que fue una de las primeras actuaciones importantes en su etapa napolitana. Resolvió el problema generado por el marqués del Carpio al haber lanzado una moneda demasiado rica en plata. Evitó que fuera convertida en lingotes aumentando su valor nominal. De esta forma el comercio se estabilizó y mejoró, pero al crecer la capacidad de compra, subieron los precios.

La Ceca de Nápoles exportaba productos a Génova. Aparecieron nuevas monedas (las *tarli* y las *carlini*) que sustituían a los cuatro *ducatones* del anterior virrey. La calidad de estas piezas atrajo a productores del exterior, principalmente de Génova y dio lugar a una sustancial fuente de ingresos para el Tesoro.

El gobierno de Benavides se caracterizó por intentar superar la dicotomía entre nobleza y pueblo llano, poniendo el acento en apoyar la emergencia de una clase media, sustentada en el poder de los magistrados y titulados. Frente a esta política ilustrada, los tenedores de privilegios fundados en raíces religiosas hicieron causa común con el Vaticano, dando lugar a un conflicto (una vez más) de jurisdicciones. A éste de 1688 se lo conoce como *Il processo agli ateisti* y duró los nueve años que Benavides permaneció en Nápoles.

Los *ateos* más señalados eran quienes se interesaban por las novedosas concepciones de Renato Descartes y su repercusión en la Teología. La Inquisición romana, espoleada por el pontífice Inocencio XII (un Pignatelli napolitano) alertó al recién nombrado arzobispo de Nápoles, Íñigo Caracciolo, para que vigilase a escritores, matemáticos, abogados y poetas, mencionando en especial a Giacinto de Cristoforo, Basilio Gianelli, Filippo Belli, y Paolo Manuzzi. Pese a las promesas de protección del virrey, fueron arrestados y procesados sin las garantías de un juicio civil. A falta de argumentos para delitos de pensamiento, las sesiones se eternizaban, surgían delaciones por otros motivos, como la homosexualidad, y amenazas a familiares.

Estas malas prácticas episcopales se comentaron entre los magistrados de la Real, quienes organizaron una protesta cívica, que obtuvo más de 6.000 firmas en contra de los procesos. La indignación pasó a la calle y se hizo tumultuaria. No por ello se suspendieron las causas. Giacinto de Cristoforo vio sus bienes confiscados porque no se retractó de nada. Gianelli y Manuzzi abjuraron sucesivamente en 1692, 1695. El matemático imperial, cedió en 1697. El virrey concedió a todos ellos empleos en la Administración.

Esta protesta cívica, empezada por los Saggi y secundada por el Pueblo, es prueba de que fue la Inquisición Romana y no el poder de los virreyes (opuestos a admitir en Nápoles la Inquisición española), quien impidió a finales del siglo XVII en Nápoles el desarrollo del racionalismo iniciado por Bernardino Telesio. La historiografía moderna está dividida entre los que procuran quitar relevancia al episodio, por un lado, y quienes detectan la aparición de una clase media de titulados, apoyados por Benavides, que exigían libertad de pensamiento, por otro.

Francisco Benavides frecuentaba la *Accademia degli Investiganti*, cuyos miembros más destacados gozaban de tanto más apoyo secular, cuanto menor simpatía clerical. Las ideas atomistas y racionalistas de Leucipo, Epicuro, Séneca, Lucrecio, Giordano Bruno, Galileo, Telesio y Descartes,

prevalecían sobre el historicismo de Giambattista Vicco, aún muy joven. En este ambiente de efervescencia dialéctica destaca la figura del filósofo Giuseppe Valetta, cuya biblioteca se dice que contenía más de 18.000 libros. En torno a Valetta, se reunían académicos progresistas como Tomasso Cornelio, Francesco d'Andrea y Leonardo di Capua. Los documentos de la época atestiguan la frecuencia con que Benavides visitaba la residencia de Valetta. El embajador de Venecia en Madrid, Carlo Ruzzini, se refería en uno de sus escritos a la postura del virrey con respecto a las corrientes filosóficas emergentes en el Reino de Nápoles:

La controversia per l'Inquisizione di Napoli arde più che mai non solo fra le contese ma quasi fra i tumulti; fan conoscere quei popoli, come lo ritiene quel Viceré, la più animata risoluzione per non tolerar alcun immagine, et autorità di quell'ufficio; anzi per interamente scioglierla mandano al Re che le cose ritornino alla purità; et unione dei suoi principii.

En la correspondencia del embajador de Venecia, Nápoles viene descrita en una carta del 13 de julio de 1692, como “*un universo in fermento che sta resistendo strenuamente agli abusi perpetrati dal Tribunale del Sant'Ufficio e che trova viceré un alleato, interessato a difendere quei privilegi ottenuti già dai primi anni del vicereame e grazie ai quali si era riusciti finora a tenere lontano «l'obbrobrio della Inquisizione»*”.

Mientras el arzobispo Caracciolo cumplía las órdenes de Inocencio XII, el virrey exaltaba la supremacía del poder civil de la forma como lo habían venido haciendo sus predecesores: con impresionantes ceremonias sobre efemérides de figuras de la Monarquía compartida. En febrero de 1689 había muerto la esposa francesa Carlos II, Mariana Luisa de Orleans, sobrina de Luis XIV, encantadora princesa que supo acomodarse a las rigideces de la corte española y querer a su marido. La desolación del enamorado monarca movió su deseo de que los reinos tributasen deslumbrantes honras fúnebres. En Nápoles, los expertos recordaron ritos romanos y griegos en que los

caballeros de 4 escuadrones, presentes en lugares simbólicos de la ciudad, giraban sus lanzas apuntando al suelo y mostraban sus escudos vueltos del revés. Durante las exequias en la catedral, el virrey Benavides, permaneció toda la noche del 9 de mayo de 1689 en vigilia junto al túmulo. Al amanecer llegaron a la iglesia para celebrar la misa solemne, el arzobispo de Taranto, Francesco Pignatelli y el de Nápoles, Íñigo Caracciolo, acompañados de cuatro obispos; los de Gaeta, Capaccio, Castellammare y Acerra.

En Madrid el entristecido rey Carlos hubo de resignarse a buscar nueva esposa que asegurase la continuidad de la Monarquía, después de 10 años de carecer de heredero o heredera. La elección recayó en la princesa Mariana de Neoburgo, no tan agraciada como María Luisa. Las fiestas con este motivo no fueron tan extraordinarias. Con la desaparición de su sobrina, Luis XIV renovó su política de expansionismo al sur de los Pirineos y en Nápoles el fantasma de la guerra empezaba a hacer nueva aparición.

A finales de 1695, el duque de Medinaceli, que se encontraba en Roma de embajador, solicitó ser relevado de su cargo y obtuvo de la Corte el pasar a Nápoles como virrey. El marqués de Santiesteban del Puerto no había cumplido su tercer mandato, por lo que se vio algo sorprendido. Para tranquilizarlo, el rey le anunció que, a su retorno, sería hecho *grande* de España.

Concluye así un largo mandato con más luces que sombras. El historiador Domenico Parrino había dedicado a Benavides su singular contribución literaria a la Historia de la Monarquía. Por delicadeza, el libro termina con la llegada del marqués a Nápoles y nada dice sobre su gobierno.

Antonio Álvarez Osorio, X marqués de Astorga

1672-1675

Dos retratos de este virrey reflejan sus dos modos de ver la vida. El primero, tomado durante su estancia en Nápoles, presenta una mirada irónica, cómplice, esquiva. La austeridad castellana del atuendo se dulcifica con el cabello rubio, suelto y abundante. Es un semblante que encaja con su fama de mujeriego y de poco discreto en asuntos de Estado. En el segundo, mejor pintado, obra de Alonso Cano, el personaje es más viejo y mira de frente con cierta desconfianza, reflejo de quien ha gobernado muchos años en cargos nada fáciles. Parece orgulloso de unos “quevedos” que agrandan el tamaño de sus cansados ojos.

Antes de ser virrey de Nápoles, Antonio Pedro gobernó Orán durante ocho años, Valencia tres años en calidad de virrey, fue capitán general de los ejércitos en Cataluña, Navarra y Guipúzcoa, y embajador en Roma desde 1667 hasta 1672.

Su etapa napolitana cerraría el círculo de autoridad en tierras Mediterráneas. Después de Nápoles, pasó a formar parte del Consejo de Estado y ya no dejaría la Corte, salvo para misiones diplomáticas, algunas tan notorias como recibir en la frontera a la futura reina de España, la bella María Luisa de Orleans, ocasión que propició su nombramiento como mayordomo al llegar a Madrid.

favorecer la rama austríaca, por lo que el duque fue destinado inicialmente a cargos menos influyentes en asuntos de Estado, como el de capitán general de Costas y Galeras en Andalucía, cuando contaba 22 años y, poco después, le ofrecieron el mismo cargo en Nápoles.

Los duques de Medinaceli iniciaron su etapa romana el 3 de junio de 1687, al mismo tiempo que Francisco de Benavides era nombrado virrey de Nápoles. En el Vaticano se sucedían los papas, y una de las principales misiones de los embajadores era influir en su elección. Recién llegados, mostraron sus credenciales a Inocencio XI que reinaba desde 1676 imponiendo austeridad y aboliendo privilegios de la Iglesia. Había contribuido a la derrota de los turcos en Buda y Pest y resistía con éxito la animadversión de Luis XIV.

El duque de Medinaceli quiso congraciarse con tan exigente personaje devolviendo las calles de Roma que se había apropiado el embajador, marqués del Carpio. Sólo lo consiguió en parte, dada la tendencia de los duques a la ostentación palaciega y su declarada preferencia por las costumbres y moda francesas. En realidad, Luis Fernando engañaba a otros embajadores, ya que, en lo importante, que eran los cónclaves, fueron elegidos papas según los deseos de Madrid y Viena, frente a los de París y Londres.

Cuando murió Inocencio XI, en 1689, los cardenales tardaron en ponerse de acuerdo en nombrar un octogenario que no durase demasiado. El veneciano Pietro Ottoboni, aprovechó bien los tres años de vida que le quedaban para enriquecer a su familia, gastando parte de las economías de su predecesor. La mentalidad de Ottoboni estaba en las antípodas del rigorismo de su predecesor. Sólo se le parecía en negar la regalía galicana, algo que hizo con la bula *Intermultiplices*, compensada en parte nombrando cardenal al obispo de Beauvais. Precisamente esta concesión trajo problemas al duque de Medinaceli con el emperador de Austria, quien se quejó a la Corte española de que Medinaceli había aceptado a Beauvais sin exigir las contrapartidas habituales para la casa de Habsburgo. Lejos de inmutarse, Luis Fernando dejó que

siguiera en el aire su posición ambivalente, consciente de los enfrentamientos que se libraban en Madrid entre el ministro Oropesa y sus enemigos, el cardenal Portocarrero y el marqués de Leganés y sobre todo el poderoso Francisco Ronquillo, con quien Medinaceli había mantenido correspondencia cuando Ronquillo ocupaba la embajada de España en Londres.

Al morir el papa veneciano, un nuevo cónclave iniciaría el pontificado del napolitano Antonio Pignatelli, que había sido arzobispo de Nápoles con el marqués del Carpio. Solo se llegó a un acuerdo después de 5 meses de deliberaciones, un 12 de julio de 1691, y el resultado supuso un triunfo para Medinaceli. Partiendo de una postura claramente antifrancesa, Inocencio XII fue evolucionando en favor de las aspiraciones de Luis XIV, lo que culminaría con su apoyo a la candidatura de Felipe de Anjou al trono de España.

Esa misma evolución fue la que dirigía las preferencias del duque de Medinaceli. Después de la comentada favorable a Portugal, vendría su apoyo a la Reina Margarita de Neoburgo, que deseaba ver rey de España al príncipe Luis Fernando de Baviera (la opción alemana); más tarde optaría por el archiduque Carlos, heredero del emperador Leopoldo I, y finalmente se inclinó por el nieto de Luis XIV.

Detrás de estas tendencias sucesorias, lo que se trataba de evitar eran las temibles consecuencias de los tratados que las potencias europeas firmaban, a espaldas de la corte de Madrid, para lograr una paz en el continente repartiendo los extensísimos reinos de la Monarquía.

El primero fue el firmado en Dover, ya en 1670, entre Luis XIV y Carlos II de Inglaterra. Consistía en que el rey inglés se convertiría al catolicismo para poder reinar en los dominios españoles que le correspondieran, a cambio de ayudar a Francia en la destrucción de Holanda y facilitar el dominio francés en los Países Bajos. La idea era tan peregrina, que se mantuvo en secreto, mientras no se recogieran los frutos. Y éstos nunca llegaron, porque Holanda no pudo ser vencida.

El segundo fue el firmado en la Haya, en octubre de 1698 ya con la presencia de Holanda añadida a los firmantes del de Dover. En este acuerdo de reparto, Francia se adueñaba tranquilamente de Sicilia y Nápoles. Al emperador Leopoldo de Austria los firmantes imaginaban poder contentarlo con el ducado de Milán, y Alemania se apropiaba el imperio español, en la persona de José Fernando de Baviera (en reconocimiento a que había sido nombrado heredero por Carlos II, complaciendo a su esposa María Anna de Neoburgo). Tampoco esta componenda duró mucho, porque José Fernando murió a los pocos meses, dando lugar a murmuraciones sobre la causa de tan relevante suceso.

El tercer tratado de reparto se firmó en Londres, sustituyendo al príncipe bávaro por el hijo del emperador Leopoldo (el archiduque Carlos) en consonancia con los cambios en el testamento del rey de España. Francia se preocupaba de anexionarse Saboya, Niza, Milán, y el País Vasco, y dejaba Sicilia y Nápoles para Víctor Amadeo.

Aunque en teoría estos pactos eran secretos, los espías y embajadores estaban al corriente de cada intriga, y nadie mejor que los acreditados ante El Vaticano. En los 2 años que median entre los dos tratados de partición, el duque de Medinaceli pasa de seguir los acontecimientos en Roma a mantenerse al corriente desde su cargo en el reino de Nápoles.

En Madrid, el paréntesis sucesorio supuso la caída del ministro Oropesa con la excusa de una falta de pan en los mercados. En realidad, el Consejo Real tomaba conciencia de la gravedad de los pactos y el peligro de una Francia descuidada ya de Europa y dispuesta a ampliar sus posesiones americanas. Sale a escena la figura del cardenal Portocarrero, que había sido virrey de Sicilia, quien, junto con el marqués de Leganés, el conde de Monterrey y el consejero Francisco Ronquillo, conciben un audaz cambio en política exterior: “unirse a quien era imposible derrotar”. Para ello fue preciso eliminar la influencia del confesor del enfermo Carlos II y tener acceso en solitario a la real Cámara. Portocarrero consigue ambas cosas y logra persuadir al rey de que la patria

es más importante que la familia.

Carlos II, al aceptar cambiar el heredero austríaco por uno francés, tomó la decisión más inteligente y trascendental de su reinado. Sorprendió a toda Europa y convirtió en papel mojado los tratados de partición. La mejor prueba de la sabiduría de esta decisión fue que perjudicó a todos los firmantes. El más indignado fue el propio Luis XIV, quien se vio de pronto obligado a defender a su secular enemigo España y ofender, sin quererlo, a sus nuevos amigos británicos, holandeses y austríacos.

Con esta novedad, los duques de Medinaceli viajaron a Nápoles acompañados de su numeroso séquito. Entre las personas que lo componían había una que merece un recuerdo anecdótico, de esos que hacen atrayente *la petite histoire*. Me refiero a la bella cantante de nombre Angela Voglia, la “Giorgina”, cuyas aventuras son rememoradas en un opúsculo del escritor decimonónico Alessandro Ademollo.

Los progresos melódicos en la música italiana habían encumbrado a cantantes masculinos y femeninos que adquirirían grande notoriedad. Los palacios cedían repertorio de comedias en beneficio de óperas y de ballets. Lo mismo ocurría con los teatros. El duque de Medinaceli había erigido uno muy amplio, al estilo romano, enfrente de la embajada, con planos del arquitecto Cristoforo Schor, capaz para albergar nutridas orquestas y multitud de cantantes. En las noches romanas, grandes iluminarias hacían posible el espectáculo. No agradaban estas representaciones al Papa, ya olvidado de que Luis Fernando le había devuelto las calles adyacentes. El púdico Inocencio X prohibió a las mujeres aparecer en escenarios, lo que obligaba a que sus papeles fueran representados por hombres vestidos de mujer. Aquello dio una oportunidad a los *castrati*, pero suponía la ruina y desaparición de muchas cantantes. Dada su popularidad, algunas seguían siendo invitadas a fiestas privadas, algo que indignó al pontífice al extremo de pretender expulsarlas de Roma si no se recluían en un convento. Angela Voglia buscó refugio en el palacio de la reina Cristina de Suecia, buena

amiga suya.

Vivía también en Roma, la princesa de los Ursinos, Anna de la Tremouille, protegida del cardenal Portocarrero y viuda, ya hacía tiempo, de Flavio Orsini. Queriendo dar realce a una invitación en su palacio, Anna pidió a la reina Cristina que asistiese con Angela, segura de el interés que seguía despertando la joven cantante. Allí la conocieron los duques. Luis Fernando quedó impresionado por su belleza del mismo modo que, antes que él, el virrey marqués de Astorga había registrado la inmediatez estética de otra cantante: Giulia di Caro.

Cuando murió Cristina, en abril de 1689, Ángela quedó a disposición del cardenal Decio Azzolino, confidente de la reina, el cual logró custodiarla en un conservatorio, en contra de los esfuerzos, comprensibles, de la madre de la cantante. En agosto moría el austero pontífice, y los duques de Medinaceli acogieron a Angela en la embajada española, lejos de la jurisdicción italiana, con gran enojo del duque de Mantua, que había esperado pacientemente a invitarla a residir en su corte.

El 28 de febrero de 1690, los embajadores de España pusieron en cartel una ópera titulada *La caída del reino de las Amazonas* en el palacio Colonna, donde Ángela volvía a brillar. Las consideraciones y evidente cariño de la embajadora española con la cantante protegida no lograban acallar del todo la maledicencia que transmitían otros embajadores en sus despachos. Que, además, toda la familia de Ángela se trasladase a Nápoles en 1696 con los nuevos virreyes no favoreció en nada la reputación de Luis Fernando de la Cerda, ni la de su mujer María de las Nieves Téllez de Girón.

Los napolitanos pronto supieron que el padre de Ángela había sido tendero de pescado y que su padrastro, cuando quedó huérfana, se llamaba Carlo Giorgini, por lo que, en su infancia, Ángela era conocida como *la Giorgina*. En la ciudad se recordaban el enamoramiento del rey Alfonso V de Aragón por Lucrecia d'Alamo o la pasión del virrey Ramón de Cardona por Leonora Brogna, la *Brogna*. El escándalo subió de punto cuando, en septiembre de 1698, los virreyes propiciaron la

boda de una hermana de Giorgina, Bárbara, con Bartolomé de lo Spechio, y los nombraron inmediatamente gobernadores de Orbetello.

Es difícil en esta historia no advertir una vertiente vengativa, incrementada por el desdén de los duques de Medinaceli hacia la opinión pública, una conducta ya conocida en Roma y resentida por los pontífices. No les importó ser acusados de vestir a la francesa, cuando Luis XIV transgredía los tratados de paz. Tampoco en ser dados a fiestas exorbitantes, carnavales costosísimos y sospechosas reuniones filosóficas, con un papa tan contrario a estas manifestaciones como Inocencio X. En Nápoles siguieron gastando recursos en embellecer y agrandar el teatro de San Bartolomé y hacer venir de Roma a toda la Compañía de Magdalena Musi, hasta entonces adscrita a la corte del duque de Mantua, rival de Luis Fernando. La crónica de Gianonne tal vez exagera algo diciendo que “las funciones en el San Bartolomé oscurecían la fama de los teatros de Venecia y de otras ciudades de Italia”.

Un obstáculo donde tropezaban repetidamente los duques era el riguroso protocolo español, que exigía postergar a personas como Giorgina y su familia en las celebraciones y ceremonias, un protocolo que los virreyes se empeñaban en ignorar, generando agravios en damas y caballeros de la nobleza.

La enfermedad de Carlos II dio lugar a actos religiosos donde se impetraba la providencia divina. El temor a una cesión de los reinos de Nápoles y Sicilia a Francia hacía más numerosa la asistencia que lo había sido en ocasiones semejantes del pasado. Por eso, cuando se supo la recuperación del rey, hubo grandes fiestas en las calles y acciones de gracias en las iglesias. Pietro Gianonne menciona que, para conmemorar la mejoría en su salud, se acuñaron monedas en 1697 que mostraban en una cara el águila imperial sosteniendo en sus garras los escudos de la Corona, y en la otra cara: la efigie del rey con la leyenda *Reviviscit*.

Como otros virreyes, también Luis Fernando de la Cerda quiso dejar huella urbanística en la ciudad, y lo hizo creando

una avenida poblada de grandes árboles y varias fuentes, que se extendía a lo largo de la playa de Chiaia.

Comparando su actuación en la protección de la música, la literatura (y las artes en general) con la de su predecesor, Francisco de Benavides, dice Gianonne, que, con ser muy importante el impulso dado por aquel, Luis Fernando de la Cerda llegó a superarlo.

Los últimos meses del gobierno del duque estuvieron nublados por un problema financiero que sobrevino a la banca de la Annunziata, aunque en los ambientes literarios su patronazgo se seguía viviendo con agradecimiento. Adecuó unas estancias del Palacio Real para alojar su nueva *Accademia Palatina*, frecuentada por el propio Pietro Giannone, tan citado en este libro, o los filósofos Giambattista Vico y el genovés Paolo Mattia Doria. El matemático Giacinto Cristophoro, perseguido en el proceso de los ateístas, fue protegido por el duque y pudo publicar *De constructione aequationum libellum*, una obra elogiada por Leibniz. Otros asistentes a la Academia fueron Giuseppe Valletta, Constantino Grimaldi, el matemático Antonio Monforte y el jurista Niccolò Caravita. Este último autor, amigo personal del duque, escribió un tratado contra la Inquisición del Vaticano que fue incluido en el Índice de libros prohibidos. Puede decirse que la crítica de los jansenistas a la Contrarreforma propugnada por los jesuitas tuvo su origen en la Nápoles de finales del siglo XVII.

Tan cultas reuniones no lograban hacer desaparecer las aprensiones políticas que despertaban los pactos *secretos*, porque afectaban directamente al reino de Nápoles y al de Sicilia. La versión de Gianonne sobre la razón de Estado superando todas otras consideraciones en la última voluntad de Carlos II queda expuesta así:

Ma quel re intanto, accertatosi di questa sua deliberazione di non accetar divisone alcuna, cominzio i suoi negoziati co' i Grandi della corte de Spagna, i quali fi facile portargeli al suo disegno, mostrando loro che

non men per giustizia cheper proprio interesse dovevano insinuare al loro re d'innalzare al trono Filippo duca d'Angio secondogenito del Delfino; poichè in niun altro poteano sperare che si fosse mantenuta salda e intera la loro monarchia, che nella costui persona, la quale assitita dalle sue potenti e formidabili armi, avrebbe potuto reprimere gli sforzi di tutti coloro che tentassero oltraggiarla, o in modo alcuno partirla.

Y llegó el momento temido: el lunes 1 de noviembre de 1700 moría Carlos II en el real Alcázar de Madrid. El martes, su cadáver fue embalsamado y el miércoles expuesto en la misma cámara de palacio donde había nacido. De allí fue trasladado al panteón de El Escorial. Desdeñando consideraciones de tipo ibérico, Gianonne hace un elogio de las leyes y pragmáticas que Carlos II otorgó a Nápoles a lo largo de su reinado.

La noticia de la aceptación del reino de España por el duque de Anjou conmocionó sobre todo al emperador Leopoldo I, quien se propuso imponer en el trono a su hijo el archiduque Carlos, con la ayuda de Holanda, Inglaterra, Portugal y Saboya. Se formó una alianza que declaró la guerra a Francia y España en 1701. El duque de Medinaceli trató de aprovechar la lealtad de los napolitanos a los reyes de España haciéndoles ver que la elección del nieto de Luis XIV era la *voluntad de su rey*, a quien debían respeto y obediencia. Pero la idea de depender de un monarca francés no convencía. Al contrario, muchos sentían que la lealtad debida lo era, no hacia el rey, sino con la *dinastía* de los Habsburgo.

Ello explica el intento de asesinato del virrey Medinaceli en septiembre de 1701. Como el inspirador parecía ser el príncipe de Macchia, Gaetano Gambacorta, la conjura recibió su nombre, equivocadamente, pues en aquellas fechas Gaetano estaba destinado en Barcelona. Los verdaderos impulsores, con el apoyo de Viena, eran Carlo di Sangro, marqués de San Lucido, Francesco Spinelli, duque de Castellucia, Gaetano Caetani, duque de Sermoneta, Cesare d'Avalos, marqués del Vasto, y, sobre todo: Tiberio Carafa, príncipe de Chiusiano.

En mayo de 1701 se había presentado en Viena una delegación de estos nobles, encabezada por Giuseppe Capece, marqués de Rofrano, que manifestaba su oposición a un rey francés y pedía apoyo al emperador Leopoldo. Volvieron creyendo unas promesas que no fueron cumplidas. Por esa razón, la revuelta fracasó, después de una victoria parcial, al rendirse el fuerte de Castel Capuano. Dice Giuseppe Galeasso, que, al enterarse el virrey, salió del palacio en coche descubierto para recorrer las calles escuchando reclamaciones de pobres mujeres, y comprobando que los insurgentes carecían de apoyo popular. Por su parte, el marqués de Ávalos se dirigió a los barrios más rebeldes durante los sucesos de 1647 y 1648, y los vio tranquilos. Seguro de no provocar una insurrección general, el duque de Medinaceli ordenó sofocar la revuelta, lo cual consiguió sin una baja y quince expresidarios rebeldes muertos. No había lugar para una represión generalizada, puesto que los disturbios habían sido muy limitados.

Los autores de la conjura se refugiaron a Austria, excepto Giuseppe Capece, que fue alcanzado por un disparo mientras huía, y Carlo di Sangro, que fue hecho prisionero y sometido a juicio. El virrey no perdonó la ofensa y di Sangro fue condenado a muerte y ejecutado.

La noticia de esta ejecución fue mal recibida en Madrid. El rey tenía previsto visitar Nápoles y la muerte del marqués de Lucido era cuando menos, inoportuna. Para tratar de borrar su recuerdo, el Consejo de Italia recomendó cesar al duque de Medinaceli y nombrar en su lugar a Juan Manuel Fernández Pacheco, duque de Escalona. El hecho de que Pacheco sólo había cumplido medio año de gobierno en Sicilia, con total satisfacción de los sicilianos, refuerza la idea de que el cambio se debió a querer en Nápoles alguien del antiguo régimen y favorable Felipe V.

Escalona fue advertido de ponerse inmediatamente en la vía de Nápoles y abandonó Palermo el 7 de febrero de 1702 *circa le ore ventidue e mezza.*, según el Diario de Antonino Mongitore, La despedida de los duques de Medinaceli fue

espectacular. Gianonne estimaba en 120 personas las que se embarcaron. Entre ellas no faltaba la bella cantante Angela Voglia.

Tanto el duque como su amiga, después de muchos años de vida tranquila en España protegidos por la princesa de los Ursinos, acabaron internados por la fuerza en el Alcázar de Segovia. Luis Fernando murió en una prisión de Pamplona, tras hacer huelga de hambre. Ángela pudo regresar a Italia, y la duquesa de Medinaceli pasó sus últimos años en el convento de San Francisco de Madrid, donde murió en 1732.

El motivo del inesperado proceso y condena de persona tan importante en la corte de Felipe V como su consejero Luis Fernando de La Cerda no se pudo conocer, porque el rey quiso que fuese secreto y así se mantuvo. La versión más conocida es la del sardo Vincenzo Bacallar y Sanna:

El rey Felipe había puestos los negocios extranjeros en manos del duque de Medinaceli...con gran secreto habían los holandeses ajustado otro (tratado)...que ofrecía cuanto la Holanda apeteciese, aunque fuera toda la Flandes española y darles el comercio de Indias, como se apartasen de la Liga y volviesen a reconocer al rey Felipe...la Francia ofreció en rehenes cuatro plazas...el duque no tenía conocimientos (espías) en las cortes de Viena y Londres, pero se valía del marqués de Ranucini, ministro del gran duque de Toscana, que estaba en Londres cuando se ofrecía algún negocio...hombre muy avisado y capaz.. su genio era austríaco...con este hombre contaba el .duque de Medinaceli...no sin noticia del rey Felipe, a quien persuadía de que todo se enderezaba a su utilidad. Juzgar de la intención es difícil, lo cierto es que por medio (culpa) del dicho Ranucini descubrió el duque el secreto a los ingleses...Aunque haya sido la intención la más sana, el delito de descubrir, sin permiso del rey, tan gran negociado no se puede disculpar. El rey Cristianísimo interceptó unas cartas que pasaban a Holanda desde Madrid y puesto todo en noticia del rey Felipe, mandó este prender al duque en su propio Real Palacio, enviándole a la secretaría del

marqués de Grimaldo (Ronquillo) que estaba del todo advertido, donde le prendió don Juan de Idiáquez, sargento mayor de las Guardias, y entregándole a don Patricio Laules, fue llevado al Alcázar de Segovia sin criado alguno, hasta que consiguió el duque de Osuna se permitiese a uno de los suyos.

La caída en desgracia del duque de Medinaceli, pasando en menos de 24 horas de gozar de la mayor confianza del monarca a encontrarse recluso en prisión lejos de la Corte, se añade a tantos otros casos semejantes, donde la volubilidad de la Fortuna se muestra eligiendo sus protagonistas allí donde los contrastes entre auge, riquezas y honores frente a soledad, encierro e ignominia son más elocuentes.

Juan Fernández Pacheco, duque de Escalona

1702-1707

El octavo duque de Escalona y marqués de Villena había sido nombrado virrey de Nápoles en un intento de Madrid por borrar la mala imagen que el duque de Medinaceli se había echado encima, como consecuencia de su interés exclusivo en rodearse de artistas, músicos, filósofos, historiadores, y, sobre todo, cantantes de ópera. Todo ello acompañado de su poca consideración con la nobleza local y con la aristocracia del dinero. A punto estuvo de ser asesinado. En su autodefensa, Luis Fernando de la Cerda, argumentaba que el pueblo de Nápoles detestaba a los franceses desde siempre, por lo que su descontento tenía difícil remedio, aunque comprendía que, para salvar la unidad del Imperio, la elección del duque de Anjou era el mal menor.

En Madrid, sin embargo, el rey Felipe se había hecho popular en poco tiempo, debido, en parte, a su naturalidad innata y su poco interés en llegar a ser rey de Francia algún día. El Consejo de Italia recomendó que se personase en Nápoles para demostrar afecto por un reino que siempre había sido fiel al *rey de España*.

En Nápoles, Juan Manuel Fernández Pacheco se puso a la obra de preparar la visita según los acostumbrados parabienes, que en esta ocasión consistían en reunir a 20 obispos, 3 cardenales, y los magistrados y síndicos de la

ciudad, amén de los principales miembros de la nobleza. El Vaticano envió como legado suyo de bienvenida al cardenal Carlo Barberini, conocido partidario de la Corona francesa.

Advertido el virrey de que el príncipe de Montesarchio no se recataba en mostrarse dubitativo sobre la legitimidad del rey Felipe, creyó oportuno halagarle haciendo que, durante la visita, Felipe V le concediese el título de *grande de España*. Aquello, aunque suavizó la postura de Andrea d'Avalos, fue ocasión de agravio a otros barones que se consideraban más leales a la Corona, en especial a Mariano Caracciolo, príncipe de d'Avelino.

El viaje real se inició el 8 de abril de 1702 en Barcelona, donde fue bien recibido por la *Generalitat* y el Consejo *del Cent*. Tras despedirse de María Gabriela, con quien se acababa de casar, el rey fue alojado en el galeón *Foudroyant*, prestado por Luis XIV con bandera española, y protegido por una escuadra de acompañamiento que mandaba el almirante francés Víctor María d'Estrées. La travesía se desarrolló sin complicaciones y Felipe V llegó a Ischia el día 16. Esperó varios a bordo hasta hacer su entrada oficial el 29 de ese mismo mes. Dice Antonio Cubilla, cronista del viaje, *que Su Magestad estaba vestido a la moda de color de fuego, y llevaba los Collares del Toyson y Sancti-Spiritus, y en el sombrero el diamante y la perla Peregrina*.

Pese a lo espectacular de la recepción, el rey advirtió con pena que los españoles de Nápoles no lo querían, y así se lo hizo saber por carta a su abuelo, después de pasar casi un mes en la capital del Reino. Luis XIV contestó diciendo que veía comprensible el desencanto de los españoles, ya que perdían su posición en el entramado social de los Habsburgo. Recomendaba tranquilidad y paciencia.

Era el duque de Escalona uno de los hombres más sabios en ciencia y letras con que podía contar el rey, lo cual no lo hacía necesariamente idóneo para gobernar, y menos aún, para el arte de la guerra. Quedó esto demostrado durante los años en que ejerció como virrey de Cataluña, en las

postrimerías del reinado de Carlos II, cuando España sufría una guerra injusta por parte de Francia.

El duque de Escalona hubo de hacer frente a un ejército de 20.000 infantes y 5.000 de caballería, mandados por el mariscal de Noailles, que se proponía tomar la plaza de Gerona. Los contendientes se encontraban en orillas opuestas de río Ter. El 27 de mayo de 1698 un regimiento francés, a la altura de Torroella de Montgrí, vadeó el río inadvertidamente, por la intensa niebla, y sorprendió a gran parte del ejército español, sin darle tiempo a organizarse. La desbandada supuso una derrota ignominiosa para el virrey, que ostentaba el cargo de Capitán General.

Eso había ocurrido cuatro años antes. En 1702, el duque de Escalona se esforzaba en demostrar lealtad a su nuevo rey. En la ciudad de Nápoles algunos se extrañaban de las escasas medidas de seguridad que rodeaban la presencia del monarca. Los príncipes de Petaña y Trebisacia llegaron a comentar lo fácil que sería un regicidio que asombraría al mundo. El secretario del embajador de Venecia, de nombre Budiani, que estaba presente, tomó estas conversaciones al pie de la letra y las hizo saber al boloñés Giuseppe Pepoli, quien informó directamente al Rey. Felipe V llamó a Escalona y le dijo que esperase a su partida antes de hacer averiguaciones sobre los tres barones mencionados por Pepoli. El virrey creyó las disculpas de Pestaña, pero desterró a Trebisacia y al mensajero Budiani.

La salida del puerto del nuevo monarca fue mucho más espectacular que su llegada. A los seis navíos de Estrées, se unieron cuatro de la escuadra de Nápoles, tres de Génova, tres de Sicilia, y cuatro del gran duque de Toscana. En Liorna, donde fue agasajado por los Medici, se añadieron otras cinco napolitanas, sumando una flota de 22 barcos de guerra. Desembarcó en Finale y Felipe V llegó a Milán el 18 de junio de 1702, donde hizo triunfal entrada antes de visitar las tropas que luchaban contra el Emperador.

En Nápoles quedaba el duque de Escalona, fortificado por las noticias de Italia. Con el fin de ganarse al pueblo eliminó la

gleba de la harina y redujo otros impuestos. El pueblo respondió con afecto, no así la nobleza, desvalida ante un virrey *que se entretenía más con los libros que en los negocios*, en frase del marqués de San Felipe. Acudieron a Madrid en 1703, el duque de Monteleone y el príncipe D'Avelino, con la esperanza, fallida allí, de ser reconocidos grandes de España en igualdad con el príncipe de Montesarchio. Con estos desdenes, la conjura de broma pasó a tomar visos de realidad, en espera de una ocasión oportuna.

El gobierno del duque de Escalona puede decirse que fue demasiado moderno para la época. Lejos quedaban las ostentaciones de poder de los Austrias, sus patronazgos y desvelos urbanísticos. En su lugar, gobernaba un político introvertido, poco dado a conceder audiencias y a halagar a la plutocracia del Reino.

Los años 1704 a 1706 no han dejado constancia de acontecimientos importantes en Nápoles, según criterios de guerra europea, lo que supone un crédito favorable al duque de Escalona, aunque algunos comentaristas lo achacan a desinterés por parte de las tropas imperiales, centradas en sus batallas al Norte de Italia.

En Toledo, el cardenal Portocarrero, que había sido verdugo político del conde de Oropesa, acusándolo de tibio en su entusiasmo por los Anjou, se sentía desterrado y veía olvidado su papel de protagonista del cambio dinástico. Cuando el archiduque Carlos fue reconocido como rey en la imperial ciudad, Portocarrero, sorprendentemente, entonó un *Te Deum* de acción de gracias en la catedral y obsequió a sus oficiales con un banquete en el palacio episcopal. La reina María Anna de Neoburgo, que también estaba en Toledo, quiso revivir tiempos pasados y asumió una regencia que duró poco. Felipe V, mandó a duque de Osuna (y una nutrida guardia) a hacerse cargo de ella y trasladarla a Bayona, con la promesa de que sería bien acogida en Francia.

En 1707 los imperiales creyeron llegado el momento de pasar a la acción en el Sur de Italia. Al igual que el duque de Guisa, creían contar con la aprobación mayoritaria de la

nobleza y la anuencia del Pueblo. La diferencia con Enrique de Lorena es que los napolitanos sí que preferían los Habsburgo a los Anjou, como se pudo ver tan pronto hubo ocasión de ello.

El 26 de junio, un ejército austríaco atravesó los estados pontificios y se presentó frente a las plazas de Sora y Piedimonte San Germano, que ocuparon sin dificultad. La frontera estaba encomendada Fernando de Vera, conde de la Roca, quien, de acuerdo con los coroneles de sus regimientos, decidió no ofrecer resistencia a los invasores, para proteger a la población. Mandaba las tropas imperiales (poco numerosas pues no llegaban a 10.000 hombres) Ulrico Felipe von Daun. El virrey Escalona, que temía esta invasión, había concentrado en Gaeta la defensa del reino, al ser la primera plaza fuerte en el camino hacia el Sur, pero advertido Ulrico de ello, desdeñó esta ciudad y se dirigió a la capital. El conde de la Roca informó al virrey del avance consentido, alegando que lo importante era defender la capital. Escalona, disgustado, lo mandó a proteger Capua, en la provincia de Caserta, que estaba gobernada por el marqués de Fera. La razón de esta orden era que el virrey había mandado salir de Capua a la guarnición española, con su capitán Rodrigo Correa y la ciudadela estaba desprovista de cañones, munición y víveres suficientes.

Enterado Ulrico de que Capua estaba desguarnecida, mandó a que la tomase el regimiento del coronel Daun von Waubon, quien se apoderó del puente sobre el río Vulturno y advirtió que habían llegado el socorro de dos compañías de caballería, por lo que desistió del intento y se retiró a la villa de Teano. Los capuanos, temiendo el saqueo de los mercenarios alemanes, clamaban por la rendición, por lo que los defensores se encerraron en el castillo. En vista de la tardanza de Waubon en tomar la plaza, Ulrico se presentó en Capua y fijó baterías de artillería para bombardear el fuerte. Los sitiados carecían de víveres para más de una semana, por lo que después de deliberar, se rindieron.

La siguiente plaza que pasó a poder austríaco, sin un solo tiro, fue Caserta. A partir de entonces todo el reino de Nápoles,

menos la capital y Gaeta, ya había jurado fidelidad al archiduque Carlos. Trató el virrey de convencer a los Saggi para organizar la defensa y pudo comprobar, con desmayo, que se negaban a contrariar el sentir de la población, favorable al archiduque. Un último intento de amenaza de arresto y juicio, dirigida contra Lucca Puoti, electo del Pueblo, no sirvió de nada. Los demás electos ofrecieron una tardía ayuda de 44.000 ducados.

Salió Escalona a caballo por las calles y pudo comprobar que el pueblo de Nápoles empezaba a ansiar la llegada de los austríacos. Sin valor para mantenerse en su puesto, el duque de Escalona decidió abandonar la capital y hacerse fuerte en Gaeta. Preocupaba el ánimo del virrey la difícil explicación ante Felipe V de cómo el reino de Nápoles se había perdido frente a un pequeño ejército de alemanes. Con la excusa de que volvería, ordenó al capitán Rodrigo de Correa que defendiese el castillo de San Telmo, y a Manuel de Borda el de Castel Novo. Dejó encargado de Castel Ovo a Antonio Carreras. (El fuerte del Carmen carecía de armamento y municiones, por haber ordenado el virrey trasladarlo todo ello a Gaeta). Preguntado por los capitanes sobre qué actitud tomar si el pueblo se rebelaba, contestó que disparasen los cañones para amedrentarlo. A tal extremo había llegado la irritación del ponderado duque contra todos los napolitanos, si bien los capitanes españoles se pusieron de acuerdo en que no harían tal cosa.

Ya casi sin tiempo, el duque de Escalona se dedicó a salvar a cuantos ministros, familias y enseres valiosos cupiesen en las galeras del almirante Tursi. Se sabe que embarcaron varias damas, entre ellas: la condesa de Egmont y la de San Esteban de Gormaz, nuera del virrey. Acompañaban al virrey, los oficiales de la guardia Real, el duque de Bisacia, el príncipe de Chelamar, y el general de artillería Horacio Copula.

También pasaron a Gaeta autoridades del Reino como don Alonso Pérez de Araciel, presidente del Consejo de Santa Clara; don Gregorio Mercado, regente del Colateral; y jueces y oficiales españoles como don Pedro Mesones, don Ambrosio

Bernal, don Miguel Losada, don Luis Alarcón, don José Bustamante, don Gonzalo Machado, don Bartolomé Sierra, el marqués de San Egidio, don Jerónimo Pardo, y don Francisco Milán. De los ministros napolitanos sólo uno siguió al virrey, que fue don Francisco Carnicala. Los ministros de origen aragonés o valenciano prefirieron quedarse, de manera que en Nápoles se reproducía la misma división que había causado la guerra civil en la Península ibérica.

En cuanto a la nobleza napolitana, el propio príncipe de Montesarchio (el mismo que había sido hecho grande de España por Felipe V durante su visita) el duque de Monteleone y los príncipes de D'Avelino y Cariati, enviaron despachos urgentes a Ulrico von Daun, asegurándole que el reino aceptaba las razones de legitimidad a favor del archiduque y prometería obediencia al virrey que designase el Emperador. La elección de Leopoldo I había recaído en Jorge Adam, conde de Martinitz, que viajaba con el ejército austríaco y ya había sido reconocido como tal virrey en San Germano.

Animados por tan favorable acogida, los mercenarios alemanes del duque de Telesia (y sus acompañantes familiares o no) descendieron hasta situarse a las puertas de Nápoles, en Aversa, con la intención de interceptar la salida del virrey.

El 6 de julio de 1707 abandonaba el puerto la flota del duque de Tursis. Al día siguiente la capital abría sus puertas al conde de Martinitz, precedido por 600 hombres de caballería y en la retaguardia los 2.000 caballos del general napolitano Tiberio Carafa, que había salido a recibirlo. En sus *Comentarios*, el marqués de San Felipe describe la acogida del Pueblo del siguiente modo:

Renovó el pueblo su alegría, y las mujeres tejían coronas de flores a los soldados y les ofrecían al tiempo de pasar frutas y dulces con grandes vasos de vino, no despreciados. Apeóse Martinitz en la catedral para venerar las reliquias de San Jenaro, aunque más era por lisonjear al pueblo que por devoción, porque la tiene particular a este Santo aquella ciudad y todo el reino.

Teníasele al virrey prevenido su hospedaje en casa del príncipe de San Severo, a donde pasó desde la iglesia. Los que fueron en la primera conjura rebeldes y estaban fuera del reino, volvieron a él, y excitaban a la plebe a incesantes aclamaciones. Estos eran el duque de Telesia, el marqués de Rofrano y el príncipe de Chusan; seguía innumerable pueblo, y llegando a la plaza de los Jesuitas, donde había una hermosa estatua del Rey Felipe a caballo, que estaba puesta desde el año de 1702, la acometió la plebe por influjo de Telesia, y aun siendo de bronce, la hicieron, con mazos y martillos, pedazos; con sacrílega insolencia herían con las espadas la cara, y no pudiendo deshacer la imagen, la mancharon con tinta... Luego se aplicó la plebe a saquear las casas de los mercaderes franceses, no con gran logro, porque habían reservado lo más precioso.

A continuación, recuerda Vincenzo Bacallar y Sanna que otro 7 de julio, el de 1495, Fernando II de Aragón había expulsado a los franceses del reino, entronizando a los virreyes de origen español. Y añade que un 7 de julio se consagraron las cenizas de Genaro, santo protector de la ciudad.

Los castillos cuya defensa había ordenado el duque de Escalona antes de partir, tras discusiones con los militares alemanes, acabaron capitulando sin lucha.

El duque de Escalona fue hecho prisionero en Gaeta por un regimiento enviado por el cardenal Grimaldi, cuyo coronel era Nicolás Caracciolo, y trasladado después a Viena, donde permaneció cautivo tres años.

Durante todo el mes de julio la ciudad de Nápoles vivió días de gloria, contenta de haber sido dueña de su destino y de haber unido al Pueblo con la Iglesia y con la Nobleza en su adhesión al nuevo virrey. Solo parecía no estar muy de acuerdo el Vesubio:

En estos mismos días se cubrió Nápoles de ceniza y de tan espesas sombras, que se atemorizaron los alemanes, y duró tanto, que el día último de julio, en que se hizo la

solemne aclamación, fue uno de los más horrendos. Vomitó ríos de betún el Vesubio y se oyeron formidables estruendos por más de cien millas en contorno. Caían del cielo piedras, elevadas de la violencia del fuego, y después llovió agua de color de sangre. Desde el año de 31 del pasado siglo no se había visto más sañudo ni más horrible el monte. Sacáronse las reliquias de San Jenaro, y venerándolas se desmayó Martinitz, aturdido de aquella que para él era la más formidable novedad; pidió que le sacasen de Nápoles; confortóle el arzobispo diciendo eran solos efectos del monte, que respiraba. Esto tomaron muchos por infausto agüero...

Bibliografía

Siglo XVI

1. GONZALO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, DUQUE DE SESSA

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico e Político de' Governi de Viceré del Regno di Nápoli, del tempo del Re Ferninado Il Cattolico fin' all' anno 1687, regnando la fel. Mem di Carlo Secondo*, Napoli, 1730, Per Francesco Ricciardo. Pp. 3-46
- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Nápoli*, Napoli. Stamperia Giovanni Gravier, 1770, Libro XXX, cap I, pp.481-
- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 27-41
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. .1967. pp. 7-13.
- GIOVIO, PABLO, *Vida y Chronica de Gonsalo Hernades de Cordoba por sobrenombre el Gran Capitán*. Trad. Pedro Blas Torrellas. Amberes. Ed Gerardo Spelmano. 1555
- GENOVES AMORÓS, VICENTE; *La Triste Reina de Nápoles, hermana del Rey Católico*. Colecciones Historia, pp. 47-53.
- GUICCIARDINI, FRANCESCO; *Storia d' Italia 1518-1540*. Florencia. 1561 vol. 13.
- CANTALICIO, ; *Gosalvia*
- NUOVO, ISABELA: *Il mito del Gran Capitano*, ed. Palomar. Bari 2003 pp. 98 y siguientes
- LALLI, GIAMBATTISTA; *La Franciade*, Foligno 1569. Torino 1927, Canto II, pp. 172-181

2. JUAN DE ARAGÓN, CONDE DE RIBARGORZA

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.* pp. 46-52 CONIGLIO
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. .1967. pp. 7-13.
- RUIZ MARTIN, F.; *La expulsión de los judíos del Reino de Nápoles*, en Hispania IX 1949, pp. 28-76, pp.179-240
- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 42-49
- REGLÁ CAMPISTOL, JEAN; *Els virreis de Catalunya: els segles XVI i XVII*, Barcelona, Vicens Vives, 1961
- FARGAS PEÑARROCHA, MARIELA; *Aragón, Juan de, Conde de Ribargorza (II) y Duque de Luna (I)* en Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia <http://dbe.rah.es/Biografias/10005/>

3. RIAMONDO DE CARDONA, CONDE DE ABENTO

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.* pp. 57-78
- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Nápoli*, Napoli. Stamperia Giovanni Gravier, 1770, Libro XXXI, cap I, pp. .547-
- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, *Historia Cronologica delli signori vicerè de Sicilia, Palermo, Cam della S.S.Inqui. e Ilustre Senato*, 1697, p. 27
- BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA; *Storia Coronologica dei Vicerè, Lougoteneti e Presidenti del Regno di Sicilia*, Palermo. Stamperia Oreetea, Lib. II Cap. XXII pp. 139-141
- CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; *Memorie Istoriche di quanto è accaduto in Sicilia del tempo de suoi primieri abitatori sino alla coronazione del re Vittorio Amadeo*. Ed. Stamperia de Antonio Gramigani. Palermo. 1740, Terza Parte, Vol. I Lib. VI pp. 111-112
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. .1967. pp. 16-18. Y 27-30
- FRITZ, P. MICAHÉL ; *Giulio Romano et Raphael, La vice-reine de Naples ou la renaissance d'une beauté mythique*
- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 50-64

PETRARCA, VALERIO; *Cardona, Giorgio Raimondo*, Dizionario Biografico degli Italiani, Volume , 2017,
 HERNANDO SÁNCHEZ, CARLOS JOSÉ; *Folch de Cardona y Anglesola, Barón de Bellpuig (XII)* En Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia <http://dbe.rah.es/Biografías/14377/>
 TORRENT Y TORENT, RAÚL Y BOSH IGNÉS, JOSÉ MARÍA; *El mausoleo de Ramón de Cardona i Anglesola, una interpretación histórico-artística*, En *Urtx*, n.º 1 (1989), págs. 39-67

4. CHARLES DE LANNOY, I PRNCIPE DE SULMONA

PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.* pp. 91-118
 CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 30-32
 RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 65-76
 HALKIN, LÉON E. Y DANSÆR, GEORGES; *Charles de Lannoy, viceroy de Naples*, Paris-Bruxelles, 1934;
 MINGUITO PALOMARES, ANA; *Lannoy, Carlos de, Príncipe de Sulmona (I) y Conde de Asti (I)* En Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia <http://dbe.rah.es/Biografías/15620/>

5. HUGO DE MONCADA

PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.* pp. 119-129
 CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 32-33
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; *Memorie Istoriche di quanto è accaduto in Sicilia del tempo de suoi primieri abitatori sino alla coronazione del re Vittorio Amadeo*. Ed. Stamperia de Antonio Gramigani. Palermo. 1740, Terza Parte, Vol. I Lib. VI y VII pp. 112-125
 BAEZA GASPARD DE; *Vida del famoso caballero Hugo de Moncada* Biblioteca Nacional de España, mns. y Tomo XXIV de la Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, Madrid, 1845
 RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 77-85
 AURIA PALERMITANO, VINCENZO, *Historia Cronologica delli signori vicerè de Sicilia, Palermo, Cam della S.S.Inqui. e Ilustre Senato*, 1697, p. 24
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA; *Storia Coronologica dei Vicerè, Lougoteneti e Presidenti del Regno di Sicilia*, Palermo. Stamperia Oretia, Lib. II y Lib. III, Cap. XXIII y Cap. I, pp. 141-148
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA; *Storia Civile del Regno di Sicilia*, Tomo VIII, Lib. IX. Cap. III, Palermo, Reale Stamperia, 1837, pp. 3-39
 MAUROLICO, FRANCESCO; *Della Storia di Sicilia*. Palermo, ed. Giuseppe María Mira, 1849 pp. 319-326
 JOVIO, PAOLO; *Elogios o vidas breves de los caballeros antiguos y modernos ilustres en valor de la guerra...* Granada, 1568
 GARCÍA HERNÁN, ENRIQUE; *Moncada, Hugo de*, En Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia <http://dbe.rah.es/Biografías/13017/>

6. FILIBERTO DE CHALON, PRINCIPE DE ORANGE

PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.* pp. 130-145
 CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 33-35
 RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 86-92

BIBLIOGRAFÍA

CHALONS, FILIBERTO DE; *Giornali del principe d'Orange [Filiberto di Chalon] nelle guerre d'Italia, dal 1526 al 1530 ...*ed. Charles Pellas, 1897. En Internet Archive, de Universidad de Harvard

MINGUITO PALOMARES, ANA; *Chalon y Luxemburgo, Filiberto de, Príncipe de Orange*, En Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia <http://dbe.rah.es/Biografías/41467/>

7. POMPEYO COLONNA, CARDENAL

PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.*. pp. 146-158

GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Nápoli*, Napoli. Stamperia Giovanni Gravier, 1770, Libro XXXII cap VI, pp. 580-590

CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*,ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 35-38.

RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 93-105

GUICCIARDINI, FRANCESCO; *Storia d'Italia* a cura di C. Panigada, Bari, 1929. Lib. III. Vol. V

PETRUCCI, FRANCA; *Colonna, Pompeo*, En Dizionario Biográfico degli Italiani. Volume 27, 1982

8. PEDRO DE TOLEDO, MARQUÉS DE VILLAFRANCA DEL BIERZO

PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.*. pp. 159-210 y pp.211-213

GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Nápoli*, Napoli. Stamperia Giovanni Gravier, 1770, Libro XXXII cap I pp. 591 -

CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*,ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 38-79.

HERNÁNDO SÁNCHEZ, CARLOS J.; *Pedro de Toledo entre el hierro y el oro: construcción y fin de un virrey*, En Rinascimento Meridionale, Napoli e il vicerè Pedro de Toledo (1532-1553). Nápoles, 2016.

HERNANDO SANCHEZ, CARLOS JOSÉ; *Toledo, Pedro Álvarez de*, En Dizionario Biografico degli Italiani, Treccani, Vol. 96, 2019

RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 106-13

9. PEDRO PACHECO, OBISPO DE JAEN

PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.*. pp. 214-

CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*,ed. Fausto Fiorentino. .1967. pp. 79-85

RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 140-146

MORALES MUÑIZ, DOLORES Y FERNÁNDEZ COSLADA, ÁNGEL; *Pacheco y Guevara, Pedro, El Cardenal Giennense*, Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia. <http://dbe.rah.es/Biografías/13788>

10. BERNARDINO DE MENDOZA

PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.*. pp. 225-227

CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*,ed. Fausto Fiorentino. .1967. pp. 7-13

PERONA TOMAS, DIONISIO; *Mendoza, Bernadino de*, Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, <https://dbe.rah.es/biografías/12618/>

NADER, HELEN; *The Mendoza Family and the Spanish Renaissance, 1350-1550*, Rutgers University Press, 1979.

MIRA CABALLOS, ESTEBAN; *Hacia la configuración del sistema de Flotas: el proyecto de navegación de Bernardino de Mendoza, 1548*, En Academia.edu
<https://www.academia.edu/102625691>

11. FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y PIMNTEL, III DUQUE DE ALBA

PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.* pp. 228-252 y pp. 253-255
 CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 85-96
 RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 148-162
 PANDO Y FERNÁNDEZ PINEDO, MANUEL Y SALVÁ MIGUEL; *Correspondencia del Duque de Alba con Felipe II y otros personajes sobre la conquista de Portugal en 1580 y 1581*, en Colección de documentos inéditos para la Historia de España, vols. XXXII-XXXV, Madrid, Imprenta de la viuda de Calero, 1858-1859;
 MAYANS Y SISCAR, GREGORIO; *Vida del gran duque de Alba*, Institución Alfonso el Magnánimo, 2016.
 MALTBY. WILLIAM S., *Alba. A Biography of Fernando Álvarez de Toledo. Third Duke of Alba, 1507-1582*, Berkeley, The University of California Press, 1983, y Cambridge University Press on-line, 2017
 KAMEN, HENRY; *El duque de Alba*, Madrid, ed. La Esfera de Los libros, 2004
 FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, MANUEL; *Álvarez de Toledo, Fernando, Duque de Alba de Tormes (III)* Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, <https://dbe.rah.es/biografias/677/>
 FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, MANUEL; *El Duque de Hierro, Fernando Álvarez de Toledo, III Duque de Alba*, Madrid, Espasa, 2007

12. JUAN MANRIQUE DE LARA

PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.* pp.2 56-260
 CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 96-98.
 DE CARLOS MORALES, CARLOS JAVIER; *Manrique de Lara, Juan*, Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, <https://dbe.rah.es/biografias/17005/>
 CALVETE DE LA ESTRELLA, JUAN CRISTÓBAL: *El felicísimo viaje del muy alto y poderoso príncipe don Philippe*, Madrid, en casa de Martín Nucio, 1552, Madrid, 2001.

13. BARTOLOMÉ DE LA CUEVA

PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.* pp.261-267
 CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 7-13.
 RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, p. 163
 VELASCO BAYÓN, BALBINO; *Cueva y Toledo, Bartolomé de la*, Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, <https://dbe.rah.es/biografias/18381/>
 GOÑI GAZTAMBIDE, JOSÉ; *Bartolomé de la Cueva y Toledo*, en Q. Aldea Vaquero, J. Vives Gatell y T. Marín Martínez (ed.), *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, suplemento I, Madrid, CSIC, Instituto Enrique Flórez, 1987, págs. 240-243

14. PEDRO AFÁN DE RIBERA, I DUQUE DE ALCALÁ

PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.* pp 267-301
 GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, vol. V en Scelta Collezione di Opere Storiche di tutti i tempi e di tutte le Nazioni, Vol. 16 en googlebooks. Libro XXXIII, Cap XI, pp.112-117
 CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 98-118

BIBLIOGRAFÍA

- NICOLINI, FAUSTO; *Alcalá, Pedro Afán de Ribera, duca di*, Dizionario Biografico degli Italiani. Treccani, Vol. 2, 1960
- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 164-225
- HERNANDO SÁNCHEZ, CARLOS JOSÉ; *Afán de Ribera, Pedro, Marqués de Tarifa (II) y Duque de Alcalá de los Gazules (I)* Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, <https://dbe.rah.es/biografias/5203/>
- GALASSO GUISEPPE; *Storia del Regno di Napoli, Vol. II. Il Mezzogiorno spagnolo (1492-1622)* Torino, Unione Tipografico-Editrice Torinese, 2006, pp. 595-753
15. ANTONIO PERENOTTO, CARDENAL
- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.* pp.302-316
- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXIV, Cap I, 118-126
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 118-126
- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 227-238
- GÓMEZ RIVER, RICARDO; *Perrenot de Granvela, Antonio, Cardenal de Granvela*, Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, <https://dbe.rah.es/biografias/11263/>
- PÉREZ DE TUDELA GABALDÓN, ALMUDENA; *Las relaciones artísticas de Antonio Perrenot con la ciudad de Nápoles previas a su virreinato en la correspondencia conservada en el Palacio Real de Madrid*
16. ÍÑIGO LÓPEZ HURTADO DE MENDOZA, III MARQUÉS DE MONDÉJAR
- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.* pp. 319-368
- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXIV, Cap III, 125-145
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 126-131
- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853, Tomo XXII, pp. 239-260
- MOREL, FATIO, ALFRED, *Une mondaine contemplative au XVI siècle, Doña Catalina de Mendoza*, Bulletin Hispanique, tome 9, n° 2, 1907
- JIMÉNEZ ESTRELLA, ALFONSO; *López de Mendoza, Íñigo, Marqués de Mondéjar (III) Conde de Tendilla (IV)* Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, <https://dbe.rah.es/biografias/20524/>
- JIMÉNEZ ESTRELLA, ALFONSO; *Mondéjar versus los Vélez: tensiones entre la capitanía general y el poder señorial antes de la rebelión morisca*, en Academia.edu, Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 2007, El Marquesado de los Vélez. Pp.285-294
17. JUAN DE ZÚÑIGA Y REQUESENS
- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.* pp.347-362
- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXIV, Cap III, 133-147
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 131-136
- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 245-249
- HERNANDO SÁNCHEZ, JOSÉ CARLOS; *Zúñiga y Requesens, Juan Bautista Silvestre de, Príncipe de Pietraperzia*, Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, <https://dbe.rah.es/biografias/16016/>

18. PEDRO TÉLLEZ DE GIRÓN Y DE LA CUEVA, I DUQUE DE OSUNA

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.* pp.362-386
 GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXV, Cap IV, 199-210
 CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 136-143
 RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 250-260
 GUTIÉRREZ NÚÑEZ, FRANCISCO JAVIER; *Téllez-Girón y de la Cueva, Pedro. Conde de Ureña (V) y duque de Osuna (I)* Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, <https://dbe.rah.es/biografias/8569/>

19. JUAN DE ZÚÑIGA Y AVELLANEDA, CONDE DE MIRANDA DE CASTAÑAR

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.* pp.387-408
 GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Società Tipog. Dei Classici Italiani. Milano, 1823. Vol X, Cap. VII, pp. 4-483
 CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 113-149
 RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 261-266
 RIVERO RODRÍGUEZ, MANUEL; *Zúñiga Avellaneda y Cárdenas, Conde de Miranda del Castañar (VI) y duque de Peñaranda de Duero (I)* Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, <https://dbe.rah.es/biografias/16780/>
 REGLÁ CAMPISTOL, JUAN; *Els virrey de Catalunya*, Barcelona, Vicens Vives, 1957

20. ENRIQUE DE GUZMÁN, II CONDE DE OLIVARES

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico et.* pp. 409-430
 GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Società Tipog. Dei Classici Italiani. Milano, 1823. Vol X, Cap. VII, pp. 483-490
 CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 7-13.
 RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 267-279
 AURIA PALERMITANO, VINCENZO, *Historia Cronologica delli signori vicerè de Sicilia, Palermo, Cam della S.S.Inqui. e Ilustre Senato, 1697*, pp. 65-67
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA; *Storia Coronologica dei Vicerè, Lougoteneti e Presidenti del Regno di Sicilia*, Palermo. Stamperia Oreetea, Lib. III Cap. XI pp. 257-262
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; *Memorie Istoriche di quanto è accaduto in Sicilia del tempo de suoi primieri abitatori sino alla coronazione del re Vittorio Amadeo*. Ed. Stamperia de Antonio Gramigani. Palermo. 1740, Terza Parte, Vol. I Lib. VI pp. 246-247
 DE CARLOS MORALES, CARLOS JAVIER; *De Guzmán, Enrique, Conde de Olivares (II)* Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, <https://dbe.rah.es/biografias/14956/>

21. FERNANDO RUIZ DE CASTRO, VI CONDE DE LEMOS

- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Società Tipog. Dei Classici Italiani. Milano, 1823. Vol X, Lib XXV, Cap. I, pp 350-361
 PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico e Político, de Governi de Vicere del Regno di Napoli, al tempo del Re Ferdinando il Cattolico fino al presente* Tomo Secondo, Napoli, nella nuova Stampa del Parrino e dei Mutii, 1692. Libro III pp. 4-24 y pp. 26-32
 CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 7-13.
 ENCISO ALONSO MUÑUMER, ISABEL; *Ruiz de Castro, Fernando, Conde de Lemos (VI)*. Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, <https://dbe.rah.es/biografias/15089/>

BIBLIOGRAFÍA

- RANEO, JOSHUA; *Libro donde se trata de los virreyes, lugartenientes del Reino de Nápoles y de las cosas tocantes a su grandeza, año 1634, ilustrado con notas por D. Eustaquio Fernández Navarrete*, en: Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España. Vol. XXIII, Madrid, Viuda de Calero 1853; pp. 280-295
- GALASSO, GIUSEPPE; *En la periferia del imperio. La Monarquía hispánica y el Reino de Nápoles*, Barcelona, Península, 2000,

22. JUAN ALFONSO PIMENTEL, V DUQUE DE BENAVENTE

- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Società Tipog. Dei Classici Italiani. Milano, 1823. Vol X, Lib XXXV Cap. II, pp 361-373
- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico e Político, de Governi de Vicere del Regno di Napoli, al tempo del Re Ferdinando il Cattolico fino al presente* Tomo Secondo, Loc cit. Libro III pp. 33-53
- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 296-299
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 163-172

23. PEDRO FERNANDEZ DE CASTRO, VII CONDE DE LEMOS

- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Società Tipog. Dei Classici Italiani. Milano, 1823. Vol X, Lib XXXV Cap. III, pp 373-385
- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico e Político, de Governi de Vicere del Regno di Napoli, al tempo del Re Ferdinando il Cattolico fino al presente* Tomo Secondo, Loc cit. Libro III pp. 55-85
- RANEO, JOSHUA; *Libro donde se trata de los virreyes, lugartenientes del Reino de Nápoles y de las cosas tocantes a su grandeza, año 1634, ilustrado con notas por D. Eustaquio Fernández Navarrete*, en: Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España. Vol. XXIII, Madrid, Viuda de Calero 1853; pp. 300-335
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 173-192
- PALOS PEÑARROYA, JOAN LUIS; *Un escenario italiano para los gobernantes españoles. El nuevo palacio de los virreyes de Nápoles*. Cuadernos de Historia Moderna, Barcelona 2005, vol.30, pp. 300-335

24. PEDRO TÉLLEZ DE GIRÓN Y DE LA CUEVA, III DUQUE DE OSUNA

- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Società Tipog. Dei Classici Italiani. Milano, 1823. Vol X, Lib XXXV Cap. IV, pp 385-405
- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico e Político, de Governi de Vicere del Regno di Napoli, al tempo del Re Ferdinando il Cattolico fino al presente* Tomo Secondo, Loc cit. Libro III pp 86-121
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 192-206
- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 336-397
- LETI, Gregorio; *Vita di don Pietro Giron, Ducca d'Ossuna*, Ed. Giorgio Gallet, Amsterdam, 1699.
- LINDE, LUIS MARÍA; *Téllez de Girón, Pedro. El Gran Duque de Osuna (III), conde de Ureña (VII), marqués de Peñafiel (II)* Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia <https://dbe.rah.es/biografias/8570/>
- LINDE LUIS MARÍA; *Don Pedro Girón, Duque de Osuna: Hegemonía Española a comienzos del siglo XVII*; ed. Encuentro, Madrid, 2005
- AURIA, VINCENZO; *Historia Cronologica delli signori vicere di Sicilia*. Palermo, Cam della S.S. Inq. E Ilustr. Senato, 1697, pp. 78-82
- BALSI, GIOVANNI EVANGELISTA; *Storia Cronologica dei Vicerè, Luogotenenti, e Presidenti del Regno di Sicilia*, Palermo, Stamperia Oreete, 1842, Lib. III, Cap. XV, pp.284-292

- CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; *Memorie Istoriche di quanto è accaduto in Sicilia del tempo de suoi primieri abitatori sino alla coronazione del re Vittorio Amadeo*. Ed. Stamperia de Antonio Gramigani. Palermo. 1740, Terza Parte, Vol. II Lib. I y Lib. II pp. 23-38
- LA LUMIA, ISIDORO; *Ottavio d'Aragona e il duca d'Osuna (1565-1623)* Archivio Storico Italiano, 1863, Nuova Serie, Vol. 17 n^o 2 34 en <https://www.jstor.org/stable/44452992>
- INSTITUTO NAVAL CULTURAL; *La marina de Osuna 1611-1624* en https://armada.defensa.gob.es/html/historiaarmada/tomo_03_21.pdf pp 336-351
- MONROY Y SILVA, CRISTÓBAL DE; *Las mocedades del Duque de Osuna*, Biblioteca de Autores Españoles, ed. Ribadeneira, Dramaturgos posteriores a Lope de Vega (II) pp. 110-121

25. GASPARD BORGIA Y VELASCO, CARDENAL

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico e Político, de Governi de Vicere del Regno di Napoli, al tempo del Re Ferdinando il Cattolico fino al presente* Tomo Secondo, Loc cit. Libro III pp. 123-128
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 206-209
- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 398-
- FERNÁNDEZ COLLADO, ÁNGEL; *Borja y Velasco, Gaspar*; Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, <https://dbe.rah.es/biografias/13854/>

Siglo XVII

26. ANTONIO ZAPATA, CARDENAL

- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Società Tipog. Dei Classici Italiani. Milano, 1823. Vol X, Lib XXXV Cap.V, pp 405-415
- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico e Político, de Governi de Vicere del Regno di Napoli, al tempo del Re Ferdinando il Cattolico fino al presente* Tomo Secondo, Napoli, nella nuova Stampa del Parrino e dei Mutii, 1692. Libro III pp. 130-155
- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. -416
- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico e Político ...* Loc.cit. Tomo Terzo Lib V pp. 288-432
- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXV, Cap V, pp. 210-214
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 209-215
- BRUNELLI GIAMPIERO, *Zapata y Cisneros, Antonio*. Dizionario Biografico degli Italiani-Treccani. Vol 100, 2020
- ARIN TOVAR, CRISTOBAL; *Zapata de Cisneros y Mendoza, Antonio*, Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia <https://dbe.rah.es/biografias/6503/>

27. ANTONIO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y BAUMONT, V DUQUE DE ALBA

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico e Político, de Governi de Vicere del Regno di Napoli, al tempo del Re Ferdinando il Cattolico fino al presente* Tomo Secondo, Napoli, nella nuova Stampa del Parrino e dei Mutii, 1692. Libro IV pp. 155-187
- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, vol. V en Scelta Collezione di Opere Storiche di titti i tempi e di tutte le Nazioni, Libro XXXVI, Cap I pp 216-219
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 215-219.

BIBLIOGRAFÍA

- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 417-436
SAMPEDRO ESCOLAR, JOSÉ LUIS; Álvarez de Toledo y Baumont, Antonio, Duque de Alba (V). Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, <https://dbe.rah.es/biografias/8086/>

28. FERNANDO AFÁN DE RIBERA Y ENRÍQUEZ, III DUQUE DE ALCALÁ

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico e Político, de Governi de Vicere del Regno di Napoli, al tempo del Re Ferdinando il Cattolico fino al presente Napoli* Tomo Secondo, 1692. Libro IV pp. 188-213
GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXVI Cap II pp. 220-225
RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 438-450
CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 219-232
AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 97-100
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XX pp. 311-317
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 60-64 MONGITORE, ANTONINO, Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche, Palermo. 1718. pp. 313-332
GARCIA HIDALGO, CIPRIANO; *Los Siete Arcángeles, Una iconografía al servicio del poder* en <https://investigart.com/2020/06/02/>
CARLO GIANNINI, MASSIMO, *Afan de Ribera, Fernando. Duque de Alcalá de los Gazules (III) Marqués de Tarifa* (4) Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografias/5205
GISOLFI, OLGA; *Il governo del duca di Alcala, vicere di Napoli, 1629-1691*, Caserta, Stabilimento Tipografico dell'Unione, 1916.

29. MANUEL AZEVEDO Y ZÚÑIGA, VI CONDE DE MONTERREY

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico e Político, de Governi de Vicere del Regno di Napoli, al tempo del Re Ferdinando il Cattolico fino al presente Napoli* Tomo Secondo, 1692. Libro IV pp. 213-261
GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXVI Cap III pp. 226-233
RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 451-520
CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 232-239
ENCISO ALONSO-MUÑUMER, ISABEL. *Azevedo y Zúñiga Manuel de, Conde de Monterrey* (VI) Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografias/7184
PÉREZ SÁNCHEZ, ALFONSO EMILIO; *Las colecciones de pintura del conde de Monterrey* (1653). Boletín de la Real Academia de la Historia, CLXXIV, 1977, pp. 417-459

30. RAMIRO NÚÑEZ DE GUZMÁN, DUQUE DE MEDINA DE LAS TORRES

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, Loc. Cit. Tomo Secondo, 1692. Libro IV pp. 264-304
GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXVI Cap IV pp. 226-233
RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 521-522
CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 239-247
HERRERO SÁNCHEZ, MANUEL; *Núñez Felípez de Guzmán, Ramiro, Duque de Medina de las Torres* (II) Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografias/14418

VICECONTE, FILOMENA; *Il duca di Medina de las Torres (1600-1668) mecenatismo artistico e decadenza della monarchia*. Universidad de Barcelona. 2013, en hdl.handle.net/2445/50729

31. JUAN ALFONSO ENRÍQUEZ DE CABRERA, DUQUE DE RIOSECO

PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, Loc. Cit. Tomo Secondo, 1692. Libro IV pp. 304-320
 GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXV Cap III pp. 226-233 y Biblioteca Storica di Tute la Nazioni, Milano ed. Nicolo Bettoni, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Vol IX lib XXXVI, pp 126-132
 RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, p. 523
 GARCIA HERNÁN, ENRIQUE, *Enrique de Cabrera Juan Alfonso, Duque de Medina de Rioseco*, Diccionario Histórico Biográfico de la Real Academia Española. dbe rah/15653/
 CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 247-251
 AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 107-109
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib.III Cap.XXII pp. 325-328
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. Pp. 67-72
 GARCIA HERNÁN, ENRIQUE; Enríquez de Cabreara, Juan Alfonso, Duque de Medina de Rioseco (V) Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografías/15653
 MONELLO, PAOLO; *Juan Alfonso Enríquez e Pietro Novelli*, En Academia. Edu /115027344/

32. RODRIGO PONCE DE LEÓN, DUQUE DE ARCOS

PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, Loc. Cit. Tomo Secondo, 1692. Libro IV pp. 323-393
 GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXVII, Cap I pp. 257-267
 RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Vida de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, p. 524
 BURAGNA, GIOVANNI BATTISTA, *Batalla peregrina entre amor y fidelidad...con portentoso triunfo de las armas de España*. Nápoles, 1650. Manuscrito R/ 20601, Biblioteca Nacional de España.
 MROZEK, GIUSEPPE, *Noble, político y arzobispo, Ascanio Filomarino entre Roma, Madrid y Nápoles*. Universidad de Téramo. Academia.edu/1536257
 BRAY. MASSIMO, *Filomarino, Ascanio*. Dizionario degli Italiani Treccani. Vol 47, 1997.
 CARO DE, GASPARE, *Annese, Gennaro*, Dizionario degli Italiani, Treccani. Vol 3, 1961
 SAAVEDRA, ANGEL DE, DUQUE DE RIVAS, *Sublevación de Nápoles, capitaneada por Masaniello*. Nápoles. 1847. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
 ADDANTE, LUCA, *Toraldo Francesco*, Dizionario degli Italiani, Treccani, Vol 96, 2019.
 CAPELATRO, FRANCESCO, *Diario delle cose avvenute nel reame di Napoli negli anni 1647-1650. Napoli*. Ed Gaetano Nobile. 1830. Internet Archive.
 CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 251-265
 ENCISO ALONSO MUÑUMER, ISABEL LUISA; *Revueles y Alzamientos en Nápoles. La crisis de 1647-1648*. En Resarch Gate, 2009, Studia Histórica Moderna Vol. 26.

33. JUAN JOSÉ DE AUSTRIA

PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, Loc. Cit. Tomo Secondo, 1692. Libro IV pp. 394-411
 GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXVII, Cap III pp. 268-276
 RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, p. 526

BIBLIOGRAFÍA

- BURAGNA, GIOVANNI BATTISTA, *Batalla peregrina entre amor y fidelidad...con portentoso triunfo de las armas de España*. Nápoles, 1650. Manuscrito R/ 20601, Biblioteca Nacional de España.
- CAPELATRO, FRANCESCO, *Diario delle cose avvenute nel reame di Napoli negli anni 1647-1650. Napoli*. Ed Gaetano Nobile. 1830. Internet Archive.
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 265-267.
- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp 115-120
- BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXIV, pp. 357-385
- CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Lib V pp 126-134
- MONGITORE, ANTONINO; Loc. Cit, pp. 369-372
- MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de AURIA VINCENZO, Loc. Cit. Vol. III pp. 364-385
- RUIZ RODRÍGUEZ, JUAN IGNACIO; *Austria, Juan José de*, Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografias/13467

34. ÍÑIGO VÉLEZ DE GUEVARA, CONDE DE OÑATE

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, Loc. Cit. Tomo Secondo, 1692. Libro IV pp. 412-476
- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXVII, Cap IV pp. 275-280
- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, p. 526
- GÜELL JUNKERT. MANUEL, *Vélez de Guevara de Tassis, Íñigo, Conde de Oñate (VIII), conde de Villamediana (III)*, Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografias/14902
- BURAGNA, GIOVANNI BATTISTA, *Batalla peregrina entre amor y fidelidad...con portentoso triunfo de las armas de España*. Nápoles, 1650. Manuscrito R/ 20601, Biblioteca Nacional de España.
- MINGUITO PALOMARES, ANA, *Linaje, poder y cultura, el gobierno de Íñigo Vélez de Guevara, Conde de Oñate en Nápoles, (1648-1653)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2002
- MINGUITO PALOMARES, ANA, *La entrada triunfal del VIII Conde de Oñate en Nápoles, etc.* revistas.ucm/index.php/CHMO/article/download/49164/45828/0
- CAPELATRO, FRANCESCO, *Diario delle cose avvenute nel reame di Napoli negli anni 1647-1650. Napoli*. Ed Gaetano Nobile. 1830. Internet Archive.
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 267-271

35. GARCÍA DE HARO SOTOMAYOR Y GUZMÁN, III CONDE DE CASTRILLO

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico e Politico de Governi de Vicere del Regno di Napoli del tempo del re Ferninando il Cattolico fino al presente*, Tomo Terzo, In Nap. ella nuova Stampa del Perrino. 1694. Lib IV pp. 1-67
- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, p. 528
- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXVII, Cap VI pp. 281-295
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 271-275
- SEVILLA GONZÁLEZ, MARÍA DEL CARMEN; *Haro Sotomayor y Guzmán, García de, Conde de Castrillo (III)* Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografias/19895
- PALOS PEÑARROYA, JOAN LUIS; *Un escenario italiano para los gobernantes españoles. El nuevo palacio de los virreyes de Nápoles*. Cuadernos de Historia Moderna, Barcelona 2005, vol. 30, pp. 125-150

36. GASPAR DE BRACAMONTE Y GUZMÁN, CONDE DE PEÑARANDA

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico e Politico de Governi de Vicere del Regno di Napoli del tempo del re Ferninando il Catttolico fino al presente*, Tomo Terzo Lib IV pp. 68-136
- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXVIII CapI pp. 296-297
- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, p. 529
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*,ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 275-280.
- RIBOT GARCÍA, LUIS; *Bracamonte y Guzmán, Gaspar de, Conde de Peñaranda (III)* Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, db.e.rah.es/biografias/13863
- GALASSO, GIUSEPPE; *Napoli Spagnola dopo Masaniello*, Florencia, Sansoni, 1982
- MALCOM, ALISTAIR; *La embajada del conde de Peñaranda a Praga y a Frankfort del Meno.1657-1658*. En *La dinastía de los Austria: las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*. Vol. III, Ediciones Polifemo, 2011, pp. 1437-1462
- CARABIAS TORRES, ANA MARÍA; *Saber y poder para la paz. Semblanza de Gaspar de Bracamonte y Guzmán, plenipotenciario en las paces de Westfalia (1648)*. En *El derecho a la paz y sus desarrollos en la Historia*. Valencia, 2022, pp. 30-59

37. PASCUAL DE ARAGÓN, CARDENAL

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico e Politico ...* Loc.cit. Tomo Terzo Lib V pp. 137-181
- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXVIII Cap II pp. 298-324
- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, p. 530
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*,ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 280-283
- CARRIO-INVERNIZZI, DIANA; *Bernini en la imaginación de los españoles. La embajada del Cardenal Pascual de Aragón*. En *Modelos, Intercambios y Recepción Artística*. Vol. 1. Palma de Mallorca, 2004, pp. 285-297

38. PEDRO ANTONIO DE ARAGÓN, MARQUES DE POBAR

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico e Politico ...* Loc.cit. Tomo Terzo Lib V pp. 182-278
- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXIX Cap I pp. 325-331
- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, p. 530
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*,ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 283-292
- BLANCO FEERNÁNDEZ, CARLOS; *Aragón y Fernández de Córdoba, Pedro Antonio, Marqués consorte de Pobar (II)* Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, db.e.rah.es/biografias/10009
- PADROSA GORGOT, INÉS; *Los libros de D. Pedro Antonio de Aragón (1611-1690) en la Biblioteca del Palacio de Perelada*. <https://doi.org/10.5209rgid./77086>
- BLANCO FERNANDEZ, CARLOS; *Poder y cultura, el libro religioso en la biblioteca de don Pedro Antonio de Aragón*. En *Religión y poder en la Edad Moderna*. 2005. Editorial Universidad de Granada. pp. 297-314

39. FADRIQUE DE TOLEDO Y OSORIO, VII MARQUÉS DE VILLAFRANCA

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico e Politico ...* Loc.cit. Tomo Terzo Lib V pp. 279-287
 GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXIX Cap II pp. 332-338
 RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 530-533
 CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 292-294
 AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 153-160
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXXII pp. 398-406
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I Lib VIII. pp. 184-191
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de AURIA, VINCENZO; Loc. Cit. Vol. V pp. 357-371
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de AURIA, VINCENZO; Loc. Cit. Vol. VI pp. 1-77

40. ANTONIO ÁLVAREZ DE TOLEDO, MARQUÉS DE ASTORGA.

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico e Politico ...* Loc.cit. Tomo Terzo Lib V pp. 288-432
 GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXIX Cap III pp. 339-349
 RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 536-538
 CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 294-302
 SAMPEDRO ESCOLAR, JOSÉ LUIS; *Álvarez de Toledo y Beaumont, Antonio. Duque de Alba de Tormes (V)*. Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, db.e.rah.es/biografias/8086

41. FERNANDO JOAQUÍN FAJARDO DE ZÚÑIGA, VI MARQUÉS DE LOS VÉLEZ

- PARRINO DI, DOMENICO ANTONIO, *Teatro Eroico e Politico ...* Loc.cit. Tomo Terzo, Lib V pp. 435-588
 GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XXXIX Cap IV pp. 350-364
 RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 538-542
 CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 302-316
 GALASSO, GIUSEPPE; *Napoli Spagnola dopo Masaniello*, Florencia, Sansoni, 1982
 HERRERO SÁNCHEZ, MANUEL; *Fajardo de Zúñiga y Requesens, Fernando Joaquín, Marqués de los Vélez (VII)* Diccionario de la Real Academia de la Historia en db.e.rah.es/biografias/15540
 MARTINO AURORA Y RODRÍGUEZ REBOLLO, PATRICIA; *Fernando Joaquín Fajardo, Marqués de los Vélez, Virrey de Nápoles (1675-1683)* en Dialnet. Uniroja.es/descarga/artículo/2539250

42. GASPARD DE HARO, VII MARQUÉS DEL CARPIO

- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XL Cap I pp. 362-371
 CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 316-322
 RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 543-545
 BUSTILLO Y MERINO, MARÍA; *Gaspar de Haro, VII marqués del Carpio, mecenas y coleccionista de Arte*. Santander. Estudios Patrimonio 1, 2018, pp. 213-232

- LÓPEZ FANJUL Y DÍEZ DEL CORRAL, MARÍA; *Las representaciones de Don Gaspar de Haro y Guzmán, VII Marqués del Carpio: retratos, alegorías, emblemas*. En Academia.edu, por Archivo Español de Arte, 2013, Vol. 86, nº 344, pp. 291-310
- BUSTILLO MERINO, MARÍA; *Gaspar de Haro, VII marqués del Carpio: mecenas y coleccionista de arte* -Universidad de Cantabria, <https://orcid.org/0000-0003-2643-5072>
- HERRERO SÁNCHEZ, MANUEL; *Haro y Guzmán, Gaspar de; marques del Carpio (VII)* Diccionario Biográfico Español de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/Biografias/11579
- CACCIOTTI, BEATRICE; *La collezione del VII marchese del Carpio tra Roma e Madrid*, en Bolletino d'arte, 86-87 (1994), págs. 133-196

43. FRANCISCO DE BENAVIDES, IX CONDE DE SANTISTEBAN DEL PUERTO

- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XL Cap II pp. 372-375
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 322-336
- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, pp. 546-547
- BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. X XXVI pp. 414-426
- CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Lib VIII y Lib IX . pp. 239-239
- MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de AURIA VINCENZO; Loc. Cit.. Vol. V, pp. 374-382
- MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de AURIA VINCENZO; Loc. Cit.. Vol. VI, pp. 171-...
- MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de MONGITORE ANTONINO, Loc. Cit.. Vol. VII, pp. 1-63
- RIBOT GARCÍA, LUIS; *Benavides Dávila y Corella, Francisco de, Conde de Santisteban del Puerto (IX)* Diccionario de la Real Academia de la Historia en dbe.rah.es/biografias/22189
- ASCOLESSE, MATTEO; *Virreyes frente a los desastres, El IX conde de Santisteban en Nápoles, entre la búsqueda de la grandeza y nuevas formas de gestión del territorio*, En: *Los entramados Políticos y Sociales de la España Moderna*, Vitoria-Gasteiz/Madrid. 2023, pp. 257-270

Siglo XVIII

44. LUIS FRANCISCO DE LA CERDA Y ARAGÓN, IX DUQUE DE MEDINACELI

- GIANNONE, PIETRO, *Istoria Civile del Regno di Napoli*, Loc cit, Libro XL Cap III pp. 376
- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 336-347
- RANEO, JOSÉ, *Libro donde se trata de los Virreyes Lugartenientes del Reino de Nápoles*, Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España, ed. Viuda de Calero. Madrid 1853. Tomo XXII, . p. 548
- BACALLAR Y SANNA, VICENTE, MARQUÉS DE SAN FELIPE; *Comentarios de la guerra de España e Historia de su rey Felipe V, el Animoso*. Génova. Sin año, Tomo Primero.
- VILLAUURUTIA, EL MARQUÉS DE; *El duque de Medinaceli y la Giorgina*, Boletín de la Real Academia de la Historia. Informes Generales, pp. 491-507. En Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
- VILLAUURUTIA, EL MARQUÉS DE; *La embajada del marqués de Cogolludo a Roma en 1687* Madrid. 1927
- RIBOT GARCÍA, LUIS; *Cerda Fernández de Córdoba Folch de Cardona y Aragón, Luis Francisco de la. Duque de Medinaceli (IX)* Diccionario de la Real Academia de la Historia en dbe.rah.es/biografias/13844
- MARTÍN MARCOS, DAVID; *A distant council, nearby problems. the Duke of Medinaceli, Naples, and the unity of the Spanish Monarchy, 1696-1702*, Universidad Nacional de Educación a Distancia. <http://dx.doi.org/10.5944/etfiv.2018.21146>

BIBLIOGRAFÍA

45. JUAN MANUEL FRNÁNDEZ PACHECO, VIII DUQUE DE ESCALONA

- CONIGLIO, GIUSEPPE, *I vecerè Sapgnoli di Napoli*, ed. Fausto Fiorentino. 1967. pp. 347-355.
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib.IV Cap. II pp. 444-447
MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de MONGITORE ANTONINO; Loc. Cit.. Vol. VII pp. 208-276 y 286-291
ALVAREZ DE MIRANDA, PEDRO, *Fernández Pacheco y Zúñiga, Juan Manuel, Marqués de Villena (VIII)* Diccionario de la Real Academia Española de la Historia.
dbe-rah.es/biografías/9462
GALASSO, GIUSEPPE; Napoli Spagnolo dopo Masaniello, Sansoni Editore, Florencia, 1982 pp.633-746
BACALLAR Y SANNA, VICENTE, MARQUÉS DE SAN FELIPE; *Comentarios de la guerra de España e Historia de su rey Felipe V, el Animoso*. Génova. Sin año, Tomo Primero, Libro III, pp. 73-75, y Libro VIII, pp.179-195
GRANITO, ANGELO; *Storia della congiura del principe di Macchia*. Napoli, 1770, p. 469

Índice Onomástico

A

- Acerbo, Luigi; 167,
 Achmed Coprolu, gran visir; 350,
 Acquaviva, Adriano; 165,186,
 Acquaviva, Adriano; 165,186,
 Adam, George; 411,413,
 Ademollo, Alessandro; 397,
 Adriano VI, papa; 43,
Afán de Ribera, Fernando; 122,235,237-248,
Afán de Ribera, Pedro; 111-124,163,
 Afán de Ribera, Per; 122,
Afán de Rivera, María; 240,
 Alarcón, Ferrante de; 61
 Alba, duque de; (ver Álvarez de Toledo)
 Aldobrandini, Giovanni Francesco; 165,
 Alejandro VI, papa; 213.
 Alejandro VI, pontífice; 67,
 Alejandro VII, papa; 329,331,
 Alemana, Gerardo; 356,
 Alfieri, Vittorio; 9,
 Alfonso V de Aragón, el Magnánimo; 7, 62,63,
 213,346,398,
 Alfonso X, el Sabio; 145,
 Alimena, Bernardino de; 117,118,
 Alistair, Malcom; 428,
 Alois, Giovanni Battista; 69,
 Altri, duque de; 321,
 Álvarez de Miranda, Pedro; 430,
Álvarez de Toledo y Baumont, Antonio;
 180,231-236,239,241,243-247,
Álvarez de Toledo y Osorio, Fadrique;
Álvarez de Toledo y Pimentel, Fernando; 91
 93-102,143,231
 Álvarez de Toledo, Fadrique; 100,
 Álvarez de Toledo, García; 349,
 Álvarez de Toledo, María Engracia; 365,
Álvarez Osorio, Antonio; 353-364,398,
 Amadeo, Girolamo; 314,
 Amodio, Girolamo; 297,
 Amurat, Rais; 174,
 Andria, duque de; 297,
 Anjou, Carlos I de; 169,
 Anjou, Felipe de, delfín; 400,405,
 Annese, Genaro; 288-292,294,298,299,302,
 Aquino, Bartolomé de; 271,
 Aquino, Ladislao; 301,
 Aragón y Folch, Enrique de; 338,
 Aragón, Ana de; 122,
Aragón, Juan de; 21,22,24-27
Aragón, Pascual de; 329, 331-336,
Aragón, Pedro Antonio de; 331,
 337-343,350-352,
 Aragón. Octavio de; 204,
Aragona, Carlo de ; 136,
 Aragona, Octavio de ; 188,
 Arce, Diego de; 196,
 Arcos, duque de; 277-292,
 Argensola, Lupercio; 191,
 Argensola,Leonardo; 191,192,
 Arias de Mesa, Ferrante; 264,
 Arienzo, marqués de; 114,
 Arín Tovar, Cristóbal; 424,
 Ariosto, Ludovico; 192,
 Armagnac, Luis de; 16,
 Arpaja, Francesco Antonio; 288-290,294
 Arsitóteles; 210,
 Arthur, rey de Inglaterra; 144,
 Ascolesse, Matteo; 430,
 Ascoli,príncipe de; 232,
Astorga, marqués de; 353-364,398,
 Augusta, Eduvigis; 333,
 Augusto, emperador; 145,
 Auletta, Andrea; 167,169,
 Auria Palermitano, Vincenzo; ,309, 417,422
 425-427,,429,
 Austria, Ana de, infanta; 181,
 Austria, archiduque Carlos de; 408,410,
 Austria, Archiduque Fernando de; 253,
Austria Juan José de, príncipe; 120,128
 129,131,138,141,287,289,291,
 293-300,305,307,309,369,374,
 Austria, Margarita de ; 41,
 Austria, Margarita María; 349,
 Austria, María Ana, emperatriz; 243,
 245,246,
 Austria, María Teresa de; 328,343
 Austria, María, infanta; 235,
 Austria, Mariana de, infanta; 328,
 Austria, Mariana de, Regente; 343,346,
 350,361,365,
 Avelino, príncipe de; 297,298,

Avella, príncipe de; 298,
 Avellaneda, Juana de; 318,
 Avellaneda, María, 318,320,
 Azevedo y Zúñiga, Baltasar; 250,
 Azevedo y Zúñiga, Gaspar; 249,250,
 Azevedo y Zúñiga, Inés; 250,251,
 Azevedo y Zúñiga, Manuel de; 246,
 249--258,
 Azzolino, Decio; cardenal; 398-400,
 Azevedo y Zúñiga, Manuel de; 246,
 249--258,
 Azzolino, Decio; cardenal; 398-400,
 Azzolino, Decio; cardenal; 398-400,

B

Bacallar y Sanna, Vincenzo; 403,408,411,412,
 430,,
 Baeza, Gaspar de ;52-55,418,
 Baltasar Carlos, infante de España; 242,338,
 377,,
 Banavides, Rodrigo de; 129,
 Barberini, Carlo, cardenal; 406,
 Barberini, Francesco; 278,301,
 Barberini, Marcelo; 278,
 Barberini, Matteo; 284,
 Barberini, Maurizio; 263,
 Barbó, conde de; 371,373,
 Barocci, Federico; 189,
 Baronese, síndico; 217,
 Barreda, marino; 53,
Barrese, Dorotea; 142,
 Barrese, Fabrizio; 142,
 Barrionuevo, Jerónimo; 377,
 Bartoli, Sebastiano; 341
 Bassà, Piali; 115,
 Bassà, Sinan; 80,
 Basso, Antonio; 292,
 Batistello, bandido; 165,
 Batteville, general; 298,
 Baviera, Luis Fernando de; 395,396,
Bayona, conde de; 317,359-361,362,
 Bazán, Álvaro de ; 90,128,235,
 Beatriz de Hungía; 22,
 Beaufort, almirante; 344,

Beauvais, cardenal de; 394,
 Becadelli, Antonio; 62,
 Beccarino, Gioacometta; 220,
 Bedmar, duque de; 207,
 Belli, Filippo; 389,
 Beloonte, príncipe de; 241,
 Bembo, Giovanni, dux; 225,
Benavides, Francisco de; 381,385-392,393,
 399,400,
 Berardi, Marco; 119,163,
 Bernal, Ambrosio; 411,
 Bernini, Gian Lorenzo; 378,
 Bianchi, Gian Paolo; 74,
 Bianco, Ricciardo; 195,
 Biblia, Gianbattista; 179,
 Borbón, María Luisa de, reina; 375,
 Bolino, Francesco; 242,
 Bisaccioni, Maiolino; 262,
 Bisacia, duque de; 410,
 Bisigniano, príncipe de; 78,333,
 Blanco Hernández, Carlos; 428,
 Blanco Siciliano, Francesco; 187,
 Blasi, Giovanni Evangelista ; 71,269,417,418,
 422,423, 425,
 Bolena, Ana; 121,
 Borbón, Carlos, condestable de ; 48,59,64,66,
 67,,
 Borda, Manuel de; 410,413,
 Borgia, César; 213,
 Borgia, Lucrecia; 213,
 Borgia, Melchor; 266,
 Borgia, Pedro; 20,
 Bordiniano, Orazio; 193,
Borja y Velasco Gaspar, cardenal; 208,209,
 213-222,
 Borja, Francisco Tomás; 213,
 Borja, Melchor de; 256,
 Boscán, Juan ; 77,
 Bosch Ignés, José María; 418,
 Bozzuti, Giuseppe; 318,
 Bracamente, Gregorio Genaro de; 328,329
Bracamonte y Guzmán, Gaspar de; 323-330
 Bracamonte y Portocarrero, Baltasar; 328,
 Bracamonte y Guzmán, Baltasar de;
 328-329,

Braganza, casa de; 393,
 Brancaccio, Colantonio; 75,
 Brancaccio, Giovanni Battista; 344,362,
 Branquemont, Robert de; 328,
 Bray, Massimo; 426,
 Brindisi, Lorenzo de; 207,
 Brogna, Leonora, *Brognina* ; 34,35,37,398,
 Bronzino, Agnolo; 189,
 Brown. Jonnathan; 255,
 Brunello, Giampiero; 424,
 Bruno, Giordano; 162,225,389,
 Budiani, embajador; 407,
 Buglione, duque de; 272,274,
 Buonauroti, Michelangelo; 72,
 Buoncompagni, Ugo; 127,
 Buragna, Giovanni Battista; 426,427,
 Bustamante, José; 411,
 Bustillo Merino, María; 429,
 Buglione, duque de; 272,274,
 Buonauroti, Michelangelo; 72,
 Buoncompagni, Ugo; 127,
 Buragna, Giovanni Battista; 426,427,
 Bustamante, José; 411,
 Bustillo Merino, María; 429,

C

Cacciotti, Beatrice; 430,
 Cadera, Antonio; 139,
 Caetani, Gaetano; 401,
 Cagliati,marqués de; 333,
 Caivano, duque de; 271,
 Calderón, María; 290,
 Calfaro, Antonio; 358,
 Calvera, Enriquez de; 271
 Calvete de la Estrella, Juan Cristóbal; 420,
 Camarassa, marqueses de; 344,
 Campanella, Tomasso; 176-181,209,252,
 Campo, duques de; 373,
 Campo, Francisco del; 233,
 Candale, duque de; 262,
 Cano, Alonso, pintor; 353,
 Cantalicio, Giovani Battista; 417,
 Cantalicio, Giovanni; 17,
 Capaccio, Giulio Cesare; 10,

Capacelatro, Ettore; 260,
 Capacelatro; Diego; 244,
 Caparso, marqués de; 114,
 Capece, Ascanio; 341,
 Capece, Giuseppe; 401,402,
 Capilatro, Francesco; 427,
 Capovacca, Girolamo; 136,
 Capua, Leonardo di; 390,
 Capua, Matteo di; 161,
 Capuano, Vinzzenzo; 195,
 Carabias Torres, Ana María; 428,
 Caracciollo, Fulvio; 368,
 Caracciollo, Gerolamo María; 244,
 Caracciollo, Lelio; 374,
 Caracciollo, Luzio; 241,
 Caracciolo, Ascanio; 118,
 Caracciolo, Camilo; 204,
 Caracciolo, Carlo Andrea; 253,281,360,
 Caracciolo, Gian Battista; 195,
 Caracciolo, Íñigo; 389,390,391,
 Caracciolo, Mariano; 406,
 Caracciolo, Marino; 118,
 Caracciolo, Niccolò; 412,
 Caracciolo, Pedro Antonio; 73,
 Caracciolo, Petracone; 33,
 Caracciolo, Serginiani; 61,
 Carafa Manuel; 327,
Carafa, Andrea; 41,42,51,
Carafa, Anna ; 138,255,256,259,
 Carafa, Antonio; 138,
 Carafa, Carlo de; 343,
 Carafa, Carlo; 96,99,
 Carafa, Diomedes; 281,285,
 Carafa, Ettore; 298,
 Carafa, familia; 150,255,260,284,302,
 Carafa, Fernando II; 138,139,
 Carafa, Francesco; 143,195,219,
 Carafa, Francisco María; 168,
 Carafa, Gian Battista; 10,
 Carafa, Gian Pietro; 95,114,
 Carafa, Giuseppe; 281,302,319,
 Carafa, Manuel; 297,
 Carafa, Mario; 128
 Carafa, Marzio; 204,
 Carafa, Paolo; 337,

Carafa, Porzia; 150,
 Carafa, Tiberio; 265,401,411,
 Caramanico, príncipe de; 271,
 Caravaggio, Michaelangelo; 189,384,
 Caravita, Niccolò; 400,
 Caravita, Pietro; 264,
 Carbone, Giovanni Antonio; 140,
 Carciossola, Marco Peluso; 325,
 Cardona y Requesens, Isabel de; 31,
 Cardona, Giovanni de; 128,138,
 Cardona, Pedro de ; 53,55,
Cardona, Ramón de ; 27,29-40,396,
 Cargiulo, Domenico; 246,
 Cariati, príncipe de; 326,411,
 Carlo Giannini, Massimo; 425,
 Carlos Don , príncipe de España; 120,121,
 Carlos II, rey de España ;331,334,342,
 358,375, 360,386,390,393,396,397,
 400,404,407,408,
 Carlos II, rey de Inglaterra; 395,
 Carlos III de Saboya ; 334,
 Carlos Morales, Carlos Javier de; 422,
 Carlos V, emperador ; 16,40-44,46-48,
 56-58,62,68,69,71,75,76,78,89,91,120,
 125,126,283,326,365,
 Carlos VII de Nápoles ; 15
 Carlos, archiduque de Austria; 395-398,
 Carmigliano, Cesare; 167,196
 Carnicala, Francesco; 411,
 Caro, Gaspare de; 426,
 Caro, Giulia di; 363,398,
Carpio, marqués del; 318,375,377-384,393
 Carreras, Antonio; 410,
 Carrillo de Córdoba, Elvira; 92
 Carrillo, Ferrante; 129,
 Carrillo, Stefano; 355,
 Carrio-Invernazzi, Diana; 428,
 Caruso, Giovanni Battista; 417,422,
 423,425,427-430,
 Casarelli, Mario; 241,
 Casas, Bartolomé de las; 249,
 Casati, Danese; 374,
 Cassanate, Matias; 264,
 Castagneto, barón de; 118,
Castell Rodrigo, marqués de; 238,359,

Castellet, senador; 225,
 Castelli, Agostino di; 344,
 Castiglione, Pietro; 188,
 Casto, Rodrigo de, cardenal; 171,
Castrillo, conde de; 313-322,323,
 Castro, Francesco de; 198,
 Castro, Lucrecia de ; 198,
 Catalano, Antonio; 153,155,
 Cattanei, Vannozza; 213,
 Cavagna, Giovanni Battista; 162,
 Cavallo, Camilo; 379,
 Cave, Guiglielmo; 147,
 Celano, conde de; 315,321,
 Cennano, Fabrizio; 306,
 Censale, Carlo; 306,
Cerda y Aragón, Luis Fernando de la;
 310,391,393-405,
 Cerda y Silva, Gastón de la ; 115,
Cerda y Silva, Juan de la. ; 112-114,
 Cerda, Antonia de la Cerda; 377,378,
 Cerdeña, conde de; 310,
 Cerrato, marqués de; 61,
 Cervantes, Miguel de; 128,191,192,
 Cervellón , Felipe ; 53,
 Cesar, Julio, emperador; 139,145,
 Cesarini, Giuliano; 99,
 Chalons, Filiberto de; 419,
Chalons, Filiberto, príncipe de Orange;
 59-69,
 Cherchiaro, marqués de; 114,
 Chigi, Fabio; 329,
 Chiminelli, empresario; 196,
 Chislieri, cardenal; 117,119,
 Chiuisiano, príncipe de; 401,
 Chusan, príncipe de; 412,
 Cianciana, conde de; 120,
 Clario, Gianbattista; 178,
 Claudia, princesa de Francia; 16,
 Clemente IX, papa ; 343,349,350,
 Clemente VII, papa ;42,43,47-48,51,62,67,
 223,226,
 Clemente VIII, papa ; 39,72,146,165,173,
 Clemente X, pontífice; 346,
 Cobos, Manuel de los; 345,366,
 Codaci, Viviano; 255,

INDICE ONOMÁSTICO

Coeberger, Wenzel; 162,
 Coffa, Pietro; 172,
 Cogolludo, marqués de; 393,
 Colbert, Jean Battiste; 372,
 Colle D'anchise, príncipe; 329,
 Collenuccio, Pandolfo; 10,
 Colón, Cristóbal; 249,
 Colonna, Ascanio ; 51,53, 58, 84,99,
 Colonna, Camilo ; 51,53,58,99,
 Colonna, Fabrizio; 25,36,40,
 Colonna, familia ; 20,43,68,304,
 Colonna, Giovanni; 68,
 Colonna, Pompeo ; 8,67,70,
 Colonna, Vittoria ; 47,72,99,270,
 Colonna, Jerónima; 181,
 Colonna, Marco Antonio ; 91,97,
 99,128,131,270,
 Colonnna, Próspero; 43-45,68,
 Comin, Giacomo; 189,
 Concublet, Scipione; 178,
 Conde de Chinchón (III); 147,
 Coniglio, Giuseppe; 10,83,84,251,363,
 417-430,
 Connobio, Alejandro; 135,
 Constanzo, Flaminio de; 264,
 Conte, Giovanni; 195,
 Conversano, conde de; 309,
 Copula, Orazio; 410,
 Cornejo, Martín; 123,
 Cornelio, Tomasso; 310,390,
 Correa, Rodrigo; 409,
 Correa, Rodrigo; 410,
 Correggio, Antonio Allegri di; 161,
 Cortés, Hernán; 201,
 Cortes, marqués de; 313,316,317,
 Cortés, Pedro; 357,358,
 Costo, Tomasso; 10,
 Costo, Tomasso; 121,
 Cotizone Tulio; 143,
 Covarrubias, Diego, arzobispo; 120,
 Cozzenti, Leonardo; 356,357,
 Crisconnio, Vincenzao; 341,
 Crisipo, Giovanni Battista; 166,
 Cristóforo, Giacinto de; 389,400,
 Croce, Benedetto ; 10,363,

Cruz, San Juan de la; 346,
 Cueva y Benavides, Gaspar de la; 207,
 Cueva, Alfonso de la; 206,
 Cueva, Isabel de la ; 150,
 Cueva, Juan de la ; 150,
 Cueva, Melchor de, almirante; 362,
 Cutinari, Scipione; 139,

D

D'Affitto, Scipione; 266,
 D'Alagno Lucrecia ; 7,63,398,
 D'Alessandro, Giovanni Battista; 167,
 D'Alnoy, baronesa; 364,
 D'Amalfi, Tomasso Aniello de; *Masaniello*;
 275,277,281-290,301-304,
 Damiano, Gian Franco; 116,
 D'Andrea, Francesco; 390,
 d'Angelis, Alonso; 318,
 Danisio, Pietro; 296,
 Dansaer, Georges; 418,
 Dante, Alighieri ; 67,
 D'Antigue, monsieur; 361,
 D'Aquino, Ladislao; 61,284,
 D'Aquino, Ludovico; 284,
 D'Aragona, Eleanor; 73,
 D'Aragona, Giovanna; 84,
 Daugnon, conde de, almirante; 280,
 Daun von Waubon, Ulrico Felipe; 409,411,
 D'Avalos, Andrea; 327,406,
 D'Ávalos, Cesare; 121,151,168,
 D'Avalos, Cesare; 401,
 D'Avalos, familia; 49,
 D'Ávalos, Fernando Francisco; 40,44,45,47,
 51-53,59,61,78,129,243,
 D'Avelino, príncipes; 188,408,411,
 Daya, Machín; 53
 Dell'Aquila de Aragona, Federico; 61,
 Descartes, René; 389,
 D'Estrées, Victor María; 406,
 Devreux, Robert; 121,
 Díaz Pimienta, Francisco; 279,280,307,
 Diocleciano, emperador; 144-146,
 Dionisio *el Exiguo* , fraile; 146
 Doria, Carlo ; 173,

Doria, Filipinno; 52-53,58,59,94,
Doria, Giannetinno; 309, 329,339-340,
Doria, Giovanni Andrea ; 38,59,94,98,113,
115,150,
Doria, Niccolò; 279,
Doria, Paolo Mattia; 400,
D'Orso, Collagiochiviano; 116,
Dovici, Bernardo, cardenal; 30,34,
Dragoniche, señor de; 316,
Dragut, El ; 113,114,116,
Drake, Francis; 171,
Dumoulin, Charles; 126,
duques de Segorbe; 331,
Duquesne, Abraham; 369,370,
Dura, Camilo di; 327,
Durazzo, Alfiero; 263,264,

E

Egidio, marqués de San; 411,
Egmont, conde de; 93,
Egmont, condesa de; 410,
Elías de Tejada, Francisco; 11,
Elisio, Giovanni; 341,
Enciso Alonso-Muñamer, Isabel; 425,
Enrique II de Castilla; 365,
Enrique IV de Francia ; 224,
Enríquez Afán de Ribera, don Payo; 122
237,238
Enríquez de Azevedo, Pedro; 188,
Enriquez de Cabrera, Juan Alfonso ;
269-276
Enríquez de Cabrera, Teresa; 378,384,
Enríquez de Ribera, Catalina ; 149,**201,**
217,218,
Enríquez, Álvarez de Toledo, María; 99,
Enzina, Juan del; 22,
Escalona, duques de ; 402, 405-413,
Espinosa Arévalo, Diego de, cardenal; 120,
Espiosa Arévalo, Diego de; 142,
Esquilache, arzobispo; 179,373,
Este, Ettore d'; 97,100,
Este, Hipolito d'; 81,
Este, Isabel de; 34,37,
Estéban, San; 146,
Estuardo, María; 178,

F

Fajardo y Zúñiga, Fernando Joaquín; 360,
365-367,
Fajardo, Pedro; 365,
Falcó, Carlos de; 299,
Falcone, Anniello; 254,
Falcone, Anniello; 254,
Fargas, Peñarrosa, Mariela; 417,
Farnesio, Alejandro; 129,
Felipe II, rey ; 91,93,97,113, 115, 125,127,
128,129,132,138-143,146-149,151,166,167
171,176,194,238,331,
Felipe III de España ; 144,166,168,169-172,
183,188, 194195,197,220,225,226,270,
Felipe IV de España ; 199,230,238,255,259,
267,275,290,293,304,315,318,328,331,335,
338,349,365,377,378, 393,
Felipe Próspero, infante real; 320,
Felipe V, rey de España : 395,402,405,407,
408,411,412-413
Felipe, el Hermoso, rey ; 16,18,40,
Fenice, Vincenzo; 195,
Feria, duques de; 337,
Feria, marqueses de; 409,
Fernández Álvarez, Manuel; 420,
Fernández Collado, Ángel; 424,
Fernández Coslada, Ángel; 419,
Fernández de Cabrera y Bobadilla, Diego; 147,
Fernández de Castro, Francisco; 193,
Fernández de Castro, Pedro; 191-200,
Fernández de Córdoba, Gonzalo ; 15-24,
25,30,33,39,44,46,60,68,113,
Fernández de Córdoba, Manuela; 349,
Fernández de Figueroa. Ana; 337.
Fez. Navarrete, Eustaquio; 11,220,323,384
Fernández Pacheco, Juan Manuel; 402,
405-413,
Fernando I de Nápoles ; 18,40,
Fernando II de Aragón , el Católico ; 15,18-22,
25,27,29,30,32-34,35,89,412,
Fernando III de Habsburgo; 243,
Fernando III el Santo, rey; 346,
Ferrante, rey de Nápoles ; 17.
Ferrucci, Francesco; 62,
Fieramosca, Cesare; 41,

- Figueroa, auditor; 242,
 Figueroa, auditor; 242,
 Filingheri, Vincenzo; 371,
 Filomarino, Ascanio, cardnal; 32,272,281,
 283-290,301-308,319,325,331-334,343-344,
 Filomarino, Claudio; 284,
 Finoglia, Paolo Domenico; 255,
 Fioravanti, Epifanio; 262,
 Firavante, Tomás; 252,
 Firpo, Luigi; 178,
 Floris, Frans, pintor; 132,
 Foix, Gastón de; 34,
 Foix, Germana de ; 20,24,34,
 Foix, Odet de, marqués de Lautrec; 52,59,60,94
 Fonseca y Zúñiga, María de; 169,
 Fontana, Domenico; 172,196,
 Fontenay, marqués de; 291,292,302,306,
 Forte, Giulio; 367,
 Francavilla, príncioe de; 121,
 Francisco I, rey de Francia ; 30,34,39,43-46,
 54,58,60,61,
 Frazza, Elvira; 291,
 Fresno, marqués del; 329,
 Freyre, Isabel; 77,
 Frías, duques de; 149,
 Fuentes, duque de; 188,

G

 Gaetani, Juan ; 53,
 Galasso, Giuseppe; 10,402,421,423,428,430
 Galiano, Martno de; 266,
 Galilei, Galileo; 178,209,225,389,
 Galterio, Paolo; 327,
 Gambacorta. Gerardo; 253,256,
 Gandía, duquesa de; 220,
 Garcés, Juan; 89,
 García Hernán, Enrique; 418,426,
 García Hidalgo, Cipriano; 425,
 Gargiulo, Domenico; 287,319,
 Garret, Benet; 22,
 Garzone, Romano; 256,
 Gatinnara de Legnano, Lucrecia; 193,231,
 Gatta, Carlo della; 241,256,279,289,315,316
 Genaro, Aníbal ; 53,
 Genaro, Pompeo; 256,
 Genaro, San; 137,146,286,412,413,
 Gennaro, Alfonso di; 168,
 Gennaro, Cesare de; 321,
 Gennaro, Salvatore di; 296,
 Genoino, Giulio; 281,283-290,
 Genovés Amorós, Vicente; 417,
 Gensano, marqués de; 321,
 Genuino, Piombino; 208,
 Gers, Johannes; 193,
 Getileschi, Artemisa; 254,
 Gianelli, Basilio; 389,
 Giannone, Pietro ; 10,48,98,101,148,160,
 162,172,205,239,260,269,272,274,310,
 313,366,380-383,399,400,417,419-430,
 Giglio, Antonio; 146,
 Giordano, Luca; 334,
 Giorgini, Barbara; 398,
 Giorgini, Carlo; 398,
 Giovio, Paolo ; 10,
 Giovio, Paolo; 417,418,
 Girón, Ana de; 237,
 Girona, Magdalena de; 121,
 Gisolfi, Olga; 425,
 Giustininani, Fabrizio; 52,
 Gligio, Luigi; 146
 Gliscens, Antonio; 135,
 Gómez de Sandoval Rojas, Cristobal; 198,213,
 Gómez de Silva, Ruy , duque de Éboli ; 120,
 Gomez de Silva, Ruy; 233,
 Gómez River, Ricardo; 421,
 Góngora, Luis de; 191,193,
 Gonzaga, Fernando de ; 59,
Gonzaga, Ferrante ; 61,
 Gonzaga, Francesco ; 34,35,68,204,
 Gonzaga, Hipólita; 138,
 Gonzaga, Isabel ; 92,255,257,
 Gonzaga, Luis Fernando; 399,
 Gonzaga, Vespasiano; 122,
Gonzaga, Vincenzo; 373,385,386,
 Goñi Gaztambide, José; 420,
 Gouffier, Guillaume de; 44,45,
 Granito, Angelo; 430,
 Granvela, cardenal; 140-142,147,
 Grassiere, regente de la Colateral; 352,

Gravina, duque de; 61,366,
 Graziolo, Andrea; 135,
 Greco, Orazio; 117,118,
 Gregorio XIII, papa ; 127,141,145,146,
 Gregorio XV, papa ; 228,231,
 Grey, Jeanne; 121,
 Grillo, Giovanni; 306,
 Grimaldi, Constantino; 400,412,
 Grimaldo, marqués de; 395,396,403,
 Griso, Francesco; 373,
 Grisso, Bartolomeo; 195,
 Guallechia, Francesco; 306,
 Guastalla, duques de; 373,
 Güell Junkert, Manuel; 427,
 Guerra, Eugenia; 271,
Guevara, Antonio de; 27,
 Guevara, Beltán de; 309,
 Guevara, Íñigo de; 150
 ,
 Guicciardini, Francesco; 10,17,21-24,419,
Guillén de Moncada, Luis; 240,
 Guillermo III de Holanda; 367,370,
 Guindazzo, Antonio; 359,
 Guindazzo, Tomasso; 374,
 Guisa duque de; 97,98,291-293,296-299
 302,306,313-315,368,404,410,
 Gustavo Adolfo, rey de Suecia; 253,
 Gutierrez Núñez, Fco. Javier; 421,
 Guzmán de Haro, Diego, cardenal; 243,
Guzmán Enrique de, conde de Olivares;
 169-170,250,
 Guzmán Pimentel, María; 251
 Guzmán, Jerónima; 338,
 Guzmán, Lope de; 147,
 Guzmán, Luis de, músico ; 53,
 Guzmán, Vincenzo de 377-380,

H

Habsburgo, familia ; 43,
 Haen, Jean de; 370-372,
 Halkin, Leon; 418,
Haro Sotomayor, García; 301,310,
 313-322,
Haro y Fernández de Córdoba, Gaspar;
 375,376, 377-384,
 Haro y Guzmán, Luis de; 377,378,

Haro y Guzmán, Luis de; 377,378,
 Haro y Sotomayor, Gaspar; 313,316,320,
 Haro y Sotomayor, Leonora; 313,
 Haro, duque de; 151,
 Haro, Luis de; 338,360,362,
 Hassan, Muley ;131,
 Hernando Sánchez, Carlos José; 418,419,
 422,,
 Herrera, Juan de; 345,
 Herrero Sánchez, Manuel; 377,425,429,
 Horn, Gustav; 253,
 Howard, Catherine; 121,
 Hungría Isabel, reina de : 27,
 Hungría, Matías, rey de; 27,
 Huratdo de Mendoza y Zúñiga, Juan; 89,
 Hurtado de Mendoza, Diego; 90,
 Hurtado de Mendoza, Luis; 131,138,

I

Ibarra, Diego de; 369-371
 Icarte, Francisco ; 53,
 Icarte, Luis ; 53,
 Idiáquez, Alonso de; 254,
 Idiáquez, Juan; 61,148,403,
 Iencara, Francesca; 194,
 Ingrassia, Giovan Fiippo; 136,
 Inocencio X, papa ; 272,274,278,302,
 304,397-399,
 Inocencio XI, papa; 394,
 Inocencio XII, papa ; 389,390,395,
 Insbruck, Segismundo de; 334,
 Isabel de Milán; 22,
 Isabel, la Católica ; 18,89,277,366,

J

Jarava, Luis, 179,
 Jerónimo, San; 144,
 Jiménez Estrella, Alfonso; 421,
 Juana II o Giovanna,, reina de Nápoles; 16,
 18,19,22,34,245,
 Juana, hija de Juana II; 33,
 Juana, reina de España ; 54,365,
 Julio II, papa ; 32,34,67,
 Justiniano, fray Pietro; 128-129,

K

Kamen, Henry; 420,

L

La Gambe, Helen; 207,
 La Lumia, Isidoro; 423,
 Lalaing, Philippa de; 40,
 Lalli, Gianbattista; 417,
 Lamoral, Sabina, condesa de Egmont; 93,94,
 Lanfranco, Giovanni; 254,
Lannoy, Charles de; 39-50,59,60,66,68,
 Lannoy, Jean de; 40,
Lanuza, Juan de ; 30,31,
 Lati, Gregorio; 203,210,
 Laules, Patricio; 403,
 Lauro, Fabio di; 179,
 Lautrec, marsical ; 318,
 Leganés, marqués de; 253,255,394-396,
 Legnano de Gattinara, Lucrecia ; 199,
 Leibnitz, Godofredo; 400,
Lemos, IV conde de ; 144,171-182,
Lemos, VII conde de; 191-200,
 Lemos, VIII condes de; 199,
Lemos, X conde de; 171,
 León X, papa ; 30,39,
 León XI, papa; 224,
 Leonessa, Porzia; 284,
 Leonessa, Porzia; 284,
 Leopoldo I, emperador de Austria ; 349,
 394-402
 Lerma, duque de; 171,183,198,223,270,
 Leti, Gregorio; 423,
 Lettieri, Tomaso; 242,
 Leucipo de Mileto; 389,
 Leyva, Antonio de; 45,
 Licito, marqués de; 114,
 Lignoro, Orazio de; 167,
 Ligo, Vincenzo; 340,
 Lilius, Aloysius; 145,
 Linares, duque de; 279,280,307,
 Linde, Luis María; 201,403
 Lipari, fray Tomasso; 361,362,368,
 Lipari, Michael; 362,

Litala y Castivi, Giuseppe; 374,
 Loaysa, García de; 72,
 Lofredo, Orazio; 167,
 Lofredo, Ottavio; 195,
 Lofredo, Pirro; 96,
 Loli, Stefano; 177,
 López de Benicano; 155,
 López de Gurrea, María; 27,
López de Mendoza, Íñigo; 89,135-140,
 López Fanjul, María; 429,
 Lorena, Enrique II de; 291-294,296,302,
 306,313-315,368,408-410,
 Lorenzano, duque de; 321,
 Lorraine, Louis de; 94,
 Luca Barberio, Giovanni ; 31,
 Luca Giordano; 384,
 Lucio III, pontífice; 117,
 Lucrecio Caro, Tito; 389,
Ludovisi, Niccolo; 255,
 Luis XII, rey de Francia ; 15,24,25,
 Luis XIII, rey de Francia ; 180,195,
 Luis XIV, rey de Francia; 315,328,343,
 344,360,367,368,371,375,390,394,395,
 397,399-402,406,

M

Macedonio, Giovanni Vincenzo; 240,
 Machia, conde de; 115,
 Maddaloni, duque de; 285,
 Mahoma, profeta; 146,
 Maille-Brézé, Jean Armand de la; 278,281,
 Mallorca, secretario de Zúñiga; 167,
 Malone, Andrea; 368.
 Malone, Giovanni ; 104,
 Maltey, William S.; 420,
 Malvicino, Valerio; 118,119,
 Mancino, Pietro; 263,
 Manfré, Valeria; 387,
 Mannada, Agostino; 306,
 Mannara, Niccolo María; 291,
 Manrique , Elvira; 21,
Manrique de Lara, Juan ; 103-106,
Manrique de Lara, María Luisa ; 122,238,
 Mantua, duques de; 398,399,

- Manuzzi, Paolo; 389,
 Marchena, condes de; 277,
 Marchese, Fabio; 156,
 Marciano, Marcello; 325,334
 Marco, sor Giulia di; 194,
Marcone , bandido; 119,
 María, reina de Castilla ; 7,
 Maron, Publio Virgilio; 342,
 Martel, Carlos; 169,
 Martello, bandido; 314-317,
 Martín Marcos, David; 430,
 Martinitz, conde de; 411,413,
 Martino, Domenico; 187;
 Martino, Gieronimo di; 194,
 Martino, Ottavio di; 195,
 Martorella, Felice; 319,
 Marzo, Gioacchino di; 427,429,430,
 Massa, príncipe de; 291,
 Massaniello, (ver D'Amalfi); 275,281-290,
 301-304,
 Mastrillo, Giulio; 242,
 Mayans y Siscar, Gregorio; 420,
 Mazzarino, cardenal ; 278,302,
 Mecenas, patricio romano; 11,
 Medici, familia ; 43,62,68,
 Medici, Giulio; 43,
 Medicis , Giovanni Angelo; 117,
 Medicis, Cosme de ; 72,80,81,98,144,
Medina de las Torres, duque de; 259-268,282
Medina de Rioseco, duques de; 257-276,
Medinaceli, duque de; 310,391,393-405,
 Mele, Pietro; 195,
 Melfi, príncipe de; 61,
 Melgarejo., pirata; 26,
Mendoza, Antonio de; 89,90,
 Mendoza, Beatriz de; 92,
Mendoza, Bernardino de; 89-92,
 Mendoza, Fernando; 181,
 Mendoza, Jerónimo de; 92
 Mendoza, Jumara de; 264,
 Mendoza, Luis de; 90,
Mendoza, María; 89,140,
 Mendoza, Pedro Gonzalo de; 79,
 Mendoza, Catalina de; 92,
 Mercado, Gregorio; 410,
 Mercado, Gregorio; 410,
 Merlano, Giovanni, pintor; 29,
 Mesa, Cristóbal de; 192,
 Mesones, Pedro; 410,
 Mexia, Diego; 253,
 Michael, Fritz; 417,
 Michelle, Francesco; 379,
 Milán Francisco; 411,
 Minguito Palomares, Ana; 307,418,419,427
 Minturno, Antonio Sebastiani; 77,
 Mira Caballos, Estéban; 420,
 Mira de Amescua, Antonio; 191,
Miranda del Castañar, condes de; 161-168,
 Miroballo, Cesare; 316,
 Miroballo, Troyano; 373,
 Módena, duque de; 317,318,
 Modena, Francesco de; 379-381,
 Modica, duques de; 275,
 Mola, conde de; 186,
 Moles, Annibale; 264,
 Molto, Agostino; 264,
 Monasterace, príncipe de; 289,
 Moncada y Aragón, Luis Guillén; 242,
Moncada, Hugo de ; 51-59,60,66-68,94,
Mondéjar, marqués de; 8,131,
 Monello, Paolo; 426,
 Monforte, Antonio; 400,
 Mongitore, Antonino; 402,
 Monroy y Silva, Cristóbal de; 424,
 Monroy, Alfonso de; 297,
 Montalto, duque de; 118,242,
 Montalto, Ludovico de ; 51,
 Montalvo, duques de; 374,
 Montbel y Entremont, Francoise; 41,
 Montebello, marqués de; 98,
 Monteleone, duque de; 408,411,
 Montemiletto, príncipe de; 321,
Monterrey, condes de; 228-229,246,249,
 260,267,396,
 Montesarchio, príncipe de; 327,360,408,411,
 Monti, Alessandro; 188,
 Montpensier, Charles de; 48,
 Montserrat, marquesa de ; 65,
 Morales Muñiz, Dolores; 419
 Morgat, Girolamo; 129,

Mormile, Cesare; 79,80,
Moro, Tomás; 180,
Morone, Girolamo; 47,60,
Mrozek, Giuseppe; 426,
Muscetolla, Marcello; 361,
Muscetolla, Marco Antonio; 195,363,
Musi, Magdalena; 399,

N

Nader, Helen; 419,
Nani, Giovanni Battista; 205,
Napoli, Paolo di; 296,
Nardo, duque de; 114,
Neoburgo, Mariana de, reina de España ; 391,
395-397,408,
Niccolini, Fausto; 421,
Nithard, Everard; 361,368,
Nivers, duque de; 316,
Noailles, mariscal de; 407,
Nocera, duque de;
Noronha, Miguel de; 279,
Novi, Elisa; 262,
Novigliac, capitán francés; 308,-309,
Nucieiro, Andrea; 282,283,
Núñez de Guzmán, Ramiro; 255,259-268,
Nuovo, Isabela; 417,
Nüremberg, Carlo de; 387-388,

O

Olivares, conde de ; 8, 247,250,
255-257,270,
Olivares, conde duque de ; 209,238,239.246,
Onesto, Antonio; 228,230,
Onzia, Antonio; 263,
Oñate, conde de; 296,299,300--312,313,
315,323
Orange, príncipe Filiberto de; 48, 59-66,
Orange, príncipes de; 367,
Orefice, Cecilia; 262,
Orefice, Giovanni; 262-264,
Orefice, Luigi; 262,263,
Orleans María Luisa, reina; 353,363,390,391,
Oropesa, conde de; 393,395,408,

Orsini, Arrigo; 61
Orsini, Camilo ; 59,
Orsini, Francesco; 61,
Orsini, Paolo ; 129,
Osorio, Pedro de ; 233,
Osuna, III duque de ; 8,121,186,195,
201-213,247,282,283,
Osuna, V duque de; 393,403,408,
Ottoboni, Pietro; 394,

P

Pablo IV, papa; 95-99,117,119,
Pablo V, pontífice; 194,224,284,
Pacca, Colanello; 10,
Pacheco, Beatriz; 285,286,
Pacheco, Juan; 89,
Pacheco, Juana; 160,
Pacheco, María; 89,
Pacheco, Pedro, cardenal ; 83-88,
Padilla, Luisa de; 271,
Padone, Arrigo; 61,
Palma, Antonio de; 332,
Palma, Giuseppe di; 306,
Palos Peñarroya, Jean Louis; 423,427,
Palumbo, Giuseppe; 306,
Pando y Fez. Pinedo, Manuel; 420,
Panfilio, Gianbattista, papa; 272,
Panssa, Piero Antonio; 119,
Pappacoda, Cesare; 333,
Pardo, Jerónimo; 411,
Parisot de la Valette, Jean; 113,114,
Parrino, Domenico; 10,55,60,61,68,75,80,
91,92,96,119,120,129,130,138,152,153,
159,162,166,170,181,194,226,228,233,
234,236,242,243,245,260,263.266,269
297,300,303,305-307,310,313,318,319,
324,325,329,335,337,342,344,355,357,
361,379,391,417-429,
Pascual, Jean Lousi; 117,118,
Patti, Francesco di; 306,
Pavesi, Giulio; 117,
Pegnalua, marqués de; 297,
Peñaranda, conde de; 323-330,
Pepoli, Giuseppe; 407,

Pereira de la Cerda, Francisco; 370,
 Pérez de Araciél; 410,
 Pérez de Guzmán, Leonor; 149,
 Pérez de Tudela, Almudena; 421,
 Pérez Sánchez, Alfonso Emilio; 425,
 Perona Tomás, Dionisio; 419,
Perrenot de Granvela, Antoine; 93,
 125-134,
 Perrenot, Nicolás; 125,132,
 Petagna, Partenio; 265,
 Petaña, príncipe de; 407,
 Petrarca, Francesco ; 77,
 Petrarca, Valero; 418,
 Petri, Sigfrido; 126,
 Petrucci, Alessandro, cardenal; 188,
 Petrucci, Franca; 419,
 Piccolomini, Alfonso; 164,
 Piccolomini, Ottavio; 253,
 Pierre, Jacques; 207,
 Pietra, príncipe della; 326,
Pignatelli, Ettore ; 56,79,
 Pignatelli, Francesco; 391,
 Pimentel, María,363
 Pinto, Francesco; 195,
 Pinto,Giacomo; 195,
 Pío V, pontífice; 141,
 Pizzola, Giulio; 264,
 Plessis, Belliure, general; 316,
 Pobar, duques de; 338,
 Polione, Publio; 358,
 Ponzio, Dionisio; 176,178,
Portocarrero, Isabel; 344,
 Postiglione, marqués de; 321,
 Priego, marquesa de; 331,
 Provenzale, Francesco; 311,
 Puerta, Alonso de la; 315,
 Puotti, Lucca; 410,

Q

Quevedo, Francisco de ; 191,209--211,
 Quintana, Rodrigo de ;385-386,

R

Raballiere, señor de; 316,

Raneo, José; 11,173,184,217,220,221,231,
 234,251,323,417-430,
 Ranucini, marqués de; 403,
 Ravalchiero, Francesco; 374,
 Ravasquieri, familia; 147,
 Reglá Campistol, Jean; 417,422,
 Rembrandt, van Rijn; 384,
 Remolines, Francisco; 20,
Requesens Zúñiga, Mencía; 183, 184,189,
 Requesens, Castellana de ; 29,
 Requesens, familia ; 31,
 Requesens, Galcerán de; 29,
Requesens, Isabel de; 29-38,
 Requesens, Luis de ; 129,
 Ribera, José de ; 254,
 Ribot García, Luis; 428,430,
 Ricardo, Cesare; 345,356,
 Ricardo, Donato; 297,
 Ricca, Andrea; 306,
 Richelieu, cardenal ; 254,262,278,
 Ricigliano, duques de; 374,
 Rivas, duque de; 426,
 Rivera, Francisco de; 204-206,
 Rivero Rodriguez, Manuel; 422,
 Roca, condes de; 409,
 Rocca, Giulio; 306,
 Roccella, Príncipes de; 337,
 Rocco, Claudio; 167,
 Rochechuart, Louis Victor; 359,-361,366-372
 Rodi, Carlo; 295,
 Rodriguez Rebollo, Patricia; 429,
 Rofrano, marqués de; 412,
 Romano Giulio, pintor ; 29,30,
 Romero, Gaspar; 329,
 Ronquillo, Francisco; 395,396,403,
 Roseo de Fabiano, Mambrino; 10,
 Rossa, Razullo di; 289,
 Rosseto, Orazio; 288,306,
 Rosso, Orazio; 195,
 Rovere, Francesco della; 129,
 Rovito, Luigi; 10,
 Rubens, Pedro Pablo; 254,384,
 Rudet, Francois; 61,
 Ruiz de Castro, Fernando ; 172,173,
Ruiz de Castro, Fernando, VI conde de Lemos
 168,171-182,189,

Ruiz de Castro, Francisco ; 172,173,175,
181,183,184,188,231,
Ruiz de Castro, Pedro, VII conde de Lemos
191-200,
Ruiz Martín, Felipe; 417
Ruiz Rodríguez, Juan Ignacio; 427,
Rúspoli, Giulio, papa; 343,
Rúspoli, Vincenzo; 344,
Ruyter, Michael; 367-370,
Ruzzini, Carlo; 390,

S

Saavedra, Angel de; 426;
Saboya, Amadeo de; 396,
Saboya, duque de; 199,205,
Saboya, Filiberto de; 194,
Saboya, Francesco de; 302,
Saboya, María Gabriela de, reina; 406,
Saboya, principe de ; 278,
Saboya, Tomasso de; 280,
Saboya, Victor Amadeo ; 263,
Sajonia, Bernardo de; 253,
Sajonia, duque de; 262,
Salamanca, Juan de; 194,
Salas, Antonio de; 256,
Salerno, príncipe de; 62,78,
Saluzzo, comerciante genovés; 166,
Salvá, Miguel; 420,
Sampedro Escolar, José Luis; 424,429,
San Esteban de Gormaz, condesa de; 410,
San Felipe, marqués de; 403, 408,411,
412,413,
San Giovanni, duque de; 310,
San Lucido, marqueses de; 401,
San Severo, principe; 220,412,
San Stefano, Bartolomé; 296,
San Vito, duques de; 374,
Sande, Álvaro de; 115,
Sandoval y Rojas, Francisco; 171,183,
198,223,
Sanfelice, Giovanni Francesco; 264,
Sanfelice, Orazio; 167,
Sanfelice, Ottaviano; 168,
Sangro, Carlo di; 401,402,

Sangro, Fabrizio del; 168,
Sangro, Giovanni del; 151,
Sangro, Placido di; 79,80,220,
Sannazaro, Jacopo; 192,
Sanseverino, Bernardo; 137,,
Sanseverino, Carlo; 262,
Sanseverino, Ferrante ; 79,80,84,
Sanseverino, Isabel; 262,
Sanseverino, Luigi; 332,
Sanseverino, Pedro Antonio; 33,
Sansevero, marqués de; 253,
Santa Cruz, marqués de; 235,
Santafede, Fabrizio; 162,
Santisteban del Puerto, marqués de;
381,385-398,
Santo Marco Pignatelli, marqués de; 297,
Sanzio, Rafael del ; 30,34,37,161,
Saparano, Giovanni Battista; 306,
Sartiano, principe de; 241,374,
Sassonio, Pietro; 260,
Schipa, Michael Angelo; 10
Schör, Christoforo; 397
Schor, Filippo; 378,
Sciara, Marco; 164,165,
Scipione, Lucio; 140,
Sebastián I, rey de Portugal; 132,171,
Sejano, duque de; 297,
Sermoneta, duque de; 401,
Serra, cardenal; 244,
Sersale, Orazio; 321,
Sessa, duque de; 113,
Severino, Marco Anatonio; 319,
Seymour, Thomas; 121,
Sforza, Guido Ascanio ;129
Sforza, Maximiliano; 34,
Sixto V, pontífice; 164,165,
Solimán, el Magnífico; 42,114,
Somma, duque de; 61,
Soria, Dioego de; 353,360,364,
Sosigenes de Alejandría; 145,
Soto, Juan de; 129,
Spadaro, Micco; 287,
Specchio, Bartolome lo; 398,
Sperelli, Emilio; 303,

Spina, Gian Tomasso; 188,
 Spinelli, Ferrante; 62,
 Spinelli, Francesco; 174,
 Spinelli, Francesco; 401,
 Spinelli, Gian Battista; 73,
 Spinelli, Salvatore; 118,
 Spinelli, Vincenza; 73,80,81,
 Spinello, Carlo; 99,164,179,221,
 Spínola, Ambrosio; 238,
 Stampa, Bárbara; 271,
 Stanzione, Massimo; 255,
 Starace, Andrea; 154,
 Starace, Vincenzo; 153-160,
 Steffano, Pietro; 116,
 Stigliano, príncipes de; 62,255,257,260,
 337,,
 Stigliola, Nicola Antonio; 162,
 Strozzi, Pietro; 95,
 Strozzi, Pietro; 97,
 Struppa, Benedetto; 187,
 Suardo, Jacinto; 343,
 Suecia, Cristina de; 397-399,
 Summonte, Giovanni Antonio; 10,153,

T

Taiser, Gregorio; 357,
 Tansillo, Luigi; 77
 Tapia, Carlos; 232,
 Tarifa, duques de; 149,
 Tarsis, Galeazzo di; 22,
 Tarsis, Girolamo de; 297,298,
 Tasso, Bernardo; 69,192,
 Tasso,Torucato ; 17,77,162,
 Taurisano, duques de; 198,231,
 Telesia, duque de; 411,412,
 Telesio, Bernardino; 177,389,
 Téllez de Girón, Íñigo; 213,
Téllez de Girón, María Nieves; 393,398,
 Téllez de Girón, María; 150,151,213,
Téllez de Girón, Pedro, I duque de Osuna ;
 149-160,
Téllez de Girón, Pedro, III duque de Osuna
 201-212,214,217-218,247,
 Terrazina, Domenico; 79,

Terrazina, Laura; 79,
 Tintoretto, Giacomo Comin; 189, 384,
 Tiziano Vecellio, el pintor; 74,131,162,
 254,384,
 Toceo, Giuseppe; 321,
Toledo y Osorio, Fadrique de; 344,
 347,349-352,366,371,
Toledo, Francisco de ; 249,
Toledo, García de ; 72,80,174,175,188,
 Toledo, Isabel de; 73,
 Toledo, Leonor de; 72,81,121,
Toledo, Pedro de ; 8,71-82,83,174,
 175,207,
 Tolosa,Pablo de; 26,
 Tolsa, Ascanio de; 167,
 Tomasso, Lorenzo di; 359,
 Toraldo, Francesco; 281,290,293,302,
 Toralto, marqués de; 253,
 Torella, príncipe de; 297,
 Torrecuso, marqués de; 244,281,297,
 298,,
 Toscana, gran duque de; 336,
 Tragagliola, Alberto; 178,
 Trassetto, duque de; 309,313
 Trebisacia, príncipe de; 407,
 Tremouille, Anna de la; 398,
 Trivulzio, Teodoro ; 304,
 Trotti, Gian Galeazzo; 318,
 Tudor, María reina ; 126,
 Tufo, Mario del; 177,
 Tursi, almirante; 410
 Tursi, duque de; 317,345,410,
 Tusso, Lucrezia del; 138,
 Tuttavilla, Francesco; 345,366,
 Tuttavilla, Gieronimo; 256,
 Tuttavilla, Ottaviano; 168.
 Tuttavilla, Próspero; 299,309,
 Tuttavilla, Vincenzo; 265,297,316,345,

U

Uceda, duque de ; 198,199,213,
 Ugento, conde de; 115,
 Ullichialli, corsario ; 113,137,
 Urries, Carlos; 56,

Urbano VIII, papa ; 123,180,244,263,264,
265,,
Urríes, Carlos; 56,
Ursino, Giovanni Battista; 256,
Ursinos, princesa de los ; 398-400,402,
Uscocochi, croatas corsos; 165,
Utrecht, Adriano de; 43,

V

Váez, Miguel; 186,
Valdo, Pierre; 116,
Valetta, Giuseppe; 390,400,
Valle Siciliano, marqués del; 366,
Vallo, principe dil; 297,
Valois, Isabel de, reina de España ; 120,272,
Valovoir, general; 366,
Van Dyck, Anton; 384,
Varela, Diego de; 242,264,
Vasto, marqueses del; 78, 401,
Vasto, marqués del; ver D'Avalos
Vázquez, seudónimo; 22,
Vecelio di Gregorio, Tiziano; 73,
Vega, Garcilaso de la ; 77,95,
Vega, Hernando de; 121,
Vega, Juan de ;121,
Velasco, Bayón, Balbino; 420,
Velasco, Fernando de; 150,151,
Velasco, Juan; 213,
Velasco, Juana de; 213,
Velasco, Pedro de; 329,
Velázquez, Diego; 254,
Vélez de Guevara, Íñigo; 296,301-312,
Vélez, marqués de los ; 360,365-376,
Vellepri, sargento; 309,
Vello, Giovanni; 155,
Veniero, Sebastián; 128,
Vera, Fernando de; 409,
Veronese, Paolo; 384,
Vertot, René-Aubert, abate ; 114,
Vicco, Gianbattista; 390,400,
Viceconte, Filomena; 425,
Vico, marqués del; ver Carracciolo,
Vietri, duque de; 151,
Vilanova del Río, marqués de; 245,

Villafranca, marqués de; 340,344,
349--352,357,359,371,
Villamarít, Bernardo de; 31,
Villamarit. Isabel de; 69,
Villani, Andrea; 195,
Villaurrutia, marqués de; 363,430,
Villepro, capitán; 309,
Virgilio ; 77,342, (ver Marón)
Visconti, Francesco; 299,
Viso, marqués del; 362,
Vivonne, almirante; 361-363,366-372,385,
(ver: Rochechuart, Louis Victor)
Vizcaino, Juan ;53,
Voglia, Angela (*Georgina*); 397-403,
Vouchier, Pierre de; 65,

W

Wager, Charles; 284,
Wall, Ricardo ; 416-

X

Xarava, Luis; 179,

Z

Zamacois, Niceto; 250,
Zambrón, marino; 53,
Zampieri, Domenico; 254,
Zapata de Cisneros, Francisco; 223,
Zapata, Antonio 8, 221,223-230,232,
Zatara, Cesare; 166,
Zufia, Bernardo de; 272,
Zúñiga de Sandoval, Catalina ; 171,183,



Los Virreyes del Sur de Italia I

Sicilia 1415-1713



Luis de Orueta



Los Virreyes del Sur de Italia III

Cerdeña 1505-1707



Luis de Orueta

Los
Virreyes
del Sur
de
Italia (II)

Nápoles

Luis de Orueta